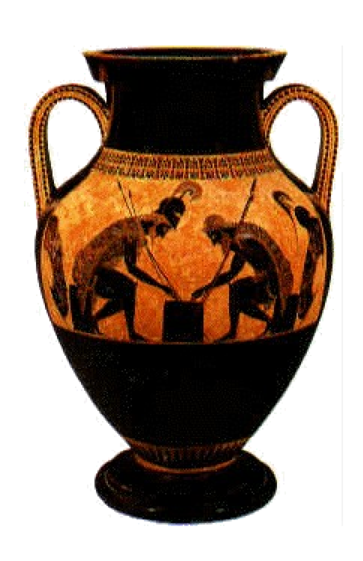
LA ANTIGUA GRECIA

UNA HISTORIA ESENCIAL

P. J. RHODES



Uno de los principales especialistas sobre la Grecia antigua, el profesor Peter J. Rhodes, catedrático emérito de la Universidad de Durham, nos ofrece una espléndida síntesis de la historia de la antigua Grecia, desde la Edad del Bronce hasta la conquista romana. Una visión muy distinta de la tradicional, que nos descubre las nuevas perspectivas que está aportando en la actualidad una investigación arqueológica que ha modificado considerablemente el relato establecido. Rhodes recorre aquí con una mirada renovada la secuencia de los acontecimientos políticos y militares de estos siglos, sin olvidar la atención debida a las formas de vida, a la cultura y al arte. En opinión de una figura tan destacada de los estudios clásicos como es el profesor Jonathan Hall, de la Universidad de Chicago, «el magistral dominio que Rhodes tiene de estas materias le permite comprimir una inmensa cantidad de información en una prosa viva y directa, sin sacrificar ninguno de los detalles realmente importantes».





Peter John Rhodes

LA ANTIGUA GRECIA

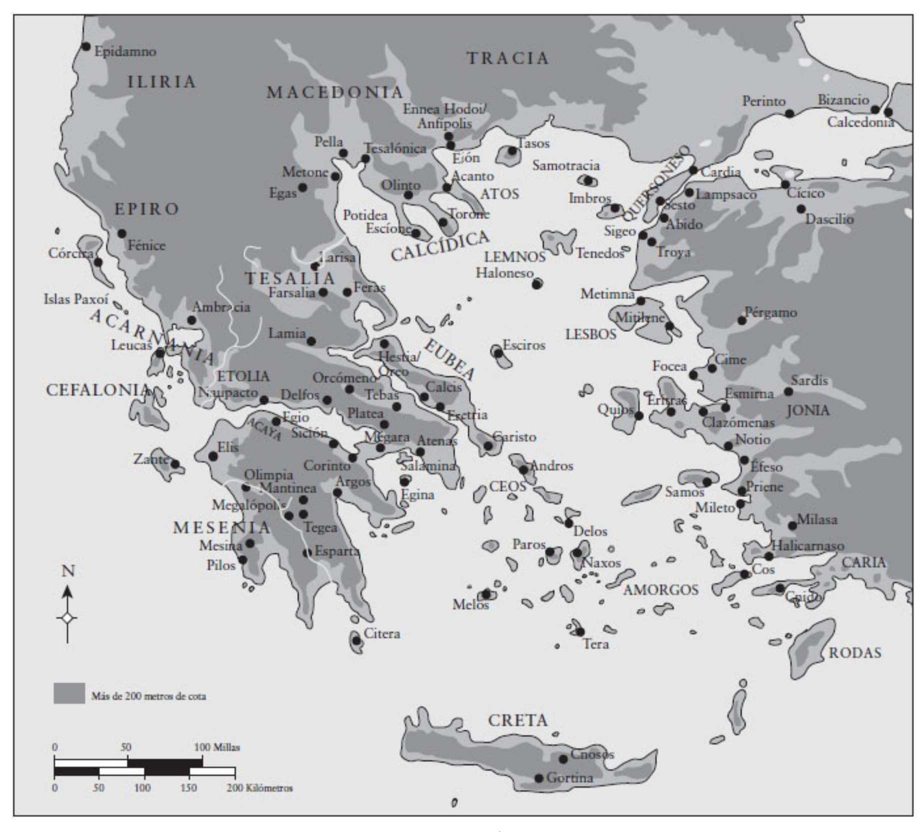
UNA HISTORIA ESENCIAL

ePub r1.1
Titivillus 17.08.17
EDICIÓN DIGITAL

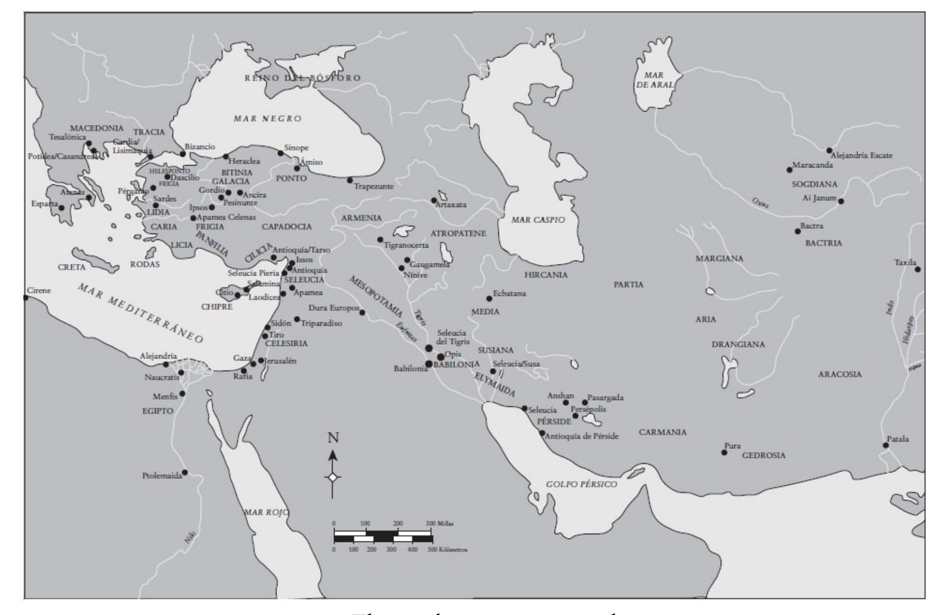
Título original: *A Short History of Ancient Greece*
Peter John Rhodes, 2014
Traducción: Yolanda Fontal
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2017
Conversión a pdf: FS, 2018



LISTADO DE ILUSTRACIONES



1. Grecia y el Egeo.



2. El mundo griego oriental.


MAR ADRIÁTICO
ILIRIA
Faros
ITALIA
Roma
Ásculo
Malvento
Cumas
Neápolis
Pitecusa
Epidamno
Bríndisi
Taras
Metaponto
Heraclea
Sibaris/Turios
Fenice
Córcira
Crotona
Zancle/
Mesina
Hiponio
Caulonia
Locri
Regio
Taormina
Naxos
Catana
Calacte
Hímera
Palermo
Erice
Motia
Egesta
Lilibeo
Selino
SICILIA
Heraclea Minoa
Acragante
Leontino
Gela
Camarina
Siracusa
Cartago
MAR MEDITERRÁNEO
N
0 100 200 300 Millas
0 100 200 300 400 500 Kilómetros

3. El mundo griego occidental.

PREFACIO

Este libro esboza la historia de Grecia y los griegos desde *c.* 800 hasta 146 a. C., con un prólogo y un epílogo que abordan muy sucintamente el período anterior y posterior a esas fechas. Para tratar todo este período en un libro breve, inevitablemente he tenido que seleccionar y simplificar. He intentado elaborar un relato que resulte interesante e inteligible para los lectores con pocos conocimientos sobre la materia y que ofrezca suficientes datos como para dar consistencia a la historia, pero no hasta el punto de eclipsar sus características principales.

Quiero dar las gracias a A. Wright por invitarme a escribir este libro; al doctor S. English por hacerse pasar por un «lector común», leer el manuscrito y ayudarme a mejorarlo; y a todos los que han participado en la publicación de este libro, en particular a quienes han facilitado y permitido el uso de ilustraciones con derechos de autor, y a los profesores A. J. N. W. Prag, N. B. Rankov y el doctor P. C. N. Stewart, que me han ayudado con las ilustraciones.

TÉRMINOS Y NOMBRES REFERENCIAS A LAS FUENTES

No existe una manera de representar los términos y los nombres griegos en el alfabeto latino que sea aceptada universalmente. En la mayoría de los casos, para las palabras y los nombres escritos en caracteres latinos utilizo las formas latinas (por ejemplo, *ae*, *-us, c*), pero para las palabras y los nombres en cursiva uso la transliteración directa (por ejemplo, *ai*, *-os, k*).

Al citar los textos literarios, se emplean las siguientes abreviaturas:

Arist.	Aristóteles
Pol.	*Política*
At.	Ateneo
Ath. Pol.	*Athenaion Politeia* (la *Constitución de los atenienses*, escrita en la escuela de Aristóteles)
Diod. Síc.	Diodoro Sículo
Hdto.	Heródoto
Hom.	Homero
Il.	*Ilíada*
Hor.	Horacio
Epíst.	*Epístolas*
Isóc.	Isócrates
Jen.	Jenofonte
Hel.	*Helénicas*
Josef.	Josefo
A. J.	*Antigüedades judías*
Lis.	Lisias
Paus.	Pausanias
Pínd.	Píndaro
Pít.	*Píticas*

Pl.	Platón
Rep.	*República*
Plaut.	Plauto
Mostell.	*Mostellaria*
Plut.	Plutarco
Demetr.	*Demetrio*
Lic.	*Licurgo*
Per.	*Pericles*
Pirr.	*Pirro*
Polib.	Polibio
Tác.	Tácito
An.	*Anales*
Tucíd.	Tucídides

Existen traducciones en inglés de todos los textos mencionados, acompañadas de los textos originales en griego y latín, en la Loeb Classical Library (Harvard University Press) y traducciones de muchas otras colecciones, como Oxford World's Classics y Penguin Classics. (Para las *Vidas* de Plutarco, subdivido los capítulos en apartados como en las ediciones de Budé y Teubner de los textos griegos: la edición de Loeb subdivide los capítulos en menos apartados pero más largos).

Para las inscripciones y varios textos, cito el nombre del editor de la colección «Translated Documents of Greece and Rome» (Cambridge University Press):

I. C. W. Fornara, *Archaic Times to the End of the Peloponnesian War* (2.ª ed., 1983).

II. P. E. Harding, *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsus* (1985).

III. S. M. Burstein, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII* (1985).

IV. R. K. Sherk, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus* (1984).

Aparte de esa colección:

M. M. Austin, *The Hellenistic World from Alejandro to the Roman Conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation* (Cambridge University Press, 2.ª ed., 2006; la numeración difiere de la de la 1.ª ed., 1981).

FECHAS PRINCIPALES

776/5	Olimpia: fecha tradicional de la fundación de los Juegos Olímpicos	
c. 735-*c*. 715	Esparta: primera guerra mesenia	
ppios. del s. VII (?)	Esparta: reformas de Licurgo	
c. 668 (?)	Argos: tirano Fidón	
c. 657-*c*. 583	Corinto: tiranos cipsélidas	
630-620	Atenas: intento de Cilón de proclamarse tirano	
621/0	Atenas: legislación de Dracón	
594/3	Atenas: arcontado y legislación de Solón	
582/1	Delfos: comienzo regular de los Juegos Píticos	
c. 561/0	Atenas: primer golpe de estado de Pisístrato	
559-530	Persia: reinado de Ciro II	
c. 556	Atenas: segundo golpe de estado de Pisístrato	
c. 546	Lidia: derrocamiento de Creso por los persas	
546/5	Atenas: tercer golpe de estado de Pisístrato	
530-522	Persia: reinado de Cambises	
525	Egipto: conquista por los persas	
522-486	Persia: reinado de Darío I	
514/3	Atenas: asesinato de Hiparco	
511/0	Atenas: expulsión de Hipias	
498-493	Asia Menor: revuelta jonia	
491/0	Gela: Gelón se convierte en tirano	
490	primera invasión persa de Grecia; batalla de Maratón	
488/7	Atenas: primer ostracismo (Hiparco, hijo de Carmo)	
486-465	Persia: reinado de Jerjes	
485/4	Siracusa: toma por Gelón de Gela	
480-479	segunda invasión persa de Grecia	
	480	batallas de las Termópilas, Artemisio, Salamina
G	479	batallas de Platea, Mícala

480	intervención cartaginesa en Sicilia derrotada en Himera		
478	Esparta: Pausanias en el Egeo, Leotíquidas en Tesalia		
478/7	Atenas: fundación de la Liga de Delos		
466/5	Siracusa: fin de la tiranía		
465-424/3	Persia: reinado de Artajerjes I		
465/4-463/2	Liga de Delos: revuelta de Tasos		
c. 465/4-*c*. 456/5	Esparta: tercera guerra mesenia		
462/1	Atenas: reformas de Efialtes		
c. 460-446	Primera guerra del Peloponeso		
c. 460-*c*. 454	Liga de Delos: campaña en Egipto		
454	Liga de Delos: traslado del tesoro de Delos a Atenas		
446/5	paz de los Treinta Años entre Atenas y Esparta		
444/3 (?)	fundación de Turios en Italia como sucesora de Sibaris		
c. 443	Atenas: ostracismo de Tucídides, hijo de Melesias		
440-439	Atenas: guerra contra Samos		
435-433	guerra entre Corinto y Córcira		
432	Liga de Delos: revuelta de Potidea		
431-404	guerra del Peloponeso		
	431-421	guerra arquidámica	
		429	Atenas: muerte de Pericles
		428-427	Liga de Delos: revuelta de Mitilene
		425	triunfo ateniense en Pilos
		424/3	derrota ateniense en Delio
		424/3-405/4	Persia: reinado de Darío II
		422	batalla fuera de Anfípolis
		421	paz de Nicias
	418	victoria espartana en Mantinea	
	416-415	sometimiento ateniense de Melos	
	415-413	campaña ateniense en Sicilia	
	413	fortaleza espartana en Decelia	
	412-411	tratados espartanos con Persia	
	411	Atenas: revoluciones oligárquicas	
	410	victoria ateniense en Cícico	
	406	victoria ateniense en las Arginusas	

	405	victoria espartana en Egospótamos
410	comienzo de la intervención cartaginense en Sicilia	
405-367	Siracusa: tirano Dionisio I	
405/4-359/8	Persia: reinado de Artajerjes II	
404-403	Atenas: oligarquía de los Treinta	
395-386	guerra de Corinto	
387/6	paz del Rey = paz de Antálcidas	
382-379/8	ocupación espartana de Tebas	
378/7	Atenas: fundación de la Segunda Liga Ateniense	
371	derrota tebana de Esparta en Leuctra	
370/69	campaña tebana en el Peloponeso, liberación de Mesenia	
362	batalla de Mantinea	
359-336	Macedonia: reinado de Filipo II	
359/8-338/7	Persia: reinado de Artajerjes III	
356-346	tercera guerra sagrada	
346	paz de Filócrates entre Atenas y Filipo	
344-337	Sicilia: Timoleón lucha contra los tiranos y los cartagineses	
343	Atenas: Esquines es absuelto en el juicio de la embajada	
340-338	cuarta guerra sagrada	
338	Filipo derrota a Atenas y Tebas en Queronea	
338/7	Persia: reinado de Artajerjes IV	
336-323	Macedonia: reinado de Alejandro III	
336-330	Persia: reinado de Darío III	
334-323	Alejandro en Asia	
	334	batalla del Gránico
	333	batalla de Issos
	331	batalla de Gaugamela
	326	batalla del Hidaspes
330	Atenas: fracaso de Esquines en el juicio sobre la corona	
323-322	Atenas lidera sin éxito la guerra lamiaca contra Macedonia	
321	reparto de territorios entre los generales de Alejandro en la conferencia de Triparadiso	
316/5-289/8	Siracusa: tiranía de Agatocles	
311	tratado entre Casandro, Lisímaco, Ptolomeo I y Antígono Monóftalmos	
307/6-272	Epiro: reinado de Pirro	

305-304	Rodas resiste el asedio de Demetrio Poliorcetes
301	muerte de Antígono Monóftalmos en la batalla de Ipsos
283	muerte de Ptolomeo I
283 o 282	muerte de Demetrio Poliorcetes
281	muerte de Lisímaco en la batalla de Corupedio
281	muerte de Seleuco I
281/0	Acaya: restablecimiento de la Liga Aquea
280-277	Macedonia y Grecia: invasión de tribus galas
277-240/39	Macedonia: reinado de Antígono Gonatas
274-199	serie de guerras sirias entre los seléucidas y los ptolomeos
c. 271-215	Siracusa: gobierno de Hierón II
269/8-263/2	Atenas y Esparta derrotada en la guerra de Cremónides contra Macedonia
263-241	Pérgamo: gobierno de Eumenes I
c. 244-241	Esparta: reinado de Agis IV
240/39-229	Macedonia: reinado de Demetrio II
c. 235-222	Esparta: reinado de Cleómenes III
229-221	Macedonia: reinado de Antígono Doson
229	Atenas liberada de Macedonia, realineada con los ptolomeos
229-228	Roma: primera guerra iliria
221-179	Macedonia: reinado de Filipo V
221-217	Grecia: guerra social, finalizada con la paz de Naupacto
219	Roma: segunda guerra iliria
214-205	Roma: primera guerra macedónica, finalizada con la paz de Fénice
206-192	Esparta: gobierno de Nabis
200-196	Roma: segunda guerra macedónica
190-188	Roma: guerra en Asia Menor, finalizada con la paz de Apamea
179-168	Macedonia: reinado de Perseo
174-142	Judea: guerra entre tradicionalistas y helenizantes, finalizada con la creación de un estado independiente regido por los asmoneos
171-167	Roma: tercera guerra macedónica, finalizada con la abolición del reino
150-146	Roma: cuarta guerra macedónica, finalizada con Macedonia convertida en una provincia y Acaya anexionada a esta
133	Pérgamo: legada a Roma por Atalo III, se convierte en una provincia de Asia
89-63	guerras de Roma contra Mitrídates VI de Ponto, finalizada con la disolución del reino seléucida
30	Egipto: suicidio de Cleopatra VII, tras el cual Egipto pasa a ser una posesión de los emperadores romanos

27	Acaya se convierte en una provincia romana

1

PRÓLOGO

La historia de la antigua Grecia es interesante en sí misma y, para los europeos, es importante porque es un elemento formativo relevante de nuestro propio pasado. Gracias a las conquistas de Alejandro Magno en el siglo IV a. C., la lengua y la cultura griegas se convirtieron en la lengua de la clase gobernante en todo el Mediterráneo y en lo que los estudiosos de la Antigüedad aún denominan Oriente Próximo. Gracias a la absorción de ese mundo griego por los romanos en los siglos II y I, la lengua y la cultura griegas fueron incorporadas a las suyas propias por quienes llegaron a gobernar todos los territorios que circundaban el Mediterráneo. Gracias a la inclusión de la tierra de los judíos en un territorio que primero pasó a ser griego y después romano, los judíos desplazados de dicho territorio, y por el cristianismo cuando fue fundado, se expandieron hacia el oeste, hasta el mundo mediterráneo, en lugar de en dirección este hacia Asia. Y aunque la parte occidental del imperio romano acabó siendo conquistada por los pueblos del norte, que hicieron sus propias aportaciones a la mezcla que han heredado los europeos actuales, y en una época en la que el suroeste de Europa estuvo dominado por árabes musulmanes y más tarde el sureste de Europa estuvo dominado por turcos musulmanes, muchas de las cosas que nos resultan familiares hoy en día provienen de ese mundo antiguo de griegos y romanos, judíos y cristianos.

Concretamente, la influencia griega se puede apreciar en distintos aspectos de la vida actual: la práctica política y el pensamiento político; la filosofía; la literatura, que ha actualizado «géneros» griegos y en ocasiones ha reutilizado

historias griegas; las artes visuales y en especial la escultura; y la arquitectura, donde los estilos «clásicos» han estado de moda en determinados períodos. Muchas de las palabras que utilizamos son de origen griego y reflejan formas de pensar que hemos heredado de los griegos; por ejemplo: historia; democracia; oligarquía; monarquía; filosofía y sus subdivisiones política, ética, lógica y metafísica; matemáticas, aritmética y geometría; física, biología, arqueología y antropología; épica, lírica, tragedia, comedia y retórica.

El mar Mediterráneo está dividido en dos por la península de Italia y su mitad oriental está subdividida en cuatro por la península de los Balcanes, en cuyo extremo meridional se encuentra la Grecia continental. En la Grecia continental, un estrecho istmo separa el golfo de Corinto, en el oeste, del golfo Sarónico, en el este; con el Peloponeso al sur y el centro y el norte de Grecia al norte. En el período que examina este libro, el territorio central de Grecia comprendía la Grecia continental, el mar Egeo con sus numerosas islas al este y, formando la costa oriental del Egeo, la franja costera occidental de Asia Menor (la actual Turquía). Sin embargo, como veremos en el capítulo 2, a partir del siglo VIII a. C., los griegos se expandieron desde ese territorio central y fundaron colonias en todas las costas del Mediterráneo (excepto en la mitad occidental de la costa del norte de África) y en las costas del mar Negro; y posteriormente, con las conquistas de Alejandro Magno, los griegos llegaron hasta Oriente Próximo y Medio.

El tema principal de este libro será la historia del territorio central de Grecia, pero también examinaremos las colonias griegas de otros lugares y su relación con los no griegos entre los que se asentaron. Me referiré brevemente en este prólogo a las civilizaciones de la Edad del Bronce del milenio II a. C., pero

la parte principal del libro empieza cuando los griegos dejaron atrás la Edad Oscura que siguió al colapso de esas civilizaciones, un proceso que se aceleró en el siglo VIII, y continúa hasta la integración de los griegos en el mundo romano en los siglos II y I. Muchos aspectos de la vida griega se mantuvieron sin cambios sustanciales durante algunos siglos y abordaremos brevemente este período en el epílogo. No obstante, la incuestionable supremacía de Roma hizo que la libertad de maniobra de los griegos fuera mucho menor de lo que había sido en los siglos anteriores.

Las primeras civilizaciones avanzadas del territorio central de Grecia se desarrollaron en el tercer milenio y especialmente en el segundo: la que denominamos micénica en la Grecia continental (Micenas, en el noreste del Peloponeso, fue uno de sus centros principales), la cicládica en el Egeo (las Cícladas son las islas del sur del Egeo que rodean Delos) y la minoica en Creta (que toma su nombre de Minos, el rey cretense de las leyendas de los griegos clásicos sobre su pasado). Estas civilizaciones giraban en torno a intrincados «palacios», desde los que se controlaba la agricultura de las regiones circundantes y que funcionaban también como centros religiosos. La escritura se utilizaba para el mantenimiento de registros y, aunque aún no se han descifrado las escrituras cretenses, el lineal B de los micénicos fue descifrado en los años cincuenta, cuando se demostró que la lengua micénica era una forma primitiva del griego. En la primera mitad del segundo milenio, los minoicos fueron influyentes en la Grecia continental y las Cícladas; en la segunda mitad del segundo milenio, los micénicos controlaban Creta y llegaron a través de las Cícladas hasta Asia Menor, a la zona de Mileto.

Los conocimientos fidedignos de estas civilizaciones se basan en la arqueología, pero las leyendas de los griegos clásicos

sobre su pasado relatan episodios de la historia de este período como lo imaginaban: por ejemplo, sobre una guerra de los griegos contra Troya. Se ha identificado Troya en el extremo noroeste de Asia Menor y uno de los numerosos asentamientos del yacimiento (VII-A) fue destruido, al parecer por la intervención humana, aproximadamente en la época en que los cronógrafos griegos fecharon la guerra (*c.* 1180). No obstante, no sabemos cuántos recuerdos auténticos, en caso de que los haya, encierran esas historias y gran parte de las referencias históricas de la *Ilíada* y la *Odisea* atribuidas a Homero no parecen pertenecer a este período, sino al período inmediatamente anterior a la fijación por escrito de los poemas en el siglo VIII.

A partir del siglo XIII hubo convulsiones tanto en el mundo griego como en Oriente Próximo; estas civilizaciones se desmoronaron y seguiría una «Edad Oscura» de despoblación y emigración. Ahora es algo menos oscura de lo que solía ser, tanto porque sabemos un poco más sobre ella que antes como porque la decadencia no fue en todas partes tan drástica como se creía: en particular, se ha descubierto un importante yacimiento en Lefkandi, en Eubea, entre Calcis y Eretria, que estuvo ocupado desde principios de la Edad del Bronce hasta *c.* 700, y en la Edad Oscura prosperó y mantuvo contactos en varias direcciones. No obstante, sigue siendo cierto que sabemos menos acerca de este período y que lo que sabemos sugiere que la población era menos numerosa y las condiciones de vida más primitivas que en los períodos anterior y posterior.

Algunos arqueólogos prefieren ahora denominarla Edad del Hierro temprana y no cabe duda de que durante este período surgieron las técnicas de fundición de hierro y que este sustituyó en gran medida al bronce (una aleación de cobre y estaño) como el metal utilizado para diversos fines. Sin

embargo, los griegos del Período Clásico no sabían nada de la Edad Oscura, aunque imaginaban un progreso continuo desde unos inicios primitivos hasta las cimas de su propia época.[1]

Tocarían fondo *c.* 1000 y después de eso comenzaría la recuperación y establecerían nuevos contactos con el resto del mundo mediterráneo. Los pueblos al sur y el este del territorio griego, en Egipto y Oriente Próximo, eran más avanzados que los griegos e influyeron en ellos de diversos modos, mientras que los pueblos del norte y el oeste eran menos avanzados; los griegos clásicos se veían a veces a sí mismos ocupando una posición ideal entre la suavidad y la firmeza excesivas.[2] La Grecia continental y las islas son montañosas, con grandes superficies de tierras llanas y fértiles excepto en el norte de la península, y el oeste de Asia Menor solo posee estrechas llanuras costeras antes de que comiencen las montañas. Las comunidades eran básicamente agrícolas y cultivaban en especial la «tríada mediterránea» de cereales, vino y aceitunas. Las primeras comunidades eran en gran medida autosuficientes, pero su crecimiento y el contacto cada vez mayor con otras comunidades griegas, así como el contacto con otras partes del mundo mediterráneo y las colonias que establecieron allí, hicieron cada vez más viable que las comunidades se centraran en los productos que podían producir bien y en grandes cantidades, y exportaran los excedentes, e importaran de otros lugares productos de los que carecían o mercancías que producían ellos mismos pero cuya calidad y cantidad no eran suficientes.

El mundo griego de la Edad del Bronce parece haber sido un mundo de reinos bastante grandes, con burocracias y jerarquías de títulos, pero la población de la Edad Oscura vivía en comunidades pequeñas, simples e independientes, que siguieron siendo la norma en el primer milenio. La comunidad

típica, aunque no universal, era la *polis*, la ciudad-estado, y hubo unas mil a la vez en todo el mundo griego (en contraposición al territorio central únicamente) hasta el siglo IV: de estas, solo trece contaban con un territorio de más de 1000 km^2, mientras que aproximadamente el 60% tenían 100 km^2 o menos y, por tanto, una población pequeña, por lo que el término convencional «ciudad» puede dar una impresión equivocada. Al norte y al oeste, en particular, encontramos en ocasiones entidades regionales en las que los asentamientos eran menos importantes e independientes que las ciudades, pero en este libro utilizaré a veces por razones prácticas el término «ciudades» para referirme a estados de varios tipos.

Aunque las ciudades más grandes y poderosas trataban de absorber a los vecinos más pequeños y débiles, y a veces conseguían hacerlo, incluso las ciudades más pequeñas y débiles estaban profundamente apegadas a su existencia independiente y se resistían a ser absorbidas, por lo que las ciudades más expansivas tenían que hallar la manera de anexionarse otras que dependieran de ellas sin incorporarlas directamente. Si las ciudades tuvieron reyes al principio, como creían los griegos posteriores, estos fueron nobles, pero no monarcas poderosos como los de Oriente Próximo, y en la época de la que disponemos de datos fiables estos reyes ya habían sido reemplazados, excepto en Esparta,[3] por el gobierno colectivo de los nobles, que se turnaban para ejercer cargos con un mandato breve (a menudo anual). Cada ciudad tenía sus propias leyes y su propio sistema de cargos, pero tras las diferencias en los detalles subyacía una semejanza global en los problemas que afrontaban las leyes y las soluciones que ofrecían, y en la estructura básica de gobierno. Asimismo, tenían sus propios calendarios con sus propias irregularidades (aunque en todos el año constaba de doce meses lunares a los

que se añadía un decimotercero algunos años para no desviarse demasiado del año solar) y en las diferentes partes del mundo griego los pesos y las medidas también eran diferentes y se asignaban diferentes valores a unidades con los mismos nombres. (En muchas ciudades el año empezaba a mediados del verano: en este libro 594/3 indica un año oficial que empezó en 594 y terminó en 593; 594/3 o 594/3, con subrayado, indica la primera o la última parte de ese año).

Además, los griegos serían cada vez más conscientes de lo que les unía como tales, pues, gracias al comercio y la colonización que se tratan en el capítulo 2, aumentaron sus relaciones con no griegos, «bárbaros» cuyas lenguas les sonaban a los griegos como *bar-bar*. Eran (o creían ser) «de una misma sangre», hablaban (dialectos de) la misma lengua y adoraban del mismo modo a los mismos dioses (con diferentes epítetos y rituales locales, aunque también había santuarios, como los de Olimpia y Delfos, que atraían a griegos de muchos lugares).[4]

A finales de la Edad Oscura, los griegos no tenían ningún sistema de escritura. Las escrituras de los reinos de la Edad del Bronce, que utilizaban caracteres para las sílabas y solo las aprendían los escribas especializados, habían desaparecido junto con los reinos, y el alfabeto, que constaba de unas dos decenas de caracteres para las consonantes y las vocales, y podía aprender todo el mundo, fue creado a partir de la escritura de los fenicios en la primera mitad del siglo VIII. Tampoco tenían moneda, piezas de metales preciosos que llevaban un sello para garantizar su calidad y valor. Durante algún tiempo antes de la introducción de la moneda, se podían usar piezas de metales preciosos con un peso asignado para efectuar pagos, pero las primeras monedas se acuñaron en Lidia, en el oeste de Asia Menor, aproximadamente a principios del siglo VI (de electro, una aleación de oro y plata)

y los estados griegos empezaron a acuñar monedas (sobre todo de plata) aproximadamente a mediados de siglo.[5]

LA GRECIA ARCAICA

c. 800-500

2

EL MUNDO GRIEGO ARCAICO

La Grecia de la Edad del Bronce era prehistórica: disponemos de vestigios arqueológicos, pero carecemos de pruebas textuales fiables, excepto los registros de las tablillas en lineal B. La Grecia arcaica es semihistórica. Tenemos la arqueología, pero a menudo resulta difícil relacionar los cambios o las tendencias que revelan los vestigios materiales con los hechos documentados en los textos. Además, tenemos la poesía, de la que una parte versa sobre temas que interesan a los historiadores, y algunos otros textos públicos y privados de la época inscritos en piedra u otro medio;[1] no obstante, la mayoría de las pruebas textuales son posteriores y provienen de las obras de historiadores y de otros textos de los siglos V y posteriores, quienes hicieron cuanto pudieron, con más éxito en unos casos que en otros, con los vestigios materiales, la poesía, la tradición oral y similares. Nuestro conocimiento de este período varía en cuanto a fiabilidad y es a menudo discutible; y también es un conocimiento fragmentario, con información de un lugar en un momento y de otro lugar en otro momento, pero con lagunas en medio. (Del mismo modo, mi conocimiento de Londres es fragmentario: conozco una serie de zonas de Londres, pero me traslado de una zona que conozco a otra que también conozco en metro, por lo que desconozco qué hay entre esas zonas o cómo se relacionan entre sí).

Las fechas son especialmente problemáticas. Nuestro cálculo de los años d. C. fue introducido en el siglo VI d. C. (con una fecha de referencia que no era del todo correcta) y no

se proyectó a los años a. C. hasta el siglo XVII. En el mundo griego, cada estado seguía su propio criterio y utilizaba los años de los reyes o los sacerdotes, o el de un magistrado anual «epónimo», del que tomaba su nombre el año, y hasta a finales del siglo V los griegos no intentaron correlacionar registros y resolver las implicaciones.[2] Los griegos clásicos a menudo situaban a una persona o un acontecimiento del Período Arcaico varias generaciones antes, pero para diferentes personas en diferentes contextos la duración de una generación oscilaba entre los 25 y los 40 años y el desconocimiento de la Edad Oscura derivó en una tendencia a situar a las personas y los acontecimientos demasiado pronto para subsanar el problema. Excepto cuando los datos arqueológicos y textuales coinciden claramente, como en el caso de los edificios de la Acrópolis ateniense de la segunda mitad del siglo V, la arqueología puede proporcionarnos fechas relativas, pero no absolutas. A partir de aproximadamente mediados del siglo VI, las fechas son razonablemente seguras; cuanto más nos alejamos de esta fecha, menos fiables son. En este libro utilizo las fechas comúnmente aceptadas; en ocasiones se ha propuesto retrasar la datación de forma drástica y amplia, pero estas propuestas no han tenido una aceptación generalizada.

Entre los poetas mencionados en los capítulos siguientes figuran Tirteo, que promovió el régimen de Esparta a mediados del siglo VII; Teognis de Mégara, probablemente de la segunda mitad del siglo VII, quien se lamenta del aumento de advenedizos que desafían a las familias nobles establecidas (aunque algunos de los versos que se le atribuyen fueron escritos posteriormente por otros); Alceo, que participó en las luchas en Lesbos en torno a 600; y Solón, que escribió comentarios sobre Atenas y sus propias reformas a principios del siglo VI.

El primer historiador serio cuyas obras se han conservado y, hasta donde sabemos, el primer historiador serio, fue Heródoto de Halicarnaso, en Asia Menor, que escribió en el tercer cuarto del siglo V. Su tema principal fueron las guerras entre los griegos y los persas a principios de siglo, y ofrece una narración continua desde 499 hasta 479, con muchas digresiones sobre episodios anteriores de la historia de los griegos y los pueblos vecinos; parece haber trazado una línea aproximadamente a mediados del siglo VI entre lo que podían recordar los ancianos a los que había conocido y la historia, menos fiable, anterior a esa fecha. En el último cuarto del siglo V, Tucídides de Atenas escribió una historia centrada exclusivamente en la guerra del Peloponeso entre Esparta y Atenas, que empezó mientras la guerra estaba en curso y dejó inconclusa al morir. Para justificar su parecer de que la verdadera razón de la guerra era el poder de Atenas y el temor de Esparta al mismo, exponía brevemente cómo había aumentado el poder de Atenas a partir del año 479,[3] y para justificar su opinión de que la guerra del Peloponeso era mayor que ninguna guerra anterior, ofrecía una descripción, muy racional aunque ahora parece que en algunas cuestiones estaba equivocado, del aumento del poder de Grecia hasta las guerras médicas.[4]

A finales del siglo V se empezaron a escribir historias locales de cada ciudad, que preservaban buena parte de las leyendas y la tradición oral de la época arcaica y el período anterior a esta. No se ha conservado ninguna de ellas, pero disponemos de «fragmentos» de las mismas citados o parafraseados por autores posteriores. En el tercer cuarto del siglo V, la escuela de Aristóteles en Atenas publicó las constituciones de 158 estados, de las que se conserva la *Constitución de los atenienses*, que expone la historia de la constitución, seguida de una descripción de su aplicación en el momento de la redacción, y disponemos de fragmentos de algunas otras. Éforo de Cime, en

Asia Menor, escribió en el siglo IV una historia universal de los griegos y los pueblos de Oriente Próximo: no solo disponemos de fragmentos de esta, sino que gran parte de la historia de Éforo fue utilizada por Diodoro Sículo, quien escribió una historia universal en el siglo I a. C. Se ha conservado aproximadamente una tercera parte de la historia de Diodoro, incluida la parte dedicada al Período Clásico de Grecia, pero no las secciones sobre el Período Arcaico o el Período Helenístico posterior a 302/1.

Otros tres escritores del Período Romano merecen ser mencionados aquí por su uso de materiales anteriores. Estrabón, de Asia Menor, en el siglo I a. C. y principios del siglo I d. C., escribió sobre la geografía y la historia del mundo romano y también se sirvió de la historia de Éforo, además de otras fuentes. Plutarco de Queronea, en Beocia, a finales del siglo I y principios del siglo II d. C., escribió ensayos sobre una amplia variedad de temas y las *Vidas paralelas* de griegos y romanos famosos, basadas en una gran diversidad de fuentes. Pausanias, de Asia Menor, escribió en el siglo II d. C. una descripción del centro y el sur de la Grecia continental, en la que se centró en los edificios y monumentos, y en sus historias.

Cuando Grecia dejó atrás la Edad Oscura, los asentamientos pasaron a ser más grandes y prósperos, y se mostraron más dispuestos a interactuar de manera amistosa entre ellos o a pelearse con los vecinos por las tierras que querían agregar a las suyas. Mediante un proceso denominado sinecismo (*synoikismós*, «cohabitación»), que continuó hasta el Período Clásico, pero al que a menudo se resistieron quienes se aferraban a su independencia local, las pequeñas comunidades vecinas se podían fusionar para formar una única comunidad más grande. En ocasiones, una pequeña llanura estaba dominada por una única ciudad, construida sobre una colina

defendible; en las llanuras más grandes podía haber varias ciudades, que podían pelearse entre sí o unirse contra un enemigo exterior. Atenas, con su centro en la Acrópolis, controlaba la llanura circundante y en fecha posterior extendió de manera excepcional su control a toda la región del Ática, por lo que una sola ciudad poseía un territorio de unos 2600 km^2 y, al comienzo de la guerra del Peloponeso, es posible que contara con unos 60 000 ciudadanos varones adultos.[5] Esparta, en el Peloponeso, conquistó toda su región de Lacedemonia y después la región colindante de Mesenia, dejando a otras ciudades separadas pero subordinadas a Esparta, con lo que adquirió un territorio de unos 6200 km^2; las historias sobre la distribución del territorio conquistado presuponen la existencia de un grupo de 9000 ciudadanos varones adultos en el Período Arcaico.[6] En cambio, en Beocia, al norte del Ática, una región de unos 2950 km^2, una serie de ciudades independientes rodeaban el lago Copaide (ahora seco): con el tiempo, algunas de las ciudades más pequeñas se integraron en ciudades más grandes o quedaron subordinadas a estas y, durante la mayor parte del tiempo desde finales del siglo VI, estuvieron unidas en una organización federal.[7]

Es probable que, a finales de la Edad Oscura, las ciudades emergentes se parecieran mucho a las descritas por Homero: en las que aún existía un rey, este era simplemente el más importante de los nobles; normalmente este se asociaba y consultaba con los demás nobles (los que tras los levantamientos de la Edad Oscura se habían convertido en propietarios de grandes cantidades de tierras mejores); en ocasiones se convocaba una asamblea de ciudadanos para facilitar información o recabar apoyos para una guerra u otra iniciativa importante. Se esperaba que, en la asamblea, los hombres más pobres supieran cuál era su lugar y se sumaran para formarse una opinión, pero no que hablaran o formularan

propuestas. El recuento de votos aún no se había inventado (parece ser posterior a la reforma constitucional de Esparta, cuya fecha más probable es a principios del siglo VII);[8] el rey no estaba obligado a aceptar la opinión predominante en el consejo de nobles o en la asamblea, pero no podía permitirse contravenirla a menudo. Los ciudadanos eran los habitantes oriundos de la ciudad, adultos (como aún ocurre en el mundo moderno) y varones (como era habitual hasta el siglo XX d. C.); los hombres libres que habían emigrado desde otros lugares eran escasos (en su mayoría, hombres que se habían metido en problemas en su propia ciudad; por ejemplo, en rencillas familiares); también habría habido algunos esclavos (por ejemplo, prisioneros capturados en la guerra por los que no se había pedido un rescate). En algunas ciudades habrían vivido hombres que no eran totalmente libres, sino campesinos que dependían de un señor, como los *hektemoroi* de Atenas,[9] o que estaban sometidos a algún tipo de servidumbre, como los ilotas de Esparta.[10]

Existían varias articulaciones del pueblo griego en su conjunto y de la población en el seno de una ciudad. Entre los griegos en su conjunto se reconocían tres estirpes principales (aunque no todos pertenecían a una de ellas): los dorios, que vivían en el Peloponeso; los jonios, que vivían en Atenas y Eubea; y los eolios, que vivían en Beocia y Tesalia. Los griegos contaban historias de una «invasión doria» del Peloponeso desde un territorio en el centro de Grecia y al menos parece ser cierto que los dorios habían llegado al Peloponeso en fecha más reciente que los demás griegos que vivían allí. Cuando en los siglos X y IX algunos griegos se desplazaron a través del Egeo hacia el este, hasta Asia Menor, las tres estirpes habían desarrollado una conciencia de sí mismos y se habían asentado en diferentes zonas que se correspondían con su ubicación en la península: los eolios al norte, los jonios en el centro y los

dorios al sur. Dentro de una ciudad, la población se dividía en *phylai*, «tribus», en teoría grupos de parentesco que con el tiempo lo serían aún más, ya que la pertenencia a los mismos era hereditaria: en las ciudades dorias había tres y entre los jonios se conocen seis, de las que Atenas tenía cuatro. También sabemos que había unidades más pequeñas, como las *phratriai*, «hermandades». Las tribus y las hermandades eran grupos que se formaron tal vez durante las incertidumbres de la Edad Oscura y permitieron a los hombres más importantes disponer de personas dependientes y a los menos importantes procurarse protectores.

Las comunidades agrícolas que aspiraban a ser autosuficientes y no disponían de escritura ni moneda eran muy estáticas. La riqueza consistía principalmente en la tierra, en los cultivos que esta producía y en los animales que pastaban en ella: una familia podía perder a todos sus hijos y extinguirse o tener demasiados hijos que sobrevivieran hasta la edad adulta y empobrecerse cuando se dividiera la propiedad, pero en general lo más probable era que las familias más ricas de una generación siguieran siendo las más ricas en la generación siguiente. La mayoría de las familias tenían algunas tierras, ya fuera como propietarias o como dependientes, mientras que unos pocos hombres trabajaban de zapateros y en oficios similares; estos también tenían algunas tierras y la mayoría de las familias confiaba en vivir principalmente de los productos de las mismas. Como las leyes de una ciudad no se podían poner por escrito ni podían consultarlas todos aquellos que supieran leer, en la práctica eran aquellas que los hombres prominentes decían que eran y difícilmente se les podría llevar la contraria.

En condiciones más seguras, solían nacer más niños y tendían a vivir más tiempo, por lo que aumentó la población y, por tanto, se incrementó la necesidad de alimentos. Al principio, algunas ciudades pudieron aumentar las superficies de cultivo.[11] Las ciudades vecinas podían reclamar las tierras entre ambas. Sin embargo, algunas ciudades alcanzaron un estado en el que, en los años menos buenos, si no en todos, no podían alimentar a toda su población y necesitaban importar alimentos o exportar personas, o ambas cosas. El resultado fue que, desde el siglo VIII, los griegos empezaron a navegar por el Egeo y más allá para encontrar lugares de los que importar productos alimenticios y otras mercancías que necesitaban y en los que establecer colonias (*apoikiai*, literalmente «casas lejos») donde la población excedente pudiera asentarse y producir sus propios alimentos localmente. Además, algunas personas habrían emigrado por razones políticas[12] y otras habrían viajado motivadas por un espíritu aventurero.

Como contrapartida a sus importaciones, los griegos habrían podido exportar aceite de oliva y vino, y plata desde algunos lugares, pero a principios del Período Arcaico no tenían mucho que ofrecer y es posible que algunos seres humanos fueran vendidos como esclavos en el extranjero. Algunas ciudades concretas llegaron a ser famosas por determinados productos: por ejemplo, Atenas y Paros por el mármol, Mileto por los muebles y los productos de lana, y Cos y Amorgos por la seda. No cabe pensar en una «industria» a gran escala en las ciudades productoras ni en grandes flotas mercantes. La producción tenía un carácter familiar y el comercio dependía principalmente de que un hombre poseyera un barco, en el que transportaba sus propias mercancías y a veces también las de otros comerciantes. Heródoto habla de

dos individuos que disfrutaron de un éxito excepcional, Coleo de Samos y Sóstrato de Egina,[13] y puede que las vasijas con las letras «SO» inscritas en ellas que se han encontrado en Etruria, en Italia, las hubiera transportado Sóstrato.

Los lidios acuñaron monedas, piezas de metales preciosos cuya calidad y valor estaban garantizados, desde principios del siglo VI y algunos estados griegos lo hicieron a partir de mediados de siglo: al parecer, los primeros fueron Egina, Corinto y Atenas. La moneda no tardó en ser adoptada como un sistema de pago práctico tanto con fines comerciales como oficiales (independientemente de cuál pudiera haber sido la finalidad prevista inicialmente) y a finales del siglo muchas ciudades griegas, aunque en ningún caso todas, ya acuñaban su propia moneda; es muy probable que con anterioridad se hubieran utilizado piezas de metales preciosos con un peso asignado.[14] El recipiente universal para los productos líquidos y secos era la cerámica, de diferentes tamaños y formas, unas veces sin adornos y otras, decorada. La cerámica se puede romper, pero no se puede destruir, y las vasijas de diferentes fechas, fabricadas originalmente y halladas en diferentes lugares, constituyen una parte importante de los vestigios arqueológicos.

La forma que adoptaron estas iniciativas en el extranjero varió en función del carácter de la población que habitaba en los lugares a los que viajaron los griegos. En el extremo meridional del Mediterráneo, en lugares como Al-Mina, situada en la desembocadura del río Orontes, en el sureste de Turquía, los comerciantes que buscaban metales y artículos de lujo en el este se integraron en las comunidades ya existentes. Los griegos viajaron a Egipto en busca de cereales y los egipcios les obligaron a centrar sus actividades únicamente en la ciudad de Naucratis, situada en el oeste del delta del Nilo; otros

griegos viajaron a Egipto para servir a los faraones como soldados mercenarios y algunos de ellos dejaron inscripciones en una gran estatua de Ramsés II en Abu Simbel, al sur de Asuán.[15] En estos casos, los griegos procedentes de Asia Menor y sus islas costeras eran prominentes. En Cirene (Ilustración 1) y en otros lugares del este de Libia, fundaron asentamientos agrícolas los emigrantes de Tera, en el sur del Egeo, al parecer tras una serie de malas cosechas en su región de origen: la población autóctona era nómada y, según el relato de Heródoto, al principio no opuso resistencia, pero sí lo hizo posteriormente con el apoyo de Egipto, aunque a la postre fuera en vano, ya que las colonias prosperaron y acudieron más griegos a integrarse en ellas.

Incluso durante la Edad Oscura se había mantenido en uso una ruta comercial entre Chipre y Cerdeña y *c.* 800 llegaban a Cerdeña mercancías de Eubea. La primera colonia griega en esta zona fue fundada en la primera mitad del siglo VIII en Pitecusa (ahora Isquia), una isla situada a la entrada de la bahía de Nápoles, por las ciudades eubeas de Calcis y Eretria. Tenía buenas tierras de cultivo y se convirtió en una comunidad importante con una población de varios miles de habitantes, aunque el motivo de que se asentaran allí fue permitir el acceso a los metales de Etruria. A mediados de siglo, aproximadamente, fundaron otra colonia en Cumas, en la península, y Pitecusa quedó destruida por las erupciones volcánicas *c.* 700. Para facilitar el contacto con Grecia, se crearon nuevas colonias *c.* 730-720 junto al estrecho que separa Sicilia de la Italia continental, en Zancle (posteriormente Mesina), en Sicilia, y en Regio, en la península italiana. En la década de 730, fueron fundadas las primeras de una serie de colonias en Sicilia, donde había buenas tierras de cultivo: por los eubeos en Naxos, en el noreste, el primer punto al que arribaban los barcos costaneros procedentes de

Grecia; y por Corinto en Siracusa, más al sur, en la costa oriental y con un excelente puerto natural (Ilustración 2). A estas colonias les seguirían muchas otras, hasta que a principios del siglo VI había colonias en todas las costas excepto en el extremo occidental de la isla. Para fundar estas colonias, los griegos tuvieron que desplazar o someter a las poblaciones autóctonas: a los sículos en el este de la isla y a los sicanos en el oeste; en el Período Clásico ya se habían helenizado considerablemente. A fin de fortalecer su control de la ruta hacia el oeste, los corintios también fundaron colonias en el noroeste de la península griega y en las islas cercanas; la primera de ellas fue en Córcira (Corfú) en la década de 730.



ILUSTRACIÓN 1. Cirene: en primer plano, el Templo de Apolo (reconstruido en el siglo II d. C.).

Otros griegos viajaron a la costa meridional de Italia de nuevo en busca de tierras para cultivar y también por rutas terrestres hasta Etruria. Los aqueos, procedentes de la costa norte del Peloponeso, fundaron Síbaris y Crotona a finales del siglo VIII, y ambas fundaron posteriormente otras colonias. Los

espartanos que no habían podido obtener una parte de las tierras conquistadas en el Peloponeso fundaron Taras poco antes de 700.[16] Se fundaron tantas colonias en esta región, que se llegaría a conocer al sur de Italia, por sí solo o junto con Sicilia, como la Magna Grecia (*Megale Hellas*).

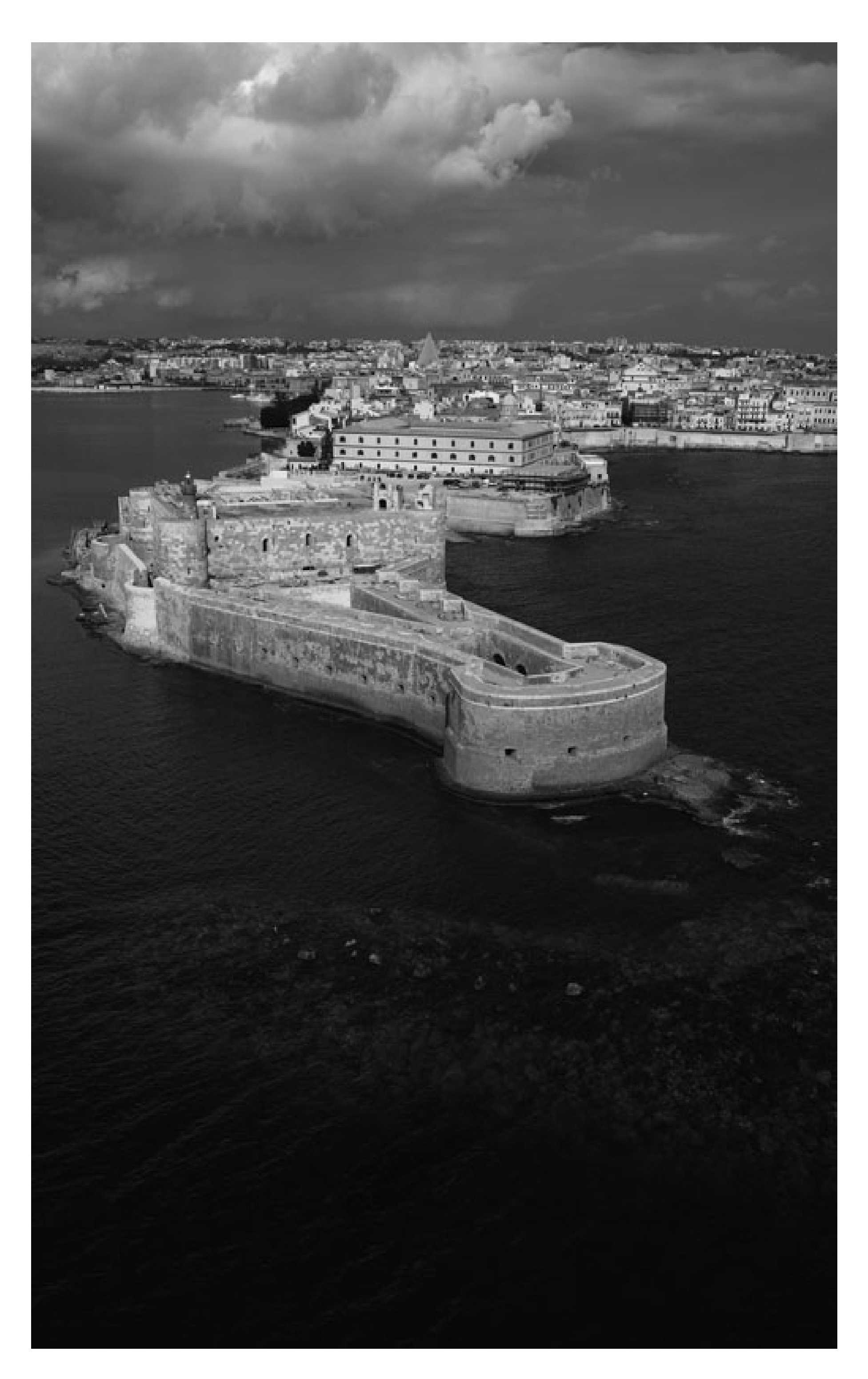


ILUSTRACIÓN 2. Siracusa: en primer plano, Ortigia, el centro de la ciudad; en el horizonte, Epípolas, la llanura de las afueras de la ciudad; a la izquierda, la gran bahía.

Más al oeste, los focios de Asia Menor derrotaron a los cartagineses y fundaron Massalia (Marsella) en la costa sur de Francia *c.* 600 y también otras colonias al este y el oeste de la misma con el propósito de conseguir los metales, incluido el estaño, que llegaban hasta allí por tierra desde Gran Bretaña. A cambio, introdujeron aceitunas y vinos en la región. En torno a 560 fundaron Alalia en Córcega, pero la abandonaron tras una onerosa victoria sobre los etruscos y los cartagineses *c.* 540. Hacia finales del siglo VI, los cambios en Europa propiciaron que el comercio por vía terrestre se desplazara más hacia el este y llegara hasta el Adriático: los focios, entonces, se integraron en las colonias fundadas allí por los etruscos.

Los griegos no eran los únicos que controlaban el Mediterráneo occidental; como indican los conflictos entre los cartagineses y los focios, los fenicios de las costas de Siria y Líbano también tenían intereses en la zona. Hay algunos indicios de su presencia en el Egeo hacia finales de la Edad Oscura. Posteriormente fundaron una serie de colonias en la parte occidental de la costa del norte de África, de las que la más famosa es Cartago, situada en el lugar que ocupa actualmente Túnez, donde los vestigios más antiguos datan de la segunda mitad del siglo VIII. Desde allí se desplazaron también hacia el extremo occidental de Sicilia, Cerdeña, las islas Baleares y España, tanto dentro como fuera del estrecho de Gibraltar. Al parecer, los cartagineses acordaron un tratado con Roma *c.* 509.

Los griegos, cuando cruzaron el Egeo hasta Asia Menor en la Edad Oscura, no se aventuraron hacia el norte. En el siglo VII, los eubeos viajaron al norte del Egeo en busca de tierras y madera, y fundaron muchas colonias en la región (que

debido a la implicación de Calcis pasaría a llamarse Calcídica) y en las tres prolongaciones de esta que se proyectan hacia el sur. Potidea, situada en el istmo de la prolongación occidental, fue una excepción y fue colonizada por los corintios *c.* 600. También fundaron otras colonias en la costa tracia, al este de Calcídica, donde había metales y madera. Los lesbios ocuparon en el siglo VI el territorio asiático cercano y continuaron hacia el norte, hasta lugares del extremo egeo del Helesponto. Los milesios se adentraron más en el Helesponto y llegaron hasta la Propóntide, y con el tiempo hasta el mar Negro, accediendo a diferentes productos del este y a cereales de la costa norte y de Crimea. Mégara, encajonada en el istmo entre Corinto y Atenas, envió colonos para conseguir más tierras a Calcedonia, en la parte asiática del Bósforo, a Selimbria, en la Propóntide y, por último, a Bizancio, mejor situada para aprovechar o controlar el comercio entre el mar Negro y el Egeo.

El período más activo de colonización transcurrió entre el siglo VIII y el siglo VI, aunque el proceso no terminó entonces. Atenas, por ejemplo, fundó Anfípolis en Tracia en 437/6, tras varios intentos infructuosos a principios del siglo V y, para proteger su comercio de cereales, también estableció una colonia en el Adriático en 325/4.

Las colonias preservaron y en ocasiones propicias utilizaron las historias sobre su fundación, que normalmente se basaban en el envío de una expedición colonizadora desde una metrópoli (o a veces varias metrópolis unidas), encabezada por uno o más *oikistai*, fundadores de colonias, y con frecuencia tras consultar al oráculo de Delfos.[17] Obviamente, lo que a muchos les conviene recordar más tarde no siempre es inequívocamente cierto y en fecha reciente algunos especialistas han señalado que los vestigios arqueológicos apuntan a que los orígenes de las colonias fueron más

heterogéneos y fortuitos: por ejemplo, los restos más antiguos encontrados en Taras son claramente espartanos. Es bastante probable que hubieran realizado visitas a algunos lugares antes de fundar allí una colonia permanente y que, una vez creado el asentamiento, diferentes personas se enteraran de su existencia y acudieran allí por diversas razones, pero tuvo que haber cierta coherencia en la decisión inicial de asentarse en un lugar y organizar en él una comunidad, por lo que las dudas sobre las historias fundacionales no se deberían llevar al extremo. En ocasiones, la organización derivaría en lo que era más claramente una *polis*, una ciudad-estado, que las comunidades de las que habían llegado los colonos: por ejemplo, es posible que los aqueos, que fundaron colonias en el sur de Italia, no estuvieran realmente urbanizados en su territorio en el Período Arcaico. La percepción de los griegos era que una colonia era una ciudad-estado por derecho propio, que estaba vinculada a su metrópoli por lazos de parentesco y religiosos, pero no estaba subordinada formalmente a ella. Al parecer, Corinto intentó más que la mayoría de las metrópolis afirmar cierta superioridad continua sobre sus colonias y siguió enviando funcionarios anuales a Potidea hasta la década de 430.



Ilustración 3. Roma, Museo Nacional Etrusco de Villa Giulia: vaso Chigi, *olpe* protocorintio que muestra a unos hoplitas (*c*. 675-625, Beazley Archive n.º 9004217).

Durante los siglos VIII y VII, muchas ciudades griegas, aunque hasta donde sabemos no todas, pasaron por un período de gobierno de un «tirano», un hombre que usurpó el poder y o bien gobernó su ciudad de manera autocrática, o bien mantuvo las instituciones ya existentes y dirigió la ciudad de forma más diplomática (la idea de que un tirano es, por definición, un déspota malvado proviene de los filósofos Platón y Aristóteles, en el siglo IV). Algunos pudieron legar el poder a sus hijos, pero ninguna de las tiranías arcaicas se prolongó más allá de la tercera generación. El término griego para designar a un rey hereditario era *basileus* (aunque en las tablillas en lineal B de Micenas los *basileis* tienen un rango inferior al *wanax*); al parecer, la palabra *tyrannos* había sido importada de Lidia y tal vez se aplicó por primera vez a Giges, quien fundó allí una nueva dinastía de reyes *c*. 675. El uso de las dos palabras era más fluido previamente de lo que llegaría a ser en el siglo IV y es probable que muchos tiranos prefirieran que los llamaran *basileus*.

Tucídides llama la atención sobre el aumento de la riqueza.[18] Tal vez lo más importante sea que el incremento de las actividades económicas facilitó que algunos hombres llegaran a ser más ricos que sus padres y otros más pobres que los suyos, y los nuevos ricos afirmaban ser tan buenos como los que pertenecían a familias establecidas.[19] La moneda habría contribuido a este proceso, pero, como ya hemos visto, las ciudades griegas no acuñaron moneda hasta mediados del siglo VI. Aristóteles suponía que se había producido una evolución en el ámbito militar: de ciudades aristocráticas que dependían de la caballería a ciudades más democráticas que se apoyaban en los «hoplitas» (infantería pesada).[20] Al parecer, los aristócratas griegos utilizaban los caballos para el transporte,

más que para combatir, pero durante el Período Arcaico, los griegos impulsaron la práctica de luchar en las batallas con «falanges» (formaciones en masa) de hoplitas (para una representación temprana, véase la Ilustración 3), aunque continúa siendo objeto de disputa cuán rápida y drástica fue esta evolución, y parece verosímil que cuanto mayor era el número de hombres de una ciudad que desempeñaban un papel importante para garantizar su éxito, mayor era el número de ellos que se creían con derecho a tener voz en sus asuntos. Algunas ciudades parecen haber emergido de la Edad Oscura con una mezcla racial real o aparente: por ejemplo, Sición, donde al parecer vivían las tres tribus dorias y otra más,[21] y esto también podría haber sido una fuente de tensiones. En el siglo VIII hizo su aparición el alfabeto griego[22] y a partir del siglo VI las ciudades empezaron a codificar las leyes por escrito. Es posible que en un principio esto beneficiara a los aristócratas que querían impedir que uno de los suyos se extralimitara, más que a las personas con un estatus inferior: por ejemplo, la ley escrita más antigua que ha sobrevivido, la inscripción de Dreros, en Creta, del siglo VII, limita el tiempo de permanencia de cualquier hombre en la magistratura suprema de la ciudad a un año de cada diez.[23] No obstante, las leyes escritas permitieron desafiar a hombres poderosos que proclamaban cuál era la ley.

No debemos pensar en una explicación global para la tiranía. En cualquier caso, tenía que haber un hombre al que le interesara tomar el poder y, ejerciera o no algún cargo en el régimen vigente, normalmente su posición habría sido lo suficientemente mala como para querer un cambio, pero no tan mala como para que nadie le considerara un dirigente creíble. A continuación habría aprovechado cualquier tipo de descontento que existiera en su propia ciudad, que es por lo que se dice que muchos tiranos fueron populares al principio.

Sin embargo, con el tiempo, su propia posición se habría convertido en una causa de descontento, motivo por el que las tiranías no duraron mucho tiempo.

En Argos, en el noroeste del Peloponeso, Fidón fue un monarca hereditario que usurpó más poderes, recuperó las posesiones en el este del Peloponeso de su mítico antepasado Témeno, intervino en Olimpia y presidió en persona los juegos, introdujo medidas estándar (y tal vez pesos y monedas) y murió cuando intervino en un disturbio en Corinto. (Las medidas de capacidad «fidonias» todavía se utilizaban en algunos lugares en el siglo IV y es posible que también hubiera pesos fidonios. Sin embargo, incluso la fecha más reciente que se ha propuesto es anterior a la acuñación de moneda). Situar cronológicamente a Fidón resulta muy problemático. Una historia de Heródoto sugiere la fecha de *c.* 600, pero por entonces Corinto era más poderosa que Argos. Otros textos sugieren una fecha muy anterior; muchos de ellos antes de la supuesta fundación de los Juegos Olímpicos en 776. Los textos que documentan interrupciones en Olimpia sugieren dos fechas, *c.* 748 y *c.* 668; y se dice que Argos (aunque no se menciona a Fidón) derrotó a Esparta en un batalla en 669/8, aunque se desconoce en qué se basa esta fecha. La fecha de *c.* 668 es la menos problemática: Olimpia estaba empezando a atraer a una comunidad de griegos más amplia,[24] Corinto estaba a punto de derrocar a los Baquíadas (véase más abajo), Esparta posiblemente estaba ocupada con sus problemas internos[25] y hay indicios de que Argos se dedicaba a crear las falanges de hoplitas en torno a principios del siglo VII. Habría sido un contexto adecuado para que usurpara el poder en Argos alguien de dentro frente a alguien relativamente extraño. Tras la muerte de Fidón, la monarquía sobrevivió durante algún tiempo, pero en el siglo V *basileus* ya era el título de un funcionario anual.

En Corinto (Ilustración 4), el reinado de un monarca del clan de los Baquíadas dejó paso a un gobierno colectivo y a funcionarios anuales, con los que Corinto prosperó. A finales del siglo VIII, desbancó a Atenas y se convirtió en la principal productora de cerámica decorada;[26] su ubicación en el istmo entre el Peloponeso y el centro de Grecia le permitiría beneficiarse del comercio a lo largo y ancho del istmo, y participó en la fundación de colonias, sobre todo en el oeste. Tucídides creía que el trirreme, una nave de guerra que distribuía a los remeros en tres bancos, con lo que acrecentaba su potencia sin restar maniobrabilidad a su eslora (para una réplica moderna, véase la Ilustración 5), se inventó en Corinto, tal vez en el período de los Baquíadas.[27] Tal vez estaba equivocado (el trirreme podría tener su origen en Fenicia y es indudable que no se convirtió en la nave de guerra común entre los griegos hasta finales del siglo VI), pero esta idea refleja la reputación de los corintios como marinos.



ILUSTRACIÓN 4. Corinto: Templo de Apolo (*c.* 550) con el Acrocorinto detrás.

Los Baquíadas fueron derrocados en un golpe de estado

encabezado por Cípselo, un miembro marginal del clan, de quien se dice que su madre era baquíada pero coja, su padre no era baquíada y, de hecho, tampoco dorio: es una de las personas de las que se cuenta que fracasaría la tentativa de matarle al nacer.[28] Heródoto (V, 92.ε.ii) le describe como un gobernante cruel, pero en un contexto en el que los corintios sostenían que la tiranía era perversa; un escritor posterior le define como un hombre afable y popular. Las fuentes coinciden en que su hijo Periandro era cruel; Psamético, el sobrino de Periandro, fue asesinado poco después de sucederle; las fechas convencionales son Cípselo *c.* 657-627, Periandro *c.* 627-586 y Psamético *c.* 586-583.

Corinto siguió prosperando. Se atribuye a Cípselo la fundación del tesoro de los corintios en Delfos para albergar dedicatorias corintias y una estatua de Zeus en Olimpia. Se dice que Periandro luchó contra estados vecinos y entre sus aventuras de ultramar figuran un conflicto con la colonia corintia de Córcira, un debate con Trasíbulo de Mileto sobre cómo ser un buen tirano (caminaron por un campo de trigo y uno instruyó al otro cortando las espigas que sobresalían). En su época se construyó el *diolkos*, una calzada para transportar las naves y/o los cargamentos a través del istmo, y su reputación no era del todo mala: hasta que la inclusión de un tirano pasó a ser políticamente incorrecta, se le consideró uno de los siete sabios de la Grecia arcaica. A la tiranía le siguió un régimen ligeramente oligárquico y es probable que fuera en ese momento cuando Corinto se dio una nueva articulación de los ciudadanos, concebida para superar las antiguas distinciones: había ocho tribus nuevas que, a mediados del siglo V, tenían sus propias subdivisiones y un Consejo de los Ochenta. El Templo de Apolo, construido *c.* 570-560, poco después del final de la tiranía, fue uno de los primeros templos de Grecia construido íntegramente en piedra, y Corinto fue una de las

primeras ciudades griegas en acuñar moneda, aproximadamente a mediados del siglo.



ILUSTRACIÓN 5. *Olimpia*, réplica de un trirreme.

Mégara, en el istmo de Corinto, fue gobernada por un tirano llamado Teágenes en la segunda mitad del siglo VII: su hija estaba casada con Cilón de Atenas y Teágenes apoyó a Cilón en su intento fallido de convertirse en tirano de Atenas.[29] Es probable que el poeta megarense Teognis, que se lamentaba de la aparición de advenedizos,[30] desarrollara su actividad en esta época.

En Sición, al oeste de Corinto, la dinastía de los Ortagóridas gobernó probablemente entre mediados del siglo VII y mediados del siglo VI. El tirano más famoso fue Clístenes, que gobernó a principios del siglo VI; se dice que, tras una disputa con Argos, adoptó diversas medidas contra los dorios y una de ellas fue cambiar los nombres de las tribus (la historia de Heródoto de que puso nombres ofensivos a las tribus dorias y el nombre de *archelaoi*, «jefes del pueblo», a la suya propia[31] es probablemente una versión confusa de lo que

realmente ocurrió). También luchó contra el Corinto de Periandro; formó parte del bando ganador en la guerra sagrada por el control de Delfos mientras que Corinto lo hizo en el perdedor, y fue el vencedor de la primera carrera de carros que se celebró allí.[32] Tras una fiesta que duró un año para encontrarle un esposo a su hija Agarista, esta se casó con el ateniense Megacles y dio a luz al reformador ateniense Clístenes.[33] Esparta puso fin a la tiranía probablemente en la década de 550.[34]

Sobre Cilón en el siglo VII y Pisístrato y sus hijos en el siglo VI, en Atenas, véase el capítulo 3.

La información sobre los tiranos en el Egeo y el oeste de Asia Menor es fragmentaria. En Lesbos, tras el derrocamiento de los Pentilidas *c.* 600, estallaron revueltas en las que se vio envuelto el poeta Alceo; hubo una guerra contra Atenas por la colonia de Sigeo cerca del Helesponto, que terminó cuando se pidió a Periandro de Corinto que arbitrara y decidió a favor de Atenas; finalmente, un hombre llamado Pítaco ocupó un puesto en el que se le podía llamar tirano o mediador. Revisó la legislación y al cabo de diez años dimitió. Trasíbulo fue tirano en Mileto *c.* 600 y conoció a Periandro; es posible que posteriormente fueran depuestos un par de tiranos y que se produjera una disputa entre dos facciones, «los ricos» y «los que luchan con las manos», hasta que se recurrió a los parios para que arbitraran. Sin embargo, aparte de los nombres de estas facciones, lo que sabemos de las tiranías en el este apunta más a enfrentamientos en el seno de la aristocracia que a tensiones sociales.

Polícrates de Samos, del siglo VI, está mejor atestiguado, pero es problemático. Gobernó *c.* 532-522 y le ayudó a tomar el poder Lígdamis de Naxos, a quien, a su vez, había ayudado Pisístrato de Atenas; sin embargo, Heródoto le consideraba el

mayor tirano después de los de Siracusa[35] y es difícil que los logros que se le atribuyen pudieran producirse en esos diez años. Incluyen la conquista de ciudades insulares y ciudades en el continente asiático en un momento en el que los persas gobernaban en el territorio continental e importantes obras públicas, el gran Templo de Hera, obras portuarias y un acueducto para abastecer de agua a la ciudad. La solución más simple es que se hubiera atribuido a este hombre famoso el mérito por lo que los samios habían hecho durante un período más largo en el siglo VI. Su gobierno finalizó cuando fue atraído al continente por un sátrapa persa y este le asesinó; su secretario Meandro sopesó dimitir, pero asumió el poder y fue un gobernante impopular, hasta que, tras mucha sangre derramada, los persas instalaron a Silosonte, hermano de Polícrates, y Meandro no consiguió convencer a los espartanos para que lo restituyeran en el cargo.[36]

Lígdamis de Naxos fue derrocado por los espartanos en la década de 520 o 510. Esparta se jactaba de no haber sido gobernada nunca por un tirano[37] y de haber puesto fin a las tiranías en otras ciudades. Aparte de Lígdamis, los casos mejor atestiguados son los de los Ortagóridas en Sición, en torno a mediados del siglo VI, e Hipias en Atenas, en 511/0. Es poco probable que ya en el siglo VI los espartanos manifestaran una oposición doctrinaria a la tiranía: pocos años después de haber expulsado a Hipias sopesaron la idea de restituirlo en el cargo.[38] Lo más probable es que las tiranías estuvieran tocando a su fin a medida que aumentaba el poder de Esparta y que en algunos casos se vinculara un triunfo de Esparta con la caída de un tirano; sería en particular la expulsión de Hipias la que dio a Esparta su reputación en el Período Clásico de derrocar tiranos.

Al ensalzarse a sí mismos, los tiranos tendían también a

ensalzar sus ciudades, pero su régimen era perjudicial para los aristócratas, ya que el gobierno de un hombre o de una familia menoscababa el poder ejercido por las demás familias nobles. Es probable que la distinción entre la democracia y la oligarquía, y las palabras para designarlas, no surgiera hasta el siglo V,[39] aunque la mayoría de las ciudades, tras haberse liberado de la tiranía, tuvieron una forma de gobierno constitucional, en el que los ciudadanos que eran lo suficientemente ricos como para combatir como hoplitas eran miembros de una asamblea de ciudadanos a la que se remitían los asuntos más importantes: para Heródoto, la distinción constitucional más importante era entre «libertad» y sometimiento a un monarca.

En las ciudades griegas, y en el mundo antiguo en general, la religión constituía una parte esencial de la vida comunitaria y aunque se podían diferenciar los asuntos sagrados de los profanos, la ciudad podía tomar decisiones sobre edificios, cargos y festivales religiosos al igual que podía tomarlas sobre edificios, cargos y otras cuestiones seculares. Los griegos tenían muchos dioses antropomórficos. En las historias, a los dioses se les representaba comportándose como los seres humanos, bien y mal, pero en el siglo VI algunos griegos no estaban conformes con ello: cabe suponer que existían a un mismo tiempo diversas actitudes hacia este tipo de historias entre los devotos. Además, quienes adoraban a los dioses debían poseer algunas creencias acerca de los dioses y la conducta humana (las catástrofes se podían percibir como un castigo divino por una mala conducta), aunque el correcto cumplimiento de los deberes para con los dioses se consideraba más importante que una doctrina ortodoxa sobre los mismos.

Los griegos de diferentes lugares «adoraban a los mismos dioses»,[40] aunque los epítetos, las ocasiones y los rituales variaban de un lugar a otro. Así, en Atenas, las Panateneas, que se celebraban el primer mes del año, eran un festival ateniense dedicado a Atenea Polias, Atenea la protectora de la ciudad de Atenas. A los dioses se les construían templos que eran sus moradas (simbolizados por la presencia de una estatua) y también se utilizaban como tesoros; se les rendía culto ofreciendo sacrificios de animales y otros víveres en un altar situado delante del templo, que no solo eran una ofrenda de alimentos al dios, sino que también permitían a los devotos celebrar un banquete. Muchos templos estaban construidos en centros urbanos, por ejemplo, los de la Acrópolis de Atenas, pero también había templos importantes en las zonas rurales,

como los Hereos (templos de Hera) de Argos y Samos, que servían para vincular el campo a las ciudades. Los festivales no solo incluían procesiones y sacrificios; también se llevaban a cabo actividades que en nuestra cultura no están asociadas con las ceremonias religiosas, en concreto varios tipos de certámenes atléticos, poéticos y musicales.



ILUSTRACIÓN 6. Delfos: Templo de Apolo (reconstruido en la segunda mitad del siglo IV).

Aunque cada santuario pertenecía a una comunidad local, algunos consiguieron atraer a un grupo mucho más amplio de griegos. Uno de ellos era el Templo de Apolo en Delfos, situado a poca distancia hacia el interior de la costa norte del golfo de Corinto (Ilustración 6), cuyo oráculo era muy consultado. El emplazamiento estuvo ocupado en el Período Micénico. Homero menciona el santuario y las dedicatorias más antiguas halladas datan de *c.* 800; se dice que se consultó al oráculo sobre la colonización de Siracusa en la década de 730. El asentamiento fue trasladado y el primer templo se construyó en el siglo VII. Al principio Corinto ejerció una

influencia especial, pero en la guerra sagrada de la década de 590 Corinto luchó en el bando perdedor, mientras que su vecino Sición y Atenas apoyaron a los tesalios del norte de Grecia (que fueron especialmente poderosos a principios del siglo VI) en el bando ganador. Después de eso, el santuario de Delfos y otro situado cerca de las Termópilas pasaron a estar controlados por una anfictionía (liga de vecinos) en la que predominaban Tesalia y las regiones circundantes; tras una primera celebración allí de los Juegos Píticos en 591/0, se organizaron regularmente cada cuatro años a partir de 582/1.

En Olimpia, en el oeste del Peloponeso, había un santuario dedicado a Zeus (Ilustración 7). El lugar estuvo ocupado en el Período Micénico y hubo dedicatorias desde el siglo X en adelante; el templo más antiguo, dedicado a Hera, la esposa de Zeus, fue construido *c.* 590 y fue uno de los últimos templos importantes en cuya construcción no se utilizó solo piedra y una parte era de adobe. La fecha de fundación tradicional de los Juegos Olímpicos cuatrienales es 776/5 y las listas de los vencedores que reconstruyeron los griegos posteriores muestran que se produjo una creíble ampliación: de vencedores locales al principio a vencedores de todo el Peloponeso a finales del siglo VIII y de todo el mundo griego en el VII. Los habitantes de las inmediaciones de Olimpia eran pisanos, pero la población de Elis, al norte, aspiraba a expandirse hasta esta región y controlar Olimpia. Existen diferentes textos que atribuyen fechas distintas a la disputa por Olimpia (la intervención de Fidón de Argos fue posiblemente en 668), pero parece que Elis acabó obteniendo el control *c.* 580.



ILUSTRACIÓN 7. Olimpia: entrada al Estadio.

A principios del siglo VI se sumaron a Delfos y Olimpia otros dos importantes santuarios, situados en el noreste del Peloponeso. El santuario de Poseidón, en el istmo de Corinto, fue fundado en el siglo XI y a principios del siglo VII se construyó un templo. Los Juegos Ístmicos bianuales, que controlaba Corinto, fueron organizados posiblemente en 583/2: es posible que reflejen una respuesta de Corinto a la pérdida de influencia en Delfos. No lejos de allí, en Nemea, en el norte de la Argólide, se alzaba otro santuario de Zeus: a principios del siglo VI se construyó un templo y empezaron a celebrarse los Juegos Nemeos bianuales en 573/2. El santuario estuvo controlado al principio por la cercana Cleona y posteriormente por Argos.

Otros santuarios no atraían a devotos de todo el mundo griego, pero sí a una cantidad considerable de griegos. La pequeña isla de Delos, situada en el centro de las Cícladas, estuvo ocupada en la Edad del Bronce y, desde el siglo VIII, contaba con un importante santuario de Apolo para los isleños

del Egeo y los griegos jonios. Atenas empezó a interesarse por Delos en el siglo VI, en tiempos de Pisístrato, y la controló durante gran parte del siglo V (convirtiéndola en la sede de la Liga de Delos) y de nuevo, tras un breve intervalo, durante gran parte del siglo IV.[41] El Panjonio, frente a Samos, en la parte continental de Asia Menor, fue un santuario dedicado a Poseidón que compartían las ciudades jonias de Asia Menor junto con Quíos y Samos.

En Atenas, en 566/5, se reorganizaron las Panateneas y se ampliaron con las Grandes Panateneas, que incluían juegos y se celebraban cada cuatro años. Si los atenienses esperaban equipararlo a los festivales de Delfos, Olimpia, Istmia y Nemea, debieron sentirse decepcionados (es posible que el festival estuviera demasiado asociado con la ciudad de Atenas), aunque en el siglo V participaron los estados miembros de la Liga de Delos. Atenas tuvo más éxito con los misterios de Deméter y Perséfone en Eleusis, en el oeste del Ática. Los cultos mistéricos ofrecían beneficios espirituales a quienes se iniciaran y los misterios de Eleusis atrajeron a iniciados de todo el mundo griego. Un decreto ateniense, posiblemente de la década de 430, ordenaba a los miembros de la Liga de Delos que enviaran los primeros frutos de sus cosechas de cereales como ofrenda a Eleusis e invitaba también a los demás griegos a hacerlo.[42]

3

ESPARTA Y ATENAS

Esparta

Esparta, la principal ciudad de Lacedemonia, en el sur del Peloponeso, se hallaba a orillas del río Eurotas, a unos 32 kilómetros del mar. Hubo ocupación micénica y anterior cerca, y la modesta ocupación de este lugar empezó probablemente en el siglo X. La «ciudad» seguía siendo en el Período Clásico una fusión de cuatro aldeas no del todo urbanizadas,[1] junto con Amiclas, situada a poca distancia al sur. Esparta tuvo, y mantuvo hasta bien entrado el Período Helenístico, dos reyes: según la leyenda griega, eran descendientes de gemelos cuyo antepasado era el héroe Heracles, que habían figurado entre los cabecillas de la «invasión doria» y habían recibido como botín Esparta; en realidad, probablemente eran supervivientes de una etapa de la fusión de las aldeas.

Autores posteriores, sobre todo el viajero Pausanias, ofrecen numerosos detalles sobre la expansión de Esparta en Lacedemonia y (hacia el oeste de) Mesenia, pero son cuestionables, ya que, después de que Esparta hubiera sido debilitada y Mesenia liberada en 371-369, los lugares que no tenían historia creyeron necesario inventarla. Fuera cuando fuese cuando empezó el proceso, en la segunda mitad del siglo VIII los espartanos dorios ya habían conquistado a los no dorios que vivían en otros lugares de Lacedemonia. Algunos de ellos se convirtieron en periecos (*perioikoi*, «los que viven alrededor»), que habitaban en ciudades en las que aún tenían libertad para gestionar los asuntos locales, pero estaban sometidos a Esparta en los asuntos exteriores y obligados a luchar por ella sin opinar sobre las decisiones de esta. Otros se

convirtieron en ilotas (*heilotai*, una palabra que significa «cautivos» o tal vez «esclavos»): a diferencia de los esclavos importados tradicionales, eran habitantes locales y tenían una vida familiar, pero eran considerados propiedad del estado espartano y tenían que cultivar sus tierras en beneficio de los espartanos que habían pasado a poseerlas. Esparta les declaraba la guerra cada año y estaban sometidos a diferentes tipos de humillaciones y malos tratos.

En la primera guerra mesenia, probablemente *c.* 735-715, Esparta conquistó el valle de Esteniclaro, en el este de Mesenia, y tal vez sea cierta la información de que Esparta recibió ayuda de Corinto y a los mesenios los ayudaron otros peloponesios. La segunda guerra mesenia, posiblemente una serie de conflictos que se produjeron a mediados y finales del siglo VII, empezó con una revuelta de Mesenia y terminó con la conquista de toda la región por Esparta; es probable que se convirtiera a más hombres en ilotas y a menos en periecos en Mesenia que en Lacedemonia. El poeta Tirteo, que escribió a mediados del siglo VII, mencionaba la guerra dos generaciones antes, y fue comandante en la segunda guerra y exhortó a los espartanos a luchar valerosamente como hoplitas. Al conquistar territorio en Lacedemonia y Mesenia, Esparta no tuvo necesidad de participar en el proceso de colonización: puede que quienes fueron a Taras poco antes de 700[2] fueran hombres que habían nacido durante la primera guerra, de cuya legitimidad se dudaba y a los que, por consiguiente, se les había negado una parte de las tierras conquistadas entonces.

En el siglo V y posteriormente se atribuyeron todas las instituciones de Esparta a un reformador llamado Licurgo (Plutarco reconocía que no se sabía nada con certeza sobre él, aunque escribió una *Vida* del mismo, basada en parte en la ahora perdida *Constitución de Esparta*, escrita en la escuela de

Aristóteles en el siglo IV). Los escritores antiguos le situaban en la época de los primeros Juegos Olímpicos o incluso antes, pero en general se acepta que las instituciones que se le atribuyen no pueden haber sido tan antiguas. Tampoco es probable que las introdujera todas un solo hombre en una misma época, aunque es posible fechar algunas reformas en la primera mitad del siglo VII, entre la primera guerra mesenia y la segunda. Plutarco cita y comenta un documento, que Tirteo parece parafrasear, conocido como la Gran Retra («cosa dicha», una palabra espartana que significa «ley»):[3] la articulación de los espartanos en las tres tribus dorias se combinaba con una articulación en cinco unidades topográficas llamadas obes, que correspondían a las cuatro aldeas y Amiclas; el consejo de nobles se formalizó en una *gerousia* (gerusía, consejo de ancianos), compuesta por los dos reyes y 28 hombres de más de 60 años (a los que se elegía entre las familias principales para el resto de sus vidas); una asamblea ciudadana celebraba reuniones periódicas y tenía derecho a tomar la última decisión. Se trata de uno de los primeros ejemplos de un modelo que se acabaría generalizando en Grecia, aunque se aplicó de diferentes maneras y con distintos matices en los diferentes lugares: primero el consejo consideraba el asunto y la decisión final la tomaba una asamblea ciudadana. En la versión espartana, la asamblea era relativamente débil: solo los miembros de la gerusía y los éforos (abajo) podían hablar o formular propuestas en la asamblea, pero cuando había divisiones, el derecho de la asamblea a tener la última palabra era importante. Una señal de la fecha temprana de las instituciones espartanas es que se votaba por aclamación: unos hombres aislados en una estancia sin ventanas juzgaban cuál era el clamor más fuerte.

Algunos escritores, aunque no todos, atribuían a Licurgo la creación de los cinco éforos («supervisores») que se elegían cada

año entre todos los ciudadanos. Esparta no abolió los reyes, que siguieron siendo importantes en la religión, como comandantes del ejército y como miembros de la gerusía, y les confirió otras funciones de los jefes de estado, como presidir la gerusía y la asamblea. En ocasiones surgieron tensiones entre los éforos y los reyes, y es probable que se creara a los primeros para contrarrestar a los reyes; en fecha posterior se reconstruyó un listado que empezaba en 755/4, pero no se conoce a ningún éforo anterior a Quilón, que fue influyente cuando ejerció el cargo en 555/4.

A Licurgo también se le atribuía una distribución de tierras (o, según algunos autores, la primera de las dos distribuciones), y es probable que se concedieran algunas tierras a los ciudadanos espartanos después de la primera guerra mesenia y más después de la segunda. Las 9000 asignaciones que se afirman corresponden con la cantidad hipotética de ciudadanos con plenos derechos en el Período Arcaico. Pese a lo que creían posteriormente los griegos, ahora parece que, unas vez distribuidas las parcelas, se convirtieron en propiedades privadas corrientes, heredables y de libre disposición, y la riqueza entre los ciudadanos nunca fue equitativa; es posible que el término *homoioi*, «iguales», fuera introducido cuando se hizo necesario diferenciar a estos de los *hypomeiones*, hombres degradados a «inferiores».[4] Sin embargo, todos disponían de suficientes tierras para vivir de ellas y de suficientes ilotas para cultivarlas, por lo que también podemos atribuir a esta época la vida militar a tiempo completo de los ciudadanos, que comían en cuarteles y hasta que tenían treinta años dormían en barracones, algo que era posible y necesario debido a la gran cantidad de población sometida. Es probable que el complejo y severo sistema de adiestramiento de los ciudadanos jóvenes, basado en una serie de clases por edades, se intensificara y desarrollara de forma

gradual entre esa época y el Período Clásico a partir de una estructura básica que estaba muy extendida en Grecia, pero estaba perdiendo importancia en otros lugares.

Esparta experimentó en el Período Arcaico problemas similares a los de otras ciudades. La conquista de Lacedemonia y Mesenia hizo que la solución de Esparta fuera diferente a la de las demás, pero medidas como la reorganización de la ciudadanía y la formalización del consejo y la asamblea tienen correlatos en otros lugares. Esparta evitó la revolución y la tiranía, al parecer, gracias a un pacto entre las familias nobles y los demás ciudadanos: al otorgar a los ciudadanos parte de las tierras conquistadas y poder político, las familias nobles consiguieron su apoyo, en contraposición a quienes fueron convertidos en periecos e ilotas.

En el siglo V y posteriormente, Esparta fue famosa por el austero estilo de vida de sus ciudadanos y se mostró orgullosa de ello. Sin embargo, también hubo poetas espartanos arcaicos, como Tirteo a mediados del siglo II y Alcmán a finales del mismo siglo, y la arqueología sugiere que en el Período Arcaico en Esparta la incultura no era mayor que en otras ciudades (su cerámica floreció en la primera mitad del siglo VI y los trabajos de bronce durante todo el siglo). Se debieron tomar algunas decisiones conscientes, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo VI, de no adoptar la moneda (aunque Esparta no fue la única ciudad que tomó esta decisión), pero gran parte de la imagen se basa en el contraste entre la sencilla y anticuada Esparta y la esplendorosa y moderna Atenas, que convenía cultivar a ambas ciudades en el siglo V.

En la primera mitad del siglo VI, las aspiraciones de Esparta se centraban en el norte, en Arcadia. Heródoto cuenta la historia de unos ambiguos oráculos de Delfos y explica que los espartanos marcharon con cadenas para esclavizar a los

hombres de Tegea, pero fueron derrotados y obligados a llevar las cadenas ellos mismos cultivando las tierras como esclavos, y más tarde se llevaron de Tegea un esqueleto que se decía que pertenecía al héroe Orestes, tras lo cual se sucedieron los éxitos. Según la leyenda griega, Orestes no era dorio: parece que por entonces Esparta aspiraba convertirse en el líder de todos los peloponesios en lugar del jefe dorio de los otros y Tegea afirmaría más tarde ser el principal aliado de Esparta. Gracias a las alianzas en las que fue reconocida como el socio superior, a finales de siglo Esparta llegaría a dominar todo el Peloponeso excepto Argos, que nunca reconoció la superioridad espartana (ambas se disputaban territorio en la costa oriental del Peloponeso y, tras una victoria de Esparta *c.* 546/5, tal vez establecieron un tratado de paz de treinta años), y Acaya, en la costa meridional del golfo de Corinto, que tenía más contacto con el centro de Grecia.

Fue en el siglo VI cuando el auge de Esparta coincidió con la caída de los tiranos en otros lugares, aunque es probable que no se tratara de una política intencionada (véase más abajo). El primer ejemplo bien documentado tuvo lugar en Sición y un fragmento de un papiro lo asocia con el rey Anaxándridas II (*c.* 560-520) y con Quilón (éforo, 555/4).[5] Como la esposa de Anaxándridas no le daba un hijo varón, tomó presionado por los éforos una segunda esposa, al parecer de la familia de Quilón. Dio a luz a Cleómenes, quien, al ser el primogénito, le sucedió; la primera esposa tendría hijos posteriormente (véase más abajo).

En la segunda mitad del siglo VI, Esparta se interesó por el resto del mundo. Estableció una alianza con el rey Creso de Lidia, en Asia Menor, pero no fue capaz de salvarle de los persas *c.* 546/5 y después se negó a apoyar a los griegos asiáticos contra los persas, aunque envió una nave para investigar y

prohibir a los persas que causaran daños a los griegos.[6] Mantuvo contactos con el rey Amasis de Egipto, pero no intervino en 525 cuando, tras la muerte de este, los persas conquistaron Egipto.[7] También mantuvo contactos con Samos (que posiblemente había apoyado a Esparta en la segunda guerra mesenia), aunque no siempre fueron amigables. A mediados del siglo VI, Samos interceptó obsequios enviados a o desde Esparta; en 525, Esparta y Corinto intentaron sin éxito restituir el poder a los enemigos de Polícrates en Samos y *c.* 517 el rey Cleómenes rechazó la petición de Meandro, el antiguo secretario de Polícrates, para que le restituyera en el cargo en Samos.[8] Entre los tiranos que se decía que había derrocado Esparta figuraba Lígdamis de Naxos, de las décadas de 520 o 510.[9]

Cleómenes I sucedió a Anaxándridas *c.* 520; su hermanastro Dorieo, más joven, pero hijo de la esposa preferida de Anaxándridas, fue apartado y partió con las expediciones de colonización al norte de África y Sicilia. En 519, Platea, en el sur de Beocia, que no estaba dispuesta a sumarse a una federación beocia encabezada por Tebas, le pidió ayuda; este le aconsejó que recurriera a Atenas, lo que dio comienzo a una larga relación entre Atenas y Platea y a la hostilidad entre Atenas y Tebas. Intervino en Atenas varias veces entre 511/0 y *c.* 504:[10] para expulsar al tirano Hipias; para apoyar, sin éxito, a Iságoras frente a Clístenes y más tarde para intentar restituir a Iságoras (reunió un ejército de todo el Peloponeso, pero el rey Demarato y los corintios se opusieron y la expedición fracasó); por último, es probable que fuera el responsable de la propuesta espartana de restituir a Hipias como tirano, que fue rechazada cuando Corinto encabezó la oposición. Por aquel entonces, los aliados de Esparta ya se habían organizado en lo que los especialistas denominan la Liga del Peloponeso, en la que los aliados tenían que votar las

propuestas de actuación conjunta formuladas por Esparta: es probable que esta organización, y la norma de que solo uno de los dos reyes participara en cualquier campaña, fueran respuestas al fracaso anterior.

En 499, Aristágoras de Mileto solicitó ayuda a Esparta y a Atenas durante la revuelta jonia contra los persas. Atenas envió ayuda, pero el espartano Cleómenes, supuestamente presionado por su hija Gorgo, rehusó.[11] En torno a 494, posiblemente tras la expiración de un tratado (véase más arriba), Cleómenes dirigió un ataque contra Argos: gracias a un ardid derrotó a los argivos en Sepea, pero sorprendentemente no pudo hacer efectiva su victoria, fue sometido a juicio en Esparta y dio una explicación religiosa, que fue aceptada. Tras las grandes pérdidas sufridas, en Argos estalló una especie de revolución, que tal vez tuvo que ver con la integración de los periecos argivos en el cuerpo de ciudadanos, aunque la hostilidad de Argos hacia Esparta permaneció intacta.

La petición del rey persa Darío de que los griegos se sometieran desencadenó una compleja serie de acontecimientos posiblemente en 493/2.[12] Esparta y Atenas se negaron, pero entre los estados que se sometieron figuraba Egina, en el golfo Sarónico, y Atenas pidió ayuda a Esparta. Cleómenes respondió, pero volvió a topar con la oposición de Demarato; Cleómenes persuadió al oráculo de Delfos para que confirmara los rumores de que Demarato no era hijo de su supuesto padre, tras lo cual Demarato fue depuesto y sustituido por un pariente lejano, Leotíquidas II, que cooperó con Cleómenes. Sin embargo, las intrigas de Cleómenes quedaron al descubierto, huyó al exilio y predispuso a los arcadios contra Esparta, pero le convencieron para que regresara y supuestamente enloqueció, fue atado a un cepo y consiguió suicidarse *c.* 491/0. La descripción posterior de

Heródoto era hostil: estaba loco y su reinado fue breve (esto último es manifiestamente falso).[13] En realidad, parece que creía en una posición fuerte para sí mismo en Esparta y una posición fuerte para Esparta dentro del mundo griego, aunque no tuvo éxito: no derrocó al régimen de Clístenes en Atenas y no consiguió que Argos se sometiera a Esparta.

En las guerras médicas, Esparta no llegó a tiempo para ayudar a Atenas en 490, pero fue reconocida como líder de los griegos que se opusieron a Persia en 480-479. A Cleómenes le sucedió su hermanastro Leónidas, que murió en las Termópilas en 480, en una batalla que, aunque fue en sí misma una derrota, llegaría a ser recordada como un heroico episodio de una guerra en la que a la postre vencerían.[14]

Los atenienses afirmaban ser autóctonos, descendientes de los habitantes originales del Ática. No es posible verificarlo, pero es cierto que, mientras otros lugares del Ática fueron abandonados, la ciudad de Atenas estuvo ocupada de forma continuada desde el Período Micénico, pasando por la Edad Oscura, hasta el Período Arcaico, y puede que haya algo de verdad en la afirmación de los atenienses de que los griegos que emigraron desde el continente hasta el Egeo y Asia Menor pasaron por Atenas: Atenas ya afirmaba ser la metrópoli de los jonios en tiempos de Solón.[15] Entre los siglos X y VIII Atenas se erigió en una de las ciudades principales cuando Grecia dejó atrás la Edad Oscura y en uno de los principales productores de cerámica protogeométrica. Al parecer, la zona rural del Ática fue reocupada desde Atenas, por lo que Atenas, al igual que Esparta, no tuvo necesidad de fundar colonias en el extranjero en los siglos VIII y VII. Sin embargo, parece que entre el siglo VIII y el VII Atenas fue perdiendo terreno: Corinto pasó a ser el primer productor de cerámica decorada[16] y los hallazgos arqueológicos apuntan a que hubo revueltas en el siglo VII sobre las que carecemos de más datos.

Si alguna vez había existido un rey en Atenas, el cargo se había degradado, y a finales del siglo VII había nueve arcontes («gobernantes») anuales que se elegían entre las familias nobles, de los que a uno se le denominaba simplemente arconte, a otro *basileus* («rey») y a un tercero polemarca («el que manda en la guerra»). Tras un año de mandato, estos hombres se convertían en miembros vitalicios del consejo del Areópago, que tomaba su nombre de la colina en la que se reunían, situada al noroeste de la Acrópolis.

Conservamos completa la *Constitución de los atenienses* escrita en la escuela de Aristóteles en el siglo IV (citada aquí

como *Ath. Pol.*), además de varias páginas al comienzo que tratan sobre la historia legendaria anterior. Plutarco escribió una *Vida* de Solón, y el solapamiento parcial entre estas dos obras apunta a la existencia de una obra anterior sobre Solón y el medio siglo anterior utilizada por ambas. Esta obra habría podido utilizar los poemas del propio Solón, algunos de los cuales tratan asuntos de Atenas, y el texto de sus leyes. Por tanto, los datos de que disponemos sobre Solón son sólidos, aunque es posible que nuestras fuentes hubieran asumido con demasiada facilidad que todos los artículos de las leyes de Solón representaban una desviación de la práctica anterior.

El primer acontecimiento identificable de la historia de Atenas fue el intento de Cilón de proclamarse tirano en las décadas de 630 o 620. Cilón era un hombre de clase alta, que había obtenido una victoria olímpica en 640 y estaba casado con la hija de Teágenes de Mégara.[17] Había consultado al oráculo de Delfos y contaba con el apoyo de Mégara, pero no logró el apoyo suficiente en Atenas para que su intento de tomar la Acrópolis tuviera éxito. Sus partidarios buscaron refugio como suplicantes en busca de la protección divina y supuestamente les prometieron respetar sus vidas, pero no cumplieron la promesa; la culpa de ello recayó en Megacles, de la familia de los Alcmeónidas, que era el arconte en ese momento. El episodio provocó una disputa y finalmente propició la «maldición de los Alcmeónidas», que se pudo utilizar contra ellos hasta la época de Pericles, en la segunda mitad del siglo V.[18]

En 621/0, Dracón dio a Atenas sus primeras leyes escritas, incluidas leyes sobre el homicidio. Es probable que en gran medida documentaran la práctica vigente en lugar de modificarla; el objetivo manifiesto de las leyes no era aclarar la situación después del episodio de Cilón, pero no es difícil

suponer que existió una relación entre dicho episodio y la elaboración de leyes escritas poco después. Las leyes de Dracón se recordarían como unas leyes excepcionalmente severas (de ahí el término «draconiano»), pero, aunque puede que las leyes de Solón que las sustituyeron fijaran un límite a los castigos que las de Dracón no imponían, es probable que las de Dracón fueran típicas de su época.

Tras la época de Cilón, al parecer el descontento había aumentado y los remedios de Solón apuntan a dos motivos de queja concretos. Existía una clase de campesinos dependientes llamados *hektemoroi* («los de la sexta parte»), que no eran dueños absolutos de las tierras, sino que tenían que entregar una sexta parte de su cosecha a un señor y a los que se podía despojar de sus tierras y esclavizar si no lo hacían. La creciente movilidad económica estaba permitiendo que algunos hombres de las nuevas familias fueran tan ricos como los de las familias establecidas y pusieran en peligro el monopolio de estas últimas en los asuntos políticos.

Tras comentar la situación de Atenas en algunos de sus poemas, Solón fue elegido arconte para el año 594/3 y recibió el encargo especial de emprender reformas. Para que pudiera ser nombrado arconte tuvo que haber pertenecido a la clase alta establecida, aunque nuestras fuentes le describen como un hombre «de clase media» para explicar su intento de encontrar un equilibrio entre las reclamaciones de los privilegiados y las de los desfavorecidos. Su *sisactía* («alivio de la carga») fue probablemente no una cancelación de todas las deudas, sino de las obligaciones de los *hektemoroi*, convirtiéndolos en dueños absolutos de sus tierras (aunque no fue más allá y no confiscó tierras directamente a los ricos) y abolió en el futuro la esclavitud por deudas (pero no la servidumbre temporal hasta que se liquidara la deuda). Otras medidas económicas

consistieron en la prohibición de exportar productos naturales excepto el aceite de oliva, lo que indica un cambio del ideal de autosuficiencia a centrarse en lo que Atenas podía hacer bien y la disposición a importar a cambio otros productos. Se le atribuyeron cambios en las medidas de capacidad, los pesos y la moneda: posiblemente lo que hizo en realidad fue legislar sobre el uso de medidas y pesos que ya estaban en vigor; en Atenas aún no se acuñaba moneda, pero cuando se introdujeron las monedas, tomaron su nombre de su peso en plata, por lo que los griegos posteriores creían que las medidas relacionadas con el «dracma» tenían que ver con monedas.

En el ámbito político, Solón clasificó a los atenienses en cuatro clases económicas (probablemente diferenciando una clase más alta de las tres ya usadas con fines militares), y decretó que los futuros derechos políticos se habrían de basar únicamente en la pertenencia a esas clases, sin tener en cuenta la familia. A los arcontes se los designaría por sorteo de una lista de preseleccionados (para mejorar las posibilidades de los candidatos de las familias nuevas); y como el consejo del Areópago aún estaría dominado por las grandes familias durante algún tiempo, creó un nuevo consejo con cuatrocientos miembros que preparaba los asuntos para abordar en la asamblea y probablemente, al igual que en Esparta, garantizaba que la asamblea celebrara reuniones regulares. Al sustituir las leyes de Dracón en otros ámbitos que no fueran el homicidio (aunque sin duda incorporó partes de estas en lugar de cambiarlas por completo), elaboró una nueva legislación. También adoptó otras medidas, como la distinción entre juicios «privados», que solo podían entablar las partes perjudicadas y sus familias, y un nuevo tipo de pleitos «públicos», que podía entablar cualquier ciudadano de buena posición (aunque el procesamiento por las autoridades era poco frecuente en Atenas), el derecho a recurrir ante un jurado los

veredictos de magistrados individuales. No era un demócrata, pero esperaba que el pueblo siguiera a sus dirigentes;[19] sin embargo, al establecer una ciudadanía libre y propietaria de las tierras, y al atacar el monopolio político de las principales familias, sentó las bases para ir avanzando hacia la democracia.

Los poemas de Solón muestran que podría haber sido un tirano pero se negó a serlo y que intentó ser justo tanto con los privilegiados como con los desfavorecidos, con lo que no satisfizo a nadie.[20] Los problemas relacionados con el arcontado que surgieron en los años siguientes ponen de manifiesto la resistencia de las principales familias, y la abolición de la esclavitud por deudas podría haber incrementado las dificultades para pedir prestado de quienes necesitaban hacerlo. También hubo problemas de otro tipo derivados de las lealtades regionales: cuando surgió una rivalidad entre los hombres de la llanura de los alrededores de Atenas, dirigidos por Licurgo (sin relación con el Licurgo espartano), y los hombres de la costa que se extiende hasta Sunión, dirigidos por Megacles (nieto del Megacles que se había opuesto a Cilón), un hombre llamado Pisístrato, de la costa este del Ática, se puso al frente de «los que habitan más allá de las colinas». La traslación sin matices a categorías políticas y económicas sería un error, pero el grupo de Licurgo habría contenido el mayor número de hombres de familias nobles y el grupo de Pisístrato el mayor número de individuos descontentos tanto del este del Ática como de otros lugares, mientras que Megacles cooperó en diferentes momentos con uno u otro. Pisístrato tuvo que intentarlo tres veces antes de poder erigirse en tirano (*c.* 561/0, *c.* 556 y 546/5) y cuando murió en 528/7, le sucedieron sus hijos mayores, Hipias e Hiparco. (La tiranía no era un cargo al que se accediera por nombramiento y es mejor pensar en un régimen familiar encabezado por dos hombres y no en que Hipias debía haber

sido «el» tirano por ser el primogénito).

Al igual que otros tiranos, al principio Pisístrato fue popular; se dice que colaboró con las instituciones existentes en lugar de gobernar de forma despótica; convenció a los miembros de algunas familias nobles para que aceptaran su autoridad y ejercieran cargos (en el caso de los arcontes, recuperó la elección directa y no cabe duda de que contaba con la asamblea para elegir a los candidatos que él prefería). Es posible que confiscara tierras a sus adversarios y se las entregara a sus partidarios; creó un impuesto sobre los productos agrícolas (que fue problemático, porque se consideraba que los impuestos recaudados por los tiranos servían para el enriquecimiento personal de estos) y concedió subvenciones a los campesinos más pobres. Como otros tiranos, ensalzó simultáneamente a la ciudad y a su propia familia: atrajo a varios poetas a su corte y se le atribuyen edificios en la Acrópolis y en otros lugares (incluido el inicio de la construcción del gran templo de Zeus Olímpico, situado en el sureste de la Acrópolis, que no sería terminado hasta los tiempos del emperador romano Adriano, en el siglo II d. C.); también se le atribuyen algunos cambios en las Panateneas[21] y es posible que durante su tiranía se introdujera el culto de Dionisos en Atenas. El mutismo sugiere que no mantuvo buenas relaciones con el santuario de Apolo en Delfos, pero suscitó el interés de Atenas por el Apolo de la isla de Delos, que «purificó» retirando los cuerpos enterrados cerca del santuario. Su gobierno tuvo un efecto centralizador que contribuyó a lograr una mayor unificación del Ática: Atenas era el lugar en el que residía el tirano y, por tanto, la sede del poder; el gobierno de un tirano no era bueno para las demás familias nobles y, con el nombramiento de magistrados itinerantes para que solucionaran los conflictos locales, Pisístrato menoscabó el poder de las demás familias en sus

propias localidades.

Durante el siglo VI Atenas recuperó el protagonismo en el mundo griego tras un período de relativo aislamiento y, una vez más, Atenas se convirtió en la principal productora de cerámica decorada: la cerámica de figuras negras (sobre un fondo de arcilla roja sin pintar) desde principios de siglo y la cerámica de figuras rojas (sobre un fondo pintado de negro) desde *c*. 525. No sabemos si las primeras monedas de Atenas, de aproximadamente mediados de siglo, fueron acuñadas mientras Pisístrato ejercía el poder (aunque era del este del Ática, donde se encontraban las minas de Atenas y se dice que tuvo acceso a las minas de plata de Tracia entre su segundo intento de golpe y el tercero); la sustitución de una variedad de dibujos por la «lechuza» (Ilustración 8) data probablemente de la época de Hipias e Hiparco. En torno a 600, Atenas empezó a disputarse con Mégara el control de la isla de Salamina, situada muy cerca de ambas ciudades, y, finalmente, el arbitraje espartano se la concedió a Atenas *c*. 500, lo que tuvo importantes consecuencias para la seguridad del comercio y la marina atenienses. Al mismo tiempo, se enfrentó a Lesbos por el control de Sigeo, cerca del Helesponto, una señal del creciente interés por el comercio con el mar Negro; se recurrió al arbitraje de Periandro de Corinto, que falló a favor de Atenas,[22] aunque Pisístrato tuvo que reconquistar Sigeo. En la primera guerra sagrada, en la década de 590,[23] Atenas (representada por Alcmeón, el hijo de Megacles que se opuso a Cilón) fue una de las ciudades que apoyó a Tesalia en el bando vencedor. Durante su tercer intento de golpe de estado, Pisístrato contó con el apoyo de griegos de varios lugares, como Argos, Eretria, Tebas y Tesalia, y de Lígdamis de Naxos,[24] al que posteriormente ayudó a erigirse en tirano allí. Milcíades, que pertenecía a una de las familias nobles de Atenas, aceptó una invitación para presidir una colonia de tracios en el

Quersoneso (Gallipoli), en la parte septentrional del Helesponto, reforzando con ello la adquisición ateniense de Sigeo. Atenas rompió con Tebas en 519 cuando apoyó a Platea contra esta.[25]



ILUSTRACIÓN 8. Atenas: moneda con «lechuza» de cuatro dracmas (*c*. 440-420).

Posteriormente, los escritores griegos describieron el reinado de Pisístrato como una edad de oro que sufrió un deterioro posterior, pero cuál era el momento posterior dependía de cómo contaran la historia del final de la tiranía. En las Grandes Panateneas de 514/3, Hiparco fue asesinado por Harmodio y Aristogitón, e incluso Tucídides, quien afirma que hasta entonces todo iba bien y su motivación fue puramente personal, ofrece algunos indicios de la hostilidad hacia la tiranía en su versión de la historia.[26] Hipias sobrevivió y se volvió vengativo. Los Alcmeónidas, que se habían exiliado tras el tercer golpe de estado pero habían regresado más tarde, volvieron a partir al exilio. Primero ocuparon una fortaleza en las montañas situadas entre el Ática y Beocia, pero fueron expulsados. Habían mantenido la relación familiar con Delfos desde los tiempos de la guerra sagrada y, después de que un incendio destruyera el templo de Apolo en 548/7, habían obtenido el contrato para reconstruirlo y habían hecho un trabajo más fastuoso del que se habían comprometido a hacer:

entonces convencieron al oráculo para que incluyera en sus respuestas a los espartanos que debían liberar Atenas, y en 511/0, con el rey Cleómenes, los espartanos lo hicieron. Hipias se retiró a Sigeo y después a Lámpsaco, en la parte asiática del Helesponto (cuyo tirano estaba casado con la hija de Hipias), y desde allí se unió a los persas.

El derrocamiento del tirano dejó un vacío político y a dos competidores por la supremacía: Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas (que había sido arconte en 525/4), e Iságoras, que probablemente era del noreste del Ática. Al principio se impuso Iságoras y fue elegido arconte para el año 508/7, pero Clístenes presentó entonces sus propuestas de reforma y se disparó su popularidad. Iságoras, que había establecido un vínculo con Cleómenes en la época de la expulsión de Hipias, le convenció para que volviera a intervenir en Atenas, alegando, probablemente, que cabía la posibilidad de que Clístenes se convirtiera en otro tirano. Clístenes y sus principales partidarios se retiraron, pero se mantuvieron como oposición en el Consejo de los Cuatrocientos, que fue amenazado con ser disuelto, y Cleómenes e Iságoras acabaron asediados en la Acrópolis y tuvieron que retirarse. Clístenes regresó y aplicó su reforma.

La esencia de la reforma fue una nueva articulación de la ciudadanía, como en la Esparta de Licurgo y en Corinto después de la tiranía.[27] Las cuatro tribus antiguas y las *phratriai*[28] sobrevivieron, pero se estableció una nueva organización con una base territorial (aunque hereditaria a partir de entonces), en la que se basaría la vida política ateniense. Las unidades locales, 139, se organizaron en demes (un significado especial del término *demos*, «pueblo»), que se agruparon para formar treinta tritías («terceras partes»), diez en cada una de las tres regiones: la urbana, la costera y la interior

(no las tres regiones de la época de Pisístrato). Se formaron diez tribus nuevas, compuestas cada una por una tritía de cada una de las tres regiones. Los demes eran las unidades naturales, y también lo fueron algunas tritías, aunque hubo también algunas anomalías notables, como que una tritía incluyera algunos demes alejados y desconectados de los demás. El Consejo de los Cuatrocientos de Solón pasó a ser un consejo con quinientos miembros, cincuenta de cada tribu, y los demes individuales se utilizaban como circunscripciones; los generales y muchos otros magistrados eran diez, uno de cada tribu; en cierto momento incluso se pasó de nueve a diez arcontes añadiendo un secretario para poder nombrar a uno de cada tribu.

No resulta obvio de inmediato por qué esta organización debería haber otorgado popularidad a Clístenes: la mejor sugerencia es que estaba ofreciendo a los atenienses un gobierno local, frente a la dominación de la familia local principal, además de un gobierno municipal. Además de eso, estaba «mezclado a la población»[29] para proseguir con la unificación del Ática y las anomalías en la estructura de las tritías sugieren que Clístenes tenía un interés especial en debilitar las antiguas asociaciones, a menudo vinculadas a centros de culto (por ejemplo, en la zona de la que probablemente era oriundo Iságoras, en el noreste del Ática). La familia de los Alcmeónidas no había estado bien situada a este respecto, pero hay indicios de que acabaría estándolo en la nueva organización. La implantación de una nueva organización debió requerir tiempo y es probable que no entrara en vigor hasta 501/0.

El fin de la tiranía fue aclamado probablemente con palabras de la raíz *iso*-, que denota «igualdad» o «equidad», y es posible que Clístenes afirmara estar promoviendo una mayor

isotes. Presumiblemente, lo que planeó seguía siendo una política aristocrática, en la que desempeñaban un papel activo los miembros de las que por entonces eran las familias principales, pero los Alcmeónidas se encontraban en una buena posición con las nuevas normas, algo que no había ocurrido con las antiguas. No obstante, su sistema requería una gran participación de los ciudadanos en las asambleas y en el ejercicio de cargos en los distintos niveles y, lo esperara y quisiera o no, es evidente que los atenienses lo aceptaron de buen grado y, con el tiempo, estuvieron listos para que la participación ciudadana fuera aún mayor.[30]



ILUSTRACIÓN 9. Atenas: *ostraka* utilizados para votar contra Arístides, Temístocles, Cimón y Pericles.

Otra institución que se atribuye a Clístenes es el ostracismo, un procedimiento con el que los atenienses tenían la oportunidad de enviar cada año a un hombre a una especie de exilio honroso durante diez años. Para ello se realizaba una votación en la que escribían (o encargaban a otra persona que lo hiciera, aunque la institución presupone que los atenienses

tenían ese nivel de alfabetización) en un fragmento de cerámica (*ostrakon*, Ilustración 9) el nombre del hombre al que deseaban apartar y en algunos casos se añadía algún tipo de comentario: si se emitían al menos 6000 votos, el hombre que obtenía el mayor número de votos se tenía que marchar. Las fuentes sugieren que se trataba de una medida para evitar la tiranía, pero es probable que un posible tirano pudiera asegurarse de que algún otro obtuviera más votos que él. Lo más probable es que fuera una medida para resolver de un modo más pacífico rivalidades como la que mantuvieron Clístenes e Iságoras y, tras los primeros casos, se usó de este modo (véase más abajo).

Cleómenes de Esparta no se quedó de brazos cruzados ante su rechazo. Con la esperanza de restituir a Iságoras, organizó en torno a 506 un triple ataque de los peloponesios, los beocios y los calcidios de Eubea, pero el contingente peloponesio se vio perjudicado por las discrepancias y Atenas derrotó a los beocios y los calcidios. En torno a 504 propuso restituir a Hipias, pero los corintios se opusieron.[31] Ante una Esparta hostil, Atenas centró su atención en Persia, pero se ofendió cuando los persas exigieron la sumisión formal y más adelante se quejó de que Persia diera cobijo a Hipias.

En 499, Atenas, que afirmaba ser la metrópoli de los jonios[32] y para entonces era antipersa, accedió a apoyar la revuelta jonia contra Persia cuando Esparta no lo hizo.[33] Veinte naves, una aportación significativa, participaron en la campaña de 498, pero posteriormente fueron retiradas: hay varias explicaciones posibles y no se deben extraer conclusiones precipitadas sobre un giro político en Atenas. Atenas seguía siendo, o volvió a ser, antipersa cuando la revuelta terminó sin éxito en 494/3. En 493/2 Temístocles era arconte y empezó a construir el puerto de El Pireo. Posiblemente podríamos fechar

también en ese año la tragedia de Frínico sobre la toma persa de Mileto, que inquietó a los atenienses, y la absolución de Milcíades (sobrino del Milcíades que acudió al Quersoneso y regresó a Atenas al final de la revuelta jonia afirmando ser antipersa), al que se acusó de «tiranía» en el Quersoneso: a los atenienses no les importaba cómo se gobernaran los tracios y tal vez sus adversarios consideraban que su gobierno allí era un vestigio del poder pisistrátida.

Es probable que fuera ese mismo año cuando Atenas y Esparta rechazaron las peticiones de sumisión de los persas. Cuando se sometió Egina, contra la que Atenas había estado librando una guerra intermitente durante algunos años, Atenas pidió ayuda a Cleómenes en Esparta. Tras conseguir un diarca dócil,[34] Cleómenes entregó rehenes de Egina a Atenas, pero, después de la muerte de este, Egina reclamó su devolución. Más tarde se produjo un enfrentamiento cuando un disidente egineta tramó entregar su ciudad a Atenas, pero Atenas, después de esperar a que acudieran más naves desde Corinto, llegó demasiado tarde; Atenas venció en una primera batalla naval, pero Egina venció en una segunda.

Sobre las invasiones persas de 490 y 480-479, véase el capítulo 4. La invasión de 490 se centró específicamente en Atenas y Eretria como represalia por su participación en la revuelta jonia: Atenas solo contó con el apoyo de la vecina Platea (los espartanos acudieron, pero llegaron demasiado tarde), y Milcíades se atribuyó el mérito de la victoria en Maratón. Los persas llevaron consigo al anciano Hipias y a algunos atenienses, incluidos algunos Alcmeónidas, de los que se sospechaba que se habían aliado con ellos. Posteriormente, a partir de 488/7, los atenienses empezaron a utilizar la institución del ostracismo. Las primeras víctimas indican que en 490 se produjo una caza de brujas contra hombres a los que

no se había condenado pero eran sospechosos de deslealtad: un hombre llamado Hiparco que quizá era nieto de Hipias; el Alcmeónida Megacles (y los *ostraka* que se han conservado muestran que varios Alcmeónidas más obtuvieron los votos en la década de 480); y una tercera víctima desconocida. Las víctimas de 483/4 y 483/2 parecen ser los perdedores de una lucha política a tres bandas en la que venció Temístocles: Jantipo, cuya esposa pertenecía a la familia de los Alcmeónidas (que dio a luz a Pericles), a la que *Ath. Pol.* diferencia de las tres primeras,[35] y Arístides «el Justo» (así llamado en contraposición al astuto Temístocles). Entretanto, en 487/6 Atenas restableció la práctica de Solón de nombrar a los arcontes por sorteo de entre una lista de candidatos: no sabemos quién fue el responsable (aunque muchos autores modernos alegan que Temístocles) o por qué, pero formó parte del proceso por el que los arcontes pasaron a ser funcionarios rutinarios y los diez generales (que eran electos y podían ser reelegidos) les superaron en importancia política. En 483/2, a Atenas le fue especialmente bien en sus minas de plata y Temístocles convenció a la asamblea para que no pagara un dividendo a los ciudadanos y, en su lugar, se construyera una nueva flota de trirremes (ya había precedentes de ambos en otros lugares de Grecia), con lo que en 480 Atenas tenía doscientas. Fue el año del ostracismo de Arístides, pero no sabemos qué había sucedido y no hay pruebas de que Arístides se opusiera al plan.

En 480-479 Esparta encabezó la resistencia griega contra los persas, pero Atenas aportó más de la mitad de la flota griega. En 480, Temístocles comandó a los atenienses y se atribuyó el mérito de la victoria naval en Salamina que cambió el curso de los acontecimientos. No tenemos noticias de él en 479 y los atenienses lucharon a las órdenes de Arístides por tierra y de Jantipo por mar, a los que se hizo regresar del

ostracismo: quizá los atenienses pensaban que también se merecían una oportunidad. Durante esta campaña los atenienses tuvieron que abandonar su ciudad, que fue saqueada por los persas, pero dejaron atrás las guerras médicas con una ciudadanía entusiasta y activa, y orgullosa de sus logros.

4

LOS GRIEGOS Y LOS REINOS DE ORIENTE PRÓXIMO

La historia de Heródoto es una crónica de los conflictos entre griegos y asiáticos que culmina en la revuelta jonia de la década de 490 y las invasiones persas de Grecia en 490 y 480-479; desde V, 28 hasta el final, el autor ofrece una descripción narrativa a partir del año 499.[1] No disponemos de narraciones históricas de Oriente Próximo, pero sí de documentos de varios tipos, que incluyen desde las conmemoraciones por los reyes de sus logros hasta las tablillas de arcilla de Persépolis, en las que aparecen registrados datos administrativos.[2]

Mientras los griegos estaban asentados en la costa del Egeo, el resto de Asia Menor estaba habitado por no griegos. En el extremo suroeste vivían los carios, que fueron significativamente helenizados y cuya historia estaba vinculada a la de los griegos asiáticos. Desde finales del segundo milenio, la zona continental de Asia Menor estaba dominada por los frigios, cuya capital, Gordio, se hallaba situada al suroeste de la moderna Ankara. Un rey llamado Midas (al que en la tradición oral se confunde con un personaje legendario que tenía orejas de asno y convertía en oro todo lo que tocaba) tuvo a finales del siglo VIII una esposa griega y realizó dedicatorias en Delfos. A partir de la primera mitad del siglo VII los sustituyeron los lidios, más cercanos al Egeo, cuya capital, Sardes, estaba situada a unos 90 kilómetros hacia el interior desde Esmirna. Giges[3] fundó una nueva dinastía lidia y él sus sucesores sometieron a los griegos asiáticos a cierta subordinación, mientras realizaban dedicatorias en Delfos y otros santuarios griegos. Los lidios fueron los primeros en acuñar moneda

aproximadamente a principios del siglo VI.[4]

Más al este, la principal potencia en los primeros siglos del primer milenio fue el imperio asirio (al que se denomina «neoasirio» para diferenciarlo de los dos períodos de poder anteriores, a principios y finales del segundo milenio). Su capital, Nínive, estaba situada a orillas del Tigris, cerca de Mosul, en el norte de Iraq. Al sur, junto al Éufrates, se encontraba Babilonia, cerca de al-Hilla, en Iraq, que fue conquistada por los asirios en la segunda mitad del siglo VIII. Al sureste de Asiria se hallaba Media, que se unió y llegó a ser poderosa en el siglo VII, cuya capital era Ecbatana (Hamadán, en el oeste de Irán); al este de Babilonia se encontraba Elam, cuya capital era Susa, en el oeste de Irán; Persia, en las montañas situadas al este del golfo Pérsico y con su centro en Anshan, era un territorio dependiente de Elam.

En la primera mitad del siglo VII, Asiria seguía siendo poderosa y destruyó Susa en 646. Sin embargo, a finales de siglo fue derrotada por una combinación de Media y una revitalizada Babilonia (el reino «neobabilonio»), que destruyó Nínive en 612. Es probable que lo que quedó de Elam se integrara en Babilonia y Persia se separara. Babilonia y Egipto se disputaron la costa mediterránea y se impuso Babilonia, que deportó a los judíos de forma escalonada en las décadas de 590 y 580 (Jerusalén fue destruida en 587). Persia llegó a ser poderosa con Ciro II (559-530): la descripción que ofrece de él Heródoto como un vasallo de los medos que se rebeló contra estos parece ser errónea si se tienen en cuenta otros testimonios; podría haber sido un elamita, aunque tal vez sea cierto que tenía ciertos vínculos de sangre con la familia real meda. Él y Nabónido de Babilonia lucharon contra Astiages de Media, que probablemente fue quien atacó, y vencieron en 550/9, cuando el comandante medo Harpago desertó y se unió

a ellos. En 539/8 conquistó Babilonia. Los persas fueron en general permisivos con las religiones locales: allí Ciro restauró la religión tradicional, cuya práctica había obstaculizado Nabónido, y comenzó a liberar a los judíos exiliados (quizá para crear un baluarte contra Egipto).

La caída de los medos dejó un vacío de poder en la región, que atrajo no solo a Ciro, sino también al rey de Lidia, Creso, que reinó desde *c*. 560 y mantuvo alianzas con Babilonia y Egipto. Al parecer, Creso consultó al oráculo de Delfos, convirtió a los griegos más fuertes en sus aliados (sus indagaciones le mostraron que se trataba de los espartanos) y obró conforme a la predicción de que si cruzaba el río Halis (que fluye en dirección norte hasta el mar Negro desde la meseta de Anatolia), destruiría un gran imperio. Aproximadamente en 546, Creso avanzó hacia el este cruzando el río Halis y Ciro marchó hacia el norte para enfrentarse a él. Tras una batalla no decisiva, Creso se retiró a Sardes durante el invierno y pidió a sus aliados que le apoyaran en la primavera siguiente, pero Ciro le siguió, derrotó a los lidios e irrumpió en la ciudad: el imperio que Creso destruyó fue el suyo propio. Se dice que Creso se salvó en el último momento de ser quemado vivo: es probable que sobreviviera, como sobrevivió más tarde Nabónido tras la caída de Babilonia.

Las ciudades griegas de la costa cayeron entonces en manos de los persas y Esparta, atendiendo a una petición, envió una nave para indagar y advertir a los persas de que no causaran daño a los griegos, pero no hizo nada más;[5] algunos hombres de algunas ciudades huyeron a colonias de otros lugares. Es posible que Samos y los demás estados insulares próximos al continente hubieran ofrecido su sumisión simbólica, pero no habían sido sometidos a los lidios y aún no se habían sometido realmente a los persas.

Ciro murió en 530 en una guerra en su frontera nororiental y le sucedió su hijo Cambises, quien se hizo con el control de la costa fenicia y de Chipre con sus armadas y en 525 conquistó Egipto; posteriormente, organizó expediciones hacia el oeste, hasta Cirene y el sur de Etiopía, pero no logró imponer un control eficaz. En 522, un hombre que afirmaba ser su hermano, y que podría haberlo sido, desafió su autoridad, aunque la historia que se contó posteriormente fue que Cambises había matado en secreto a su hermano y que aquel hombre era un impostor. Cambises murió mientras regresaba de Egipto y Darío I (el «portador de la lanza» de Cambises en Egipto) orquestó un contragolpe con el respaldo de otros seis nobles, mató al pretendiente al trono y se convirtió en el siguiente rey. Heródoto insiste en la autenticidad de un debate entre los siete sobre la democracia, la oligarquía y la monarquía,[6] pero es un debate que corresponde al mundo griego de la época de Heródoto y la única cuestión que se abordó fue quién debía ser el próximo rey. El episodio provocó varias revueltas y Darío se jactó de haberlas sofocado en la inscripción de Behistún, en la que ofrece su versión de la historia.[7] Afirmaba pertenecer a otra rama de lo que denominaba la dinastía aqueménida. Tal vez no sea cierto, pero estableció lazos matrimoniales con la familia de Ciro y de Cambises y con sus cómplices en la conspiración, y a partir de ese momento la inmensa mayoría de los puestos importantes recayeron en miembros de su familia y de las familias de los demás.

Darío realzó el culto a Ahura Mazda y es posible que fuera él quien creó la escritura del persa antiguo;[8] en las proximidades de Anshan, terminó el palacio que Ciro había empezado en Pasargada, comenzó a construirse uno nuevo en Persépolis y también otro en Susa (a la que los escritores griegos solían considerar la capital de Persia). Mejoró mucho la

organización del imperio en satrapías (provincias gobernadas por un sátrapa). Las tablillas de arcilla de Persépolis conservan registros comparables a los de las tablillas en lineal B de los micénicos: estos y otros documentos muestran que había griegos entre los trabajadores de los palacios de Darío y que los griegos también llegaron a ocupar otros puestos, por ejemplo, el de secretario. En el mundo griego, Darío se hizo con el control de los estados insulares próximos a la costa de Asia Menor. Polícrates de Samos fue asesinado *c.* 522 por Oretes, el sátrapa de Lidia; Oretes intentó erigirse en un gobernante independiente, pero fue asesinado por un agente de Darío; el hermano de Polícrates, Silosonte, fue finalmente nombrado tirano de Samos por los persas,[9] pero murió pronto y le sucedió su hijo Eaces. No mucho tiempo después, Quíos y Lesbos también quedaron sometidas a Persia; y, al igual que en Samos, Darío controló por lo general las ciudades griegas a través de tiranos vasallos.

Los griegos tendían a ver el mundo dividido entre Europa y Asia: Europa era su propio dominio y Asia el de los persas. La primera gran incursión de los persas en Europa no estuvo dirigida contra los griegos, sino contra los escitas, que vivían al norte del Danubio, *c.* 514: a todos los pueblos situados al norte de su imperio los consideraban escitas; un rebelde escita del este fue el último rebelde al que Darío mencionaba en Behistún[10] y es posible que Heródoto confundiera la expedición de *c.* 514 con otra anterior al noroeste del Caspio. El Quersoneso y Bizancio ya se habían incorporado al imperio. Darío desplazó un ejército desde Susa, integró en sus fuerzas a los griegos asiáticos, incluidos los isleños, ordenó construir un puente de barcas sobre el Bósforo diseñado por un samio, avanzó hasta el Danubio y mandó a los griegos construir allí un puente. Fuera lo que fuese que intentó hacer al otro lado del Danubio, no tuvo éxito. La historia que le llegó a Heródoto

fue que autorizó a los griegos a desertar si no había regresado en 60 días; no regresó a tiempo y los escitas incitaron a los griegos a que destruyeran el puente. El ateniense Milcíades del Quersoneso[11] quería destruir el puente; Histieo de Mileto sostenía que los tiranos debían sus puestos al apoyo persa; destruyeron parte del puente, pero cuando llegaron los persas, pudieron cruzarlo.[12] Tal vez sea cierto que los escitas instaron a los griegos a abandonar a Darío en el norte del Danubio, pero no cabe duda de que los griegos no lo hicieron.

Darío regresó a Asia, permitió a Megabazo conquistar la costa de Tracia y recompensó a Histieo por su lealtad concediéndole la fundación de una colonia en Tracia, en Mircino, cerca de lo que posteriormente sería Anfípolis. Megabazo trasladó a Asia a un grupo de peonios desde el norte de la región de Macedonia y es posible que lograra la sumisión simbólica del rey Amintas de Macedonia, pero desconfiaba de Histieo y, al regresar a Asia, convenció a Darío para que le convocara y le trasladara a Susa. Poco después, los invasores escitas avanzaron hasta el Quersoneso y todo lo que los persas habían conquistado en Europa lo perdieron.

Hasta entonces los persas no habían manifestado ninguna señal de querer seguir avanzando hasta el mundo griego, aunque Heródoto cuenta la historia de que un médico griego de Italia, Democedes, instó a Darío, a través de la esposa de este, a atacar Grecia en lugar de Escitia y aprovechó una expedición de reconocimiento para regresar a su tierra.[13] Sin embargo, cuando un grupo de ricos exiliados de Naxos, la isla más grande de las Cícladas, pidió ayuda a Aristágoras, el sucesor de Histieo en Mileto, este propuso actuar a Artafernes, el sátrapa persa en Sardes, y convenció a Darío, quien envió a un comandante. En 499, enviaron una expedición para atacar Naxos, pero los naxios se enteraron y el ataque fracasó.

Aristágoras esperaba ser culpado por ello y había estado recibiendo mensajes de Histieo (tal vez que Darío estaba hablando de deportar a los jonios como había deportado a los peonios), por lo que decidió iniciar lo que se conoce como la revuelta jonia. Renunció a su tiranía, organizó la destitución de los demás tiranos y (conservando cierta posición de mando) viajó a Grecia, donde no logró convencer a los espartanos, pero consiguió veinte naves de Atenas y cinco de Eretria, en Eubea.[14] Heródoto se centra en Aristágoras e Histieo, pero es necesario saber por qué los jonios habrían confiado en ellos cuando desertaron de los persas y emprendieron una revuelta tras medio siglo de sometimiento. Los tiranos ya habían caído en otros lugares del mundo griego y tal vez allí se estaban volviendo menos aceptables; la expedición escita y sus secuelas habían demostrado que los persas no eran invencibles y tal vez se había despertado un verdadero temor, justificado o no, a las deportaciones.

La acción comenzó con un ataque contra Sardes en 498, pero los griegos fueron perseguidos y derrotados cuando regresaban a la costa y los atenienses se retiraron.[15] En 497, la revuelta se extendió hasta Bizancio en el norte y, en el sur, hasta Chipre (situada durante muchos siglos en una encrucijada entre el mundo griego y el asiático, como aún ocurre en nuestra época); aunque los persas no mantenían grandes contingentes en sus provincias, siempre podían enviar grandes fuerzas, y contraatacaron. Aristágoras partió en 496 hacia Mircino, en Tracia, tal vez con la intención de observar los acontecimientos y llegar a un acuerdo con quienes resultaran vencedores, pero murió en una batalla contra los tracios. En 495, los persas organizaron un gran ataque contra Mileto; los jonios planearon combatir en el mar, pero fueron derrotados en una batalla frente a la isla de Lade y, en 494, Mileto fue conquistada (y los hombres deportados desde allí

hasta el golfo Pérsico). La reconquista persa de la región prosiguió hasta 493.

Entretanto, Histieo había convencido a Darío para que le enviara a Jonia. Viajó primero a Sardes, pero Artafernes no confió en él; entonces acudió a los griegos de Quíos, que intentaron sin éxito restituirle en Mileto. Tras un período dedicado a la piratería en Bizancio, regresó al Egeo y viajó a Tasos, frente a la costa tracia, pero, en 493, mientras los persas consumaban su reconquista, se trasladó a Lesbos, cruzó al continente y allí fue capturado por los persas, que enviaron su cabeza a Darío. Parece evidente que contaba con la confianza de Darío, pero no con la de los subordinados de este; tras ser rechazado por Artafernes, su carrera pareció consistir en una serie de maniobras oportunistas que se demostrarían equivocadas.

Heródoto consideraba la revuelta un desastre, pero parece que el acuerdo de Artafernes en 493 (que incluía una revaluación del tributo pagado por las ciudades) no fue muy severo y en 492 Mardonio sustituyó las tiranías en las ciudades por gobiernos constitucionales (aunque más adelante encontramos que algunas tiranías sobrevivieron o fueron reintroducidas). Fue probablemente en 493/2 cuando Darío solicitó la sumisión de las ciudades griegas (para entonces tenía el punto de mira puesto en Grecia y quería castigar a Atenas y Eretria por su respaldo a la revuelta jonia) y algunas ciudades lo hicieron, pero no así Atenas y Esparta.[16] Mardonio avanzó hasta Tracia con un ejército y una armada, y Tasos, las ciudades costeras y Macedonia fueron sometidas. Es posible que su intención fuera continuar por vía terrestre hasta Grecia, u organizar una expedición posterior, pero su flota naufragó en las proximidades del promontorio de Atos y su ejército sufrió graves pérdidas en una batalla, por lo que se retiró. En 491

circuló el rumor de que había estallado una revuelta en Tasos, pero, tras recibir un ultimátum, se retractaron.

En 490, los persas atacaron Grecia, y Atenas y Eretria en particular, a las órdenes de Datis (un medo, algo excepcional, que había participado en la represión de la revuelta jonia) y de Artafernes (el hijo del sátrapa de Sardes), y esta vez tomaron la ruta marítima por las Cícladas. En Naxos, donde habían fracasado en 499, incendiaron la ciudad y esclavizaron a los habitantes que capturaron. En Delos, la población huyó, pero no causaron daños. En otras islas reclutaron soldados y tomaron rehenes. Caristo, en el extremo meridional de Eubea, se negó a someterse y fue asediada hasta que se rindió. En Eretria, los ciudadanos estaban divididos, pero resistieron el asedio hasta que algunos hombres entregaron la ciudad a los persas, que a continuación quemaron los templos y esclavizaron a la población.

Los persas centraron su atención en Atenas y desembarcaron en la llanura de Maratón, en el noreste del Ática: estaba cerca de Eretria y viajaba con ellos el antiguo tirano Hipias, cuya familia era del este del Ática;[17] era un lugar idóneo para esperar una traición y acamparon en el extremo noreste de la llanura. El ejército ateniense al completo marchó hacia Maratón con el polemarca (arconte militar) y los diez generales (para entonces los comandantes *de facto*), uno de los cuales era Milcíades, que había regresado a Atenas tras finalizar la revuelta jonia.[18] Acamparon en el extremo suroeste de la llanura, a unos 40 kilómetros de la ciudad, y vigilaron las rutas de acceso a esta. El desacuerdo entre los generales que Heródoto sitúa en este momento podría haber sido en realidad un desacuerdo anterior sobre si ir a Maratón o quedarse y defender la ciudad. Desde la cercana Platea llegó ayuda y un mensajero despachado a Esparta obtuvo la promesa de que los

espartanos acudirían tras celebrar un festival, lo que no es descabellado: estos asuntos se tomaban muy en serio y cabía esperar que los atenienses pudieran resistir durante algún tiempo.

Sin embargo, antes de que los persas hubieran conseguido que les entregaran la ciudad o los atenienses hubieran conseguido refuerzos de Esparta, se libró una batalla. Los persas tal vez habían perdido la esperanza de una traición y habían comenzado a embarcar a la caballería para navegar hacia Atenas. La mayoría de los especialistas han situado la batalla en el suroeste de la llanura, cerca del *soros*, el túmulo donde se enterraba a los muertos atenienses, en cuyo caso la infantería persa habría realizado un avance al que habrían respondido los atenienses; algunos la sitúan ahora cerca del pantano que había en la mitad noreste de la llanura y, en ese caso, los atenienses habrían tomado la iniciativa. Los atenienses estaban en desventaja numérica, pero debilitaron el centro de su formación de manera que el frente estuviera igualado al de los persas; y cuando los persas penetraron por el centro, los atenienses atacaron por los flancos y los derrotaron. La cifra de muertes habría sido de 6400 en el bando persa y 192 en el ateniense, una cifra creíble cuando los hoplitas se enfrentaban a adversarios inferiores.

Los persas zarparon entonces hacia la costa cercana a Atenas, pero cuando llegaron (probablemente al día siguiente), descubrieron que los atenienses ya habían regresado y se retiraron. La historia de un mensajero que fue despachado a Atenas (el origen de la carrera de maratón moderna), anunció la victoria y después cayó muerto había pasado a formar parte de la tradición hacia el siglo IV, pero Heródoto no la menciona y es probable que sea inventada. Heródoto conocía la historia de que los Alcmeónidas habían hecho una señal a los persas:

admitía que alguien había hecho una señal, pero negaba con argumentos poco sólidos que pudieran haber sido los Alcmeónidas. Los votos en contra de los Alcmeónidas en los procesos de ostracismo de la década de 480[19] muestran que, en cualquier caso, dicha acusación se formuló en esa época.

Milcíades atacó con toda la flota ateniense el estado insular de Paros, que había donado una nave a los persas; durante un asedio fallido resultó herido y, al regresar a Atenas, se le impuso una cuantiosa multa por engañar al pueblo con falsas promesas (una acusación a la que los autores de políticas fallidas siempre estaban expuestos). Murió a causa de las heridas y pagó la multa su hijo Cimón, que se convertiría en una personalidad importante en las décadas de 470 y 460.[20]

Los persas necesitaban aún más vengarse de Atenas, pero el Egeo estaba simplemente en un extremo de su imperio. A finales de 486 estalló una insurrección en Egipto. Darío murió y le sucedió su hijo Jerjes, y para principios de 484 la revuelta ya había sido sofocada. También hubo revueltas en Babilonia, posiblemente una antes de 480-479 y otra después. Pero en 485/4 Jerjes inició los preparativos para lanzar una campaña a gran escala contra Grecia que dirigiría él mismo, esta vez con la intención de utilizar la ruta terrestre por la que había partido Mardonio en 492; los preparativos incluían la construcción de un puente sobre el río Estrimón, que desemboca en el Egeo entre Tasos y Calcídica, y un canal por el istmo de Atos para evitar que se repitiera el desastre de Mardonio.

A menos que el plan de Temístocles de reunir una nueva armada ateniense fuera impulsado por la expectativa de que se produjera una invasión persa,[21] los griegos no mostraron signos de temor hasta 481, cuando Jerjes llegó a Sardes con sus fuerzas terrestres. Entonces los griegos que querían resistir celebraron una conferencia, posiblemente en Esparta. Esparta

fue reconocida como líder; se resolvieron las disputas entre los griegos, sobre todo entre Atenas y Egina; se enviaron espías a Sardes, donde les mostraron el gran ejército de Jerjes y los enviaron de vuelta para que informaran. También se hicieron llamamientos en vano a algunos griegos sin representación: Argos, que no aceptaba el liderazgo espartano;[22] Siracusa, en Sicilia, que en 480 estaba sumida en una guerra interna contra los cartagineses;[23] Córcira, frente a la costa occidental de Grecia, que prometió 60 naves que nunca llegaron; y Creta, que no corría peligro y en aquella época se mantenían apartada de los asuntos griegos.[24] En el invierno, Jerjes envió heraldos para solicitar la sumisión de los griegos (quizá no a Esparta y Atenas, que habían rechazado la petición de Darío), pero no está claro cuántos estados se sometieron antes de que llegaran los persas.

Heródoto, imaginando que Jerjes llevaría a todos los efectivos de su imperio, le atribuyó más 2 600 000 hombres entre el ejército de tierra y la armada, más un número igual de no combatientes: los especialistas modernos calculan entre 100 000 y 300 000 hombres en el ejército (aunque los intentos de obtener una cifra reinterpretando algunos de los datos de Heródoto son poco productivos). En línea con una posible interpretación de *Los persas*[25] de Esquilo, atribuye a Jerjes un flota de 1200 naves, pero que quedaron reducidas debido a las tormentas a no muchas más de las que tenían los griegos. Las cifras que ofrece de los soldados griegos desplegados en diferentes ocasiones son creíbles; las 378 naves de la flota griega era tal vez la cifra total en uso en algún momento durante 480 (Esquilo hablaba de 300 o 310 en Salamina).

Ambos bandos necesitaban mantener un ejército y una armada nivelados: las trirremes necesitaban una costa accesible

en la que pudieran atracar de noche y si se adelantaban al ejército de tierra podría no serlo; mientras que si el ejército se adelantaba a la armada, el enemigo podría desembarcar hombres en su retaguardia. Jerjes necesitaba utilizar una ruta que fuera practicable para un gran ejército; los griegos tenían necesidad de resistir en lugares angostos en los que contingentes más pequeños pudieran resistir más tiempo. Ningún bando tenía los conocimientos geográficos precisos que hoy damos por sentados: se podía recabar información general, pero (por ejemplo) es totalmente creíble que ningún bando tuviera conocimiento de la senda Anopea de las Termópilas antes de llegar allí.

Jerjes abandonó Sardes en la primavera de 480, utilizó un puente de barcas para cruzar el Helesponto y avanzó por la costa tracia hasta Macedonia (donde el rey Alejandro I era en teoría un vasallo persa, aunque simpatizaba con los griegos o posteriormente afirmaría simpatizar con los griegos). Algunos tesalios pidieron ayuda al consejo de primavera de la resistencia griega y enviaron un ejército de 10 000 hombres a defender el valle de Tempe, a través del cual se esperaba que Jerjes penetrara en el interior de Tesalia. Esparta no envió un rey; los atenienses en esta y en todas las batallas de ese año combatieron a las órdenes de Temístocles. Pero al cabo de unos días, abandonaron Tempe: habían ido demasiado pronto, los tesalios estaban divididos y descubrieron que había otras rutas accesibles para Jerjes. Después de eso, Tesalia tuvo que someterse a los persas.

Los griegos decidieron a continuación enviar un ejército a las Termópilas, donde había una estrecha franja costera (mucho más estrecha de lo que es en la actualidad) junto al golfo a la altura del extremo noroccidental de Eubea, y a la armada a Artemisio, en el extremo norte de Eubea, frente al

golfo Pagasético. El ejército a las órdenes del rey espartano Leónidas estaba compuesto por 3000-4000 hombres del Peloponeso y algo más de 2000 de la Grecia central. Se acercaban las Carneas en Esparta y el festival Olímpico y no hay por qué dudar de que se consideró que este contingente era suficiente para un breve espacio de tiempo y que se enviarían más hombres después de los festivales. Heródoto habla de 280 naves griegas en Artemisio y de que los atenienses llegaron en dos veces (quizá porque no podían enviar a toda su gran flota de una vez). Heródoto cuenta que, en esta y en otras ocasiones, los griegos primero sucumbieron al pánico, pero después combatieron valerosamente.

Probablemente a finales de agosto combatieron durante tres días en ambos lugares: en los dos primeros días en las Termópilas los griegos consiguieron contener a los persas; en Artemisio, los griegos emprendieron una acción a pequeña escala demasiado tarde en el día para que pudiera librarse una batalla. En las Termópilas, los persas encontraron a un guía para la senda Anopea a través de las montañas que permitió a sus fuerzas de élite descender por la retaguardia de los griegos: cuando Leónidas se había enterado de la existencia de la ruta había enviado a los focios cercanos a defenderla, que huyeron cuando llegaron los persas. Cuando comprendió que estaba atrapado, Leónidas despachó a la mayor parte de su ejército, pero se quedó con los espartanos y los beocios (cuyas ciudades caerían inevitablemente en manos de los persas) y luchó hasta la muerte. En Artemisio los persas atacaron a los griegos, que los repelieron, aunque con graves pérdidas. Entonces llegaron las noticias de las Termópilas a la flota griega: ya no tenía sentido que permanecieran allí y se retiraron durante la noche.

No había ningún lugar en el norte del istmo de Corinto donde los griegos pudieran confiar en frenar el avance persa:

fue una derrota importante, aunque después se presentó como un episodio heroico de una lucha en la que, a la postre, acabarían venciendo. Los persas atravesaron Beocia (donde encontraron colaboradores, sobre todo en Tebas) en dirección al Ática, y finalmente tomaron y saquearon Atenas, consiguiendo por fin vengarse. El Ática había sido evacuada, a excepción de unos pocos hombres que se habían negado a abandonar la Acrópolis ateniense. La armada griega ayudó en la evacuación y fijó su base en la isla de Salamina; un ejército de peloponesios comenzó a fortificar el istmo. Heródoto menciona una serie de reuniones en Salamina en las que los griegos consideraron retirarse al Peloponeso y Temístocles se opuso: si no se quedaban, probablemente se dispersarían y los persas podrían navegar más allá del istmo. (Además, en Salamina los griegos eran un objetivo por sí mismos y es probable que a los persas no se les ocurriera utilizar algunos de sus barcos para mantenerlos allí mientras el resto navegaba hacia el Peloponeso). Se dice que, al final, la batalla, que con bastante certeza se produjo a finales de septiembre, fue forzada por un mensaje engañoso enviado por Temístocles a Jerjes.

Sobre Salamina tenemos, además de a Heródoto, la tragedia *Los persas* de Esquilo,[26] escrita en 472, mientras que Heródoto escribió en torno a las décadas de 440 y 430, y en varias cuestiones Esquilo es más creíble. Para él, el mensaje de Temístocles solo engañó a los persas, que pasaron la noche en alta mar esperando una huida de los griegos que nunca ocurrió; por la mañana, los griegos enviaron sus naves y atrajeron a los extenuados persas hacia el estrecho situado entre la isla y el continente. Según Heródoto, Temístocles necesitaba forzar un combate antes de que los griegos pudieran escapar; y los persas se infiltraron en el estrecho durante la noche sin que lo advirtieran los griegos, aunque siguieron esperando a que los griegos tomaran la iniciativa por la mañana. Una vez iniciada la

batalla, se produjo una *mêlée* de muchos barcos en un espacio reducido, donde los persas no pudieron beneficiarse de la mayor maniobrabilidad de sus naves. El resultado fue una victoria de los griegos, tras lo cual la flota persa y Jerjes, con la mayor parte del ejército, regresaron a Asia, aunque Mardonio permaneció en Grecia con una parte del ejército.

Los intentos de los persas de conquistar Atenas fueron infructuosos. En 479, los peloponesios proseguían con la fortificación del istmo, pero a finales del verano (tal vez con menos dificultades de las que Heródoto suponía), Atenas convenció a Esparta para que enviara al norte un ejército bajo el mando del regente Pausanias. (A Leónidas le había sucedido su hermano Cleómbroto, pero este había muerto y su hijo Pausanias era el regente del hijo de Leónidas). El comandante ateniense era Arístides.[27] Los ejércitos se enfrentaron cerca de Platea, situada entre la base persa de Tebas y las montañas que separan Beocia del Ática: en el bando griego combatieron unos 40 000 hoplitas y tal vez una cifra similar de soldados de infantería ligera, y es posible que el tamaño del contingente persa fuera similar. La primera posición no tentó a ninguno de los bandos a combatir; los griegos se trasladaron a una segunda posición con más posibilidades de tentar a los persas, pero al cabo de algunos días los persas hicieron que fuera indefendible; una retirada de los griegos a Platea, probablemente menos caótica de lo que sugiere Heródoto, animó a los persas a iniciar una batalla, en la que murió Mardonio y vencieron los griegos. Los persas que sobrevivieron huyeron y los griegos asediaron Tebas.

En el mar, el año 479 comenzó con la flota de los persas fondeada en Samos y una flota griega de 110 naves bajo el mando del rey espartano Leotíquidas fondeada primero en Egina y más tarde, a petición de Quíos, en Delos. Tras otra

petición de ayuda, esta vez de los adversarios de Persia en Samos, los griegos marcharon hacia Samos; y cuando se iban aproximando, los persas se retiraron a la vertiente sur del promontorio de Mícala, en el continente, donde tenían un ejército, y enviaron sus naves fenicias a casa. Los griegos les siguieron, desembarcaron y vencieron en la batalla, posiblemente casi al mismo tiempo que en Platea o quizá un poco más tarde. Tras sumar a los griegos orientales a su alianza, zarparon hacia el norte para destruir el puente de barcas de Jerjes sobre el Helesponto, pero descubrieron que ya lo habían hecho las tormentas el invierno anterior. Leotíquidas y los peloponesios regresaron a casa; presagiando la futura actividad de Atenas, los atenienses, a las órdenes de Jantipo,[28] y los griegos orientales se quedaron para asediar Sesto, en el Quersoneso, y la conquistaron.

Los griegos no habían estado unidos, pero los que se enfrentaron a los persas combatieron con patriótica determinación y crearon un fuerte sentimiento de solidaridad griega, mientras que Jerjes contaba con un ejército reclutado a la fuerza en todas las provincias de su imperio. En cualquier caso, desde el punto de vista estratégico, el terreno de Grecia no era inadecuado para un gran contingente y los griegos eligieron lugares para resistir en los que la superioridad numérica de los persas no les sirviera de mucha ayuda. Los persas poseían mejores naves y tripulaciones, pero no tuvieron ocasión de luchar en mar abierto; los hoplitas griegos eran superiores a la infantería de los persas. No obstante, los persas invadieron Grecia hasta el istmo de Corinto. Heródoto creía que la perseverancia de los atenienses, incluso después de evacuar su propia ciudad, había sido crucial: si se hubieran pasado al bando de los persas, el Peloponeso no se habría salvado.[29]

Ahora sabemos que los persas nunca volverían a invadir Europa, pero nadie en ninguno de los bandos podía haberlo sabido a finales de 479 y cabe pensar que todo el mundo esperaba que, al cabo de unos años, los persas intentarían vengar su derrota.

LA GRECIA CLÁSICA

c. 500-323

5

LA PENTECONTECIA 478-431

EL IMPERIO ATENIENSE

La Grecia «clásica» es la Grecia de los siglos V y IV. Se trata de un período sobre el que estamos relativamente bien informados, ya que disponemos de narraciones de autores contemporáneos y cuasicontemporáneos y otros textos literarios de la época de varios tipos, y de un creciente corpus de textos inscritos en piedra o metal. Muchos de los textos están escritos por atenienses o por otros griegos activos en Atenas y es un período en el que Atenas no fue simplemente una de las grandes ciudades griegas, sino que disfrutó de un predominio cultural y una relevancia política mucho mayores que en períodos anteriores o posteriores.

Tucídides, el historiador de la guerra del Peloponeso, incluyó en la introducción de su historia una crónica somera y selectiva de los (casi) cincuenta años que transcurrieron entre el final de las guerras médicas y el comienzo de la guerra del Peloponeso (la palabra *pentekontaetia*, «período de cincuenta años», se debe a un antiguo comentarista de Tucídides) para justificar su opinión de que el verdadero motivo de la guerra del Peloponeso fue el creciente poder de Atenas y el temor que suscitaba en Esparta.[1] Crónicas posteriores de este período, en especial la historia de Diodoro Sículo (XI.38-XII.32) y las *Vidas* de Plutarco de atenienses activos por entonces, tratan estos temas para facilitar más detalles de los episodios mencionados por Tucídides que de los episodios omitidos por este, y no siempre está claro hasta qué punto es fiable esta

información. Tucídides ofrece pocas indicaciones cronológicas en su narración. Diodoro organizó su historia por años (aunque su fuente para la historia de Grecia, Éforo, no hizo lo mismo): por lo general, asignó una historia importante a cada año, pero cuando es posible realizar una verificación, sus asignaciones no son fiables; la notas más breves sobre lo que sucedió «en el mismo año» parecen provenir de un cuadro de fechas y hay mejores razones para tenerlos en cuenta.[2]

De principios del siglo V tenemos los epigramas de escritores como Simónides y poesía lírica de autores como Píndaro, a menudo dedicada a los vencedores de los grandes juegos. Más tarde, la forma en verso principal es el teatro ateniense: las tragedias de la década de 470 en adelante de Esquilo, Sófocles y Eurípides, que casi siempre versan sobre temas del pasado legendario; y las comedias de la década de 420 en adelante de Aristófanes y otros escritores cuyas obras no se han conservado o no han sobrevivido completas, basadas en la vida pública de la época.

Las inscripciones públicas[3] pasaron a ser más numerosas en el Período Clásico, sobre todo, y probablemente como resultado de una política intencionada, en la Atenas democrática a partir de la década de 450. Incluyen textos como tratados entre estados, leyes y decretos,[4] textos relacionados con la guerra, como dedicatorias de agradecimiento y listas de víctimas, y registros financieros de diversos tipos. En casi todos los casos son auténticas, en el sentido de que se trata de textos publicados por las autoridades competentes de la época, pero no cuentan toda la historia (por ejemplo, se suelen registrar las decisiones sin explicación alguna o con una explicación muy poco informativa, y no se indicaba si fueron polémicas). Además, solo una pequeña parte de las inscripciones se ha conservado completa y con todas las

letras legibles, y en otros casos los editores tienen que hacer lo que pueden con lo que se conserva. Muchos textos incompletos no contienen una indicación segura de la fecha y a las incertidumbres se ha sumado la aceptación de que la doctrina sobre los cambios en las formas de las letras en Atenas que prevaleció durante más de un siglo era demasiado rígida (en la colección de Fornara no se emite una opinión cuando se proponen diferentes fechas).

A finales de 479, nadie podía saber o esperar que los persas fueran a invadir Europa.[5] En 478, los dos comandantes espartanos de 479 intercambiaron destinos: Leotíquidas desplazó un ejército a Tesalia, en el norte de Grecia, donde se dice que aceptó sobornos.[6] Pausanias trasladó una flota primero a Chipre[7] y después a Bizancio, pero su comportamiento arrogante hizo que no gozara de popularidad (esto no se podía haber previsto) y cuando llegó un nuevo comandante espartano, fue destituido. Atenas, que tras el aislamiento anterior había potenciado cada vez más sus intereses en ultramar durante el siglo VI,[8] se convirtió en el líder de una nueva alianza, que los especialistas denominan la Liga de Delos porque tenía su sede en la isla de Delos, consagrada al dios Apolo (Ilustración 10).[9] Se trataba de una alianza plena y permanente, cuya finalidad evidente era continuar la guerra contra los persas, y en la que los estados miembros debían aportar naves para la guerra o pagar *foros* («tributo») que subvencionaran a la armada ateniense. No está claro con qué rapidez creció, pero a mediados de siglo incluía casi todas las islas del Egeo y las ciudades de sus costas tracia y asiática.



ILUSTRACIÓN 10. Delos: Terraza de los Leones (siglo VII).

La liga fue creada por Arístides,[10] pero en las primeras campañas estuvo al mando Cimón, el hijo de Milcíades.[11] Entre los primeros episodios que menciona Tucídides figuran intervenciones contra los persas y contra los griegos que los habían apoyado, incluida una importante victoria terrestre y marítima contra los persas en la desembocadura del río Eurimedonte, en la costa meridional de Asia Menor, a principios de la década de 460; y también acciones especialmente beneficiosas para Atenas, como la conquista a mediados de la década de 470 de Esciros, en el norte del Egeo, que tenía una vinculación legendaria con Atenas y se encontraba en la ruta entre Atenas y el Helesponto. (Esciros, junto con Lemnos e Imbros, se convirtieron en la base de Atenas para controlar el norte del Egeo). Atenas entendía una alianza permanente como una guerra permanente y exigía naves y tributos cada año; y de este modo empezó a fortalecer su poder sobre las ciudades griegas de un modo que no tenía precedentes (los tributos era comunes en los imperios de Oriente Próximo, pero no en Grecia). Esto provocó revueltas, que serían sofocadas: en Naxos, quizá a finales de la década de 470, y en Tasos en 465/4-463/2; al final, a casi todos los

estados miembros les resultaba menos problemático pagar un tributo que aportar naves con sus tripulaciones cada verano. En un principio se dio por hecho que los miembros pertenecían a una alianza libre, pero, al igual que ocurrió con Rusia y Europa del Este en el período soviético, aunque Atenas nunca acabó con la existencia independiente de los diferentes estados, fue coartando cada vez más su libertad de diversas formas.

Entre *c.* 465/4 y *c.* 456/5 Esparta tuvo que hacer frente a una rebelión en Mesenia: Atenas, a las órdenes del filoespartano Cimón, fue uno de los aliados que apoyaron a Esparta, pero, durante su ausencia, se impuso un grupo de políticos democráticos antiespartanos, los espartanos rechazaron a los atenienses y los atenienses condenaron al ostracismo a Cimón.[12] Con Pericles y otros, Atenas rompió con Esparta y selló una alianza con Argos y Tesalia, y en la década de 450, mientras seguía luchando contra los persas, también comenzó a incrementar su poder en Grecia (en la que en ocasiones se denomina la primera guerra del Peloponeso). La lucha contra Persia llevó a la liga primero a Chipre y después a Egipto (donde aceptó una invitación para apoyar una rebelión contra Persia: Egipto había estado atrayendo a comerciantes y mercenarios griegos desde hacía dos siglos) y Fenicia. Sin embargo, la campaña en Egipto acabaría siendo un desastre *c.* 454. Más cerca de casa, los atenienses obligaron a Egina[13] a incorporarse a la liga, lograron la adhesión de Mégara, en el istmo de Corinto, y realizaron campañas en varios lugares, obteniendo el control de Beocia y la Fócide, la región donde se encontraba Delfos. Desde comienzos de siglo habían estado transformando El Pireo en una ciudad portuaria y construyeron largas murallas que unían Atenas con El Pireo en una única zona fortificada con acceso al mar.

Sin embargo, mientras la campaña en Egipto fracasaba, la

expansión en Grecia perdía ímpetu y el temor a un resurgimiento de Persia probablemente hizo que los atenienses trasladaran en 454 el tesoro de la Liga de Delos a Atenas. Una consecuencia de ello fue la inscripción a partir de 453 de las «listas de tributos atenienses», listas que documentan el 1/60 del tributo anual que se entregaba como ofrenda a la diosa Atenea y, convenientemente para los historiadores, no se calculaba sobre el total, sino sobre el pago de cada miembro. La reconstrucción de estas listas a partir de los fragmentos que se han conservado ha sido una tarea hercúlea y sería esperar demasiado que todos los datos de la reconstrucción actual sean correctos, pero ofrecen buenas indicaciones de las cantidades pagadas por los diferentes miembros y algunas indicaciones sobre qué miembros pagaron en qué años. Al parecer, aproximadamente por la misma época, las reuniones de los aliados se interrumpieron: a partir de entonces, la política de la liga la decidiría Atenas en solitario.

Cimón fue condenado al ostracismo en 461 y regresó en 451; es posible que fuera el responsable de una tregua de cinco años entre Atenas y los peloponesios. Después dirigió otra campaña en Chipre, pero fue asesinado, y a partir de entonces ya no se vuelve a mencionar una guerra activa contra los persas. Desde el siglo IV en adelante, todo el mundo conocía la paz de Calias entre Atenas y los persas, que excluía a los persas del Egeo y el oeste de Asia Menor.[14] Pero se trata de uno de una serie de supuestos documentos del siglo V sobre los que no existen pruebas fiables de ese siglo, y yo sostengo la opinión minoritaria de que, aunque finalizara la guerra activa, la paz de Calias fue inventada después de la paz de Antálcidas de 387/6[15] para que fuera más vívido el contraste entre las glorias del siglo V y la humillación del siglo IV.

¿Qué ocurrió con la Liga de Delos? La primera lista de

tributos muestra una irregularidad considerable en los pagos a finales de la década de 450 y principios de la de 440, y si la reconstrucción actual es correcta, no se recaudaron tributos en 449/8. Un decreto ateniense sobre Eritras, en Asia Menor, probablemente de finales de la década de 450, trata las ofrendas a las Panateneas, impone una constitución democrática y menciona a los hombres que se habían pasado al bando de los persas (dos reconstrucciones traducidas por Fornara 71), por lo que parece que al menos hasta cierto punto Persia estuvo alentando las deserciones de atenienses. Aproximadamente a mediados de siglo aparecen varias señales de que Atenas estaba menoscabando la libertad de los aliados: la injerencia constitucional (cuando ocurría una provocación y surgía una oportunidad: Atenas no lo hizo de forma sistemática, pero, en la segunda mitad del siglo V, la democracia y los vínculos con Atenas, y la oligarquía y los vínculos con Esparta, tendían a ir juntos); el traslado de algunos tipos de juicios de los tribunales locales a los atenienses; las aportaciones de los aliados a los festivales atenienses;[16] la creación de las «cleruquías», grupos de atenienses con tierras asignadas en un estado aliado, y las oportunidades para los atenienses más ricos de convertirse en propietarios de tierras en un territorio aliado (mientras que normalmente solo los ciudadanos de un estado podían poseer tierras en él).

Si hubo algún año sin tributos, esto podría indicar que los atenienses no estaban seguros de qué hacer con la liga. Plutarco menciona la propuesta ateniense de celebrar un congreso que, al parecer, pretendía ampliar la Liga de Delos para que incluyera a todos los griegos, y que no se celebró porque los espartanos declinaron asistir;[17] sin embargo, los cierto es que la liga continuó, con tributos y el control ateniense, aunque sin combatir regularmente. En 447/6 se puso en marcha un

programa de construcción de grandes edificios en la Acrópolis ateniense (Ilustración 11), que incluía el Partenón para albergar una estatua de oro y marfil de Atenea, los Propileos como un majestuoso edificio de entrada y, fuera de este, un templo dedicado a Atenea Niké (la diosa de la victoria). Es posible que la construcción del Erecteion comenzara tras la paz de Nicias y terminara en la última década del siglo. Aunque algunos textos lo afirman, no es probable que los templos destruidos por los persas se mantuvieran intencionadamente en ruinas hasta 447/6. Entre otros edificios de este período figura el Odeón, situado debajo de Acrópolis, al sureste, que se atribuye a Pericles. No es seguro que se realizara una transferencia directa de fondos del tesoro de la Liga de Delos a tal efecto, pero al subvencionar a Atenas por otras vías la liga contribuyó de manera indirecta, si no directa: Plutarco menciona que a Pericles se le preguntó sobre ello y respondió que mientras Atenas mantuviera a los aliados a salvo de los persas, no debía a estos ninguna explicación de cómo se gastaba el dinero.[18] Algunos edificios anteriores se habían construido con donaciones privadas. Aunque los atenienses no habían sufragado todos los gastos, eran edificios públicos sobre los que decidía la asamblea y que estaban controlados por juntas de supervisores nombrados por las autoridades.



ILUSTRACIÓN 11. Atenas: Acrópolis; los Propileos a la izquierda, el Erecteion al fondo, el Partenón a la derecha (todos de la segunda mitad del siglo V) y el Odeón de Herodes Ático en primer plano (siglo II d. C.).

En 447/6, Atenas se enfrentó a una serie de crisis: Beocia se sublevó y Atenas la perdió; le seguirían las ciudades de Eubea, uno de los primeros miembros de la liga. Mientras Pericles se encontraba en Mégara con un ejército, esta también se rebeló y los peloponesios invadieron el Ática con el rey espartano Plistoanax. Pericles regresó y los peloponesios, tal vez como resultado de una negociación privada, no avanzaron más allá de la zona de Eleusis. Aceptar sobornos se consideraba inmoral, pero ofrecerlos por una buena causa, no: ambos bandos creían que Pericles había sobornado a Plistoanax. Los espartanos desterraron a Plistoanax, pero a los atenienses les gustaba contar la historia de que Pericles había incluido en sus cuentas de ese año diez talentos «para gastos necesarios». Tras la retirada de los peloponesios, Pericles recuperó Eubea. En 446/5 se firmó la paz de los Treinta Años, por la que Atenas renunciaba a la mayor parte de los territorios conquistados en la Grecia continental y se reconocía

oficialmente la división del mundo griego en dos bloques rivales, el ateniense y el espartano.

A simple vista parecía una victoria de Esparta, pero los atenienses creían que, pese a no poder expandirse a la esfera de Esparta, sí podían seguir expandiéndose a otros lugares. En el oeste afianzaron Sibaris, en Italia, posiblemente en 446/5, y la refundaron como Turios posiblemente en 444/3, y participaron en la refundación de Neápolis y forjaron alianzas con otras ciudades;[19] en Tracia fundaron Anfípolis (tras varios intentos anteriores), cerca de la desembocadura del río Estrimón, en 437/6; en el noroeste de Grecia, posiblemente a principios de la década de 430, apoyaron una refundación de Argos Anfiloquia; también en esa misma década, Pericles organizó una expedición a la costa meridional del mar Negro y Atenas forjó una alianza con el reino del Bósforo Cimerio (Crimea), un importante productor de cereales. Los datos sobre estos episodios son fragmentarios; Tucídides solo narra una guerra entre 440-439 en la que Atenas apoyó a Mileto contra Samos, uno de los pocos miembros que aún suministraban naves a la Liga de Delos. Los samios recibieron alguna ayuda de Persia (quebrantando la paz de Calias, si es que existió) y Esparta sopesó si ayudarlos (quebrantando la paz de los Treinta Años), pero no logró convencer a sus aliados de la Liga del Peloponeso; no obstante, aunque Atenas se enfrentó a serios obstáculos, logró recuperar el control y probablemente impuso una constitución democrática.

El imperio reportó beneficios económicos a Atenas, sobre todo gracias a los tributos y el acceso a tierras en el territorio de sus miembros, aunque es probable que los atenienses pensaran principalmente en el poder y la gloria, y los beneficios económicos fueran una consecuencia en lugar del objetivo principal. La insistencia en el uso de los pesos, las medidas y

las monedas atenienses, probablemente en la década de 420, [20] fue conveniente para el imperio en su conjunto, pero debió ser un golpe para el orgullo de los estados a los que se impidió mantener sus propias normas (compárese con los debates sobre el euro en fechas recientes). Aunque los estados miembros, en teoría, seguían estando separados y siendo independientes, y Atenas no interfirió en sus asuntos de manera sistemática, siempre se mostraba dispuesta a hacerlo si lo consideraba apropiado en determinados casos. La religión formaba parte de la vida civil griega y el imperio tenía una dimensión religiosa, y se exigía a los miembros que enviaran donativos a los festivales atenienses. Se podían conceder beneficios a los miembros cuya lealtad Atenas ansiaba conservar: en la década de 420, se otorgó a Metone, situada en la costa de Macedonia, un permiso especial para importar una cantidad determinada de cereales del mar Negro, lo que indica que a otras ciudades no se les permitía hacerlo.[21] Tucídides mencionaba que los atenienses hablaban de un modo realista sobre su poder y creía que los miembros estaban molestos por el trato que recibían:[22] algunos especialistas modernos han concluido que solo estaban molestos los oligarcas de la clase alta, mientras que los demócratas disfrutaban de las ventajas que reportaba la adhesión (como un Egeo seguro y próspero, y las posibilidades de empleo en la armada ateniense). Quienes sin duda se beneficiaron fueron los dirigentes democráticos que ocupaban puestos de poder en sus ciudades que tal vez no habrían ejercido sin el apoyo ateniense; pero, en general, es probable que la opinión de Tucídides, aunque en exceso simplificada, esté más cerca de la verdad que la versión alternativa.

Las nuevas estructuras de Clístenes permitieron a los atenienses probar y practicar la participación política;[23] la gran armada creada por Temístocles,[24] su victoria en Salamina y su uso para ampliar la Liga de Delos confirieron a los ciudadanos más pobres, de donde provenían muchos de los remeros, un mayor sentido de pertenencia y valía del que tenían otras ciudades. Después de las guerras médicas, Temístocles fue el responsable de resistir la presión espartana y reconstruir la ciudad y las murallas, y hay varias historias que le describen como antiespartano; él y Arístides, el organizador de la Liga de Delos, fueron entonces eclipsados por Cimón.[25] Temístocles fue condenado al ostracismo, posiblemente a finales de la década de 470, y después de pasar una temporada en Argos, fue acusado de complicidad con el espartano Pausanias[26] y huyó primero hacia el oeste, pero finalmente atravesó el Egeo y se unió a los persas. Fue acusado de «medismo», colaboración desleal con los persas (los griegos solían referirse a los persas como medos), pero, irónicamente, parece que solo llegó a ser culpable de este cargo después de haber sido acusado.

Cimón mantuvo un papel predominante hasta la guerra de Atenas contra Tasos:[27] al final de la guerra fue acusado de dejarse sobornar para no conquistar Macedonia, pero fue absuelto. Cuando Esparta solicitó ayuda contra los mesenios,[28] quiso ayudar y Efialtes se opuso, aunque acudió con 4000 soldados. Durante su ausencia, en 462/1, Efialtes, con el respaldo del emergente Pericles, atacó el consejo de antiguos arcontes, el Areópago,[29] cuyo poder era cada vez más difícil de justificar a medida que disminuía la importancia de los arcontes[30] y aumentaba la de los generales, y transfirió de este a otros organismos competencias judiciales con trascendencia política, probablemente el control de los funcionarios y los

delitos graves contra el estado. (Tal vez fue el Areópago el que condenó a Temístocles y absolvió a Cimón). A esto le siguió durante la década de 450 la apertura del arcontado a todos los ciudadanos salvo los más pobres, la institución de los magistrados itinerantes para dirimir litigios locales de menor importancia entre particulares,[31] la introducción de la retribución por participar como jurados, seguida de la retribución por ejercer varios cargos civiles, y finalmente, *c.* 400, por acudir a la asamblea,[32] y en 451/0, obra de Pericles, una ley que restringía la ciudadanía a los hombres con una madre y un padre atenienses (lo que probablemente reflejaba la idea de que los beneficios de la ciudadanía ateniense solo debían disfrutarlos quienes fueran genuinamente atenienses); al comienzo de las guerras del Peloponeso, Atenas tenía tal vez 60 000 ciudadanos varones adultos. Los cambios fueron polémicos. Cimón fue condenado al ostracismo (supuestamente por ser proespartano y antidemocrático), Efialtes fue asesinado y algunos años más tarde se habló de una conspiración oligárquica, aunque quedó en nada.

Hay reflexiones sobre estos acontecimientos en las tragedias de Esquilo. *Los persas*, de 473/2, tuvo a Pericles como *corego*, el ciudadano rico que financiaba la representación:[33] inusualmente, trata de la reacción de los persas a su derrota en 480[34] y resalta el papel de Temístocles aunque sin nombrarle (ya fuera antes o después de su ostracismo). *Las suplicantes*, probablemente de 464/3, describe la Argos legendaria y a su rey con rasgos extrañamente democráticos, y en el verso 604 la «mano poderosa del pueblo» (*demou kratousa cheir*) alzada para votar tal vez refleja la reciente invención de la palabra *demokratia. Las Euménides*, de 459/8, muestra el Areópago como un tribunal de homicidios (una función que retuvo tras la reforma de Efialtes) y en los versos 681-710 lo describe de tal modo que los especialistas han dudado si Esquilo apoyaba a

los reformadores (como cabe esperar) o se estaba volviendo contra ellos. Por otra parte, en 469/8, y posiblemente como respuesta a la victoria en el Eurimedonte,[35] el arconte pidió a Cimón y a los demás generales que fueran jueces en el certamen de tragedia y otorgaron el premio no a Esquilo, sino al joven Sófocles.

Dracón, Solón, Pisístrato, Clístenes, Efialtes y Pericles, todos ellos contribuyeron al desarrollo político de Atenas. Aunque mucho de lo que sucedió en Atenas tuvo paralelismos en otros lugares, a mediados del siglo V Atenas había ido más allá que otras ciudades y era conscientemente democrática y capaz de imponer cambios democráticos a los estados miembros de la Liga de Delos.[36] En mi opinión, solo Efialtes y Pericles se propusieron crear una Atenas más democrática; el término *demokratia* fue acuñado posiblemente en torno a la década de 460 y le seguirían *aristokratia* y *oligarchia* como términos favorable y desfavorable para designar regímenes no monárquicos que no eran democráticos. (A diferencia de en nuestro mundo, donde casi todas las personas afirman estar de acuerdo con la democracia pero el término se puede interpretar de diferentes maneras, no todos los griegos del Período Clásico aprobaban la democracia). Las principales características de la democracia en la Grecia clásica eran que todos o casi todos los habitantes (libres, adultos, varones) oriundos de una ciudad eran ciudadanos con cierto grado de poder político, mientras que los estados oligárquicos no otorgaban ningún poder a los más pobres, y que la asamblea, abierta a todos los ciudadanos que cumplían los requisitos, se reunía con frecuencia y adoptaba muchas decisiones, mientras que los estados oligárquicos limitaban el poder de los ciudadanos corrientes en la asamblea (por ejemplo, el derecho a formular propuestas) y el poder de la asamblea frente a las autoridades (otorgando más poder a un pequeño consejo y/o

los magistrados).[37] Los habitantes que habían emigrado desde otros lugares (a los que en Atenas se denominaba metecos, *metoikoi*, un término que significa «migrantes» o «los que viven con») solo podían acceder a la ciudadanía en circunstancias excepcionales.

Atenas contaba con el modelo típico de consejo y asamblea: el consejo de quinientos miembros[38] era un órgano representativo nombrado para un período de un año. Desde los tiempos de Efialtes, los cincuenta miembros de cada tribu actuaban como *prytaneis* («pritanos», órgano directivo y comité permanente) por turnos durante una décima parte del año. La asamblea de ciudadanos, probablemente a finales de la década de 430, celebraba cuarenta reuniones al año y podía organizar más sesiones. Solo podía tomar decisiones sobre asuntos incluidos en su orden del día por el consejo; el consejo podía formular recomendaciones específicas, aunque no tenía que hacerlo, y cualquier ciudadano podía hablar en la asamblea y presentar una propuesta o una enmienda a una propuesta ya presentada. Las decisiones se tomaban por mayoría simple, y en la mayoría de los casos no se realizaba un recuento, sino que se calculaba a partir de las manos alzadas (aunque se usaban «papeletas» para las decisiones que afectaban a individuos y se requería un *quorum* de 6000). No había partidos políticos con programas y disciplina: había líderes políticos (inevitablemente, los hombres más ricos) que eran más activos que los ciudadanos comunes y que atraían a partidarios más o menos leales por diversas razones, que iban desde las políticas hasta los contactos personales; ningún líder, por muy prominente que fuera, podía garantizar que la asamblea fuera a votar siempre lo que él quería.

En la administración no había administradores profesionales (salvo algunos escribanos y esclavos públicos, sino

ciudadanos voluntarios que dedicaban un año de sus vidas a desempeñar un cargo concreto. En el siglo V, podían acceder a la mayoría de los cargos las tres clases superiores de las cuatro de Solón[39] y a ninguno la más baja (en el siglo IV, con una población más reducida, esta limitación seguía vigente en teoría, pero ya no se aplicaba). El trabajo se dividía en muchas tareas diferentes, que se asignaban a funcionarios o juntas (normalmente juntas de diez miembros, uno de cada tribu): esto dejaba poco margen para que un hombre cualificado hiciera el bien o un incompetente causara daño, pero se consideraba más importante la participación de los ciudadanos que encontrar a los mejores hombres para hacer el trabajo. El consejo era el centro de la administración y muchas de las juntas se designaban eligiendo a miembros del consejo. Al consejo y a la mayoría de los cargos civiles se los designaba por sorteo y no podían volver a ser nombrados para los mismos cargos (aunque, en siglo IV, los hombres podían ser miembros del consejo dos veces y los entusiastas podían desempeñar varios cargos durante algunos años). El nombramiento de los generales y de otros cargos militares era por elección y no estaba prohibida la reelección: cuando lo instituyó Clístenes,[40] los generales al igual que otros cargos eran uno de cada tribu; sin embargo, no todas las tribus podían aportar necesariamente un buen general; desde *c.* 440 se admitían excepciones y, en el tercer cuarto del siglo IV, se suprimió el vínculo tribal.[41] A los cargos se los sometía antes de tomar posesión a una *dokimasia*, un examen (de sus credenciales como buenos ciudadanos más que de su idoneidad para el cargo, y a un proceso de rendición de cuentas financieras (*logos*) y general (*euthyna*) tras cesar en sus funciones).

La mayor parte de los impuestos eran indirectos (los impuestos sobre las ventas y similares) y principalmente no los recaudaban funcionarios públicos, sino grupos de

recaudadores, que optaban a un contrato de un año y esperaban recaudar una suma algo superior a la que debían abonar al estado. Los ricos se podían ofrecer voluntarios cada año para las «liturgias» (servicios públicos), o aceptar su imposición, de comandar y financiar una nave de la armada o dirigir y financiar a un grupo de artistas en un festival; en el último caso, normalmente en el marco de un certamen;[42] y cuando surgía la necesidad de recaudar más fondos, los ricos también estaban sujetos a un impuesto sobre la propiedad llamado *eisphora* y se les requería que realizaran donaciones voluntarias (*epidoseis*).

En el ámbito de la justicia, el sistema de apelaciones de Solón contra los veredictos de magistrados individuales[43] había evolucionado a un sistema en el que, en la mayoría de los casos, el funcionario simplemente verificaba que el caso estuviera en orden y después lo trasladaba a un tribunal-jurado (*dikasterion*) que presidía, pero no tomaba la iniciativa. Los jurados eran grandes (la cifra más pequeña era de 201, de un panel anual de 6000). No existían abogados profesionales, sino que se esperaba que los litigantes defendieran ellos mismos su caso, aunque podían utilizar a escritores de discursos y compartir su tiempo con oradores que los apoyaran. Ningún juicio duraba más de un día. Se mantuvo la distinción de Solón entre los juicios públicos, en los que cualquier ciudadano podía entablar una acción judicial, y juicios privados, en los que la acción judicial la entablaba la parte perjudicada o un miembro de la familia, y los magistrados itinerantes[44] resolvían sin jurado pleitos entre particulares por sumas de hasta diez dracmas. A los «delincuentes comunes» (bandidos y similares), si eran claramente culpables y admitían su culpa, se los podía juzgar sumariamente y existían procedimientos especiales para algunas categorías de delitos.

Era un tipo de democracia muy directa: las decisiones las tomaban en la asamblea todos aquellos ciudadanos que quisieran y pudieran asistir; las tomaba una muestra que se elegía cada año de entre todos aquellos ciudadanos (salvo los más pobres) que quisieran y pudieran participar; las decisiones judiciales no dependían de abogados profesionales, sino de funcionarios no profesionales, litigantes y grandes jurados. Inevitablemente, los más ricos y/o los que vivían cerca del centro tenían más facilidades para participar, pero la base representativa del consejo y los modestos estipendios lo mitigaban. En nuestra opinión, el sistema mostraba deficiencias: no todas las decisiones de la asamblea se ajustaban a una política coherente; la administración concedía más valor a la participación que a la eficiencia; los tribunales no aplicaban la ley necesariamente de forma coherente en las diferentes ocasiones y, en el caso de las personalidades públicas, no existía una distinción clara entre una conducta ilícita y una conducta que fuera irregular en otro sentido. Sin embargo, también tenía aspectos positivos: participaban muchos ciudadanos (aunque quienes querían y podían tenían la posibilidad de acumular mucha experiencia con los años, no existía una brecha entre una clase gobernante y el resto); los litigios exigían el esfuerzo y la exposición de los litigantes, pero eran rápidos y baratos, y muchos ciudadanos recurrían a ellos. En el siglo V, cuando los tributos de la Liga de Delos pagaban lo que de otro modo habrían tenido que pagar los propios atenienses, y hasta los últimos años de la guerra del Peloponeso, los atenienses dispusieron de dinero suficiente para cubrir sus gastos.

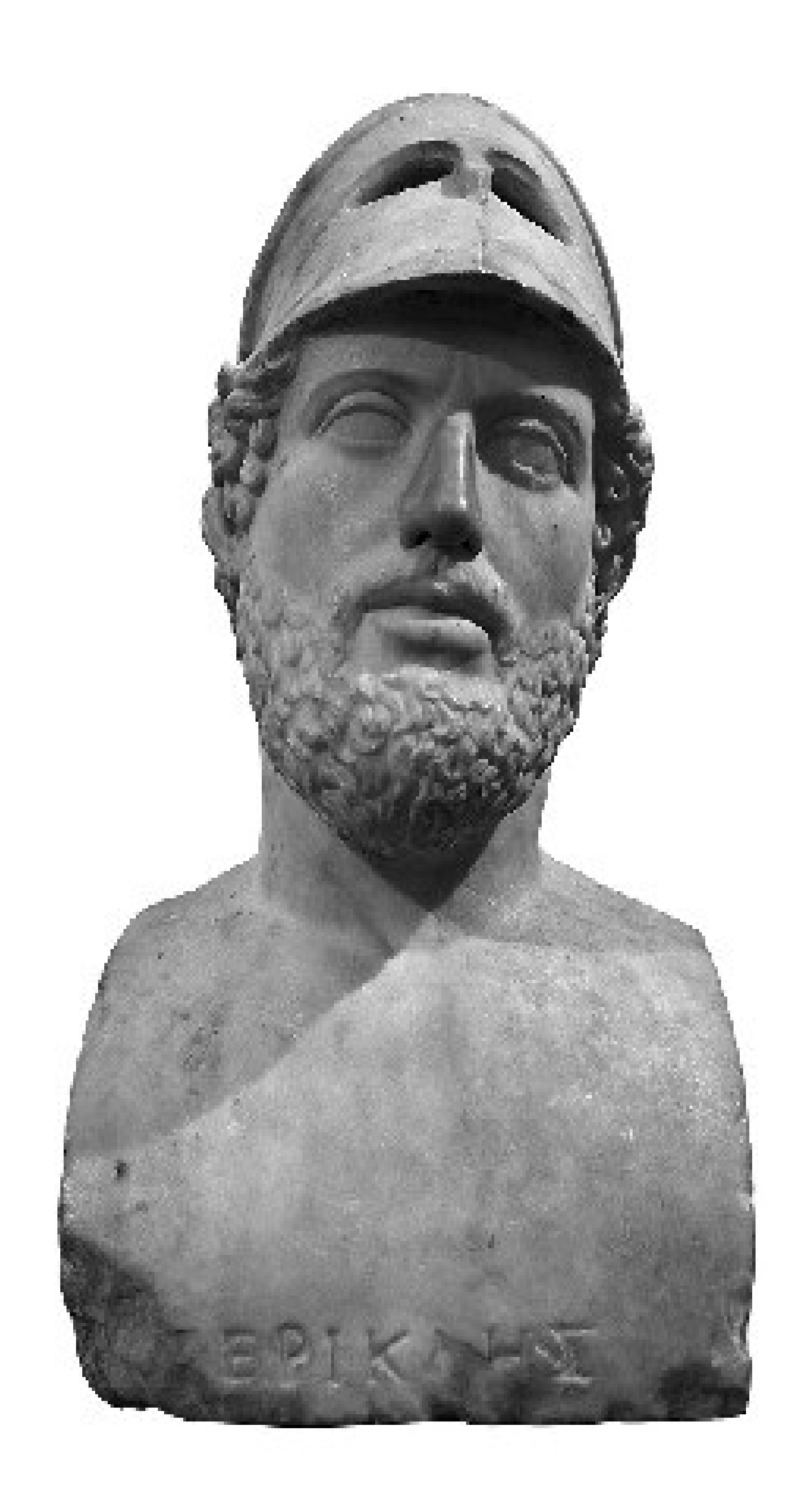

ΕΡΙΚΛΗΣ

ILUSTRACIÓN 12. Museo Británico: busto de Pericles (copia romana del original en bronce).

Tucídides consideraba que la Atenas de Pericles era «en teoría una democracia, pero, en realidad, el gobierno del primer ciudadano».[45] Se trata de un pensamiento ilusorio: Pericles (Ilustración 12) fue, sin lugar a dudas, uno de los políticos más prominentes desde la década de 450 hasta su muerte en el otoño de 429, pero en Atenas ni él ni ningún otro podía controlar la política. Ejerció con frecuencia de general, pero como miembro de una junta de diez generales sujetos a una elección anual, y el cargo le confería escasos poderes dentro de la ciudad. Tuvo adversarios: Cimón, al principio; Tucídides hijo de Melesias (tal vez cuñado de Cimón y abuelo del historiador) en la década de 440 hasta que fue condenado al ostracismo *c.* 443 (también hubo otros procesos de ostracismo aproximadamente en esa época); y demócratas de familias que hasta entonces no habían sido prominentes, que arremetieron contra él y contra personas relacionadas con él a principios de la década de 430. Mantuvo vínculos con hombres que desarrollaron su actividad en varios campos: el escultor Fidias, que fue supervisor general de los edificios de la Acrópolis, y el filósofo Anaxágoras. No pronunció un gran número de discursos ni propuso una gran cantidad de decretos, pero estuvo involucrado en varios asuntos de diferentes tipos en los que participó Atenas durante aquellas décadas y es razonable suponer que, en la medida en que Atenas adoptó políticas coherentes, fueron políticas que él aprobó y defendió.

Aunque los ciudadanos espartanos constituían una minoría de la población de su región, y la disponibilidad de ilotas, que hizo posible y necesario que se centraran en un estilo de vida militar, les diferenciaba de otros griegos ya en el Período Arcaico, por entonces no vivían encerrados en sí mismos ni eran tan conscientemente austeros como lo serían más tarde.[46] En las guerras médicas prometieron ayudar a Atenas en 490, aunque no llegaron a tiempo para la batalla de Maratón y fueron reconocidos como líderes de la resistencia griega en 480-478.[47] Sin embargo, en 478, el rey Leotíquidas fue acusado de recibir sobornos en Tesalia y, después de que el regente Pausanias se volviera impopular en Bizancio, la nueva Liga de Delos se organizó bajo el liderazgo de Atenas y los aliados rechazaron a otro comandante espartano.[48] Es posible que la decisión no fuera unánime, pero Esparta la aceptó y es la primera señal de que esta era menos ambiciosa. Pausanias, tras nuevas aventuras en el Egeo, fue reclamado de nuevo en Esparta y acusado de colaboración desleal con los persas y los ilotas; cuando huyó a refugiarse en un santuario, le dejaron morir de inanición.

Argos nunca había aceptado la supremacía espartana[49] y en 480-479 fue uno de los estados que se negó a sumarse a la resistencia contra Persia bajo liderazgo espartano;[50] tras la derrota aunque no sometimiento por Esparta *c.* 494, un cambio que quizá supuso una ampliación de la ciudadanía no alteró su alineamiento esencialmente antiespartano.[51] Tenemos algunas pruebas de que en las décadas de 470 y 460 Esparta estuvo involucrada en revueltas y combates en todo el Peloponeso, desde Elis en el oeste hasta Arcadia y Argos. Hay información de que en Elis y Mantinea, en Arcadia, hubo sinecismo;[52] en Argos, se decía que se habían impuesto de

nuevo los hijos de la antigua clase gobernante; el ateniense Temístocles, tras su ostracismo, se estableció en Argos durante algún tiempo, pero (quizá después de esta reimposición) no se sintió seguro allí cuando Esparta le acusó de colaboración desleal con Pausanias.[53] No obstante, a partir de *c.* 462/1 Argos mantuvo una buena relación con la democrática Atenas;[54] aproximadamente por la misma época se reorganizó el cuerpo de ciudadanos; posteriormente, en ese mismo siglo, Argos se declaró democrática. O bien se produjo un segundo cambio o bien la recién retornada clase gobernante se adaptó a un movimiento democrático.

Esparta también se enfrentó a problemas más cerca de casa *c.* 465/4, cuando un terremoto acabó con la vida de muchos ciudadanos, lo que dio comienzo o aceleró un proceso de descenso de la población que nunca se revertiría,[55] y cuando estalló una rebelión entre los ilotas y los periecos de Mesenia. Tras una guerra que duró diez años, en la que los atenienses fueron uno de los aliados que acudieron en ayuda de Esparta pero fueron rechazados, lo que puso fin a su alianza con Esparta,[56] se llegó a un acuerdo por el que se concedía a muchos mesenios un salvoconducto para abandonar el Peloponeso y Atenas los asentó en Naupacto, en la parte norte del golfo de Corinto. Tal vez debido a su constante implicación en Mesenia, los espartanos no se involucraron en los primeros años de la primera guerra del Peloponeso contra Atenas;[57] sin embargo, *c.* 457, cuando acudieron en ayuda de su supuesta patria dórica, en el centro de Grecia, los atenienses bloquearon su regreso, y después combatieron y vencieron en Tanagra, en Beocia. Para los atenienses fue un revés efímero: regresaron a Beocia y la conquistaron, y poco después una expedición ateniense que navegaba por el Peloponeso incendió los astilleros de los espartanos en Gitión.

A finales de la década de 450, a Atenas no le iba tan bien y en 451 pactó una tregua de cinco años con los peloponesios.[58] Ese mismo año Argos estableció una paz de treinta años con Esparta y prosperó en el período posterior. El conflicto por Delfos mantuvo la tregua de cinco años prácticamente intacta, ya que Esparta y Atenas intervinieron por separado y no lucharon entre sí; pero en 447/6, cuando entre los problemas de Atenas figuraba la deserción de Mégara, Esparta encabezó una invasión peloponesia del Ática. Le seguiría la paz de los Treinta Años de 446/5, en la que Atenas perdió muchas de sus posesiones continentales, pero no se sintió obligada a limitar sus aspiraciones en el resto del mundo griego.[59] La propuesta de Esparta de quebrantar la paz apoyando a Samos contra Atenas en 440-439, que rechazaron sus aliados de la Liga del Peloponeso,[60] demostró que muchos espartanos miraban a la impune Atenas con inquietud.

Creta, cerca del Egeo, al sur, era una isla grande que albergaba muchas ciudades, aunque no las cien que menciona Homero.[61] Situada en las rutas comerciales que unían Oriente Próximo y Chipre al oeste del Mediterráneo, sufrió un colapso menor en la Edad Oscura que otros lugares situados más al norte. A principios del Período Arcaico fue próspera, aunque los registros arqueológicos apuntan a una crisis aún sin esclarecer *c.* 600. En ocasiones se afirmaba que las instituciones[62] de Esparta eran copiadas de las de Creta: los cretenses de la época clásica eran dorios y es probable que fuera una deducción falsa a partir de las similitudes observadas; lo que sin duda es cierto es que las ciudades cretenses fueron excepcionalmente productivas a la hora de inscribir leyes. El código de Gortina, situada en el centro de la isla,[63] fue grabado a mediados del siglo V, pero básicamente reproducía leyes más antiguas.

Apenas disponemos de información sobre la relación de Creta con otras partes del mundo griego en el Período Clásico, pero los escasos datos sugieren que el silencio podría ser hasta cierto punto engañoso. Heródoto afirma que los griegos del continente pidieron ayuda a los cretenses contra la invasión persa de 480 y que, tras consultar al oráculo de Delfos, rechazaron la propuesta;[64] no estaban amenazados por la invasión. Un par de inscripciones de mediados del siglo V muestran que Argos intervino en un acuerdo entre las ciudades cretenses de Cnosos y Tiliso, y que no lo hizo simplemente como árbitro, sino que tenía algún interés en ella (justificadamente o no, la consideraba su metrópoli).[65] En 429, una escuadra naval ateniense cuya presencia urgía para reforzar a otras apostadas en el golfo de Corinto no acudió allí directamente, sino que, de camino, participó en una guerra en Creta.

Entre las colonias griegas fuera del Egeo se contaban las de Cirene y otros lugares situados en el este de Libia,[66] entre Cartago al oeste y el imperio persa al este. La tierra era fértil y las ciudades prosperaron: Cirene era una de las trece ciudades griegas cuyo territorio superaba los 1000 km^2. El fundador, Bato, estableció una dinastía de reyes que duró hasta mediados del siglo V, cuando se instituyó una forma de gobierno constitucional. En cualquier caso, apenas sabemos nada de la historia de estas ciudades en el siglo V, salvo por las odas en honor de los vencedores del poeta Píndaro y antiguos comentarios sobre las mismas. Telesícrates de Cirene ganó la carrera pedestre en los Juegos Píticos de 474.[67] Anaxilas IV, el último rey de Cirene, venció en la carrera de cuadrigas en los Juegos Píticos de 462:[68] antes de eso, había sofocado la sublevación de un tal Damófilo, que se había exiliado en Tebas, y Píndaro intentó lograr una reconciliación (no sabemos si lo consiguió); posteriormente, venció en la carrera de cuadrigas en Olimpia en 460. Más allá de eso, solo disponemos de tentadores retazos. Los atenienses que sobrevivieron al desastre en Egipto *c.* 454[69] escaparon a través de Cirene; los peloponesios que zarparon en ayuda de Siracusa en 413 pasaron por Cirene y Euhespérides, a las que apoyaron en una guerra contra los libios, aunque un cirenaico ayudó a los atenienses que sobrevivieron tras la derrota en Sicilia.[70] Algunos de los mesenios expulsados de Naupacto[71] por Esparta al final de la guerra del Peloponeso se dirigieron a Cirene y sus inmediaciones.

Conocemos mucho más sobre los griegos en Sicilia y el sur de Italia.[72] En Gela, en la costa sur de Sicilia, se estableció una tiranía en 505/4 y, en 491/0, tomó el poder Gelón, que pertenecía a una de las principales familias de la ciudad. En 485/4 se hizo con el control de Siracusa, situada en la costa este (Ilustración 2) y creada mediante varios traslados de

población, y la convirtió en su sede principal (fue una de las trece ciudades griegas cuyo territorio superaba los 1000 km^2). Desde entonces hasta mediados de la década de 460, la historia de Sicilia estuvo dominada por Gelón y su hermanos en Siracusa, que mantenían una alianza con Terón y su familia en Acragante (Ilustración 13), situada al oeste de Gela, y estaban enfrentados con Hímera, en la costa norte, y Regio, en la punta de Italia. Cuando Acragante conquistó Hímera, la alianza del norte pidió ayuda a Cartago (que tenía algunos intereses menores en el extremo oeste de Sicilia, pero no había intentado ampliarlos) y, en 480, Cartago envió un gran ejército, lo que impidió que Siracusa ayudara a los griegos de Grecia contra los persas, algo que de otro modo habría hecho. [73] Cartago y sus aliados sufrieron una dura derrota; Regio pasó a formar parte de la órbita de Siracusa y Trasideo, un hijo de Terón, se hizo con el control de Hímera.

En Siracusa, a Gelón le sucedió su hermano Hierón (que en cierto momento tuvo problemas con otro hermano, Policelo, lo que amenazó con desencadenar un guerra entre Siracusa y Acragante que fue evitada); en 474/3 obtuvo una famosa victoria contra los etruscos del norte de Italia, pero a finales de la década de 470 y principios de la de 460 las tiranías se derrumbaron. Trasideo, que había sucedido a Terón, fue expulsado de Acragante *c*. 472; Hierón murió en 467/6, y al cabo de un año su último hermano, Trasíbulo, fue expulsado de Siracusa; la tiranía también tocó a su fin en Regio. Aunque no se adjudicaron a sí mismos títulos importantes, estos tiranos occidentales fueron grandes gobernantes: cosecharon triunfos en los grandes juegos, encargaron a Píndaro y a otros poetas que escribieran odas para ellos y realizaron dedicatorias en los grandes santuarios. Hierón expulsó a la población de Catana, al norte de Siracusa, y la refundó como Etna para que la gobernara su hijo Dinomenes:

Píndaro escribió para su inauguración su *Pítica* I (en 470) y Esquilo escribió una tragedia, *Las mujeres de Etna*. Las ciudades fueron prósperas y en Sicilia se construyeron algunos de los templos más imponentes del mundo griego no solo en tiempos de los tiranos, sino también durante un período de tiempo más largo que comenzaría antes de ellos y terminaría después.



ILUSTRACIÓN 13. Acragante: Templo de la Concordia (*c*. 430).

Tras el derrocamiento de los tiranos, hizo falta tiempo para que se calmara la agitación, enmendar los diferentes desplazamientos de población e instaurar gobiernos constitucionales, pero al final se logró y Siracusa siguió siendo la ciudad más poderosa y ambiciosa. En las décadas de 450 y 440, un líder sículo (indígena siciliano), que había adquirido un considerable poder en el interior de la isla, complicó la situación, pero, tras ser derrotado en una batalla, huyó como suplicante a Siracusa y esta le envió a Corinto, que, como consecuencia de ello, se vio inmersa en una guerra contra Acragante. Siracusa derrotó a Acragante; Ducetio aprovechó la guerra para regresar a Sicilia, pero murió antes de poder volver a recuperar su poder.

En el sur de Italia, Crotona destruyó en 510 la rica y famosa ciudad de Sibaris (de donde deriva la palabra «sibarita»).[74] Hubo varios intentos de refundarla con ayuda de Atenas, el último de ellos posiblemente en 446/5. En el conflicto entre los antiguos habitantes y los recién llegados vencieron estos últimos, y la ciudad comenzó de nuevo con el nombre de Turios bajo los auspicios de los atenienses, posiblemente en 444/3.[75] Atenas no se había involucrado con anterioridad en el mundo griego occidental, aunque existen algunos indicios de que Temístocles se interesó por el oeste y de que aproximadamente por la misma época participó en una refundación de Neápolis (Nápoles) y estableció alianzas con Regio y Leontino en Sicilia que ratificó en 433/2.[76] Turios luchó sin éxito contra la colonia espartana de Taras[77] y, tras consultar al oráculo de Delfos, en la década de 430 rompió el vínculo fundacional con Atenas. Tal vez por oposición a Turios, Crotona (fundada por Acaya) unió a otras ciudades en una liga «aquea».

6

LA GUERRA DEL PELOPONESO [435-]431-404

Los orígenes

Tucídides se ocupó de los antecedentes de la guerra del Peloponeso en el libro I de su historia, mientras que en los libros II-VIII ofrecía una crónica limitada que abarcaba hasta el otoño de 411. Aunque sobrevivió a la guerra y fue testigo de su final, el texto que conservamos termina en esa fecha[1] y, dado que otros historiadores comenzaron sus crónicas en ese punto, lo que tenemos debe ser todo lo que se hizo público. Se ha conservado intacta una continuación, las *Helénicas* (historia griega) de Jenofonte, un ateniense que pasó gran parte de su vida en el exilio entre los espartanos, que abarca hasta 362 (hasta el final de la guerra del Peloponeso, I, II.2). Para la guerra completa disponemos de la crónica de Diodoro Sículo (XII, 33-XIII), basada en la de Éforo, que es esencialmente una reescritura de Tucídides hasta el año 411, aunque independiente de Jenofonte en el período posterior, y para finales del siglo V y comienzos del IV se basaba en lo que parece haber sido una buena y detallada obra histórica de la que han sobrevivido algunos fragmentos en papiro (las *Helénicas* de Oxirrinco, una historia griega encontrada en Oxirrinco, Egipto). Al igual que anteriormente, disponemos de las *Vidas paralelas* de Plutarco para algunos de los personajes principales y de diversas inscripciones. También disponemos de las obras de teatro atenienses, así como de algunos discursos judiciales atenienses que han sobrevivido de *c.* 420 a *c.* 320, aunque no

hay muchos que sean anteriores al año 404.[2]

Tucídides distinguía entre los «agravios y desavenencias» abiertamente mencionados que condujeron a la guerra, para los que proporcionaba un relato de los años 435-431, y lo que él consideraba las «verdaderas razones» ocultas, es decir, el poder de Atenas y el miedo que ello suscitaba en Esparta, y para justificar esto interrumpía la narración con su explicación de la Pentecontecia.[3] Ofrece explicaciones detalladas de los dos «agravios y desavenencias» y deja que los otros dos surjan en los debates de 432-431.

Córcira (Corfú), en la costa oeste del norte de Grecia, había sido colonizada por Corinto,[4] y más tarde se había unido a esta en la colonización de Epidamno, situada más al norte en el continente. Las disensiones en Epidamno habían llevado al exilio a algunos miembros de la clase alta, que se unieron a la población local para atacar la ciudad; Epidamno recurrió a Córcira, que le negó su ayuda (presumiblemente tenía lazos más fuertes con los exiliados), y después a Corinto, que sí respondió. En 435, Corinto y sus aliados, que iban de camino para llevar refuerzos a Epidamno, fueron derrotados en una batalla naval entre el extremo sur de Córcira y el continente. Epidamno capituló frente a Córcira y desaparece de la historia, pero Córcira y Corinto se prepararon para un enfrentamiento posterior. Córcira había evitado anteriormente las alianzas con otros estados, pero en 433 recurrió a Atenas. Corinto trató de disuadir a Atenas, que apoyó a Córcira, aunque solo con una alianza de carácter defensivo (Corinto era miembro de la Liga del Peloponeso y Atenas esperaba evitar una flagrante violación de la paz de los Treinta Años) y unas cuantas naves.[5] En una segunda batalla en la misma zona, Atenas tuvo que intervenir para salvar a Córcira, pero cuando llegaron más naves atenienses, los corintios se retiraron.[6]

Potidea, en la punta occidental de la península de Calcídica, al noroeste del Egeo, era un miembro tributario de la Liga de Delos pero, al mismo tiempo, una colonia de Corinto y (sorprendentemente) todavía recibía funcionarios anuales de Corinto. Preocupada por la influencia del rey Pérdicas de Macedonia, Atenas ya había comenzado a presionar a Potidea y exigió rehenes, la demolición de parte de la muralla de la ciudad y el fin de la presencia de los funcionarios corintios. En 432, Potidea se sublevó contra Atenas y Pérdicas instó a la población de las ciudades vecinas a emigrar a Olinto, situada a poca distancia hacia el norte. Atenas envió una expedición, mientras que otra expedición de Corinto y de la Liga del Peloponeso acudió en ayuda de Potidea (los corintios no eran una fuerza oficial, sino voluntarios: esta vez era Corinto el que trataba de evitar una flagrante violación de la paz). Los atenienses ganaron la batalla y sitiaron la ciudad (esta se rindió en 430/29). Los atenienses y los corintios ya se habían enfrentado en dos ocasiones.[7]

Los corintios y otros aliados intervinieron en la asamblea espartana, al igual que algunos atenienses contumaces que «se encontraban allí». En el debate de los espartanos, el rey Arquídamo quería proceder de manera gradual, pero el éforo Estenelaidas logró el apoyo para actuar contra Atenas por haber quebrantado la paz. Los otros dos «agravios y desavenencias» de Tucídides afloraron en dicho debate: Egina[8] sostenía que Atenas no le permitía la autonomía prometida en un tratado y Mégara[9] se quejaba de que estaba siendo sometida a sanciones económicas por parte de Atenas (probablemente una violación del espíritu de la paz de los Treinta Años, pero no de la letra).[10] Un congreso formal de la Liga del Peloponeso optó por la guerra. Esparta no estaba preparada para atacar de inmediato, por lo que se dedicó durante el invierno de 432/1 a intercambiar propaganda, incluido un intento de socavar la

posición de Pericles en Atenas invocando la maldición que pesaba sobre él por ser un Alcmeónida por parte de madre.[11] En la primavera de 431, Tebas, la principal ciudad de Beocia y aliada de Esparta, intentó sin éxito tomar el control de Platea, situada en el lado beocio de la frontera, pero aliada de Atenas desde hacía tiempo:[12] esto permitió a los atenienses afirmar que los peloponesios estaban quebrantando la paz.[13]

Tucídides comentaba acerca de la decisión de los atenienses de apoyar a Córcira en 433 que estos esperaban una guerra contra los peloponesios, para la que la fuerza naval de Córcira resultaría útil y en la que la parte occidental desempeñaría un papel importante.[14] No parece que se tratara de una opinión *a posteriori*, sino que es cierto. Fue probablemente en 434/3 cuando los atenienses devolvieron las deudas que tenían pendientes con los tesoros sagrados, concluyeron el programa de construcción de la Acrópolis y en el futuro desviaron el gasto hacia las dársenas y las murallas;[15] y en 433/2 reafirmaron las alianzas permanentes que mantenían con Regio y Leontino.[16] Su comportamiento en estos años no estaba calculado para esquivar la ira: parece que se dieron cuenta de que, a menos que renunciaran a sus ambiciones, el conflicto con Esparta se acabaría produciendo y que se comportaron por ello de manera provocativa pero no incorrecta para provocar el conflicto en circunstancias en las que estuviesen mejor preparados y pudiesen afirmar poseer la razón. Tucídides el ateniense enfatizó dos de sus «agravios y desavenencias», pero no los otros dos: sospecho que en parte para distanciarse de quienes afirmaban que Atenas tenía que luchar porque Pericles era intransigente con Mégara y, en parte, quizá porque la conducta de Atenas resultaba más fácil de justificar en los episodios en los que se centraba.

La guerra empezó formalmente con la invasión peloponesia

del Ática a comienzos de verano del 431: la paz de los Treinta años había durado en realidad unos catorce años y medio.

La primera fase de la guerra se conoce como guerra arquidámica por el rey espartano Arquídamo, que lideró la invasión del Ática en 431 y de nuevo en 430, 428 y 427 (en 429 lideró, en cambio, a los peloponesios en un ataque contra Platea). Sería una guerra entre Atenas como potencia naval con amplias reservas de dinero y las comunidades agrícolas peloponesias, con abundantes soldados pero escasos barcos y fondos (y que no lograron darse cuenta de hasta qué punto Atenas era superior no solo en el número de naves, sino en la habilidad para manejarlas). Gran parte del mundo griego, más allá de los dos bloques reconocidos en la paz de los Treinta Años, se vio involucrada. La estrategia original de los peloponesios consistió en invadir el Ática y esperar que los atenienses lucharan y fueran derrotados. Pericles, sin embargo, se negó a participar en ese juego: la población se recluyó dentro del área amurallada de Atenas y El Pireo[17] (las condiciones de hacinamiento propiciaron la propagación de una peste que mató a alrededor de un tercio de la población entre 430 y 426/5) y la ciudad se sirvió de su acceso al mar para importar lo que necesitaba y saquear el Peloponeso mientras los peloponesios saqueaban el Ática. En cierto sentido, Pericles calculó mal (es probable que, del mismo modo que los peloponesios esperaban que Atenas se rindiera, él esperara que los peloponesios admitieran que Atenas no podía ser derrotada). Los atenienses podían tomar prestado el dinero acumulado en sus tesoros sagrados, manteniendo registros detallados y procurando devolverlo con intereses, pero al comienzo de la guerra fueron agotando estos fondos a un ritmo insostenible y, tras la muerte de Pericles en 429, tuvieron que reducir las costosas campañas e incrementar sus ingresos gravando *eisphorai*[18] a los atenienses ricos y recaudando más

tributos de la Liga de Delos: se conserva una inscripción de un decreto de 425 que ordenaba unos incrementos mayores y de los cálculos correspondientes.[19]

La mayor esperanza de los peloponesios de ganar una guerra que requería tiempo y dinero consistía en renunciar a medio siglo de enemistad y conseguir el apoyo de Persia. Por su parte, los atenienses necesitaban, si no lograr el apoyo de Persia, al menos sí asegurarse de que los peloponesios no lo obtuvieran. Desde un principio ambas partes realizaron acercamientos a Persia, pero era probable que Persia insistiese en pedir la devolución de las ciudades griegas de Asia Menor a cambio de su ayuda, mientras que los atenienses habían posado durante medio siglo como los triunfadores contra Persia y Esparta afirmaba ahora estar luchando por la libertad de los griegos. Atenas parece haber sellado un pacto de no agresión con Darío II poco después de su ascenso al trono, en 424/3, pero hasta el año 412, después de que Atenas se hubiera debilitado debido a su fracasada campaña en Sicilia en 415-413, Esparta no accedió a pagar el precio que pedía Persia y obtuvo su apoyo.[20]

En sus estrategias iniciales, no parecía probable que ninguna de las partes fuera a sufrir una derrota: los peloponesios invadieron el Ática, pero los atenienses no se enfrentaron en una batalla; los atenienses zarparon hacia el Peloponeso, pero se retiraron al encontrarse con unas fuerzas militares numerosas. Las batallas navales de 429 en el golfo de Corinto pusieron de manifiesto la mayor habilidad de los atenienses y cuando más tarde los peloponesios planearon atacar el desprotegido El Pireo, perdieron el valor. Cuando Mitilene y la mayor parte de las ciudades de Lesbos (uno de los últimos miembros de la Liga de Delos que seguían aportando naves) se rebelaron contra Atenas en 428-427, el intento

espartano de apoyar la sublevación fue un fracaso. En 427, los peloponesios tomaron Platea y asesinaron a la población que no había sido evacuada a Atenas previamente, aunque esto no afectó de manera significativa al curso de la guerra. Entre 431 y 426 cada bando trató de apoyar a sus aliados en el noroeste de Grecia, una zona que contenía diversas colonias de Corinto, pero a la que podían llegar por mar los atenienses: Atenas se impuso en la lucha, pero su ambición alarmó a sus aliados, que acabaron firmando entre ellos un tratado de cien años. En 427, estalló una cruenta guerra civil en Córcira, provocada por unos hombres capturados por los corintios en 433 y enviados de vuelta para alterar el orden: continuó hasta 425 (los atenienses no intentaron poner freno a la crueldad de sus aliados cuando estuvieron presentes) y terminó con la victoria de los demócratas proatenienses, pero con la población exhausta.

Tras la muerte de Pericles, los atenienses probaron estrategias que ofrecían mayores posibilidades de lograr una victoria positiva en lugar de evitar la derrota. En 427 aceptaron una invitación para intervenir en Sicilia en apoyo de Leontino[21] contra Siracusa y, según Tucídides, para impedir el transporte de cereales al Peloponeso (lo que permitiría a los granjeros peloponesios dedicar más tiempo y esfuerzos a luchar contra Atenas). Lo que comenzó siendo una expedición bastante modesta fue aumentando en envergadura y ambiciones, pero Hermócrates de Siracusa convenció en 424 a los combatientes de que (al igual que los griegos del noroeste) estarían mejor sin injerencias externas (y sin que hubiese nadie capaz de oponer mucha resistencia a Siracusa) y se firmó un tratado que los generales atenienses tuvieron que aceptar. Siracusa quedó a cargo de Leontinos y, en 422, Atenas despachó enviados con un par de naves a Sicilia, pero no se consiguió nada.

En 426, el ateniense Demóstenes se había afincado en Naupacto, donde los atenienses habían instalado con anterioridad a los refugiados mesenios,[22] y desde allí había partido hacia el noreste, hacia Etolia. Ese mismo año, otras fuerzas atenienses atacaron Beocia por tierra y por mar desde Atenas: algunos habían pensado que Demóstenes planeaba llegar a Beocia desde el oeste y unirse a esas otras fuerzas (véase 424/3, abajo), pero existían demasiadas dudas de que fuera posible. En realidad, estaba atrapado por los etolios, que estaban poco armados, y tuvo dificultades para rescatar a los supervivientes y regresar a Naupacto.

Sin embargo, en 425 comenzó una serie de éxitos para los atenienses. Demóstenes, que navegaba con un ejército ateniense rumbo a Córcira y Sicilia (véase más arriba), obtuvo permiso para usarla durante el trayecto y erigió un fuerte en la entrada norte de la gran bahía de Pilos, en la costa mesenia (donde la isla de Esfacteria cierra la bahía dejando un pequeño espacio al norte y otro más grande al sur; la Pilos moderna se encuentra en el continente junto a la entrada sur y allí es donde tuvo lugar la batalla de Navarino en 1827, durante la guerra de la independencia griega). Las naves espartanas retiradas de Córcira llegaron en primer lugar, se adentraron en la bahía y algunos hombres desembarcaron en la isla, pero entonces regresó la principal fuerza ateniense y dejó a los espartanos atrapados. Durante una tregua para negociar, el ateniense Cleón[23] adoptó una postura firme. Había sido embaucado para que aceptara ponerse al mando y llevó refuerzos a Demóstenes, consiguiendo así capturar a la mayor parte de los espartanos que había en la isla. Con la amenaza de asesinarlos, pusieron fin a las invasiones del Ática y (en un ejemplo de *epiteichismós*, el establecimiento de una fortaleza hostil en territorio enemigo) instalaron en Pilos a los mesenios de Naupacto, que pudieron saquear los campos (aunque no

consiguieron todo lo que los atenienses esperaban ni lo que los espartanos temían). Otro comandante ateniense, Nicias, realizó en 425 una campaña militar en la Argólida y estableció una guarnición en Metana, en la zona noreste, pero Argos, que mantenía una paz de Treinta Años con Esparta,[24] se mantuvo al margen de la guerra hasta el año 421 (abajo). En 424 tomó la isla de Citera, frente a la costa de Lacedemonia, para añadir presión a Esparta.

Después de esto, los éxitos de Atenas dieron paso a diversos fracasos. Desde el otoño de 431 Atenas había estado atacando a Mégara dos veces al año y, en 424, los demócratas de Mégara conspiraron para entregar la ciudad a Atenas, pero el complot fracasó y Mégara terminó en manos de los oligarcas partidarios de Esparta. En el invierno de 424/3, también fracasó una conspiración de simpatizantes de Atenas en Beocia: las fuerzas atenienses iban a entrar en Beocia desde el sureste y el suroeste, al tiempo que debía producirse un levantamiento en el norte, pero hubo fallos en la coordinación de los tiempos, y cuando la fuerza ateniense principal ya había ocupado Delio (el santuario de Apolo Delio) en el sureste, los beocios pudieron atacarla y derrotarla durante su marcha de regreso a casa.

El espartano Brásidas ya había demostrado ser excepcionalmente emprendedor y, en 424 respondió a una invitación de los calcidios de Olinto y del rey Pérdicas de Macedonia,[25] y trasladó a un ejército de mercenarios e ilotas (que fueron liberados posteriormente) al norte del Egeo, una zona que albergaba muchas ciudades que formaban parte de la Liga de Delos, pero hasta las que se podía llegar por tierra. Después de enfadarse con Pérdicas (que a menudo alternaba su lealtad entre Esparta y Atenas), se dispuso a convencer a las ciudades de la región calcídica, insistiendo en que era un

verdadero libertador que no iba a sustituir el control ateniense por el espartano o a apoyar a un bando contra el otro (aunque si las ciudades no se unían a él voluntariamente, las trataría como ciudades hostiles). Una adquisición sorprendente fue la de la colonia ateniense de Anfípolis en el invierno de 424/3:[26] el historiador Tucídides, general ateniense que en ese momento se encontraba en Tasos, llegó demasiado tarde para salvarla (por lo que tuvo que exiliarse hasta el final de la guerra), pero sí pudo salvar la ciudad costera de Eión.

Muchos espartanos estaban ansiosos por establecer la paz tras su fracaso en Pilos y, en la primavera de 423, se negoció una tregua de un año, que se esperaba que propiciara un acuerdo más duradero. Sin embargo, la ciudad de Escíone se acercó a Brásidas después de que se hubiera pactado la tregua, pero antes de que se tuviera noticia de ello, y por esta razón la guerra continuó en el norte. No obstante, la tregua sí se respetó en otros lugares y, en 422, se prolongó hasta finales del verano. Cuando esta expiró, Cleón se dirigió al norte con un ejército ateniense. Empezó con triunfos, pero a partir de Eión, mientras esperaba a los aliados, se arriesgó en una marcha de reconocimiento hacia Anfípolis y fue sorprendido y derrotado por Brásidas. Cleón y Brásidas murieron en los combates; Anfípolis siguió oponiéndose a los atenienses y estos nunca la recuperaron.[27]

Cleón y Brásidas deseaban proseguir con la guerra, pero tras su muerte prevaleció la opinión de los partidarios de la paz, en particular de Nicias en Atenas y del rey Plistoanax en Esparta.[28] Lo que los estudiosos llaman la paz de Nicias se estableció durante la primavera de 421: se trataba, básicamente, de un retorno a la situación de 431, con garantías especiales para algunas ciudades del norte, aunque no para todas, y debía durar cincuenta años. De haberse cumplido

plenamente, habría satisfecho los objetivos bélicos que Pericles se había fijado para Atenas (Esparta estaba en son de paz tras diez años de guerra en la que no había logrado debilitar ni destruir al imperio ateniense), pero no fue así. El especial interés de Esparta por la paz después del episodio de Pilos no era compartido por sus aliados: Beocia, Corinto, Mégara y Elis se negaron a participar porque no se atendieron sus demandas territoriales y cuando Anfípolis se resistió a ser entregada de nuevo a Atenas, el gobernador espartano se mostró de acuerdo. Para tranquilizar a Atenas, Esparta añadió una alianza de cincuenta años entre Esparta y Atenas, y los atenienses entonces renunciaron a su control sobre Esparta devolviendo a los prisioneros capturados en Pilos. Fue un error: no deberían haberlos satisfecho tan fácilmente con un mal tratado.

La incertidumbre tras la paz de Nicias se agravó cuando expiró la paz de los Treinta Años entre Esparta y Argos.[29] Corinto tomó la delantera y creó una combinación de ciudades descontentas con Esparta, en alianza con Argos. Durante el invierno de 421/0, dos de los nuevos éforos espartanos promovieron un plan para incorporar a Beocia a esta alianza y alinear la alianza con Esparta, pero los magistrados beocios no se lo explicaron a sus conciudadanos, que se negaron a sumarse a la alianza porque la consideraban antiespartana. Tras esto se sucedieron otros malentendidos y situaciones equívocas. En Atenas, Alcibíades,[30] ofendido porque pese a las conexiones de su familia no se le había tenido en cuenta durante la negociación de la paz de Nicias, se mostró dispuesto a quebrantar la paz y, en 420, al parecer tras una artimaña en la asamblea ante una diputación espartana que trataba de salvar la paz, constituyó una alianza en favor de Atenas con Argos, Mantinea y Elis (mientras que Corinto se negó a unirse y volvió al bando espartano). Esto ofreció la posibilidad de luchar contra Esparta por tierra en el Peloponeso, lo que no había sido posible durante la guerra arquidámica.

Después de algunas campañas de poca envergadura en 420 y 419, llegaron los grandes enfrentamientos en 418. En primer lugar, Esparta y sus aliados (que incluían a Corinto y Beocia), bajo el mando del rey Agis II, hijo y sucesor de Arquídamo, se dispusieron a atacar Argos desde el norte y mientras se acercaban a Argos por diversas vías, el ejército argivo se preparó para hacerles frente. El resultado fue una situación en la que no se libró ninguna batalla, sino que los comandantes pactaron una tregua, pero ambos bandos reaccionaron con furia y pensaron que sus comandantes habían desperdiciado una oportunidad de ganar. La alianza argiva se trasladó a Mantinea,

en Arcadia, para atacar Tegea, al sur, y Agis acudió para apoyar a Tegea. Cuando finalmente Agis marchó hacia el norte, fue sorprendido por el enemigo que marchaba hacia el sur (es posible que un bosque les impidiera verse). La batalla de Mantinea fue la mayor batalla de hoplitas de la guerra del Peloponeso, con 10 000 hombres o más en cada bando. Al principio, cada ejército estaba demasiado situado a la derecha para un choque directo con el otro. El intento de Agis de modificar su formación dejó un hueco en el centro de su línea. Si los espartanos hubiesen estado destinados a ser derrotados en una batalla hoplita, debería haber ocurrido aquí, pero no fue así: incluso en este caso la destreza y la disciplina de los espartanos desbordaron a sus adversarios, que tenían poca experiencia luchando juntos, y vencieron. El desafío había fracasado y Esparta pudo reforzar su control en el Peloponeso. Incluso en Argos, los oligárquicos simpatizantes de los espartanos[31] llegaron a un acuerdo para pactar un tratado que parecía prever un liderazgo del Peloponeso compartido entre las dos ciudades, pero en 417 los demócratas partidarios de Atenas retomaron el poder y, en 416, Argos renovó su alianza con Atenas, por lo que prosiguió la lucha en el Peloponeso nororiental.

Sobre otros aspectos solo disponemos de informaciones fragmentarias. Atenas retiró a los mesenios de Pilos, pero como la paz no se implementó del todo, mantuvo el sitio y, en 419/8, declaró que Esparta estaba quebrando la paz y restableció a los mesenios. En el norte, en 421, Anfípolis evitó ser entregada a Atenas (véase más arriba), pero los atenienses tomaron Escíone, matando a los hombres y esclavizando a las mujeres y a los niños. También se mencionan otros incidentes; Pérdicas murió en 413 y su sucesor, Arquelao, era un decidido partidario de Atenas, pero como Atenas estaba por entonces más débil, lo era en sus propios términos.

Un episodio que trata en detalle Tucídides fue la toma en 416 de la isla egea de Melos, situada al sur de Atenas.[32] Casi desde el comienzo de la guerra había sido la única isla del Egeo que se había mantenido fuera de la órbita de Atenas. En 426 resistió un ataque ateniense; en 425, los atenienses la incluyeron en sus cálculos para el pago de tributos,[33] pero eso no prueba que estuvieran en condiciones de exigirlo; una inscripción que enumera las aportaciones financieras al bando espartano incluye a los habitantes de Melos, probablemente algo antes de 416.[34] Tucídides no menciona qué había hecho Melos desde 421 para provocar a los atenienses, pero estos enviaron una fuerza a la isla, y Tucídides también nos ofrece un diálogo entre los emisarios atenienses y los funcionarios melios, en el que los atenienses emplean el lenguaje de la política del poder con más dureza que en los otros discursos de su historia, aunque no sean esencialmente diferentes,[35] mientras que los habitantes de Melos apelan a la justicia, a los dioses y a los espartanos. Finalmente, Melos fue traicionado, sus hombres fueron asesinados y sus mujeres y niños, esclavizados. El episodio se volvió tristemente conocido, en parte porque Tucídides lo escribió para contrastarlo con el intento de los atenienses de extralimitarse en Sicilia inmediatamente después y deberíamos resaltar también que, en una frase inmediatamente anterior, había informado de que los espartanos habían matado a todos los habitantes libres de una ciudad de la Argólida.[36]

Se habían producido varias acciones hostiles que quebrantaron la paz de Nicias, pero los espartanos no habían llegado a entrar en territorio ateniense y los atenienses tampoco se habían adentrado en territorio espartano, y no le convenía a ningún bando afirmar con legitimidad que la paz se había roto. Finalmente, en 414 Atenas se unió a Argos en una incursión en la parte este de Lacedemonia y los espartanos lo

consideraron un quebrantamiento definitivo de la paz.

Mientras tanto, en Sicilia tenía lugar una gran campaña que iba a convertirse en el punto de inflexión en la guerra.[37] En el oeste de Sicilia, Egesta, que era aliada de Atenas, estaba en guerra con Selino, que obtuvo el apoyo de Siracusa. Egesta recurrió a Atenas y se dice que engañó a los emisarios atenienses sobre su capacidad para pagarles por su ayuda. En Atenas, Alcibíades estaba ansioso por ir y consideraba esta acción el punto de partida para la expansión ateniense en el oeste, mientras que el prudente Nicias veía imposible un éxito a largo plazo (y con razón: controlar Sicilia sería muy diferente a controlar por separado diversas islas del Egeo) y pensaba que Atenas ya se enfrentaba a suficientes problemas más cerca de casa. Sin embargo, las preocupaciones de Nicias propiciaron que los atenienses enviaran en 415 una fuerza mayor, con más confianza y ambición, de lo que se había previsto originalmente. Nicias y Alcibíades fueron dos de los tres comandantes: probablemente no, como pensaba Plutarco, para que cada uno moderase los excesos del otro, sino porque Nicias, a pesar de no haber contado con el apoyo suficiente en la asamblea para evitar la campaña, sí tuvo el apoyo suficiente para garantizar su propio nombramiento. En Siracusa, Hermócrates tenía adversarios que desconfiaban de él, pero al final de la campaña ocupaba una posición influyente.

Cuando los atenienses llegaron, se encontraron con que, en general, no eran tan bien recibidos como esperaban y que Egesta no disponía de los fondos prometidos. Por su parte, Alcibíades, convocado para hacer frente a un juicio en Atenas,[38] escapó a Esparta e instigó a los espartanos contra Atenas. Zarparon desde una base en Catania hasta Siracusa y ganaron una batalla, pero fueron incapaces de continuar. En 414 navegaron de vuelta a Siracusa, se establecieron en la llanura

situada a las afueras de la ciudad y comenzaron a bloquearla construyendo murallas para aislarla. Empezaron bien, pero no completaron las murallas a tiempo para evitar que penetrara una fuerza peloponesia comandada por el espartano Gilipo. Para entonces, el tercer comandante ateniense había muerto y Nicias se quedó solo, desmoralizado y enfermo. Los atenienses se negaron a relevarlo de su mando, pero en 413 enviaron otra fuerza importante (uno de los comandantes era Demóstenes, que durante la década de 420 había sido agresivo aunque no siempre había tenido éxito). Una batalla nocturna para recuperar el control de la llanura terminó en una derrota de los atenienses. Sus barcos no lograron abrirse paso para salir de la gran bahía y, cuando finalmente trataron de replegarse por tierra, los siracusanos los capturaron. Lo que comenzó con grandes esperanzas terminó en un desastre: se perdieron muchos hombres y naves y se había gastado una gran cantidad de dinero en vano. Por primera vez, parecía creíble que se pudiera vencer a Atenas.

En 413, el rey espartano Agis dirigió a una fuerza peloponesia que estableció una fortaleza en Decelia, en el norte del Ática (otro ejemplo de *epiteichismós*),[39] y se quedó allí con una guarnición hasta el final de la guerra, privando a los atenienses de utilizar sus campos y sus minas de plata durante todo el año. El año anterior, los atenienses habían invadido Lacedemonia (véase más arriba) y la ausencia de una gran cantidad de atenienses, que se encontraban en Sicilia, redujo el riesgo de la empresa.

Los atenienses resolvieron seguir luchando. Varios miembros de la Liga de Delos, a quienes la deserción les parecía en ese momento factible, se acercaron a Esparta, al igual que hicieron los sátrapas persas en el oeste de Asia Menor, Tisafernes en Sardes y Farnabazo en Dascilio. Una estrategia en el Helesponto resultó finalmente decisiva para que Esparta ganara la guerra (véase más adelante), pero en el año 412, atraídos por la perspectiva de contar con apoyo naval de Quíos y por las conexiones de Alcibíades con Mileto, decidieron centrarse en el Egeo y establecieron el primero de una serie de tratados con Tisafernes y los persas, por el cual Persia recuperaría territorios que había poseído en el pasado. Los atenienses enviaron naves a Samos y esta sería su base naval en el Egeo hasta el final de la guerra.

Alcibíades se estaba enemistando con los espartanos: se rumoreaba que era el padre de un hijo de la esposa del ausente rey Agis.[40] Se trasladó a la corte de Tisafernes, contactó con los atenienses y les propuso que si cambiaban la democracia por una oligarquía y lo readmitían, podría inducir a los persas a apoyar a Atenas en lugar de a Esparta. Sobre las convulsiones políticas resultantes en Atenas véase lo que sigue.[41] Durante el invierno de 412/1 hubo fricciones entre los espartanos y los

persas, pero Alcibíades no consiguió que los persas se alinearan con Atenas (probablemente nunca hubo una verdadera posibilidad de que ocurriera, aunque algunos atenienses mantuvieron la esperanza hasta el año 407) y, en la primavera de 411, se reafirmó la alianza entre Persia y Esparta, esta vez limitando expresamente la reclamación territorial de Persia en la parte continental de Asia Menor, pero haciéndola absoluta allí. En el otoño de 411 los espartanos desperdiciaron una oportunidad de atacar Atenas mientras esta se hallaba sumida en la confusión;[42] su flota del Egeo se trasladó al Helesponto, y los atenienses la siguieron y la derrotaron en Cinosema. Tras esto concluye la crónica de Tucídides y tenemos que trabajar con las historias divergentes de Jenofonte y Diodoro:[43] aunque hay problemas con la crónica de Diodoro, hay razones para pensar que en muchos puntos lo que había detrás de su historia era preferible a lo que contaba Jenofonte.

Alcibíades se unió a la flota ateniense y en los años siguientes los atenienses encadenaron una serie de éxitos en el norte. En 410 tendieron una trampa a los espartanos, los derrotaron y mataron a su comandante Míndaro en una batalla naval y terrestre en Cícico, en la Propóntide, después de la cual los supervivientes enviaron un mensaje a Esparta que en griego contenía solo once palabras: «Barcos perdidos. Míndaro ha muerto. Hombres hambrientos. No sabemos qué hacer». Atenas rechazó una oferta de paz de Esparta.[44] Fue probablemente después de este episodio cuando se restauró en Atenas la plena democracia.[45] La flota no tuvo tan buenos resultados en 409, pero en 408 recuperó Calcedonia en el lado asiático del Bósforo, Selimbria en la Propóntide y, por último, Bizancio en la parte europea del Bósforo. En 407, mientras una escuadra recuperaba Tasos, en el norte del Egeo, la flota principal regresó a Atenas. Era la primera vez que volvía Alcibíades desde que se había exiliado en 415.[46] Fue absuelto

de los cargos por los que le habían condenado y, excepcionalmente, se le concedió un puesto especial como comandante en jefe de Atenas.

Mientras tanto, Esparta había conseguido en unas nuevas negociaciones con Persia que el hijo menor del rey, Ciro (de 16 años), se hiciera cargo de una campaña más intensa contra Atenas y un posible acuerdo para que, cuando acabase la guerra, los griegos de la parte continental de Asia Menor pagaran tributos a Persia, pero fuesen autónomos en otros aspectos. Lisandro, el almirante de Esparta en 407/6, estableció una buena relación con Ciro y volvió a organizar la flota espartana en Éfeso. Alcibíades llevó una flota ateniense a Notio, en el norte continental de Éfeso. A principios de 406 abandonó Notio y dejó a cargo a su amigo Antíoco, a quien le ordenó no arriesgarse a luchar hasta que él regresara, pero Antíoco y Lisandro, cada uno por su parte, intentaron una versión propia de las tácticas de engaño que habían funcionado para los atenienses en Cícico y esta vez vencieron los espartanos. Alcibíades volvió y trató de luchar de nuevo, pero los espartanos se negaron y, sin esperar a que lo procesaran, se exilió en Tracia, cerca de la Propóntide.

Los almirantes espartanos servían por entonces durante un año y no podían volver a ser nombrados. Al sucesor de Lisandro en 406/5, Calicrátidas, no le gustaba el servilismo con los persas ni depender de la ayuda persa para luchar contra compatriotas griegos. Llevó su flota al norte, a Lesbos, y tomó la ciudad de Metimna; Conón llegó después con la flota ateniense y Calicrátidas lo bloqueó en el puerto de Mitilene. Los atenienses hicieron un esfuerzo especial para equipar otra flota y dotarla de tripulación: se fundieron y acuñaron monedas de oro con dedicatorias, se liberó a esclavos voluntarios dispuestos a enrolarse, y los ocho generales

disponibles zarparon con la flota. A finales del verano de 406, Calicrátidas tuvo que dividir sus fuerzas para contener a Conón y salir al encuentro de los recién llegados, que lo derrotaron y mataron cerca de las islas Arginusas, situadas entre Lesbos y el continente. Sin embargo, el tiempo era malo y los atenienses no pudieron recoger a los supervivientes de sus barcos hundidos ni a los muertos.[47]

Como no había la posibilidad de volver a nombrar a Lisandro para el período 405/4, los espartanos designaron a una figura simbólica y pusieron a Lisandro de secretario. Restableció de nuevo la flota espartana en Éfeso con dinero persa, mientras Ciro partió para estar junto al lecho de muerte de su padre y resolver un conflicto por la sucesión y después se trasladó al norte, al Helesponto, y tomó Lampsaco, en el lado asiático. Los atenienses ocupaban la playa opuesta de Egospótamos. Alcibíades se presentó criticando la posición de los atenienses y ofreciendo la ayuda de sus amigos tracios, pero los generales atenienses no confiaban ya en él. La batalla tal vez se debió a que los atenienses intentaron volver a tender una trampa, pero sus naves restantes no estaban listas cuando Lisandro respondió con toda la flota espartana. Conón escapó a Chipre con unos pocos barcos atenienses, pero la mayoría de sus naves fueron capturadas o destruidas.

Lisandro volvió a tomar Bizancio y Calcedonia y, a continuación, prosiguió hasta Atenas, que, durante el invierno de 405/4, estuvo bloqueada por mar y tierra. En la primavera, los atenienses aceptaron las condiciones de Esparta (aunque algunos de los aliados de Esparta habrían deseado la destrucción de Atenas): Atenas tuvo que demoler sus grandes murallas, así como las murallas que protegían El Pireo, renunciar a sus posesiones en ultramar y a toda su flota salvo doce naves, readmitir a sus exiliados (mayormente oligarcas del

período 411-410)[48] y convertirse en un aliado subordinado de Esparta. En la última fase de la guerra, ambos bandos se vieron lastrados por las discrepancias internas: en Atenas entre los oligarcas y los demócratas, y en Esparta entre los que estaban dispuestos a pagar el precio que pedía Persia y aquellos que no. De todas formas, a Atenas le fue mejor durante más tiempo de lo que la mayoría habría esperado en 413. Sin embargo, gracias a que los atenienses habían intentado abarcar demasiado en Sicilia y a que los persas permitieron a los espartanos perseverar hasta que los atenienses no pudieron seguir, los espartanos habían conseguido finalmente el objetivo de la guerra: el imperio ateniense había tocado a su fin. La demolición de las murallas de Atenas fue celebrada como «el principio de la libertad de Grecia»; Lisandro recibió extravagantes honores, que incluyeron la dedicatoria de los «navarcas» en Delfos, un grupo escultórico que le mostraba mientras era coronado por el dios Poseidón y los juegos que llevaban su nombre en Samos (que tomó en 404). Obviamente, todo ello no se tradujo en una Grecia libre de problemas, como veremos en el capítulo 8.

Si exceptuamos el año 411 (más abajo), el estricto sentido de la pertinencia de Tucídides no le permitió incluir muchos de los asuntos internos de Atenas. Sobre la guerra disponemos de las tragedias de Eurípides, que era más joven que Esquilo y Sófocles, y que demostró ser consciente de los horrores de la guerra y más acertado al dejar, al menos a los lectores modernos, con la sensación de que las resoluciones de sus historias resultan problemáticas. Disponemos también de abundante material en las comedias de Aristófanes, que comenzó a escribir en la década de 420: al tratarse de comedias, no existe un acuerdo sobre cómo un humor que tenía que ser popular para que el autor pudiera ganar premios se podía combinar con asuntos serios, ni sobre si sus ataques iban dirigidos contra objetivos dignos o por el contrario mantienen una coherencia que refleja un punto de vista identificable, pero cabe sostener que era más comprensivo con los líderes políticos tradicionales que con los advenedizos (véase más abajo) y, aunque no era proespartano ni pacifista, creía que algunos atenienses eran demasiado beligerantes. Otra obra de la década de 420 es el panfleto *La república de los atenienses* del «Viejo Oligarca», conservada con las obras de Jenofonte: en ella se defiende que, en principio, la democracia es mala, ya que favorece a las peores personas en vez de a las mejores, pero resulta apropiada para Atenas como potencia naval y de éxito (aunque hacia 411 el equilibrio había cambiado tanto que, en realidad, la democracia fue derrocada: véase más abajo).

La peste de 430-426/5[49] acabó con la vida de casi un tercio de la población de Atenas, incluido Pericles, que murió en el otoño de 429. Tucídides, en su conclusión final, exageró su poder en Atenas, al igual que la distinción entre Pericles, que controló al pueblo, y los políticos posteriores que

compitieron entre ellos condescendiendo con el pueblo.[50] Sin embargo, la muerte de Pericles sí supuso un cambio. Aceptó la democracia, pero pertenecía a la clase que había dominado Atenas desde la época de Solón; la mayor parte de los líderes políticos posteriores pertenecían a familias que se habían enriquecido, pero que previamente no habían pertenecido a la clase dominante, y algunos de ellos (para los que se acuñó el término *demagogos*, «líder del pueblo») adoptaron un estilo ostentosamente populista que era nuevo en Atenas. Los líderes políticos de los cincuenta años anteriores eran normalmente elegidos como generales, pero este nuevo tipo de políticos tendía a no mantenerse en el cargo año tras año, mientras que otros hombres, como Demóstenes, servían con frecuencia como generales, pero no eran tan activos en política.

El político más famoso de la década de 420 (ya activo quizá en la de 430) fue Cleón, cuyo padre era propietario de una curtiduría. Tucídides, que no sentía simpatía por él,[51] lo describió como «el más violento» y «el más persuasivo», y Aristófanes lo representó como un hombre propenso a formular acusaciones descabelladas contra sus adversarios y promesas disparatadas. El prudente Nicias, cuya riqueza provenía de las minas de plata, era también un recién llegado a la política, pero trató de imitar el estilo de los políticos anteriores. Probablemente no se le ocurrió a Cleón que pudiera llegar a ser general hasta que se vio obligado a ello por la situación en Pilos:[52] en la asamblea se burló de Nicias por su debilidad y Nicias lo invitó a que asumiera él mismo su cargo de general, y se comprometió a traer de vuelta a los espartanos de Pilos o a matarlos en un plazo veinte días, lo que finalmente hizo (Tucídides comenta que todos los hombres sensatos pensaban que lo más probable era que muriese en el intento).[53] Un personaje excepcional durante este período fue Alcibíades, conocido públicamente desde 421: pertenecía a la

vieja clase política (era pariente de Pericles, que ejerció como su tutor tras la muerte de su padre), pero era egoísta y ostentoso, y trató de vencer a los demagogos con sus propias armas.

Cleón fue asesinado en Anfípolis en 422[54] y a Hipérbolo, que aspiraba a ocupar su puesto, se le consideraba una persona particularmente despreciable por razones que no están claras. Nicias quería mantener la paz, que ayudó a establecer en el año 421, mientras que Alcibíades estaba en contra de ello, pero su alianza peloponesia no acabó teniendo éxito.[55] Alcibíades defendió la expedición a Sicilia de 415, mientras que Nicias se opuso a ella sin éxito.[56] Eran rivales también en otros ámbitos. En 426/5 Atenas había «purificado» Delos retirando todos los cuerpos enterrados en la isla, y se instituyó o recuperó un festival importante allí: Nicias encabezó la delegación ateniense en 417 con un gran alarde. De manera más egoísta, durante los Juegos Olímpicos de 416, Alcibíades participó en las carreras de cuadrigas con siete equipos (hubo una disputa respecto a la propiedad de uno de sus equipos), y quedó primero, segundo y cuarto.

Fue probablemente en la primavera de 415 cuando Hipérbolo propuso un proceso de ostracismo para que el pueblo eligiera entre Alcibíades y Nicias. Pero los partidarios de Alcibíades y de Nicias se pusieron de acuerdo para votar en contra de Hipérbolo: fue condenado al ostracismo, y Alcibíades y Nicias se quedaron en Atenas para proseguir con su rivalidad. Es probable que fuera obra de Alcibíades, que así se libraba de Hipérbolo y Nicias quedaba en deuda con él. El ostracismo se mantuvo en la legislación, pero nunca se volvió a emplear: los procesos contra hombres particulares tenían más probabilidades de alcanzar sus objetivos.

Poco antes de que la expedición a Sicilia estuviese lista para

partir, la mayor parte de las hermas de Atenas (bustos del dios Hermes sobre una peana con un falo erecto) sufrieron daños en una sola noche. Cuando se llevó a cabo una investigación, se obtuvo información sobre unas celebraciones en casas privadas en las que se parodiaban los misterios de Eleusis y se decía que Alcibíades había participado en ellas. Se habló de una conspiración contra la democracia: resulta poco probable y parece más creíble que fuera un complot para desacreditar a Alcibíades y crear malos presagios para la expedición. Alcibíades no pudo conseguir que se celebrara un juicio antes de partir, en el que esperaba ser absuelto. Cuando se le convocó, escapó a Esparta;[57] él y otros muchos hombres fueron condenados por uno o por ambos cargos y los bienes que se les confiscaron ayudaron a financiar la campaña en Sicilia.

El fracaso en Sicilia en 413 tuvo un efecto desastroso en la mano de obra, la marina y las finanzas de los atenienses, así como en su moral, pero decidieron proseguir con la lucha pese a que Esparta mantenía un fuerte en Decelia, en el Ática, y había conseguido el apoyo de algunos de los miembros de la Liga de Delos y de los persas.[58] Hacia finales de 412 Alcibíades había caído en desgracia entre los espartanos y se encontraba en la corte del sátrapa Tisafernes, sugiriendo a los simpatizantes de la flota ateniense en Samos que si se reemplazaba la democracia ateniense por una oligarquía y le llamaban de vuelta, podría persuadir a los persas para que apoyaran a Atenas en lugar de a Esparta.[59] Las negociaciones entre los atenienses, los samios y los sardos no consiguieron el apoyo de los persas, pero los hombres que estaban a favor de la oligarquía decidieron seguir adelante sin ellos y sin Alcibíades: entre abril y mayo de 411 se persuadió a la asamblea ateniense para que votara una constitución basada en un poderoso consejo de cuatrocientas personas y en un restringido cuerpo

de ciudadanos compuesto teóricamente por cinco mil. Este régimen intentó sin éxito alcanzar un acuerdo con Esparta. Quienes acabaron con la democracia tenían diversos motivos para hacerlo: las esperanzas de derrotar a Esparta o de poner fin a la guerra, el deseo de ahorrar dinero aboliendo los gastos de los que dependía la democracia, las opiniones sobre los méritos y deméritos de la democracia, la creencia en Alcibíades o la desconfianza hacia él y la ausencia de la flota habían alterado el equilibrio social en Atenas. El agente más visible del cambio fue Pisandro y en segundo plano se encontraba el orador Antifonte.[60] Terámenes figuraba entre quienes instauraron la oligarquía, pero también entre quienes más tarde lucharon a favor de un cambio hacia un régimen intermedio. Mientras los oligarcas llegaban al poder en Atenas, los atenienses de Samos, que se había convertido en una especie de ciudad en el exilio, se declararon a favor de la democracia y Alcibíades se unió a ellos.

El régimen de los Cuatrocientos resultó ser más autócrata de lo que esperaban muchos de los que lo habían votado. En septiembre, mientras los Cuatrocientos construían una fortaleza en El Pireo, estalló un motín entre los trabajadores. Una flota espartana que atravesó el golfo Sarónico no se dirigió a El Pireo, sino que bordeó el Ática en dirección al Euripo, el estrecho situado entre el continente y Eubea. Una flota ateniense los siguió y fue derrotada. Los espartanos no aprovecharon la oportunidad para atacar Atenas, pero el episodio condujo al derrocamiento de los Cuatrocientos y a la creación de un régimen intermedio basado en los Cinco Mil. Este régimen prosiguió con la guerra y cooperó con la flota de Samos y con Alcibíades. El retorno de la democracia se produjo después del momento en el que termina el texto de Tucídides y no lo menciona Jenofonte, pero es probable que se sitúe en el año 410, después de que la victoria en Cícico[61]

recordase a los atenienses la necesidad de tener una armada eficaz.

Durante un tiempo hubo fricciones entre los hombres muy comprometidos con la democracia y menos comprometidos con ella, y la posición de Alcibíades fue anómala: su condena del año 415 seguía en vigor, pero ejercía como general de la flota porque esta se lo permitía. En 407, después de una serie de triunfos en el norte, regresó a Atenas: fue oficialmente absuelto de todos los cargos y pagó su deuda con las diosas eleusinas escoltando con soldados una procesión tradicional desde Atenas hasta Eleusis (mientras los espartanos estuvieron en Decelia la procesión viajaba por mar). De manera excepcional, no fue nombrado uno de los diez generales ordinarios, sino comandante en jefe, y volvió al Egeo, pero después de la derrota de Antíoco en Notio en 406 se exilió de nuevo[62]. Intentó unirse de nuevo a los atenienses en Egospótamos, pero fue rechazado[63] y, tras finalizar la guerra, se volvió a acercar a los persas, pero Farnabazo lo mandó matar.

Cuando en 406 Conón fue bloqueado por los espartanos en Mitelene, los atenienses hicieron un enorme esfuerzo para financiar, equipar y reclutar hombres para otra flota: en un momento en que se habían intensificado las tensiones, esta flota derrotó y expulsó a los espartanos de las islas Arginusas, pero debido al mal tiempo no pudieron rescatar ni a los supervivientes ni los cadáveres de las naves que habían naufragado.[64] En Atenas, el alivio por la victoria se mezcló con el enfado por sus consecuencias: hubo furibundas recriminaciones ante las cuales los trierarcas a cargo de algunas de las naves (incluido Terámenes, aunque no se debería considerar como un conflicto entre oligarcas y demócratas) y los generales intentaron echarse unos a otros la culpa, hasta que

una asamblea irregular condenó en una decisión única a los ocho generales que habían participado y los seis que habían regresado a Atenas fueron condenados a muerte.

Se ha considerado que las últimas tragedias de Eurípides son escapistas y melodramáticas. *Las aves* de Aristófanes, de 414 (en mitad de la aventura siciliana), seguía siendo una obra desenfadada. Su *Lisístrata*, de 411, parece reflejar un auténtico deseo de paz. *Las ranas*, del año 405, era una reacción a las muertes recientes de Sófocles y Eurípides, pero se convirtió en un debate entre Esquilo y Eurípides. La primera pregunta que se dirigía a los dos poetas era: «¿Qué hay que hacer con Alcibíades?».

El principal demagogo durante este período fue Cleofonte, hijo de un hombre que había servido como general. Introdujo la *diobelia*, un subsidio de dos óbolos que probablemente se pagaba a ciudadanos que no tenían otro medio de subsistencia mientras los espartanos estaban en Decelea. Cleofonte se opuso de forma implacable a la paz con Esparta, tanto después de Cícico, cuando Esparta buscaba la paz, como después de Egospótamos, cuando Atenas no disponía de medios para continuar con la lucha. Tras haber sido excluido acusado de deserción, fue Terámenes quien negoció la paz con Esparta en 404. La democracia había perdido la guerra y en un futuro próximo la armada iba a ser insignificante. El espartano Lisandro tenía una especial predilección por la oligarquía extrema. No sorprende que a la capitulación de Atenas le siguiera otro período de oligarquía.[65]

7

LA VIDA EN EL MUNDO GRIEGO

Familias y ocupaciones

En la Grecia antigua, como ha sucedido en general hasta tiempos recientes, se suponía que había roles diferentes para los hombres y para las mujeres (aunque en las familias más pobres no siempre se mantenía esta distinción): el mundo de los hombres incluía la agricultura y la caza, el atletismo, la guerra y la política; el mundo de las mujeres estaba centrado en la familia y las tareas del hogar, aunque había algunas sacerdotisas y algunos festivales religiosos exclusivos para mujeres o en los que se las admitía. Habitualmente, un hombre de 25 años o más se casaba con una mujer de 15 años o menos, que aportaba una dote; y una de las razones para mantener a una mujer en casa era garantizar que su marido fuera el padre de sus hijos. Era conveniente tener varios hijos, ya que tal vez no todos sobrevivirían hasta la edad adulta, pero no demasiados por motivos relacionados con la propiedad. Las propiedades pertenecían principalmente a los hombres y cuando un hombre se moría, se repartían sus bienes entre sus hijos varones; en Atenas, una mujer sin hermanos tenía que encontrar un marido adecuado para perpetuar la familia y las propiedades, pero en algunas ciudades la posición de las mujeres con respecto a la propiedad era menos desventajosa. La educación era, por lo general, un asunto privado, aunque en el caso de los ciudadanos espartanos la decisión de criar a un bebé o abandonarlo para que muriera era una decisión pública y desde los siete años tanto los niños como las niñas se

sometían a un complicado programa público de formación. Como los ciudadanos espartanos pasaban gran parte de su vida con otros hombres, las mujeres tenían más libertad que en la mayoría de los estados.[1]

Las ciudades eran comunidades de ciudadanos, varones adultos libres que lo eran por su filiación, pero en Atenas el requisito de que tanto el padre como la madre fueran atenienses[2] era particularmente estricto en un estado en el que poseer la ciudadanía era especialmente deseable. Se podía otorgar la ciudadanía a los extranjeros por sus buenos servicios y los estados en los que escaseaban los ciudadanos solían ser generosos, pero no existía un derecho general a solicitar la ciudadanía en el estado en el que se vivía. En la mayoría de los estados había algunos y Atenas contaba con un número considerable de residentes libres que no eran ciudadanos (*metoikoi*, en la jerga ateniense). Estaban sujetos a tantos derechos y obligaciones como los ciudadanos decidieran conferirles; a menos que fueran especialmente privilegiados, no podían poseer ni tierras ni casas en el territorio del estado.

También había personas privadas de libertad en diferentes grados, que iban desde los esclavos hasta las clases inferiores de la población local. Los esclavos, cuando no lo eran por ser hijos de padres esclavos, solían serlo porque los habían capturado en la guerra, pero normalmente los prisioneros griegos eran rescatados y la mayoría de los esclavos no eran griegos. Eran propiedad del estado o del individuo al que pertenecían: las condiciones, y las perspectivas de una futura liberación, eran relativamente buenas para quienes poseyeran habilidades especiales, pero distaban mucho de ser buenas para hombres como los que trabajaban en las minas de plata de Atenas. En Atenas, solo quienes eran muy ricos poseían un gran número de esclavos y no necesitaban trabajar para ganarse el sustento,

pero únicamente los ciudadanos más pobres no poseían ningún esclavo. El grupo más conocido de hombres y mujeres oriundos en estado de servidumbre fueron los ilotas de Esparta,[3] aunque hay indicios de que existían categorías similares en otros lugares, y Atenas tuvo campesinos dependientes, llamados *hektemoroi*, hasta que fueron liberados por Solón.[4] Aunque la mayoría de los griegos no eran parásitos ociosos, muchos no habrían podido consagrar tanto tiempo a la vida pública si sus esposas e hijos, sus metecos y esclavos, no se hubieran ocupado de realizar otro tipo de tareas.

El ideal griego, o al menos el ideal de los griegos de clase alta, era el campesino ciudadano, que poseía tierras y vivía de lo que estas producían. En el Período Clásico, los estados obtenían parte de lo que necesitaban gracias al comercio más que a la producción local (y en el caso de los productos agrícolas locales la diferencia entre un buen año y un mal año podían ser considerable) y también había zapateros, alfareros y albañiles, cuya principal fuente de sustento no era la agricultura. Atenas, al ser una ciudad grande y próspera en la que muchos hombres recibían pagos en efectivo, tenía una economía más diversificada y monetizada que la mayoría de las demás ciudades, pero incluso allí una gran cantidad de ciudadanos poseía algunas tierras y vivía en parte de sus propios productos. Los hombres ricos poseerían varias parcelas separadas en lugar de grandes latifundios y, en los estados más pequeños, la mayoría de los hombres vivía en la ciudad y salía de ella para explotar sus tierras (en Atenas, los demes dispersos por Ática[5] eran centros habitados locales). Los oficios se practicaban en talleres pequeños con pocos trabajadores, no en grandes fábricas; las obras de construcción no dependían de contratistas importantes, sino de un gran número de proveedores y trabajadores individuales. El comercio de ultramar no corría a cargo de flotas mercantes, sino de barcos

individuales cuyo propietario/capitán transportaba sus propias mercancías y las de otros comerciantes; y aunque el estado intervenía cuando había intereses vitales afectados (como el suministro de cereales y materiales para la construcción naval, y las normativas para impedir las prácticas deshonestas en los mercados), los estados no ejercían un control global del comercio. Las sanciones económicas que impuso Atenas a Mégara en la década de 430[6] probablemente no tenían precedentes, al menos a gran escala.

Aunque los griegos podían diferenciar lo sagrado de lo profano, su religión estaba «integrada» como una parte esencial de la vida de la comunidad, como lo estaría el cristianismo en las sociedades europeas y como aún lo siguen estando otras religiones en algunas sociedades; el estado podía tomar decisiones sobre asuntos religiosos (como los edificios, los sacerdocios, las normas de los festivales) al igual que podía tomarlas sobre otras cuestiones, y los cargos religiosos no se consideraban esencialmente diferentes de otro tipo de cargos o incompatibles con ellos. Había muchos dioses y diosas, y aunque existía una similitud general en todo el mundo griego, se rendía culto a dioses concretos, con diferentes epítetos y con diferentes rituales en los distintos lugares:[7] por ejemplo, en la Acrópolis de Atenas se podía encontrar a Atenea Polias, la diosa protectora de la ciudad, a Atenea Promacos, «la que combate en primera línea» y a Atenea Niké, «victoria». También se podían importar cultos a una ciudad desde otra ciudad griega o cuyo origen no fuera griego, como el culto de la diosa tracia Bendis *c.* 410.[8] A los dioses y diosas griegos legendarios se los consideraba similares a los hombres y las mujeres, y se comportaban bien o mal como ellos, aunque a partir del siglo VI varios intelectuales criticaron duramente esta visión de los mismos (véase más abajo). La religión dependía de las creencias, pero no existía un conjunto de textos sagrados ni de doctrinas ortodoxas que fuera necesario aceptar, y lo más importante era mantener una buena relación con los dioses participando en las celebraciones adecuadas de la manera correcta y en las ocasiones apropiadas.

El acto público de culto característico era el sacrificio de animales o la ofrenda de otros víveres, al que a menudo precedía una procesión hasta el altar, y a menudo se celebraba

de un modo que no solo servía para ofrecer humo al dios, sino también para que los devotos disfrutaran de un banquete. Los festivales también incluían actividades que en nuestra cultura no suelen estar asociadas a las celebraciones religiosas, en especial certámenes musicales, poéticos y atléticos. (Los gimnasios en los que los hombres podían ejercitarse eran muy comunes y desde el siglo IV tendieron a convertirse también en centros intelectuales). Los cultos mistéricos, como el de Deméter y Perséfone en Eleusis, comprendían revelaciones a los iniciados y tenían más que ver con el bienestar espiritual de los individuos. Algunos santuarios se convirtieron en centros de sanación, que los enfermos visitaban por una noche y de los que esperaban partir curados por la mañana. Algunos santuarios, como el de Apolo en Delfos y el de Zeus en Olimpia, no solo atraían a la población local, sino también a un grupo más amplio de ciudadanos; en Atenas, las Panateneas quizá eran un festival demasiado centrado en los ciudadanos atenienses para conseguirlo, pero los misterios de Eleusis despertaban más interés (se excluía a los bárbaros, pero incluso se admitía a los esclavos si eran griegos).[9]

Las reuniones de los consejos y las asambleas comenzaban con un ritual religioso y una plegaria por el éxito, pero los dioses no dictaban órdenes a los estados: se podía conocer su voluntad a través de los oráculos y los presagios, pero correspondía a los seres humanos decidir cuándo y dónde conocer los deseos de los dioses y cómo interpretar sus confusas respuestas.

La literatura griega más antigua que se ha conservado es la epopeya: la *Ilíada* y la *Odisea*, atribuidas a Homero, cuentan dos historias relacionadas con la legendaria guerra contra Troya[10] y son obras muy logradas que probablemente se fijaron por escrito a finales del siglo VIII como culminación de

la tradición de poesía oral. De Hesíodo, posiblemente algo posterior, conservamos la *Teogonía*, que trata sobre los orígenes y las genealogías de los dioses, y *Los trabajos y los días*, donde ofrece consejos para llevar una vida de trabajo honesto. De los siglos VII al V tenemos diferentes modalidades de poesía lírica, de las que se han citado algunos pasajes como fuentes primarias en capítulos anteriores. Algunos poemas fueron escritos para su interpretación coral en actos públicos: himnos a los dioses, canciones para bodas y funerales, celebraciones de victorias atléticas (por ejemplo, Píndaro y Baquílides) e intervenciones militares (por ejemplo, Simónides, tío de Baquílides; las intervenciones militares también se conmemoraban con epigramas grabados en los monumentos). Otros estaban compuestos para que los recitara una sola persona, a menudo en los *symposia* (fiestas para beber) de la clase alta y podían tratar sobre la vida del propio poeta o las preocupaciones de los ciudadanos; estos últimos son a veces genéricos, pero otras se inscriben en un contexto concreto (por ejemplo, Tirteo en Esparta, Teognis en Mégara, Alceo en Lesbos, Solón en Atenas). Safo de Lesbos (siglo VII) fue una mujer que escribió sobre el amor entre mujeres.

Atenas fue el centro cultural de Grecia en los siglos V y IV, como nunca antes ni después. La forma poética característica del siglo V es el teatro ateniense, que se representaba en certámenes en los festivales del dios Dionisos. La tragedia (acompañada en los certámenes por el drama satírico, más mundano y humorístico) era sumamente seria, con argumentos inspirados en las leyendas griegas del período heroico (en todos los ejemplos que se han conservado excepto en *Los persas* de Esquilo, aunque había paralelismos en algunas obras que se han perdido); se han conservado tragedias de tres escritores que no tardarían en convertirse en clásicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides. La comedia del siglo V («comedia antigua») se servía

de tramas fantásticas para centrarse en temas políticos e intelectuales y en personajes de la época, aunque incluían una buena cantidad de humor bufonesco y obsceno, y tenemos una serie de obras de Aristófanes de las décadas de 420 hasta 380. Al parecer, la «comedia media», de principios y mediados del siglo IV, era algo más moderada y no integraba tanto al coro en el drama; los únicos ejemplos que se conservan completos son las dos últimas obras que han sobrevivido de Aristófanes, *La asamblea de las mujeres* y *Pluto*. La «comedia nueva», de finales del siglo IV y el siglo III, era conocida principalmente por las adaptaciones latinas de Plauto y Terencio, pero en fecha más reciente los papiros nos han aportado un corpus importante de material de Menandro (finales del siglo IV y principios del siglo III: no fue el autor de más éxito de su época): estas obras están ambientadas en el mundo de la época, pero abordan asuntos domésticos, como niños expósitos y malentendidos entre amantes, y no temas públicos, y desarrollaron a partir de la comedia media la moderación y la supresión del coro.

La literatura griega en prosa más antigua que se ha conservado data de la segunda mitad del siglo V: Heródoto (de Halicarnaso, en Asia Menor, pero exiliado) escribió en el tercer cuarto del siglo una historia ambiciosa y estimulante intelectualmente que culmina en la revuelta jonia de la década de 490 y las invasiones persas de Grecia en 490 y 480-479, y los fragmentos mencionados de obras de sus predecesores que de otro modo se habrían perdido sugieren que representa un gran avance con respecto a estos; Tucídides de Atenas escribió en las tres últimas décadas del siglo una historia magistral y perspicaz pero centrada específicamente en la guerra del Peloponeso salvo en su introducción.[11] A partir de ese momento, las historias proliferaron. Varios escritores se propusieron deliberadamente continuar la historia inconclusa de Tucídides: las *Helénicas* (asuntos griegos) del ateniense

Jenofonte abarcan desde 411 hasta 362.[12] Otros escritores trataron el mundo griego o más allá del mismo durante un período más largo o más breve (Éforo de Cime, en Asia Menor, del siglo IV, fue la fuente principal para el siglo I; Diodoro Sículo para el material conservado sobre el siglo V y la primera mitad del IV), mientras que otros eligieron un ámbito más reducido, como la historia de una ciudad concreta (entre finales del siglo V y principios del III se escribieron varias de *Atthides*, historias de Atenas, pero no se ha conservado ninguna). En el tercer cuarto del siglo IV, la escuela de Aristóteles publicó estudios sobre las constituciones, de los que se conserva la *Constitución de los atenienses*, que ofrece una historia de la constitución seguida de una descripción de su aplicación en el momento de su redacción.[13] Sobre las historias de Alejandro Magno, véase la p. 169: varias fueron escritas en las décadas posteriores a su muerte, aunque la más antigua que se conserva es el libro XVII de Diodoro Sículo.

La pericia a la hora de hablar en público fue valorada desde finales del siglo V y disponemos de una gran cantidad de oratoria ateniense, en su mayoría relacionada con casos judiciales pero también varios discursos pronunciados en las sesiones de la asamblea o en otras ocasiones, escrita entre *c.* 420 y *c.* 320. Entre los autores figuran Antifonte, Andócides y Lisias a comienzos del período, y Demóstenes, Esquines e Hipérides a finales del mismo. Los litigantes tenían que defenderse a sí mismos en los tribunales, pero podían utilizar a escritores de discursos y contar con el respaldo de oradores que los apoyaran.[14] No está claro hasta qué punto se corresponden los discursos que nos han transmitido (como modelos de oratoria más que como fuentes históricas) con los discursos pronunciados originalmente; hay varios ejemplos de discursos sobre ambas partes de un litigio y con frecuencia desconocemos cuál fue el resultado. Isócrates, que vivió casi

cien años, entre las décadas de 430 y 330, escribió varios discursos para los tribunales en la década de 390, pero a partir de esa fecha escribió panfletos políticos en forma de discursos y enseñó a otros oradores. También otros autores escribieron panfletos y uno de los que han sobrevivido es *La república de los atenienses* del «Viejo Oligarca», conservada con las obras de Jenofonte, que muy probablemente fue escrita en la década de 420.[15] La retórica, el arte de componer discursos adecuados para diferentes ocasiones, se convirtió en un elemento esencial de la educación de la clase alta. Gorgias de Leontino, en Sicilia, viajó como miembro de una embajada a Atenas en 427 e impresionó a sus oyentes con su estilo muy elaborado. La *Retórica* es uno de los muchos libros de Aristóteles y la *Retórica a Alejandro*, conservada con las obras de Aristóteles, es probablemente algo anterior y de Anaxímenes de Lampsaco.

La filosofía, que formulaba preguntas sobre el cosmos y sobre los dioses y los mortales desde una perspectiva diferente a la de las leyendas tradicionales, tuvo sus inicios en Asia Menor, particularmente en Mileto, en el siglo VI. Tales, de principios de siglo, fue un cosmólogo que creía que la tierra flotaba en el agua; Anaximandro identificó el infinito como el origen de todas las cosas; Anaxímenes creía que el principio de todas las cosas era el aire. Pitágoras, que emigró de Samos a Crotona, en Italia, fue un matemático a quien le interesaban especialmente los tonos musicales (y su nombre ha sobrevivido en el teorema de Pitágoras sobre los triángulos rectángulos). Estos planteamientos eran irreconciliables con la religión antropomórfica tradicional: Tales creía que «todas las cosas están llenas de dioses»; Pitágoras y otros ponían objeciones a las historias sobre el buen o mal comportamiento de los dioses. También se cuestionaron los valores tradicionales: Heráclito de Éfeso creía que existía una única ley divina de la que se debían derivar las leyes humanas, pero los gobernantes imponían su

voluntad y lo llamaban ley.

A mediados y finales del siglo V vivieron unos intelectuales itinerantes denominados sofistas (practicantes de la sabiduría); no todos ellos eran atenienses, pero algunos pasaron algún tiempo en Atenas. Muchos de ellos afirmaban enseñar las técnicas necesarias para triunfar en la vida pública, sobre todo a formular argumentos y pronunciar discursos, y eran aficionados a los contrastes, como el existente entre la *fisis*, «naturaleza», que solo puede ser lo que es, y el *nomos*, la palabra para «ley», pero en este contexto «convención», lo que ha decidido de un modo una comunidad humana determinada, pero podría haber decidido de otro modo. Si se abandonaban los valores tradicionales y sus justificaciones, se necesitaban otros: Protágoras de Abdera, en la costa tracia, de mediados de siglo, consideraba las leyes una convención humana, pero creía que eran necesarias para facilitar la vida en las ciudades. Sin embargo otros, como el ateniense Antifonte (es probable, aunque no del todo seguro, que fuera un hombre diferente a Antifonte el orador),[16] creía que eran un recurso indeseable para impedir a hombres capaces vivir como marcaría la naturaleza.

El ateniense Sócrates fue caricaturizado en *Las nubes* (423) de Aristófanes y descrito como un gran maestro por Jenofonte y Platón en el siglo IV. Puede que, como en *Las nubes*, hubiera estado interesado a un tiempo por los fenómenos celestiales y la retórica. Para Jenofonte y Platón, se dedicaba a la argumentación dialéctica: según Jenofonte, defendía una interpretación tradicional de la virtud; según Platón, era más propenso a exponer la debilidad de las opiniones de otros hombres que a proponer las suyas propias, pero parece que identificaba la virtud con el conocimiento (de modo que quienes actúan de manera incorrecta lo hacen porque no

comprenden lo que está bien). Entre los jóvenes relacionados con él figuraban algunos, como Alcibíades y Critias, que participaron en los movimientos oligárquicos de finales del siglo V y esa es en parte la razón de que fuera condenado y ejecutado, oficialmente por impiedad, en 400/399.

Tras las convulsiones de la guerra del Peloponeso, los griegos del siglo IV buscaron certezas. Platón, un aristócrata ateniense emparentado con el oligarca Critias,[17] fundó una institución en la Academia, situada al noroeste de la ciudad, y escribió diálogos en los que exploraba la ética y la política, el conocimiento y el alma; también trató de interferir en los asuntos de Siracusa.[18] Su pupilo Aristóteles de Estagira, en Calcídica, regresó a Atenas tras ejercer de tutor de Alejandro Magno y fundó el Liceo al este de la ciudad. Escribió sobre una variedad de temas, incluidas las ciencias naturales y la literatura, así como sobre lo que cabría considerar filosofía y lógica, y solía trabajar generalizando a partir de una gran cantidad de casos observados.

Uno de los temas que interesaban a los filósofos era el gobierno de las ciudades. La distinción más antigua era entre tiranía[19] y gobierno constitucional. En la primera mitad del siglo V se adoptó una triple división entre monarquía, oligarquía o aristocracia y democracia.[20] Para los sofistas, las formas de gobierno pertenecían al ámbito de la convención: no existía una forma que fuera universalmente correcta, sino que cada hombre prefería aquella forma que le beneficiaba. Platón ofrecía en su *República* una nueva tipología, que clasificaba la aristocracia, la timocracia (basada en la búsqueda del honor), la oligarquía, la democracia y tiranía en orden descendente; él mismo en otros textos y Aristóteles diferenciaban entre versiones buenas y malas de las tres formas tradicionales.

En cuanto a las artes visuales, se construyeron por primera

vez templos monumentales, con una o varias salas centrales y pórticos con columnas o una columnata, en Corinto y el istmo en el siglo VII, y a partir del siglo VI normalmente se construyeron íntegramente en piedra. La obra cumbre de estilo fue el Partenón, construido en la Acrópolis de Atenas entre 447/6 y 433/2 (Ilustración 11).[21] Para entonces ya había grandes edificios públicos de otro tipo: en Atenas, el consejo (terminado en el siglo VI), el *tolos* (construcción circular) que era la sede de los pritanos (*c.* 460) y una serie de estoas (pórticos abiertos: finales del siglo VI-finales del siglo V) en el Ágora; el Pnyx, donde se reunía la asamblea (cuya primera versión data tal vez de finales de siglo VI), y el Odeón de Pericles. Entre finales del siglo VI y finales del V se construyeron muchos templos majestuosos en el oeste (sobre el templo de Acragante, en Sicilia, véase la Ilustración 13); sin embargo, otros lugares de Grecia y el Egeo fueron eclipsados en el siglo V por Atenas, aunque a mediados de siglo se construyeron el templo de Zeus en Olimpia y el templo de Apolo en Bassae, en Arcadia. Entre los edificios del siglo IV figuran un nuevo consejo y dos remodelaciones del Pnyx, así como el primer teatro monumental de Dionisos (Ilustración 14) y el estadio (ambos *c.* 330), en Atenas; un nuevo Templo de Apolo en Delfos (Ilustración 6) y un nuevo Templo de Asclepio y otros edificios en Epidauro, en la Argólide. El Mausoleo de Halicarnaso (*c.* 350, Ilustración 15), una de las siete maravillas del mundo antiguo, combinaba elementos griegos y de Oriente Próximo, y tal vez fue concebido como un santuario para conmemorar como héroe a Mausolo, de la dinastía caria.[22] Al parecer, en Atenas y en Grecia en general, las casas particulares solían ser modestas hasta mediados del siglo IV, pero a partir de entonces los hombres acaudalados empezaron a construirse grandes mansiones. Un yacimiento que ofrece gran cantidad de información sobre los edificios

residenciales es Olinto, en Calcídica, que fue reconstruido en 432 y quedó desocupado después de que lo destruyera Filipo de Macedonia en 348.[23]

En el Período Arcaico, el punto de partida de la escultura es el estilo «dedálico», con estatuillas que seguían los modelos orientales, y posteriormente se adoptaron los modelos egipcios, de mayor tamaño, para crear los *kuroi*, varones desnudos, y las *korai*, mujeres vestidas, con una pose rígida y mirando de frente. Con el tiempo se volvieron más naturalistas y sus poses más variadas, pero seguían siendo estilizadas y sobrias (por ejemplo, el auriga de bronce de Delfos, Ilustración 16). A lo largo del siglo V prosiguió esta evolución, con estatuas cada vez más naturalistas (Policleto de Argos elaboró un «canon» de las proporciones de las partes del cuerpo humano) y concebidas para ser contempladas desde varios ángulos, que explotaban las posibilidades dramáticas del drapeado, aunque eran más idealizadas que realistas; el vaciado en bronce permitió una mayor libertad en las poses de la que podía conseguirse en piedra. Un buen ejemplo es el *Discóbolo* (lanzador de disco) de Mirón, de mediados del siglo V (Ilustración 17). La escultura del siglo IV era más delicada (por ejemplo, el *Hermes con el niño Dionisos* del ateniense Praxíteles, Ilustración 18) y Lisipo de Sición modificó el canon para esculpir figuras más elegantes. Las esculturas más antiguas que se conservan que parecen de individuos son las del Mausoleo, que representan a Mausolo y Artemisia o quizá a antepasados de estos.



Ilustración 14. Atenas: Teatro de Dionisos (*c*. 330).

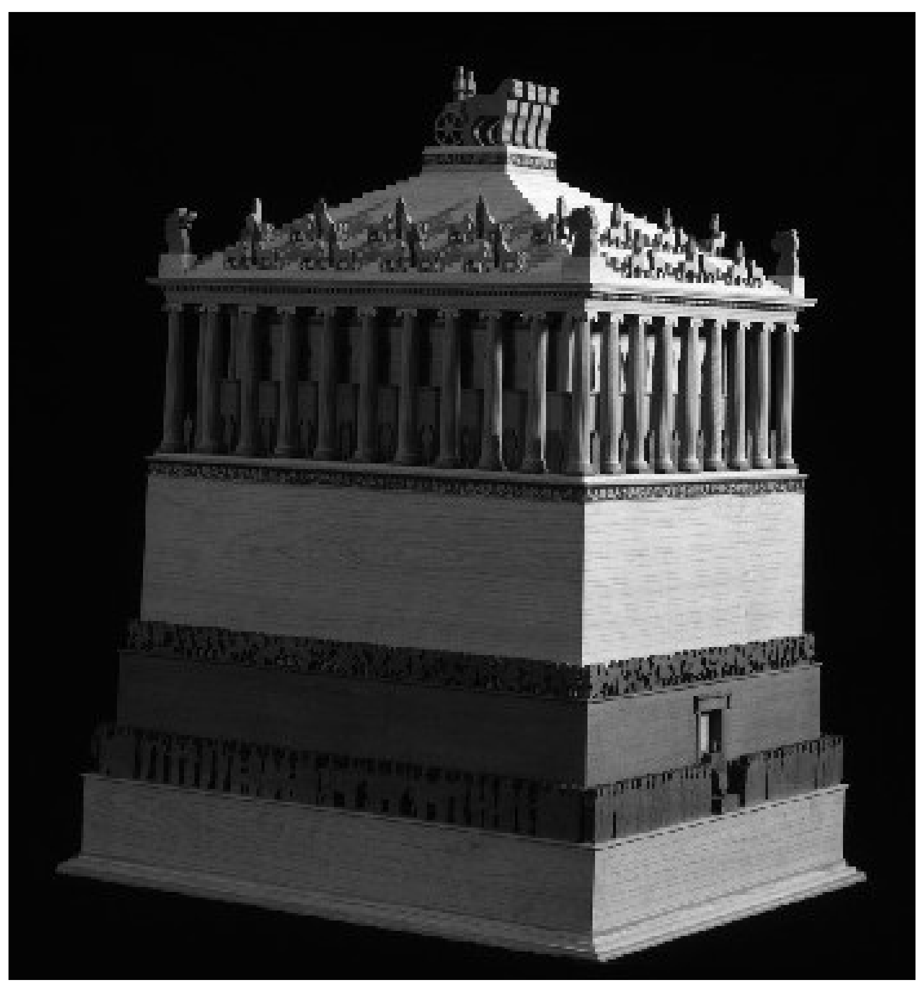


ILUSTRACIÓN 15. Halicarnaso: reconstrucción del Mausoleo (mediados del siglo IV), Museo de Arte Antiguo, Universidad de Aarhus.

Se han conservado pinturas murales de gran formato y muy logradas de las civilizaciones griegas de la Edad del Bronce. En la Grecia clásica, hay constancia de pinturas de gran tamaño, normalmente sobre paneles de madera, en edificios como la Stoa Poikile de Atenas (segundo cuarto de siglo) y la estoa de Zeus (década de 420), pero no se han conservado, salvo las pinturas de las tumbas del siglo IV de Egas (Vergina), en Macedonia (Ilustración 19). Se dice que Cimón de Cleona (*c.* 500) inventó los escorzos; Polignoto de Tasos y Micón de

Atenas (segundo cuarto del siglo V) utilizaron diferentes contornos y grupos para indicar la posición; y aproximadamente por la misma época Agatarco de Samos empezó a pintar escenas para el teatro en Atenas. Las pinturas de Egas son frescos, pintados directamente en las paredes, con una composición (incluida la perspectiva) y uso del color hábiles.



ILUSTRACIÓN 16. Delfos: estatua del auriga (década de 470).

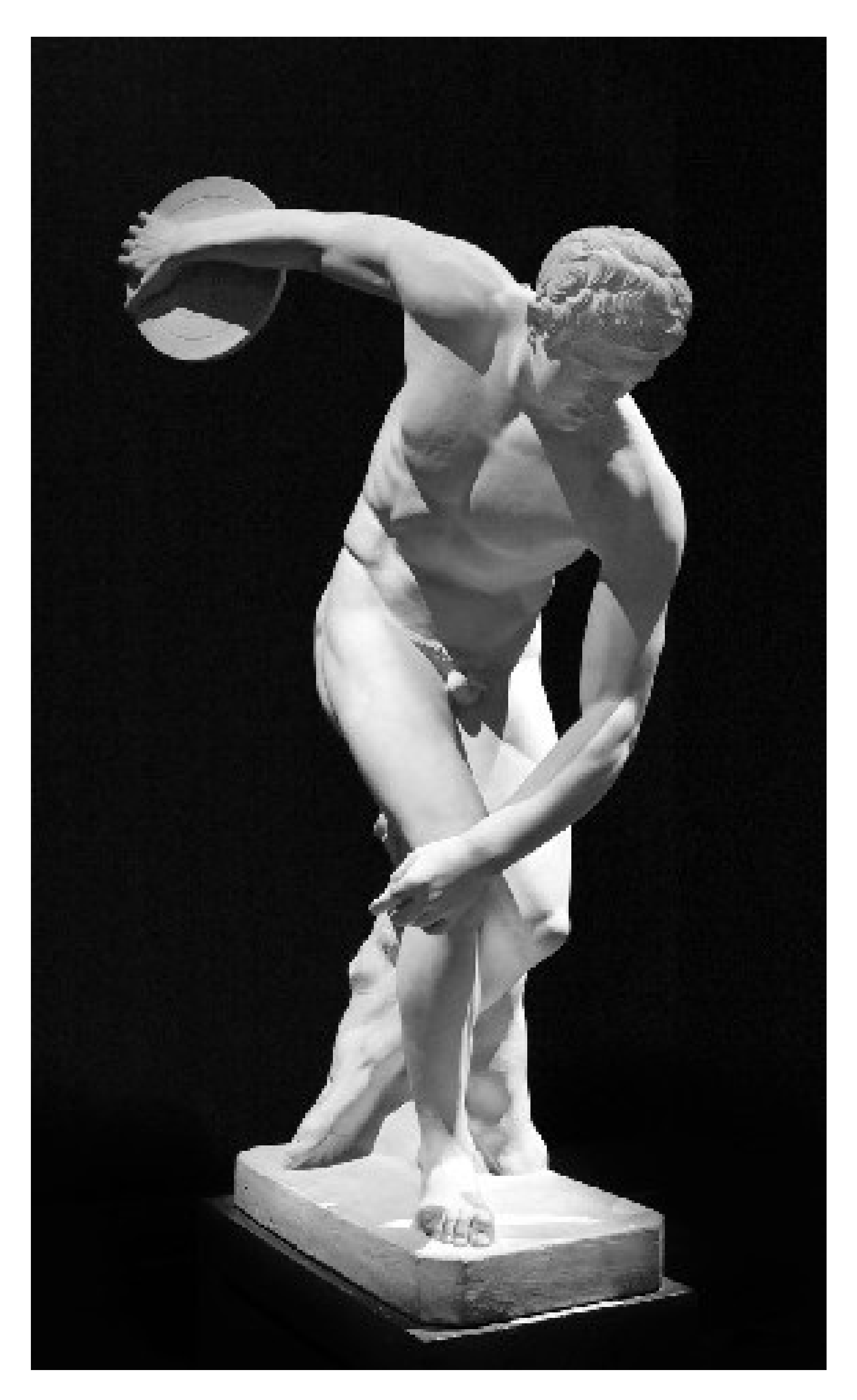


Ilustración 17. Roma, Museo Nacional de las Termas: Mirón, estatua del *Discóbolo* (copia romana del original en bronce de mediados del siglo v).



ILUSTRACIÓN 18. Olimpia: Praxíteles, *Hermes con el niño Dionisos* (copia romana del original de mediados del siglo IV).



ILUSTRACIÓN 19. Tumba pequeña en Egas: rapto de Perséfone por Hades.

La cerámica se puede romper, pero no se puede destruir fácilmente y ha sobrevivido una gran cantidad de cerámica pintada del mundo griego. Una vez más, en la Edad del Bronce la calidad era alta y había mucha diversidad, sobre

todo en la civilización minoica de Creta. Cuando Grecia dejó atrás la Edad Oscura después de *c.* 1000, el primer estilo fue el protogeométrico, sobre todo en Atenas, aunque no solo, al que siguió el estilo geométrico, más detallado, a partir de *c.* 900. La reanudación del contacto con el resto del mundo propició las influencias orientales y un estilo orientalizante algo antes de 700, especialmente en Corinto, que desplazó a Atenas: al principio eran populares las representaciones de animales, a menudo combinadas con adornos abstractos; posteriormente, algunos pintores recurrieron a las figuras humanas (por ejemplo, en el vaso de Corinto, del siglo VII, Ilustración 3). Los corintios solían pintar figuras sobre un fondo sin pintar, y ese fue el principio que siguió el estilo de figuras negras que devolvió el protagonismo a Atenas en el siglo VI. Hacia finales del siglo VI, los atenienses optaron por diversas razones por el estilo más flexible de las figuras rojas, sobre fondo negro, y se utilizaron líneas negras para resaltar los detalles de figuras sin pintar (Ilustración 20). Al igual que en la escultura, la variedad de poses era cada vez mayor y también la naturalidad en la representación de las figuras, y estos estilos atenienses dominaron con mucho el mercado (aunque hubo producción independiente en el oeste a finales de los siglos V y IV). Hacia finales del siglo V surgió en Atenas una tendencia hacia los efectos más llamativos, con pintura blanca y dorada, que resultan menos atractivos para el gusto moderno, y aproximadamente a finales del siglo IV este tipo de cerámica decorada pasó de moda.



ILUSTRACIÓN 20. Universidad de Vorónezh, Rusia: *pelike* ateniense de figuras rojas que muestra a Orfeo y un tracio, de Villa Giulia (*c*. 475-425: Beazley Archive n.º 207206).

8

DESPUÉS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO 404-C. 360

La inestabilidad en el mundo griego

Las *Helénicas* de Jenofonte prosiguen hasta el año 362 y este período lo cubre también Diodoro Sículo, XIV-XV.[1] Asimismo, disponemos de las biografías del espartano Agesilao y del tebano Pelópidas en las *Vidas* de Plutarco, y tenemos además discursos judiciales atenienses e inscripciones en diversos tipos de documentos públicos.

Con la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, el imperio ateniense llegó a su fin. Esparta no devolvió las ciudades asiáticas a Persia inmediatamente como establecían los tratados de 412-411, sino que se hizo cargo de ellas junto con el resto del imperio y recaudó tributos en ellas. Lisandro tenía preferencia por las oligarquías restringidas y en algunas ciudades se establecieron decarquías, es decir, grupos de diez personas, y en Atenas los Treinta.[2]

Darío II murió en 405/4 y le sucedió Artajerjes II. Ciro, el hermano menor de Artajerjes, reunió un ejército de 10 000 mercenarios griegos (en realidad, en un principio fueron 13 000) para desafiarlo, pero en 401 fue derrotado y asesinado en Cunaxa, en el Éufrates. La *Anábasis* de Jenofonte narra la historia de esta campaña y del regreso de los griegos a través de Armenia al mar Negro. Tisafernes volvió a Sardes y reclamó su dominio sobre los griegos asiáticos, quienes pidieron ayuda a Esparta, que accedió a luchar por ellos. Esto se explicaría con mayor facilidad si se hubiera obtenido una revisión de los

tratados anteriores en 407.[3] En un primer momento la lucha se produjo a pequeña escala, con comandantes que eran los reyes espartanos y soldados que no eran ciudadanos espartanos (incluidos los supervivientes de los diez mil) y estuvo marcada por treguas para considerar un compromiso sobre el estatus de los griegos asiáticos. En 396, el rey Agesilao II, hermanastro y sucesor de Agis,[4] se puso al mando. Intentó, como Agamenón en la legendaria guerra de Troya, ofrecer sacrificios en Áulide, en Beocia, pero los beocios interfirieron. En 395 ganó una batalla cerca de Sardes (tras haber penetrado más hacia el interior que los atenienses en la época de su imperio), pero en 394 tuvo que regresar a Grecia.

Los aliados de Esparta durante la guerra del Peloponeso estaban molestos con la conducta de esta tanto en la guerra como después y en 395 una disputa fronteriza en la Grecia central provocó al estallido de la guerra de Corinto (gran parte de la lucha tuvo lugar cerca de Corinto), en la que una revitalizada Atenas se unió a Beocia, Corinto y Argos en la lucha contra Esparta. Lisandro fue derrotado y asesinado en Haliarto, en Beocia, en 395: Agesilao fue reincorporado en 394 y se abrió paso a través de Beocia hasta el Peloponeso. Mientras tanto, el ateniense Conón, que había escapado a Chipre al final de la guerra del Peloponeso,[5] había estado reuniendo una flota para Farnabazo, el sátrapa persa de Dascilio y en 394 derrotaron a una flota espartana frente a Gnido, lo que puso fin a la supremacía de Esparta en el Egeo. En realidad fue una victoria persa sobre los griegos que se habían opuesto a la dominación persa, pero los atenienses alabaron a Conón y a su amigo chipriota Evágoras (de la dinastía griega que gobernaba en la ciudad de Salamina) como defensores de la libertad de los griegos frente a la tiranía espartana.

Las guerras continuaron en Grecia y en el Egeo. En Grecia, los enemigos de Esparta recibieron dinero persa de Farnabazo y Conón. Para que Corinto se mantuviera más firmemente antiespartana, se instituyó algún tipo de unión entre Corinto y Argos. En 392, Esparta retomó la diplomacia y envió a Antálcidas a negociar con Tiribazo, el sátrapa de Sardes en ese momento, y también los demás estados que participaban en la guerra de Corinto enviaron representantes (Atenas envió a Conón, a quien Tiribazo detuvo). Se propuso la devolución de las ciudades griegas de Asia a Persia y que todas las demás ciudades e islas fuesen autónomas, pero los enemigos de Esparta no iban a aceptar eso. En una conferencia celebrada en Esparta en el invierno de 392/1 se ofreció una concesión a Atenas: mantendría las tres islas del norte del Egeo (Imbros, Lemnos y Esciros), que había poseído durante la mayor parte del siglo V y había perdido al final de la guerra del Peloponeso, aunque las había vuelto a recuperar.[6] Esparta no ofreció ninguna concesión a la federación beocia[7] o a la alianza de Corinto y Argos, y seguía habiendo resistencia a devolver las ciudades griegas de Asia a Persia, por lo que tampoco se llegó a un acuerdo.

En 390, una campaña dirigida por el ateniense Trasíbulo[8] trató de reactivar las conexiones y las prácticas del imperio ateniense. Fue asesinado en 389 y sus sucesores no mantuvieron el impulso, aunque los decretos atenienses de 387/6 para Clazómenas y Eritrea (Harding 26, 28) muestran que el estado de ánimo en Atenas aún era excelente. Sin embargo, en 387, Antálcidas, en su calidad de almirante espartano, pudo recuperar el control del Helesponto para Esparta y la colocó en una posición lo suficientemente fuerte para lograr el tratado que quería. En 387/6 la paz del Rey, o paz de Antálcidas, impuso las condiciones propuestas en 392/1: la parte continental de Asia Menor pertenecería a

Persia (junto con Chipre, donde Atenas había ayudado a Evágoras a ampliar su poder y rebelarse contra Persia), Atenas mantendría sus tres islas y todas las demás ciudades serían autónomas (Atenas también había perdido Delos después de la guerra del Peloponeso, la recuperó en la década de 390, la perdió de nuevo conforme a la paz del Rey, pero la volvió a recuperar poco después). Esparta, por su parte, había conseguido establecer los términos y el respaldo de Persia, y decidió a qué entidades se iban a aplicar esos términos y qué se iba a considerar autonomía: la federación beocia se tuvo que disolver (aunque otras federaciones de otros lugares de Grecia se mantuvieron intactas) y lo mismo ocurrió con la unión entre Corinto y Argos. No fue simplemente un tratado para poner fin a la guerra de Corinto, sino que se concibió como una «paz común» para todos los griegos, y se podía invocar en relación con los griegos de cualquier lugar del territorio de la Grecia continental y el Egeo: no está claro cuántos estados que no participaron en la guerra de Corinto la ratificaron, aunque cabe suponer que estados lejanos como los de Sicilia, Italia y el norte de África no lo hicieron.

La paz se hizo realidad y serviría de marco para las relaciones entre los estados griegos durante el medio siglo siguiente. Atenas, tras un período de incertidumbre, encontró en 384 una salida forjando con Quíos una alianza puramente defensiva, y declaró que se basaba en la libertad y la autonomía y se mantenía dentro del marco de la paz,[9] aunque *c.* 380 Isócrates, al insistir en su *Panegírico* (IV) en la reivindicación ateniense del liderazgo de Grecia, contrastó esta humillación con las glorias del siglo V.[10] Esparta procedió a interpretar la paz de acuerdo con sus propios intereses. En 385 dividió Mantinea en las aldeas que la componían y que se habían unido casi un siglo antes.[11] Desde 382 a 379 luchó contra la federación calcídica que Olinto estaba formando en el norte

como respuesta a una invitación de las ciudades que no deseaban incorporarse en esa federación y, en 382, instaló una guarnición y un régimen proespartano en Tebas con el pretexto, según parece, de que Tebas se negaba a sumarse a imponer el cumplimiento de la paz a los calcidios. Los adversarios tebanos de Esparta huyeron a Atenas y regresaron de allí para recuperar el control en el invierno de 379/8.

Finalmente, los atenienses, provocados por una incursión de Esfodrias, el comandante de la guarnición espartana en Tespia (al oeste de Tebas), constituyeron en 378/7 la Segunda Liga Ateniense, que unía a una serie de estados en una alianza defensiva similar a la existente con Quíos. Disponemos de un documento inscrito, acompañado de una lista de miembros a la que se fueron añadiendo nombres en distintos momentos hasta (probablemente) 375.[12] La liga continuó creciendo a partir de entonces: no sabemos por qué se dejaron de añadir nombres a esta lista. Se hicieron diversas promesas a los miembros (no debía haber interferencia constitucional, guarniciones, gobernadores o tributos, ni tampoco propiedades atenienses en el territorio aliado) en parte para garantizar que Atenas no se comportara como lo había hecho en tiempos de la Liga de Delos, y en parte para explicar lo que se entendía por «autonomía». Un consejo (sinedrión) permanente de los miembros de la liga se mantenía en Atenas, que no estaba representada en él, y esta cooperaba con el consejo ateniense para presentar asuntos a la asamblea ateniense, donde se tomaba la última decisión. Las promesas no se mantuvieron en su totalidad: en la década de 370 se trató a Paros como una colonia y se la obligó a enviar ofrendas a los festivales de Atenas, y en la década de 360 se sofocaron revueltas en Ceos y se transfirieron algunos juicios a Atenas. Se ha atestiguado igualmente la existencia de algunas guarniciones (la primera en Abdera en el año 375, fecha en que los ciudadanos la

acogieron probablemente como una defensa contra los tracios). Se establecieron cleruquías[13] en Samos y Potidea cuando fueron adquiridas[14] y, aunque no eran miembros de la liga, es posible que este hecho alarmara a los estados que sí eran miembros. Más sorprendente es el hecho de que, aunque los atenienses nunca recaudaron *foros* («tributos») entre los miembros, después quizá de haber dependido al principio de pagos voluntarios recaudaron *syntaxeis* («contribuciones») posiblemente a partir de 373, aunque nunca a una escala que los enriqueciera.

En los siguientes años, mientras Atenas reclutaba miembros para la liga con bastante éxito, ya que a las ciudades les preocupaba más el comportamiento de Esparta en ese momento que los recuerdos de la Liga de Delos, Esparta, durante el reinado de Agesilao, intentó recuperar sin éxito el control de Tebas. En 376, mientras Agesilao estaba enfermo, el otro rey, Cleómbroto I, fue menos agresivo con Tebas y una escuadra naval espartana, que trataba de interrumpir el suministro de cereales a Atenas desde el mar Negro, fue derrotada frente a Naxos en la primera victoria naval ateniense desde la guerra del Peloponeso. En 375, un ejército espartano destacado en Beocia fue derrotado en Tegira por un ejército tebano que incluía el «batallón sagrado», un cuerpo de élite recién creado de soldados-ciudadanos profesionales. Para distraer a Esparta, Atenas comenzó una guerra al oeste y venció a una flota espartana en Alicea, frente a Léucade. Jasón, el tirano de Feras, se estaba haciendo fuerte en Tesalia, y cuando Farsalia pidió ayuda a Esparta contra él, Esparta fue incapaz de responder.

En 375 se renovó la paz del Rey, probablemente por el deseo de Persia de que los mercenarios griegos lucharan en Egipto.[15] Atenas lo celebró con un culto y una estatua de

Eirene (paz). Pero casi de inmediato se reanudó la guerra en el oeste: acabó en el año 372 con la victoria de Atenas y los demócratas de Córcira. Entretanto, Tebas estaba creando una nueva confederación beocia. La confederación de finales del siglo V y principios del IV se había basado en unidades electorales, organizadas de manera que las ciudades más grandes representaban una unidad o más de una, mientras que otras compartían una unidad y aun otras dependían de una de esas ciudades y no estaban representadas oficialmente. La nueva confederación se apoyaba en una asamblea que se reunía en Tebas y estaba dominada por esta ciudad. Durante la década de 370, Tebas emprendió acciones militares contra algunas ciudades de Beocia que percibía como hostiles, destruyendo Platea y Tespias.

En 371, los tebanos amenazaron a la vecina región de Fócida y Esparta envió un ejército a las órdenes de Cleómbroto para defenderla. Atenas, cada vez más incómoda con el creciente poder de Tebas, promovió la celebración de una conferencia en Esparta para discutir otra vez la renovación de la paz del Rey. Inicialmente se acordó un tratado en el que se incluía a los tebanos como «tebanos», pero más tarde estos regresaron y pidieron que se les incluyera como «beocios». Tras un altercado entre Agesilao y el líder tebano Epaminondas fueron excluidos. Cleómbroto recibió la orden de atacar Tebas si esta no respetaba la autonomía de las ciudades de Beocia. Los tebanos atacaron en Leuctra, en el suroeste de Beocia, pero no lo hicieron por la derecha, como era normal en los ejércitos de hoplitas, sino con un ala izquierda reforzada, y derrotaron a los espartanos y mataron a Cleómbroto. Este fue uno de los momentos clave en la historia griega: era algo asumido por todos que el ejército de hoplitas de Esparta era superior a cualquier otro, pero la realidad ya no coincidía con la imagen.

Tras la batalla, hubo otra renovación de la paz común, esta vez organizada por Atenas. Le seguiría un periodo de inestabilidad en el Peloponeso, puesto que Esparta ya no podía exigir regímenes que le resultaran favorables en las demás ciudades, y ninguna otra ciudad del Peloponeso era lo suficientemente fuerte como para llenar este vacío. En particular, Mantinea volvió a crear el único estado que Esparta había desmantelado en el año 385 y se unió a otras ciudades para formar una federación arcadia, con una nueva capital en Megalópolis, cerca de las fronteras de Lacedemonia y Mesenia. Arcadia se unió a Elis y Argos en una alianza antiespartana y, con el apoyo de Tebas, invadió Lacedemonia y liberó Mesenia en el invierno de 370/69, una pérdida que Esparta no estaba dispuesta a aceptar. Tebas y otros estados del centro de Grecia habían abandonado la Liga Ateniense y Tebas estaba creando una liga propia. En 369, Atenas vio en ello una gran amenaza y estableció una alianza con Esparta (cuando aún no habían transcurrido diez años desde la fundación de su liga antiespartana). En un frustrante decreto de 369/8, cuando Mitilene preguntó por el cambio en la política ateniense, el político más importante, Calístrato,[16] respondió que mientras Esparta amenazó a los griegos en contravención de la paz, Atenas había resistido y había pedido a los demás griegos que se unieran a la resistencia, pero… (el resto del texto se ha perdido).[17]

Al igual que ocurrió con la Liga de Delos a mediados del siglo V,[18] Atenas no pudo disolver la liga cuando esta ya no perseguía el objetivo original. En la década de 360 centró su atención en el norte y luchó en una serie de campañas en un vano intento por recuperar el Quersoneso para proteger su suministro de cereales desde el mar Negro, así como su colonia de Anfípolis, que había perdido en 424/3.[19] Tuvo más éxito arrebatando Samos a los persas en 366-365 (que, conforme a

las condiciones de la paz del Rey, Persia no debía haber poseído). Pero en lugar de liberar Samos, Atenas la convirtió en una cleruquía ateniense y algunos años más tarde se hizo con el control de Potidea durante las guerras atenienses del norte y la convirtió en otra cleruquía.[20]

En el norte de Grecia, Jasón de Feras fue asesinado en el año 370 cuando se disponía a asistir a los Juegos Píticos; otros miembros de su familia le siguieron en una rápida sucesión, ya que eran impopulares. Los Aleuadas, la familia que gobernaba Larisa, pidieron ayuda por primera vez a Alejandro II de Macedonia en 369, pero se hizo con Larisa y Cranón para sí mismo. Entonces recurrieron a Tebas: las relaciones con Macedonia llevaron al joven Filipo a pasar unos años en Tebas como rehén y, tras una serie de campañas contra Feras (que contaba con el apoyo de Atenas), en 364 el tebano Pelópidas derrotó a Alejandro de Feras, aunque él mismo murió en la batalla, y un ejército tebano de apoyo consolidó la victoria. El poder de Alejandro quedó limitado a la ciudad de Feras y pasó a ser un aliado subordinado de Tebas.

En 367, Tebas trató de obtener un nuevo tratado de paz común para su propio beneficio. Tras haber derrotado a Esparta, esperaba derrotar también a Atenas y las condiciones que Pelópidas propuso a los persas incluían el desmantelamiento de la flota ateniense. Probablemente fue después de esto cuando los atenienses eliminaron de sus documentos de la liga la cláusula en la que mencionaban favorablemente la paz del Rey, aunque no borraron la cláusula anterior, que especificaba el objetivo antiespartano de la liga.[21] Otras cláusulas que se propusieron ofendieron a otros estados griegos y no se estableció ningún tratado; en 365 sí se estableció un tratado que (si bien proclamaba ser una paz común) tendía la mano a Tebas y a una serie de estados del

noreste del Peloponeso y supuso el fin de la Liga del Peloponeso. (Este y otros tratados estipulaban que Mesenia seguiría siendo independiente, por lo que Esparta se negó siempre a sumarse). En 366, Tebas logró apoderarse de Oropo, una región situada frente a Eubea que reclamaban tanto Beocia como Atenas. Se dice que Epaminondas había planeado construir una nueva flota tebana y ganarse a los aliados de Atenas en el Egeo: puede que la flota no se llegara a construir, pero sí hubo una campaña tebana en el Egeo en 364, y en 362 y 361 Alejandro de Feras atacó a Atenas.

En la década de 360, el Peloponeso fue testigo de la continuación de la contienda y de cambios de lealtades. En 365-364 hubo una guerra entre Elis y Arcadia. En 364, la población local, los pisatanos, celebró el festival Olímpico y una batalla en el santuario no logró desalojarlos. Sin embargo, en 363 se produjo una división en Arcadia: Mantinea acordó la paz con Elis y pasó a ser leal a Esparta, mientras que Tegea y Megalópolis encabezaron una facción que mantuvo su compromiso con Tebas. En 362, Epaminondas llevó un ejército al Peloponeso, y Tebas y sus aliados lucharon contra Esparta y sus aliados en Mantinea: Epaminondas trató de repetir el éxito de Leuctra, pero murió mientras los tebanos estaban ganando la partida. La división en Arcadia continuó. Jenofonte termina las *Helénicas* con el pesimista comentario de que la batalla que podría haber resuelto la lucha por el poder provocó aún más indecisión y confusión que antes.[22]

Persia había obtenido con la paz del Rey las colonias griegas en Asia y el reconocimiento de sus derechos sobre Chipre. Su guerra contra Evágoras acabó en el año 381, cuando accedió a obedecer al rey persa «de rey a rey», pero no «de esclavo a amo». Vivió hasta 374/3 y su dinastía duró hasta 310. Egipto se había rebelado contra Persia *c.* 404/3 y los

persas no lo recuperarían hasta 343/2.[23] Este asunto no se mencionaba en la paz del Rey, por lo que el ateniense Cabrias, que había apoyado a Evágoras, acudió allí. En 380/79 Farnabazo (trasladado desde Dascilio) se preparaba para liderar una campaña persa contra Egipto y se quejó a Atenas, que destituyó a Cabrias y en su lugar envió a Ifícrates para luchar en el bando persa. Los preparativos duraron varios años y, probablemente para aumentar la disponibilidad de mercenarios griegos, los persas renovaron la paz del Rey en 375.[24] La invasión se produjo finalmente en 374, pero Ifícrates se enfadó con Farnabazo y regresó a Atenas, y la campaña se acabó.

En la década de 360, tuvo lugar en los márgenes occidentales del imperio persa la Revuelta de los Sátrapas. Esta comenzó con Datames, sátrapa de Capadocia (en la parte oriental de Asia Menor), y Ariobarzanes, que había sucedido a su padre Farnabazo en Dascilio, pero cuya posición reclamaba su hermanastro Artabazo. También se sumó Mausolo, que procedía de una dinastía local que había estado a cargo de la satrapía independiente de Caria desde la década de 390.[25] Cuando Tebas obtuvo el apoyo persa, Esparta (con el rey Agesilao) y Atenas apoyaron a los rebeldes (la toma de Samos por Atenas fue el resultado de ello). Los rebeldes también contactaron con Tachos, que por entonces gobernaba en Egipto, y en 362/1 el ateniense Cabrias (por su cuenta) y el espartano Agesilao (oficialmente) acudieron en su ayuda, pero la revuelta fracasó y Agesilao murió en 360/59 mientras regresaba a Esparta. Artajerjes II murió en 359/8 y le sucedió Artajerjes III.

Al final de la guerra del Peloponeso, Lisandro se encontraba en una posición de fuerza,[26] pero no tardaría en producirse una reacción contra él. Impuso en varias ciudades «decarquías», sistemas consistentes en hermandades de diez hombres, y estuvo detrás de la institución de los Treinta en Atenas,[27] pero pronto las decarquías fueron sustituidas por «constituciones tradicionales», y el rey Pausanias facilitó el restablecimiento de la democracia en Atenas y, cuando fue juzgado, resultó absuelto. Se alegó que Lisandro tenía planes para sustituir a los reyes hereditarios de Esparta por reyes electos y que había tratado de comprar el apoyo de los oráculos, pero no está claro hasta qué punto estaban justificadas estas acusaciones. Cuando *c.* 400 murió el rey Agis II, Lisandro alentó los rumores de que su hijo Leotíquidas era en realidad hijo de Alcibíades[28] y el trono recayó en el hermano de Agis, Agesilao II, que se convirtió en un rey decidido y nada predispuesto a dejar que Lisandro gobernara a través de él. Poco después, un hombre llamado Cinadón, un «inferior» (tal vez degradado de la ciudadanía plena porque no podía pagar sus deudas), conspiró para unir a todas las demás clases contra los ciudadanos de pleno derecho, pero se ocuparon de él antes de que el problema se extendiera. Cuando Agesilao fue enviado a Asia en 396, Lisandro fue uno de los ciudadanos consejeros enviados con él, pero sus caminos se separaron en diferentes misiones. En 395, Lisandro estaba de vuelta en Grecia. Al comienzo de la guerra de Corinto, él y Pausanias fueron enviados a Beocia por rutas diferentes: no pudieron aunar sus fuerzas y Lisandro luchó por su cuenta en Haliarto, fue derrotado y murió.[29] Pausanias, después de establecer una tregua para poder liberar a su ejército, fue condenado y se retiró al exilio.

Agesilao era ambicioso y pretendía expandir el poder de

Esparta a Asia, y, tras de la interferencia en su sacrificio,[30] se volvió hostil y vengativo con los beocios. Pero las guerras de Esparta no fueron bien y acabaron por la vía diplomática, cuando Antálcidas obtuvo la paz del Rey en 387/6. Agesilao vio cómo podía explotarse la paz en beneficio de Esparta, y se dice que respondió a una queja de que los espartanos se estaban «medizando» (sirviendo a los intereses de Persia)[31] diciendo que, en realidad, los persas se estaban «lacedemonizando» (sirviendo a los intereses de Esparta). Agesilao respaldó la ocupación espartana de Tebas en 382 y, después de la liberación de esta en 379/8, fue muy agresivo en sus acciones contra Tebas hasta que enfermó. A finales de la década volvió a estar activo y fue su enfrentamiento con Epaminondas el que provocó la exclusión de Tebas del tratado que precedió a la batalla de Leuctra en 371.

La derrota de Esparta en una batalla campal a gran escala fue una sorprendente revelación de que Esparta no era tan fuerte como se había supuesto. Las cifras de ciudadanos estaban sufriendo un descenso irreversible:[32] frente a los aproximadamente 8000 ciudadanos con plenos derechos que había a principios del siglo V, Esparta tenía quizá unos 1300 antes de Leuctra y unos 900 después, y en esos momentos el ejército de «ciudadanos» estaba formado posiblemente en un 90% por periecos y solo un 10% de ciudadanos con plenos derechos. El estilo de vida de los hombres no era propicio para tener hijos y a los ciudadanos no se les ocurrió que debían compensar sus números ascendiendo a hombres de otras categorías. Una consecuencia de esta reducción drástica fue que en el siglo IV uno de cada tres o cuatro ciudadanos tenía que ejercer durante un año como uno de los cinco éforos.

En la década de 360 se produjo un declive que los espartanos no pudieron controlar. Ya no fueron capaces de

imponer su voluntad en el Peloponeso; perdieron Mesenia en 370/69, y el tratado de paz de 365, en el que participaron otros estados del Peloponeso, pero no Esparta, supuso el fin de la Liga del Peloponeso. Con Tebas por entonces como aliado griego de Persia, Esparta y Atenas apoyaron a los sátrapas descontentos en la Revuelta de los Sátrapas y, después de la batalla de Mantinea en 362, cuando los demás griegos acordaron no apoyarlos, Esparta envió a Agesilao para liderar a los mercenarios griegos en apoyo de Tachos, en Egipto. Murió en 370/69 y acabó su reinado como lo había comenzado, luchando contra los persas, pero para entonces con menos gloria. Fue un rey fuerte y creía en una Esparta fuerte, pero estaba demasiado dispuesto a distanciarse de los otros griegos y la debilidad inherente de Esparta hizo que sus ambiciones fuesen poco realistas.

La democracia ateniense había perdido la guerra del Peloponeso y aunque el demagogo Cleofonte aún se oponía a la paz, Terámenes y Lisandro seguían debatiendo el acuerdo. [33] No sorprende que hubiese de nuevo un giro hacia la oligarquía y, ante la presión de Lisandro, en el verano de 404 se instituyeron los Treinta (el término los «Treinta Tiranos», que se utilizó más tarde de manera generalizada, no parece que fuera utilizado en la Atenas del siglo IV). Terámenes probablemente pensó que, con los recuerdos de 411-410 aún frescos y su posición fuerte, podría esta vez lograr una oligarquía moderada, pero fue derrotado por los extremistas que encabezaba Critias (un pariente de Platón).

Los Treinta comenzaron con moderación, pero tras haber conseguido una guarnición espartana, el régimen se volvió cada vez más violento y cuando Terámenes mostró su disconformidad, fue condenado. Se estableció un órgano de 3000 hombres con algunos derechos y los demás fueron expulsados de la ciudad. Sin embargo, durante el invierno un grupo creciente de demócratas encabezados por Trasíbulo empezó a contraatacar, ocupando primero Filí, en el noroeste de Ática, y trasladándose después a El Pireo. Después de una batalla en la que murió Critias, se destituyó a los Treinta y se los sustituyó por un consejo de Diez, que tal vez se esperaba que fuese más manejable, aunque no fue así. En el verano de 403, cuando Pausanias llegó con un ejército desde Esparta, lo primero que hizo fue una demostración de fuerza contra los demócratas, pero después ayudó a propiciar una reconciliación. La democracia fue restablecida en Atenas y se concedió una amnistía a todos los hombres, salvo a los que habían estado más involucrados, y se creó un estado semiindependiente en Eleusis para los hombres que no estaban dispuestos a vivir en

una democracia. Duraría hasta 401/0, cuando los hombres de Eleusis contrataron un ejército de mercenarios, al que derrotaron los atenienses, y Eleusis fue de nuevo incorporada a Atenas.

El lema «constitución tradicional» (*politeia patrios*) lo habían utilizado con fines propagandísticos hombres de diversas corrientes de opinión, pero para entonces se aceptó que, para Atenas, la constitución tradicional era la democracia. Tras dos amargas experiencias oligárquicas, nadie que estuviera activo en la política se atrevía a admitir que era un oligarca pero, mientras que en el siglo V se consideraba un oligarca a cualquiera que se opusiera a la forma de democracia en vigor, en ese momento era posible sugerir cambios de mayor o menor importancia mientras aún se profesaba lealtad a la democracia, y esto ayudó tal vez a que Atenas disfrutara de estabilidad en el siglo IV, cuando muchos otros estados no la tenían.

En varios sentidos, Atenas empezó de cero en el año 403 de una forma consciente. El primer período de oligarquía había revelado que existían muchas dudas acerca de la legislación en vigor sobre diversos asuntos y en 410 se inició una revisión de las leyes. Los Treinta (que en un primer momento tenían sus propios planes sobre la reforma legal) interrumpieron el proceso, pero se reanudó después, y en 400/399 se había completado un nuevo código y un calendario religioso asociado a él. Se estableció una nueva distinción entre los «decretos» de la asamblea, sobre determinados asuntos en ciertas circunstancias, y las «leyes», que debían ser permanentes y aplicarse a todos los atenienses, y se introdujo un nuevo procedimiento para promulgarlas. Con ello se pretendía en parte dificultar que la democracia votase en contra de su propia existencia, como había ocurrido en 411 y 404, y en parte reaccionar contra la opinión propuesta por

algunos sofistas de que la ley (*nomos*) era una mera convención humana que se debía contrastar con las realidades eternas de la naturaleza.[34]

A lo largo del siglo IV se fueron introduciendo varios cambios en el funcionamiento de la democracia: en general, se puede considerar que los realizados en la primera parte del siglo eran acordes con el espíritu de la democracia del siglo V. El sistema de pago por el desempeño de los deberes civiles de un ciudadano[35] fue completado *c.* 400 con la introducción del pago por asistir a la asamblea, posiblemente otra medida para reforzar la restaurada democracia. Tras las pérdidas provocadas por la guerra del Peloponeso y por la peste, Atenas tenía quizá unos 30 000 ciudadanos varones adultos al final de la guerra, a diferencia de los 60 000 que tenía aproximadamente antes de ella.[36] Pero los atenienses reafirmaron la ley de ciudadanía de Pericles[37] y, en lugar de abolir la norma que prohibía la reelección de los cargos civiles (aunque en el siglo IV los hombres podían servir dos veces en el consejo y puede que esta concesión no fuera necesaria antes), dejaron de aplicar la prohibición de ocupar puestos a los miembros de la clase más baja de las cuatro propuestas por Solón,[38] aunque no se revocó la prohibición oficialmente.

Otros cambios fueron tal vez una respuesta a la necesidad de economizar en una Atenas que ya no recibía tributos de la Liga de Delos. En el siglo V existía una única tesorería estatal a la que llegaban los ingresos y desde la que se abonaban los gastos. En el siglo IV había un rudimentario sistema presupuestario: se instituyeron autoridades de gastos separadas (por ejemplo, la asamblea, el consejo, el fondo para pagar a los miembros del jurado, el fondo para la construcción de trirremes) que obtenían regularmente una subvención. En principio, esto tenía sentido, pero el sistema era inflexible y si

no quedaba dinero en un fondo concreto, no se podía transferir desde otro lugar (se dieron casos en que se suspendieron juicios porque no había dinero para pagar a los miembros del jurado). En la primera mitad del siglo, Atenas no limitó sus ambiciones militares para que se ajustaran a la reducción de fondos y a las dificultades financieras experimentadas en diversas ocasiones.

Hubo varios cambios en el funcionamiento de los tribunales de justicia. Los treinta magistrados itinerantes que dirimían litigios menores entre particulares[39] habían dejado de viajar en los últimos años de la guerra del Peloponeso y la oligarquía del período 404-403 había convertido el treinta en un número desfavorable: en el siglo IV se aumentó su número a cuarenta y continuaron trabajando en Atenas. Se introdujo un nuevo sistema para los casos particulares más importantes: los tramitaba en primera instancia un árbitro, que era uno de los hombres de 59 años de edad que se hallaba en su último año de servicio militar. De este modo, ningún caso particular se tramitaba ante un jurado a no ser que se apelara contra el veredicto original, lo que le ahorraba dinero al estado. También se incrementó el uso de la escritura en los procesos judiciales, posiblemente de manera gradual, aunque finalmente consolidado por ley: se requerían fiscales para presentar un documento escrito y los testigos ya no declaraban de forma oral, sino que se redactaba un documento de antemano y en el tribunal simplemente tenían que reconocerlo o rechazarlo.

Había un deseo creciente de evitar el soborno de los miembros del jurado (se había producido un caso escandaloso en 410 o 409). Cada año se inscribían seis mil miembros. En el siglo V, a cada magistrado que presidía le correspondía un grupo de miembros del jurado que se le asignaba durante el

año, por lo que era fácil saber de antemano qué miembros del jurado iban a decidir qué casos. A principios del siglo IV se dividió a los miembros del jurado en diez secciones para el año, pero las secciones se asignaban a los tribunales día a día. A partir de la década de 380 o 370, cada miembro del jurado tenía una ficha (*pinakion*) con su nombre y otros datos, y cada día que se reunían los tribunales se llevaba a cabo un complejo procedimiento para asignar los jurados a los tribunales, que consistía en introducir las fichas en una máquina de sorteo (*kleroterion*). Más adelante, también se utilizaron las fichas y las máquinas de sorteo para nombrar cargos. Muchos atenienses fueron enterrados con sus fichas, y esa es la razón de que hayan sobrevivido muchas. Además, en torno a la década de 380 se creó un nuevo órgano para relevar a los pritanos, los cincuenta miembros de una tribu del consejo,[40] de la obligación de presidir el consejo y la asamblea: estos *proedroi* («presidentes») eran designados cada día, uno de cada tribu del consejo, excepto el pritano en funciones, y así nadie podía saber de antemano quién iba a presidir un día concreto.

Otro cambio indica, aunque solo de manera superficial, el valor mayor que se otorgaba a la experiencia en la segunda mitad del siglo.[41] Hasta mediados de la década de 360, el secretario principal del estado ateniense era un miembro del consejo, elegido para ejercer durante una pritanía, de modo que cada tribu proporcionaba un secretario durante el año. Desde mediados de la década de 360 este secretario era nombrado del conjunto de la ciudadanía y ejercía durante un año completo, pero para entonces el nombramiento se realizaba por sorteo, estaba prohibida la repetición y, desde mediados de la década de 350, las tribus se fueron turnando para proporcionar al secretario.

En política, en el siglo IV continuó una tendencia que se

había iniciado a finales del siglo V, según la cual en Atenas unos hombres participaban en la política, mientras que otros eran militares al mando de ejércitos y armadas:[42] estos últimos a veces aceptaban empleo en el extranjero cuando no estaban al mando de las fuerzas atenienses.[43] A los políticos que dominaban la asamblea pero no ejercían ningún cargo no se les podían pedir responsabilidades como a los que sí eran titulares, por lo que se celebraban juicios en los que se les podía procesar por cargos como formular una propuesta ilícita o aconsejar mal a alguien, a menudo junto con una acusación de aceptar sobornos, ya que no existía el concepto de «oposición leal» y se daba por supuesto que ningún ateniense iría en contra de los intereses de Atenas a menos que algún enemigo lo hubiese sobornado para hacerlo.

La amnistía de 403 prohibió el enjuiciamiento directo por actos cometidos antes de esa fecha, pero durante algún tiempo fue posible mencionar, a su favor o en su contra, en qué bando había estado un hombre en la época de los Treinta. Cuando Sócrates[44] fue condenado en 400/399, los cargos formales fueron que no se amoldaba a la religión de la ciudad y que corrompía a los jóvenes, pero tras esta segunda acusación subyacía el hecho de que algunos hombres con los que se había asociado, como Alcibíades y Critias, habían estado involucrados en los movimientos oligárquicos. En 404-403, el proceso de escrutinio al que se sometía a los hombres antes de tomar posesión del cargo que se les hubiera asignado[45] brindaba la oportunidad de recurrir a sus antecedentes. El hombre que en principio fue nombrado arconte en 382/1, Leodamas, había estado en el bando oligárquico y fue impugnado. El hombre designado en su lugar, Evandro, también había estado en el bando oligárquico y fue asimismo impugnado,[46] pero se acabó confirmando su nombramiento.

Al igual que en el siglo V, las adhesiones políticas se establecían principalmente con individuos, aunque las políticas defendidas por un individuo podían constituir una razón (aunque solo una) para apoyarlo u oponerse a él. No tenemos ninguna constancia de desacuerdos fundamentales sobre asuntos internos en este período. En política exterior, la mayor parte de los atenienses tenían las mismas esperanzas para Atenas la mayoría de las veces, pero hubo dos grandes momentos decisivos en los que algunos hombres dieron un giro antes que otros, y algunos se mantuvieron fieles a la vieja política aunque se hubiera quedado obsoleta: en la década de 390, al aceptar la posición de subordinación a Esparta impuesta en 404 o aspirar a una política exterior independiente de nuevo; y durante los años en torno al 371, al reconocer que Tebas, en vez de Esparta, se había convertido en la mayor amenaza para Atenas. Entre los políticos prominentes figuraban Trasíbulo, líder de los demócratas en 403; Agirrio, desde la restauración hasta la década de 70 (aunque pasó algún tiempo en la cárcel tras ser condenado por malversación de dinero público); y su sobrino Calístrato, en las décadas de 370 y 360. El fin de la carrera de Calístrato es desconcertante: en 361 fue procesado, no sabemos por qué, y condenado a muerte en ausencia, escapó al exilio y más tarde se arriesgó a volver a Atenas, pero seguía siendo impopular y fue ejecutado. Entre los principales generales estuvieron Conón y su hijo Timoteo; Ifícrates, que durante muchos años fue enemigo de Timoteo, pero con quien se reconcilió en la década de 360; y Cabrias, quien, al parecer, mantuvo una relación particularmente estrecha con Calístrato.

La principal fuente de que disponemos es Diodoro Sículo, que es minuciosa y hostil con Dionisio en el libro XIV (hasta 386) y mucho menos exhaustiva y neutral en el libro XV. Tras la derrota de la expedición ateniense en Sicilia en 415-413,[47] Hermócrates de Siracusa tomó en 412 un pequeño contingente siciliano para apoyar a Esparta en el Egeo, pero, durante su ausencia, Diocles encabezó una revolución que desembocó en una democracia más extrema. Egesta, a la que los atenienses no habían conseguido ayudar contra Selinunte, acudió a Cartago en el año 410 y, por primera vez desde 480,[48] los cartagineses aceptaron una invitación para involucrarse en Sicilia a mayor escala. En 409 tomaron Selinunte e Himera, y Diocles no pudo salvar esta última ciudad. En 407, Hermócrates regresó a Sicilia: cuando trató de luchar mientras regresaba a Siracusa, murió junto con algunos seguidores en combate, pero uno de los que sobrevivió fue Dionisio, que establecería vínculos matrimoniales con la familia de Hermócrates.

En 406, los cartagineses volvieron a invadir, sitiar y tomar Acragante. En Siracusa, Dionisio se quejó de que los generales no habían salvado Acragante y se nombró una nueva junta de generales en la que él estaba incluido. En 405 se enemistó con sus colegas, se hizo nombrar «general plenipotenciario» y, a partir de ese momento, se le puede considerar un tirano. Sin embargo, no consiguió salvar Gela y Camarina cuando los cartagineses avanzaron contra ellas y tuvo que luchar para restablecer su posición en Siracusa. No obstante, tras una laguna en el texto de Diodoro encontramos a los cartagineses sufriendo una peste (tal vez a causa del terreno pantanoso que rodea Siracusa) y volviendo a casa con un tratado en virtud del cual poseerían el oeste de la isla y las ciudades griegas que habían tomado se mantendrían sin fortificar y serían tributarias

de Cartago. Tras varias guerras posteriores, hubo cambios en los detalles, pero los cartagineses mantendrían su presencia en Sicilia hasta que fueron expulsados por los romanos en el siglo III.[49]

Dionisio consolidó su posición y, en 402-400, luchó con éxito contra las ciudades griegas de la costa este y contra Regio, en la punta de Italia. Se le atribuye haber introducido en el mundo griego, al prepararse para la guerra contra Cartago, las catapultas (en esta etapa probablemente eran arcos mecánicos que disparaban flechas) y de cuatrirremes y quinquerremes (barcos más amplios que los trirremes,[50] con más de un hombre para cada remo). La guerra comenzó en 397 con la expulsión de los comerciantes cartagineses de las ciudades griegas y un ataque contra las posesiones de los cartagineses en el oeste de la isla. En 396, los cartagineses contraatacaron (y Dionisio se enfrentó a otro reto en Siracusa). Se vieron de nuevo afectados por una peste, pero prosiguieron con la guerra y, en 392, se puso fin a la guerra con un tratado similar al de 405. En los siguientes años, Dionisio luchó con éxito contra Regio y otras ciudades del sur de Italia y llevó a cabo planes de más envergadura, con intervenciones en Epiro e Iliria, colonias en el Adriático y una incursión a un templo etrusco, así como la construcción en Siracusa de grandes obras públicas. Envió carros y poemas para competir en los Juegos Olímpicos de (probablemente) 384, pero Lisias en su *Discurso olímpico* (XXXIII) lo llamó «tirano de Sicilia» (parece que se decantó por el título de arconte, «gobernante», de Sicilia) e instó a que se le excluyera de los juegos; la concurrencia se rio de sus poemas, sus carros sufrieron accidentes y mientras regresaba en barco se vio envuelto en una tormenta. En esta época, además, tuvo problemas con algunos de sus seguidores y, mientras trataba de crear un círculo cortesano, tuvo que hacer frente a las críticas a su poesía realizadas por un poeta y a las realizadas a su tiranía

por Platón.

Desde 386 en adelante tenemos una información mucho más escasa en el libro XV de Diodoro. Dionisio provocó otra guerra con Cartago. Comenzó a finales de la década de 380 y puede que continuara en la de 370, conllevó el apoyo cartaginés a los enemigos de Dionisio en el sur de Italia y terminó con un tratado similar a los anteriores. En 368, Dionisio comenzó de nuevo una guerra contra Cartago e invadió el oeste de la isla. De vez en cuando Esparta le había prestado cierto apoyo, y en la década de 390 un intento por parte de Atenas de derrotarlo no tuvo éxito. Envió ayuda a Esparta en el año 372 y de nuevo en 369 y 368, y en 368 Atenas, que por entonces estaba en el mismo bando que Esparta, lo convirtió en un aliado, pero no pudo convencer a la liga para que lo aceptase como miembro. En el festival ateniense de Lenea, a principios de 367, su tragedia *El rescate de Héctor* fue galardonada con el primer premio y puede que sea cierto que murió poco después de haber «derrotado a sus superiores» de este modo. Es difícil hacer una evaluación justa a partir de las pruebas de que disponemos. Dionisio llegó al poder con el pretexto de que los demás no eran capaces de resistir a Cartago, pero pese a que la propia Siracusa nunca fue tomada, sus campañas contra Cartago nunca acabaron con éxito. Era ambicioso, tanto militar como culturalmente. Se apoyó en mercenarios y sometió a las otras ciudades griegas del oeste a guerras y desplazamientos de población, como habían hecho antes que él los tiranos de principios del siglo V,[51] pero los cartagineses eran crueles con sus enemigos y la mayoría de los griegos occidentales prefirieron someterse a él antes que a Cartago.

Le sucedió su hijo Dionisio II, quien estableció la paz con Cartago. Dion, un hombre con inclinaciones filosóficas, que

era a un tiempo cuñado e hijastro del anciano Dionisio, llevó a Platón en dos ocasiones a Siracusa para que se hiciese cargo de la educación del joven Dionisio, pero esto solo provocó fricciones y el exilio de Dion.

9

EL AUGE DE MACEDONIA c. 360-323

Filipo II, 359-336

La Baja Macedonia, la zona situada alrededor del golfo de Salónica que albergaba la antigua capital en Egas (la moderna Vergina) y la capital en Pela en el siglo IV, junto con la parte meridional de la Alta Macedonia, se encontraban dentro de las fronteras actuales de Grecia; la parte septentrional de la Alta Macedonia se ubicaba dentro de la República de Macedonia actual y la franja occidental de Bulgaria. En la Alta Macedonia habitaban pueblos que tenían sus propios gobernantes, a los que los reyes de la Baja Macedonia esperaban controlar. La lengua macedonia era un dialecto del griego.

A los reyes se les consideraba griegos para que pudieran competir en Olimpia en virtud de la afirmación (probablemente inventada) de que pertenecían a la rama de descendientes del legendario Heracles de la que provenían los reyes de Argos. Los habitantes podían ser considerados griegos por los griegos que deseaban ser corteses con ellos y bárbaros por los que no, y Tucídides los distingue en una ocasión tanto de los griegos como de los «verdaderos bárbaros».[1] Los reyes gobernaban de un modo similar a como se imaginaba que habían gobernado los reyes homéricos, mediante un acuerdo tácito en lugar de leyes explícitas sobre cuáles eran sus atribuciones; puede que los griegos los denominaran reyes, pero es probable que no utilizaran *basileus* como título oficial antes de la época de Alejandro Magno; la sucesión se producía dentro de la familia, pero no siempre de padre a hijo.

En 480-479, el rey fue Alejandro I, en teoría en el lado persa, pero mantuvo contacto con los griegos.[2] Desde antes de la guerra del Peloponeso hasta *c.* 413 Pérdicas I maniobró entre los atenienses y los espartanos;[3] Arquelao, que gobernó desde esa fecha hasta 399,[4] fue un rey poderoso y modernizador y atrajo un círculo cultural a su corte. Después de su muerte hubo un período de inestabilidad; el reinado más largo fue el de Amintas III (392-370/69), quien en determinado momento perdió territorio cuando lo ocuparon los calcidios, al este, y fue expulsado por los ilirios, al oeste. En la década de 360, Tebas se involucró con Macedonia, cuando ambas se interesaron por Tesalia, y también Atenas, que trató de recuperar Anfípolis.[5] Filipo II accedió al trono en 359, después de que su hermano Pérdicas III muriera en una guerra contra los ilirios; Pérdicas tenía un hijo, Amintas, pero era demasiado joven para gobernar.

El libro XVI de Diodoro Sículo es un relato pormenorizado (basado en la obra de Éforo con un anexo de su hijo) hasta el final de la guerra sagrada en 346, pero es mucho menos detallado a partir de esa fecha; hay una crónica más breve sobre Macedonia antes y durante el reinado de Filipo en Justino VII-IX (en latín, *c.* 200-400 d. C., un epítome de las *Historias filípicas* de Pompeyo Trogo, siglo I a. C.).[6] También disponemos de numerosos datos, aunque han de interpretarse con cautela, en los discursos de los atenienses Demóstenes y Esquines. Tenemos inscripciones de Atenas y otros lugares y, entre los vestigios arqueológicos, la ciudad de Olinto, destruida por Filipo, y Pela y Egas en Macedonia.

Filipo demostró ser eficaz tanto en los combates como en la diplomacia; fue muy hábil haciendo insinuaciones que él no consideraba promesas firmes, pero otros sí. Para ganar tiempo, hizo las paces con los ilirios y los peonios, al norte; e hizo

frente a otros dos aspirantes al trono distanciando de ellos a sus partidarios. Uno de ellos contaba con el apoyo de los atenienses, a los que sugirió que les permitiría recuperar Anfípolis. Entretanto, comenzó a reformar el ejército: además de la potente caballería tradicional, incorporó por primera vez una falange de infantería capacitada, más ligera que la de los hoplitas griegos y armada con una lanza, la sarisa, que con sus 5,5 metros medía el doble que la de los hoplitas griegos. En 358, logró combatir con éxito contra los peonios y los ilirios, y estableció sus primeros contactos con Tesalia. En 357, selló una alianza con los molosos de Epiro y se casó con Olimpia, que en 356 dio a luz a Alejandro, y tomó Anfípolis y la retuvo. Los atenienses, indignados, le declararon la guerra, pero acabarían distraídos por los acontecimientos que se estaban produciendo en otros lugares. Conquistó Potidea, expulsó a los colonos atenienses[7] y se la cedió a Olinto. Además de Anfípolis, tomó Crénidas en Tracia y la refundó como Filipos; para entonces, controlaba las minas de oro y plata de la región y su moneda sustituiría a la ateniense como la moneda preferida en el mundo griego.

En la década de 360, Atenas había estado defendiendo sus propios intereses de un modo que preocupaba a los miembros de su liga y, hacia finales de la década, Tebas había intentado explotar estas inquietudes.[8] Desde Leuctra, las ciudades de Eubea se había alineado con Tebas, pero en 357 Atenas se aprovechó de las desavenencias entre los bandos protebano y proateniense para recobrar su lealtad. Sin embargo, probablemente en 356 y 355, Mausolo de Caria incitó a varios de miembros egeos de la liga a que se rebelaran en la llamada «guerra social» (guerra «contra los aliados»):[9] sorprendentemente, los atenienses fueron derrotados en las batallas navales y los estados rebeldes abandonaron la liga.

Aunque Pelópidas y Epaminondas habían muerto en 364 y 362, respectivamente, Tebas seguía siendo poderosa y ambiciosa. Había comenzado a interesarse por Delfos, donde el Templo de Apolo había sido destruido en 373/2 y había empezado la recaudación de fondos para construir un nuevo templo en 366 (véase la Ilustración 6). Se construyó un nuevo tesoro tebano allí para conmemorar la victoria de Leuctra y, *c.* 360, se concedió a Tebas la *promanteia*, el derecho a tener prioridad en la consulta del oráculo. En 363/2 algunos aristócratas de la ciudad de Delfos fueron expulsados y Atenas los acogió y negó la legitimidad de su expulsión. A principios de la década de 350, la anfictionía[10] impuso multas a dos enemigos de Tebas: a Esparta, por el sacrilegio cometido durante la ocupación de Tebas entre 382 y 379, y a la Fócide, que había sido aliada de Tebas en la década de 360, pero no había sido suficientemente leal. Ambas se negaron a pagar y, en 356, los focios, a las órdenes de Filomelo, tomaron Delfos. Así comenzó la tercera guerra sagrada.

Los focios frustraron los intentos de desalojarlos, obtuvieron el apoyo de Atenas, Esparta y varios estados más del Peloponeso, y reclutaron un ejército de mercenarios. En 355, los tebanos pidieron ayuda a los tesalios, que dominaban la anfictionía, y se declaró oficialmente una guerra sagrada, apoyada por la mayor parte del centro de Grecia. Los focios lograron varios triunfos; en 354, Filomelo se suicidó tras una derrota, pero los focios siguieron combatiendo, de nuevo con éxito. Filipo intervino en el bando de la anfictionía por primera vez en 353 y sufrió dos derrotas (lo que animó a los griegos a pensar que no representaría un desafío mayor que sus predecesores), pero en 352 regresó, fue nombrado arconte de Tesalia y venció en la importante batalla del Campo de Azafrán. Avanzó por Tesalia hacia las Termópilas, pero los atenienses enviaron un ejército de inmediato y no intentó

luchar para abrirse paso. En el Peloponeso, con la excusa de la guerra sagrada, Esparta confiaba en recuperar Mesenia y, entre 353 y 350, libró una guerra contra Megalópolis, pero acabó con una tregua que no cambió nada.

Filipo había estado avanzado mientras tanto hacia el este por Tracia y regresó allí en 352 tras abandonar las Termópilas, donde atacó una fortaleza cerca de la Propóntide, en el territorio de Cersobleptes, el rey del este de Tracia. Cersobleptes ya había permitido que Atenas enviara clerucos al Quersoneso y Atenas votó enviarle ayuda, pero lo aplazó al enterarse de que Filipo estaba enfermo; en 351 Cersobleptes se convirtió en vasallo de Filipo. Los calcidios, que anteriormente habían sido aliados de Filipo, se sintieron amenazados por él y se inclinaron por Atenas. Filipo envió expediciones navales al Egeo e incluso atacó Maratón. Aunque es probable que no estuviera dirigiéndose específicamente contra Atenas, para entonces ya se percibía que representaba una seria amenaza para la ciudad y fue probablemente en 352/1 cuando Demóstenes lo reconoció en su *Primera filípica* (IV) e instó a Atenas a lanzar una campaña lo más cerca posible de Macedonia. Su consejo fue desoído y ya era demasiado tarde para aplicar una estrategia que podría haber sido eficaz a comienzos del reinado de Filipo.

En 349, Filipo inició una guerra contra los calcidios y Demóstenes, en sus *Olínticas* (I-III), exhortó a apoyarlos, en consonancia con la estrategia de su *Primera filípica*. Sin embargo, a principios de 348, se pidió a Atenas que interviniera en las rivalidades en las ciudades de Eubea y la mayoría de los atenienses lo consideró más importante, ya que en caso de que Eubea acabara en el bando de Filipo, podría utilizarla para evitar las Termópilas si quería avanzar hacia el sur. Al final, a Atenas le fue mal en ambas campañas: Eubea,

salvo Caristo, quedó fuera de la órbita ateniense y la guerra con los calcidios terminó con la entrega y destrucción de Olinto. Al parecer, durante algún tiempo Demóstenes se habría mostrado a favor de la paz, ya que los atenienses no iban a seguir sus recomendaciones, pero otros atenienses estaban alarmados y trataron de organizar una alianza contra Filipo.

La guerra sagrada continuaba y, en 348, los focios iban ganando. Sin embargo, habían estado usando fondos de Delfos para pagar a sus mercenarios y en el invierno de 348/7 fue destituido el último general, Faleco, y una investigación falló en contra de los sucesivos generales salvo Filomelo. En 347, Filipo envió una fuerza simbólica para apoyar a Tebas; se esperaba que volviera a intervenir en 346 y los focios pidieron ayuda a Esparta y Atenas. Pero a principios de 346 Faleco recuperó el poder y, alentado probablemente por las sugerencias de Filipo, rechazó la ayuda de Esparta y Atenas. Atenas no podía ayudar a la Fócide si los focios rechazaban su ayuda, por lo que recurrió a las negociaciones con Filipo y otros estados también enviaron emisarios. Faleco reclutó un gran ejército, pero nadie sabía con certeza cuáles eran sus intenciones. En julio, cuando se encontraba en las Termópilas y ya era demasiado tarde para detenerle, dejó claro que estaba del lado de la anfictionía como siempre lo había estado; los focios capitularon y se permitió a Faleco y a sus mercenarios escapar; en una reunión especial de la anfictionía fueron expulsadas la Fócide y Esparta (pero no Atenas), y se ordenó a la Fócide dividirse en aldeas y reembolsar los fondos de Delfos a plazos. Filipo fue admitido en la anfictionía y en el otoño presidió los Juegos Píticos. Tebas, aunque pertenecía al bando vencedor, estaba exhausta tras diez años de funesta guerra.

En las negociaciones de Atenas con Filipo no solo se abordó la guerra sagrada, sino también la guerra por Anfípolis

declarada en 357. Demóstenes y Esquines nos han legado dos crónicas, de 343 y 330, y resulta difícil averiguar qué sucedió realmente. Parece que antes de que Atenas enviara su primera delegación a Filipo, Esquines había estado a favor de luchar contra él, mientras que Demóstenes quería la paz para que la situación posterior mostrara que su desconfianza había estado justificada. Ambos hombres formaron parte de la delegación: Demóstenes se mostró escéptico, pero Esquines quería creer las insinuaciones de que Filipo podía cambiar de bando. Filipo envió entonces emisarios a Atenas, que llegaron en abril. La asamblea se reunió durante dos días: el primer día se consideró un tratado de paz común al que se podían sumar todos los griegos o un tratado que excluyera explícitamente a los focios (este segundo lo propuso Filócrates y finalmente se le denominaría la paz de Filócrates); el segundo día, Demóstenes interrogó a los emisarios de Filipo y estos manifestaron que Atenas podía tener la paz si aceptaba las condiciones de Filipo o no tenerla.

Esto desembocó en un tratado con Filipo para Atenas y «sus aliados», lo que significaba Atenas y su liga, pero era potencialmente ambiguo, ya que la Fócide era una aliada de Atenas. Los emisarios atenienses regresaron a Macedonia para que Filipo pudiera ratificar el tratado y tuvieron que esperar porque estaba en Tracia luchando contra Cersobleptes. Cersobleptes intentó sin éxito unirse a la liga a tiempo para ser incluido en el tratado y Filipo no permitió que se incluyera a la Fócide. A continuación marchó hacia las Termópilas y logró la rendición de los focios. Los atenienses tenían miedo de que Filipo pudiera atacarlos, pero no lo hizo; boicotearon los Juegos Píticos; algunos atenienses querían luchar de inmediato, pero Demóstenes, aunque esperaba otra guerra con Filipo, advirtió en su discurso *Sobre la paz* (V) de que si Atenas combatía entonces, estaría sola y se equivocaría. Es casi seguro

que Filipo, pese a las insinuaciones, no tenía ninguna intención de abandonar la anfictionía y no hay indicios claros de que, como afirmaba Isócrates en su *Filipo* (V), estuviera contemplando una guerra contra Persia en la que la armada ateniense sería muy útil. Se tomó muy en serio su compromiso con Delfos, y para ser un rey macedonio, el reconocimiento en el mundo griego que obtuvo en 346 ya era en sí mismo un digno objetivo.

Filipo consolidó su posición con una guerra contra ilirios y nuevas intervenciones en Tesalia. Demóstenes planeó procesar a Esquines por traición en las negociaciones[11] y recabar apoyos en Atenas y otros lugares de Grecia para su visión hostil de Filipo, mientras que Filipo ofreció modificar el tratado. En 344, al no haber consenso, Atenas ni respondió favorablemente a Filipo ni envió ayuda a Persia para su última tentativa de recuperar Egipto (véase la *Segunda filípica* [VI] de Demóstenes).[12] Entre 344 y 342, cuando Filipo ofreció «dar» Haloneso, una isla en el norte del Egeo, a Atenas, Hegesipo insistió en que pertenecía legítimamente a Atenas y solo podía ser «devuelta», que Anfípolis y varios lugares de Tracia también pertenecían legítimamente a Atenas y que la paz de Filócrates debía ampliarse para que fuera una paz común (se conserva un discurso suyo: [Dem.] VII, *Haloneso*). Filipo acabó viendo que podía sacar partido a una paz común, pero no cedió y las negociaciones fracasaron. En varios lugares de Grecia hubo disputas locales en las que se invitó a Filipo a apoyar a un bando y a Atenas al otro. Uno de los lugares en los que intervino fue en el reino de los molosos, donde expulsó a Arribas (que huyó a Atenas) y le sustituyó por Alejandro, sobrino de Arribas y hermano de Olimpia, la esposa de Filipo. En sus intervenciones en Eubea apoyó a líderes impopulares y, en 341, las ciudades de esta volvieron al bando ateniense.

En 342, Filipo regresó a Tracia y expulsó por fin a Cersobleptes. Atenas envió más clerucos y una guarnición al Quersoneso, y entró en conflicto con Cardia, en el istmo, y la incluyó como aliada de Filipo en la paz de Filócrates. La situación se agravó; disponemos de varios discursos de Demóstenes, *Quersoneso, Tercera filípica* y *Cuarta filípica* (VIII, IX, X), en los que defiende que Atenas adopte una línea agresiva. En 340, Filipo comenzó a sitiar Perinto y Bizancio utilizando lo último en maquinaria, incluidas catapultas de torsión, mientras que Demóstenes había convencido a otros griegos y a los persas para que se unieran y hacerle frente. Cuando Filipo apresó unos barcos mercantes atenienses que aguardaban para zarpar escoltados desde el mar Negro hasta el Egeo, Atenas declaró la guerra, pero los sitios no salieron bien y en 339 se retiró.

Retornaría a Grecia para la cuarta guerra sagrada. Atenas había estado renovando en Delfos dedicatorias de la guerra médica que recalcaban el «medismo» de Tebas; en 340, Anfisa protestó en la anfictionía en nombre de Tebas y Esquines, en su calidad de representante de Atenas, se quejó de que Anfisa estaba cultivando la tierra sagrada de Cirra, situada debajo de Delfos, lo que se tradujo en la declaración de una guerra sagrada contra Anfisa, a la que Tebas y Atenas, a instancias de Demóstenes, se negaron a sumarse. En 339, Filipo fue invitado a ponerse al mando y, tras empezar a seguir la ruta directa por el sur desde las Termópilas hacia Anfisa, giró hacia el este en dirección a Beocia. Tanto él como Atenas enviaron delegaciones a Tebas; Demóstenes consiguió establecer una alianza entre Tebas y Atenas, que también apoyaron varios estados griegos. Durante el invierno, Filipo no pudo atravesar las líneas de sus adversarios en el norte de Beocia, pero en 338, tras simular una retirada, avanzó para tomar Anfisa y llegar hasta el golfo de Corinto. En agosto se enfrentó a sus

adversarios en Queronea, en Beocia, y los derrotó (su hijo Alejandro, al mando del ala izquierda, aniquiló al batallón sagrado de Tebas). Después, encargó la construcción del Filipeo en Olimpia para que albergara estatuas de él y sus familiares.

En 346 cundió el pánico en Atenas, pero Filipo no atacó. Habría sido difícil tomar al asalto Atenas y para entonces contemplaba una guerra contra Persia. Fue más vengativo con Tebas por ser una antigua aliada que se había vuelto en su contra. El acuerdo incluía una guarnición y un régimen promacedonio en Tebas, y guarniciones en Corinto (en el Acrocorinto, la colina que domina la ciudad: Ilustración 4) y Ambracia (cerca de Epiro). En el invierno de 338/7, en una reunión en Corinto, impuso un tratado de paz común a los griegos continentales (excepto a Esparta, que podía permanecer aislada) y los organizó bajo su liderazgo en lo que se denominó la Liga de Corinto (la inclusión de Atenas supuso el fin de lo que quedaba de la Segunda Liga Ateniense). Su posición dominante se revistió de un aire griego familiar, y la combinación de una liga con un tratado de paz común permitía imponer un cumplimiento más eficaz, aunque no imparcial, que la paz común anterior. Para Atenas fue una gran pérdida: después de haber sido capaz de dar órdenes a otros estados durante un siglo y medio, ahora tenía que recibir órdenes de Filipo. Sin embargo, para la mayoría de los estados griegos estar supeditados a Filipo no era peor que estarlo a Atenas, Esparta o Tebas, y había menos posibilidades de que Filipo, desde una mayor distancia y con inquietudes más amplias, interfiriera. Dada la posición que Atenas reclamaba en el mundo griego, Demóstenes estuvo en lo cierto al ver a Filipo como una amenaza para Atenas, pero se equivocó al describirle como una amenaza para toda Grecia. La liga decidió luchar contra Persia, algo que se podía vender a los

griegos como una guerra de venganza por 480-479, y envió fuerzas de avanzada en 336.

El reinado de Filipo terminó con problemas dinásticos. Había muchas mujeres en su vida y no es útil distinguir entre esposas y amantes. Su primogénito, Filipo Arrideo, tenía una discapacidad mental. Se consideraba a Alejandro, nacido en 356 de su esposa molosa Olimpia, su heredero. Pero en 337 se casó con una macedonia, Cleopatra, que podía dar a luz a un hijo que suplantara a Alejandro. Alejandro y Olimpia huyeron a Molosia. Alejandro promovió una reconciliación y para apaciguar a Olimpia y a su hermano moloso Alejandro, Filipo concertó la boda de este con Cleopatra, su hija con Olimpia. En la celebración de la boda en Egas en 336 Filipo murió apuñalado por un miembro de su guardia personal. Oficialmente se culpó a la familia que gobernaba en Lincestis, en la Alta Macedonia; circularon varios rumores y algunos apuntaban a Olimpia y/o su hijo Alejandro, pero no es posible saber la verdad. Se ha identificado una de las tumbas reales de Egas como la de Filipo y una de sus esposas por un cráneo que muestra la pérdida que este sufrió de un ojo en una campaña (Ilustración 21). En dos décadas y media Filipo había elevado a Macedonia de una posición marginal en Grecia a una posición dominante, pero fue asesinado en circunstancias que podían volver a sumir a Macedonia en la inestabilidad anterior.

Sin embargo, no habría ninguna agitación. Alejandro fue presentado a los macedonios como el nuevo rey por Antípatro, uno de los generales de Filipo; la nueva esposa de Filipo, Cleopatra, y la hija a la que había dado a luz, fueron asesinadas, y también el tío de Cleopatra Atalo, que se encontraba en Asia Menor con una fuerza avanzada de Filipo. Alejandro marchó hacia el sur por Grecia, donde fue recibido con manifestaciones de lealtad, y la Liga de Corinto le nombró comandante de la guerra contra Persia. En 335, emprendió campañas en Tracia e Iliria; los rumores de que había muerto desencadenaron una revuelta en Tebas, pero llegó allí con suma rapidez y sorprendió al mundo griego conquistando y destruyendo una de sus ciudades principales.

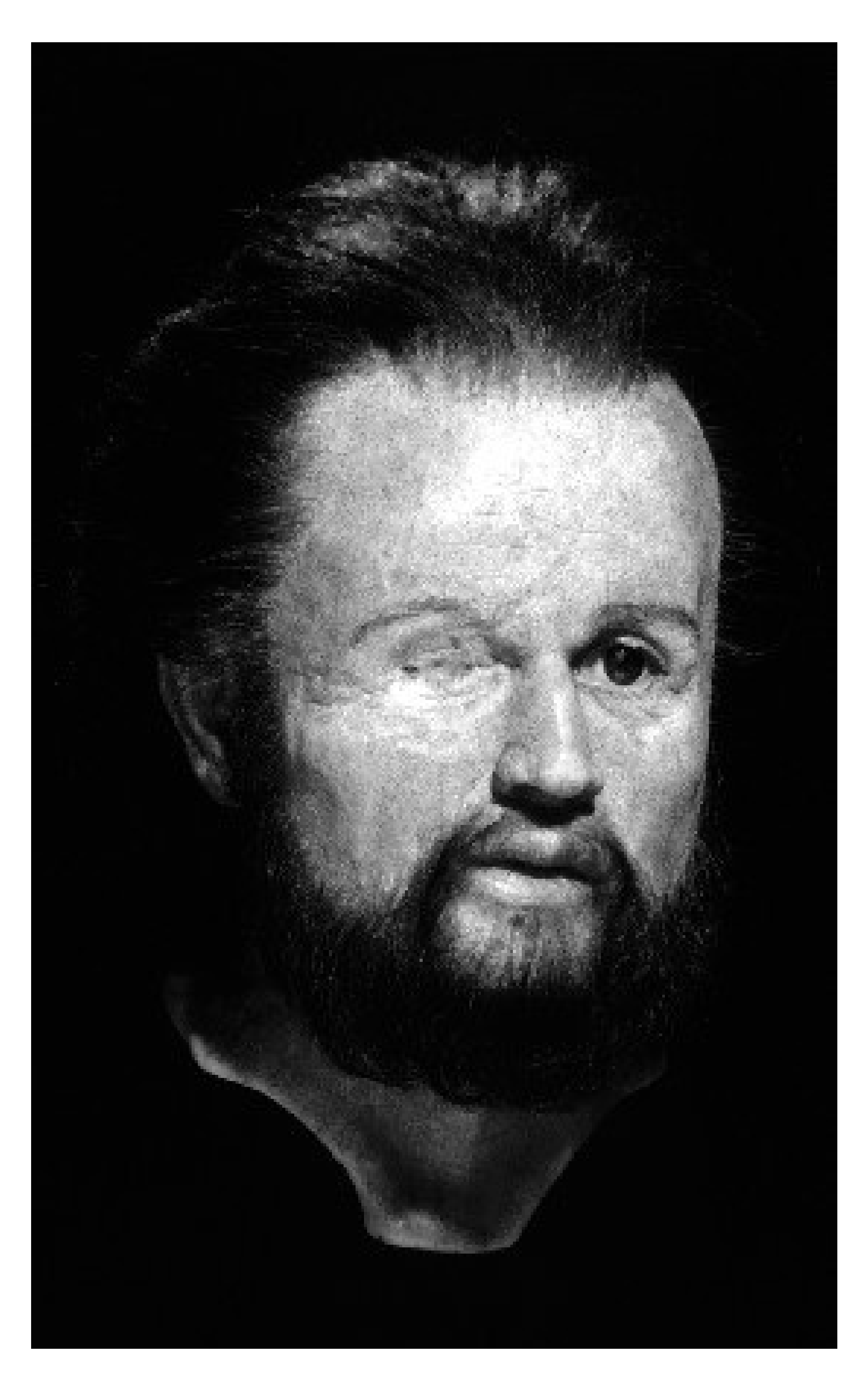


ILUSTRACIÓN 21. Egas: reconstrucción de la cabeza de Filipo II de Macedonia, Museo de Manchester, Universidad de Manchester.

Varios contemporáneos o casi contemporáneos escribieron crónicas del reinado de Alejandro, pero no ha sobrevivido ninguna. Un griego que participó en la expedición en calidad de historiador oficial, Calístenes, sobrino de Aristóteles, tuvo problemas al final de su vida.[13] Las cinco crónicas principales que han sobrevivido son, en orden cronológico, Diodoro Sículo XVII (siglo I a. C.), Q. Curcio Rufo (en latín, siglo I d. C.), Plutarco, *Alejandro* (siglos I/II d. C.: el equivalente romano es *Caesar*), Arriano, *Anábasis* (siglo II d. C.) y Justino XI-XII (*c.* 200-400 d. C., un epítome de la anterior de Pompeyo Trogo). Arriano seguía a autores que habían servido a las órdenes de Alejandro y estaban en condiciones de conocer la verdad aunque no siempre les conviniera contarla, Ptolomeo y Aristóbulo. En Diodoro, Curcio y Justino hay material en común que probablemente derivaba de Clitarco, quien escribió poco después de la muerte de Alejandro, era aficionado al sensacionalismo y preservó detalles que no siempre favorecían a Alejandro. Muchos estudios recientes se han basado en esta tradición alternativa y menos favorable, pero es imprudente suponer que lo favorable es siempre ficticio y lo desfavorable siempre es cierto.

Persia había experimentado problemas dinásticos, que terminaron con el ascenso al trono de Darío III en 336.[14] La fuerza avanzada de Filipo fue enviada a Asia en 336, inicialmente a las órdenes de Parmenio y Atalo, pero Alejandro ordenó matar a Atalo por ser el tío de Cleopatra, la nueva esposa de Filipo. Parmenio tuvo éxito en 336 y era popular en las ciudades griegas, pero en 335 Memnón de Rodas contraatacó en nombre de los persas y Parmenio solo mantuvo el control del territorio próximo al Helesponto. Alejandro acudió en 334 con unos 4500 o 5100 soldados de caballería y

32 000 de infantería (más tarde recibiría refuerzos en varias ocasiones, pero tuvo que ir dejando atrás guarniciones en muchos lugares); cuando cruzó el Helesponto, asoció su campaña con la legendaria contra Troya (supuestamente descendía por parte materna del héroe de la guerra de Troya Aquiles). Luchó y venció en su primera batalla importante en el río Gránico, cerca de Dascilio, pero estuvo a punto de ser asesinado por uno de los persas; a continuación avanzó por la costa del Egeo. Mileto y Halicarnaso serían tomadas por asedio; Memnón, expulsado de Halicarnaso, tomó las islas del Egeo, pero murió en 333 antes de poder causar serios problemas a Alejandro. Alejandro se adentró por el interior hasta Gordio y, para mostrar que se convertiría en el gobernante de Asia, desató o cortó el «nudo gordiano» que ataba un carro a un pértigo. En 333, bordeó la costa desde Cilicia hasta Siria: Darío III tomó una ruta interior y llegó por la retaguardia, y Alejandro retrocedió para derrotarle en una estrecha llanura costera de Issos.

Mientras Darío regresaba al centro del imperio a fin de prepararse para otro enfrentamiento, Alejandro empezó por la costa mediterránea, lo que no sorprende tratándose de un hombre con ascendencia macedonia y griega. En 332, tras asediar Tiro y Gaza, avanzó hasta Egipto, donde fue recibido como un libertador. Fundó su primera Alejandría en la costa, en el extremo oeste del delta del Nilo, y en el invierno visitó el oráculo de Amón en el desierto libio. En 331 regresó a Siria y después avanzó hacia el interior. La táctica de tierra quemada en el valle del Éufrates le obligó a seguir el Tigris, donde le estaba aguardando Darío, pero volvió a derrotar a este en Gaugamela. Darío huyó a Ecbatana (Hamadán, en Irán). Alejandro continuó hasta Babilonia y después hasta los palacios persas de Susa y Persépolis; Persépolis fue destruida, ya fuera como un acto de venganza por la destrucción persa de

Atenas en 480 o como culminación de una violenta celebración.

Entretanto, el rey Agis de Esparta había iniciado en 331 una rebelión contra los macedonios en Grecia y había sitiado Megalópolis. Los atenienses decidieron no sumarse y Antípatro, al que Alejandro había dejado a cargo de Macedonia, derrotó a los espartanos y mató a Agis. Esparta probablemente se adhirió después en la Liga de Corinto.

En 330, Darío se retiró al este. Alejandro inició su persecución (la guerra de venganza de la Liga de Corinto terminó oficialmente y los aliados griegos regresaron a casa o se volvieron a alistar como mercenarios). Antes de que Alejandro pudiera llegar hasta él, Darío murió apuñalado por Besso; Alejandro le ofreció un funeral regio y después empezó a presentarle como el legítimo rey de Asia. La persecución de Darío se transformó en la persecución de Besso; tras una complicada lucha contra algunos de los sátrapas, Alejandro le capturó en 329 en Bactria (Afganistán) y convocó un tribunal especial de medos y persas para condenarle por el asesinato del rey. Tras una guerra de guerrillas y la espectacular toma de las fortalezas montañosas, Alejandro llegó al Indo en 326.

En la última de sus grandes batallas, Alejandro derrotó a un príncipe indio, Poro, en el río Hidaspes (Jhelum), pero le juzgó un digno enemigo y le mantuvo en el puesto como vasallo. Después quiso avanzar contra un gran reino y hasta los que consideraba los confines de Asia, pero en el afluente más oriental del Indo, el Hifasis (Beas), el ejército se negó a continuar y se vio obligado a cambiar de planes. Siguió río abajo y resultó gravemente herido en el ataque contra una población, pero en 325 llegó a la desembocadura del Indo. Para regresar al centro del imperio dividió sus fuerzas. Se construyeron naves y Nearco zarpó hacia el golfo Pérsico;

Crátero partió con los veteranos por una ruta terrestre; Alejandro atravesó el desierto de Gedrosia (el Makrán, en Pakistán), pero resultó un desafío aún mayor de lo que había esperado y sufrieron muchas bajas.

Después de que los supervivientes lo hubieran celebrado, Alejandro regresó en 324 a los grandes palacios. Muchos habían creído que nunca regresaría. Varios hombres preeminentes, sobre todo persas, fueron detenidos y algunos ejecutados. Exigió a los sátrapas que disolvieran sus ejércitos de mercenarios, y quizá que encararan el problema de los mercenarios itinerantes, y ordenó a los estados griegos que readmitieran a sus exiliados. Alejandro y muchos de sus oficiales se casaron con mujeres persas. Cuando alardeó de los 30 000 jóvenes orientales que habían estado recibiendo adiestramiento desde 327 y anunció que enviaría a los veteranos europeos a casa, estalló un motín en Opis: fue sofocado y se celebró un banquete de reconciliación, pero Alejandro no alteró sus planes. La muerte de Hefestión, su hombre de confianza, supuso un duro golpe para él. En 323 se trasladó a Babilonia: tenían planes de enviar expediciones a Arabia y al Caspio, y también se mencionaron otros proyectos. De las ciudades griegas llegaron emisarios para rendirle honores divinos. Pero a finales de mayo cayó enfermo tras una fiesta y murió a mediados de junio, poco antes de cumplir los 33 años. Inevitablemente, se habló de una conspiración, pero es probable que la dureza de los combates y de sus condiciones de vida le hubiera debilitado hasta el punto de no poder superar una enfermedad inofensiva. Dejó dos hijos de dos mujeres asiáticas diferentes. Se decía que cuando le preguntaban quién le iba a suceder, respondía «el mejor» o «el más fuerte».

Alejandro disponía de las falanges de infantería y la caballería que había heredado de Filipo, y de fuerzas aliadas y

mercenarias de varios tipos; en las batallas campales, apostaba a la infantería en el centro (con una brigada especial de hipaspistas a la derecha de la línea principal) y a la caballería aliada a la izquierda, y atacaba con la caballería macedonia desde la derecha. En la última parte de su campaña, cuando se hicieron necesarias más operaciones separadas de distintas unidades, adquirieron más relevancia los comandantes de los diferentes regimientos de caballería; la caballería asiática acabaría integrándose en el ejército. En las tres primeras grandes batallas, el ejército de Alejandro supo aprovecharse mejor de las brechas en las líneas del enemigo que el enemigo de las suyas; en Hidaspes, tras cruzar el río por varios puntos, mantuvo el ala izquierda de su caballería oculta para engañar al enemigo. También destacó en los asedios, en los que usó la maquinaria más novedosa, incluidas catapultas para lanzar piedras y máquinas portátiles como artillería de campaña, y demostró su inventiva táctica en varios episodios menores; sabemos poco de su línea de suministros, pero debió estar bien organizada. El único aspecto en el que no tuvo que demostrar su valía fue en la guerra naval. Como comandante, siempre sabía qué hacer, sorprendía con frecuencia al enemigo por su rapidez y trató con dureza a sus hombres, pero se ganó su apoyo, aunque en ocasiones asumió riesgos personales hasta un extremo peligroso.

Con respecto a la administración, Alejandro fue pragmático. Mantuvo el sistema persa de sátrapas y otras autoridades provinciales. Los griegos insulares fueron incorporados a la Liga de Corinto y las ciudades griegas de Asia Menor se convirtieron en aliadas, pero no se adhirieron a la liga. Alejandro promovió inicialmente las democracias porque los oligarcas habían apoyado a los persas. Pudo «liberar» las provincias occidentales de los persas (aunque en la práctica cambió poco salvo el gobernante), pero no así las provincias

persas centrales, donde nombró a una serie de sátrapas persas. En India recurrió a los sátrapas macedonios, pero mantuvo como vasallos a los gobernantes locales que se mostraron dispuestos a cooperar con él. Solo se le puede atribuir con certeza la fundación de seis Alejandrías, aunque proporcionó a otras ciudades ya existentes guarniciones europeas. Sus fines eran administrativos y militares; aunque los ocupantes europeos llevaron consigo la cultura griega, no se mezclaron con entusiasmo con la población local y al final del reinado de Alejandro muchos intentaron regresar a casa. Sin embargo, estas ciudades, y las que fundaron más tarde los seléucidas,[15] tuvieron un efecto helenizante, ya que la lengua y la cultura griegas se convirtieron en atributos de la clase gobernante en todo el imperio.

Alejandro no solo heredó el ejército de Filipo, sino también a sus oficiales. Parmenio, el segundo al mando, y varios miembros de su familia estaban especialmente bien situados. Algunos murieron o fueron degradados. En 330 surgió una crisis cuando se dijo que Filotas, el hijo de Parmenio, no había informado de una conspiración: Alejandro solicitó la pena de muerte y el ejército votó a favor; Parmenio, que se quedó a cargo del centro cuando Alejandro prosiguió con su persecución de Darío, podría no ser digno de confianza después de ello, por lo que Alejandro también ordenó su muerte. Un grupo de hombres que apoyaron a Alejandro en esta ocasión, entre ellos su favorito Hefestión, serían importantes a partir de entonces. En 328, Clito (que había salvado la vida de Alejandro en Gránico) se quejó del orientalismo de Alejandro y del menosprecio de Filipo, y en una pelea de borrachos Alejandro le mató. En 327, Calístenes encabezó la oposición al deseo de Alejandro de introducir la costumbre de la *proskynesis* entre sus partidarios europeos[16] y más tarde fue acusado de estar detrás de la conspiración de los

pajes del séquito de Alejandro y fue eliminado. En el motín de Hifasis en 326, los soldados fueron respaldados por Coeno, uno de los hombres que habían apoyado a Alejandro contra Filotas; murió poco después, pero ninguna fuente alega juego sucio. Ya hemos señalado la purga después de que Alejandro regresara de India y el motín de Opis.[17] Es probable que Alejandro no maquinara deshacerse de aquellos a los que consideraba enemigos, sino que reaccionara de manera impulsiva ante las crisis, pero el resultado general fue que muchos hombres prominentes no sobrevivieron al final de su reinado.

Alejandro era macedonio, supuestamente descendía de héroes legendarios, y recibió una educación griega, impartida por Aristóteles entre otros. Para los macedonios, su guerra era una guerra de conquista; para los griegos, constituía una venganza por lo acontecido en 480-479, y tanto a unos como a otros les convenía invocar la guerra de Troya como precedente. Para 330 ya controlaba los grandes palacios y había cumplido el objetivo de la guerra de venganza. Darío se convertiría en el nuevo objetivo y, tras su muerte, Bessos; después, el avance hasta un gran reino indio y «los confines de Asia». Fue un hombre motivado por fuertes impulsos y ansioso por responder a desafíos.

Tras la muerte de Darío, se vio a sí mismo como el rey de Asia, pero, aunque ofendió a los europeos conservadores con algunas prendas y costumbres orientales, no adoptó ni los títulos, ni la religión, ni todas las costumbres de los reyes persas, por lo que no consiguió ganarse a los persas. Algunos han sostenido, a partir de unos pocos textos, que fue el creador de la doctrina de la «hermandad de los hombres», pero los textos no tienen el peso que se les ha atribuido. A lo sumo, imaginó un reino en el que los griegos/macedonios y los persas

fueran las dos razas dominantes, pero sus conquistas crearon un mundo cosmopolita diferente al de las ciudades griegas en el que se pudo desarrollar esta doctrina.

Originalmente, en la religión griega existía una clara división entre los dioses y los mortales, aunque algunos mortales, como los fundadores de ciudades, podían convertirse en héroes y ser objeto de una veneración menor y los hombres de clase alta podían afirmar ser descendientes de dioses o héroes. Sin embargo, en el siglo previo a Alejandro, algunos hombres como Lisandro se habían opuesto a esta división,[18] sobre todo Filipo (la ciudad rebautizada Filipos y el Filipeo de Olimpia[19] son dos ejemplos de varios). Los griegos habían escrito sobre hombres destacados como si fueran dioses, pero sin dar a entender que un hombre excepcional pudiera convertirse en un dios. Olimpia le había sugerido a Alejandro que su verdadero padre era Zeus. Al ser faraón de Egipto, se convirtió en un descendiente de Amón (al que los griegos identificaban con Zeus) y, supuestamente, en el oráculo de Amón era recibido como el «hijo de Zeus». En 327 intentó introducir entre sus partidarios europeos la costumbre persa de la prosquinesis, que consistía en besar a un superior y podía ir acompañada de una reverencia o postración, pero renunció en vista de la oposición que suscitó. Para los persas se trataba de una costumbre social sin connotaciones religiosas y Alejandro debía saberlo, pero para los griegos solo era apropiada con los dioses. La propuesta no demuestra que Alejandro quisiera que le trataran como a un dios, sino que indudablemente le gustaba ser reverenciado de este modo. Hefestión fue declarado un héroe después de su muerte; y parece que al final del reinado de Alejandro las ciudades griegas (pero no las bárbaras) estaban dispuestas a tratarle como un dios: hay pocos indicios de que la iniciativa partiera de él y lo más probable es que, pese a que había llegado a verse a sí mismo como alguien

especial y disfrutaba con estos honores, a los griegos les pareciera un modo adecuado de honrarle por sus hazañas sin precedentes. Los cultos a los gobernantes en el mundo helenístico serían una secuela natural.[20]

¿Qué podría haber conseguido Alejandro de no haber muerto cuando lo hizo? Estaba planeando expediciones a Arabia y el Caspio y se mencionan otros proyectos ambiciosos.[21] Tras su muerte, Pérdicas mostró unos planes supuestamente encontrados entre los documentos de Alejandro y convenció al ejército para que los desautorizara.[22] En cualquier caso, es creíble que imaginara nuevas expediciones y conquistas en el futuro en lugar de la muy necesaria consolidación y administración de los territorios ya conquistados. No obstante, las conquistas que ya había realizado ampliaron y transformaron enormemente el mundo griego, como veremos en los capítulos siguientes. Aparece como Alejandro Magno en la comedia romana de Plauto *Mostellaria* (siglo III/II a. C.).[23]

Caria, en el suroeste de Asia Menor, se separó *c*. 392/1 de la satrapía de Sardes y quedó bajo el control del aristócrata local, Hecatomno. Murió en 377/6 y le sucedieron sus hijos e hijas: Mausolo, casado con su hermana Artemisia, Hidrieo, casado con su hermana Ada, y Pixodaro. En la época de Pixodaro, la familia también controlaba Licia. Para los persas eran sátrapas, pero ante los griegos se presentaban como gobernantes independientes. Mausolo trasladó la capital de Milasa, en el interior, a la costera Halicarnaso y encargó allí la construcción del Mausoleo (Ilustración 15).[24] En la década de 360, participó en la Revuelta de los Sátrapas,[25] pero no perdió su posición; en la década de 350, estuvo detrás de los estados que desertaron de la Liga de Atenas en la guerra social. En 341/0, Pixodaro derrocó a Ada y se vio obligado a casar a su hija con un persa, que asumió el poder después de su muerte; en 334, Ada se sometió a Alejandro y este la restituyó (pero tras la muerte de esta nombró a un sátrapa ordinario).

Artabazo, cuya reclamación de Dascilio fue uno de los desencadenantes de la Revuelta de los Sátrapas en la década de 360, se rebeló en los años 350; en la década de 340 se refugió por algún tiempo en Macedonia. Durante el reinado de Artajerjes III se intentó en dos ocasiones recuperar Egipto. El primero, a finales de la década de 350, fracasó y, después, la revuelta se extendió a Chipre y Fenicia, pero fueron reconquistadas, y en el invierno de 343/2 se recuperó Egipto, después de que Mentor de Rodas, al mando de mercenarios griegos que luchaban para los egipcios, hubiera desertado al bando persa. El hermano de Mentor, Memnón, estuvo en Macedonia con Artabazo; Mentor no logró propiciar su reconciliación con Artajerjes y, tras la muerte de Mentor, Memnón participó activamente con los persas en Asia Menor

contra Alejandro.[26] A principios de la década de 330, Egipto volvió a sublevarse y de nuevo fue recuperada.

Bagoas, el gran visir, habían desempeñado un papel importante en la recuperación de Egipto y se cuenta que llegó a dárselas de ser un «hacedor de reyes» (en realidad, es posible que su papel no fuera tan importante y lo fuera más el de los miembros de la familia real). En noviembre de 338 envenenó a Artajerjes y a todos sus hijos salvo al más joven, al que instaló en el trono como Artajerjes IV; en junio de 336 Bagoas mató a este y a sus hijos, y colocó a un hombre de otra rama de la familia real como Darío III; posteriormente intentó matar a Darío, pero Darío cambió las copas y quien murió fue Bagoas. Darío no fue un rey indigno, pero no esperaba ser rey y el imperio persa que atacó Alejandro estaba debilitado.

En la década de 350, empezó a destacar una nueva generación de líderes atenienses y el fracaso en la guerra social obligó a reconsiderar la política. Isócrates, que no era un pensador original sino que reproducía los pensamientos de otros, había defendido *c.* 380 a la Liga de Delos y las pretensiones de liderazgo de Atenas,[27] pero en *Sobre la paz* (VIII), escrita tras la guerra social, calificó a la Liga de Atenas de fracaso. Hombres como Eubulo se ocuparon de la recuperación financiera, que no solo exigía incrementar los ingresos, sino también reducir los gastos, sobre todo los de las aventuras militares que no justificaban su coste, y Jenofonte en *Los ingresos* reflejó el pensamiento de estos hombres. En la Atenas menos próspera del siglo IV las imposiciones a los ricos que provenían del siglo V[28] se volvieron más problemáticas: se intentó mejorar la recaudación del *eisfora*, el impuesto sobre la propiedad, para distribuir de forma más equitativa los costes de financiación de naves para la armada y reducir el número de hombres exentos de las liturgias.

Probablemente a finales de la década de 350, Eubulo y Diofanto introdujeron el teoricón, un fondo cuya finalidad era, aparentemente, cubrir el coste de las entradas de teatro de los ciudadanos en los grandes festivales. No solo recibía una asignación periódica, sino también cualquier excedente de ingresos (que antes iba a parar al fondo militar). El tesorero de este fondo (que era electo y podía ser reelegido, por analogía con el del fondo militar), al controlar el excedente monetario de que dispusiera Atenas y participar con el consejo en la supervisión de las antiguas juntas, llegó a ser muy influyente. Durante algún tiempo ejerció este cargo el propio Eubulo. A finales de la década de 340, cuando aumentó el respaldo a la línea dura de Demóstenes contra Macedonia, sus partidarios

controlaron el fondo y, en 337/6, él mismo fue el tesorero. Sus adversarios consideraban que esta posición de poder era antidemocrática (véase más abajo) y para debilitarla se sustituyó al tesorero único por una junta y se limitó el mandato; sin embargo, desde el punto de vista financiero, el cargo había sido un éxito y, entre mediados de la década de 330 y mediados de la de 320, Licurgo y sus socios ejercieron un cargo igualmente influyente «a cargo de la administración» (*epi tei dioikesei*). En el tercer cuarto del siglo, Atenas recuperó la prosperidad; se construyeron edificios con fines civiles y militares, pero se malgastó parte del dinero. Tras la humillación en la guerra social, Atenas modernizó su armada construyendo en la década de 320 cuatrirremes y quinquerremes[29] y la amplió a un tamaño sin precedentes, pero no tenía necesidad de tantas naves ni posibilidades de dotarlas de tripulación.

Ya era posible sugerir cambios en la democracia sin ser considerado un peligroso oligarca[30] y algunos cambios (como la institución de los poderosos magistrados de finanzas electos) contradecían el espíritu de la democracia anterior. A partir de *c.* 440 se habían permitido excepciones a la regla de que cada tribu tenía que proporcionar a uno de los diez generales[31] y, entre las décadas de 350 y 330, se suprimió del todo la vinculación entre los generales y la tribus. Isócrates en su *Areopagítico* (VII), *c.* 354, evocaba una visión de una democracia anterior mejor, en la que el consejo del Areópago[32] había desempeñado un papel importante. Desde mediados de la década de 340, el Areópago tuvo un papel mayor en los asuntos atenienses, interviniendo en cuestiones judiciales y de otro tipo, y normalmente remitiendo informes a la asamblea por iniciativa propia o de esta, a menudo para apoyar a Demóstenes y sus socios. Después de Queronea, se le autorizó condenar a hombres acusados de cobardía o traición.

Una ley de 337/6 que amenazó con suspender el Areópago si se derribaba la democracia[33] fue probablemente una reacción de los adversarios de Demóstenes, que consideraban que el poderoso Areópago no era democrático.

Para Eubulo y sus socios la necesidad de una recuperación financiera condicionaba las actitudes respecto a otros asuntos; y cuando Demóstenes llegó a considerar la resistencia a Filipo igual de primordial, esto también condicionó las actitudes hacia otros asuntos. En ese momento se estuvo más cerca de lo habitual de una política partidista, con grupos de hombres que compartían una postura común sobre una serie de cuestiones. Demóstenes solía redefinir la palabra «democracia» para que significara liberación del sometimiento a un extranjero, es decir, a Filipo, mientras que sus adversarios le calificaban de antidemocrático en el sentido corriente del término. Al principio, Demóstenes estaba en minoría y sus adversarios rechazaron sus planes de oponer resistencia a Filipo, aunque no se opusieron a cualquier forma de resistencia. Sin embargo, tras la paz de Filócrates, mientras Demóstenes esperaba nuevos conflictos, se mostraron deseosos de aceptar la paz y sacarle el máximo provecho. El primer ataque de Demóstenes contra Esquines por su papel en las negociaciones fracasó, ya que el pretendido acusador, Timarco, era vulnerable a los ataques de Esquines (en su *Contra Timarco*, I). En 343, Esquines fue acusado por Demóstenes y fue absuelto por poco (Dem. *Sobre la embajada*, XIX; Esq. *Sobre la embajada*, II), mientras que Hipérides tuvo éxito en su acusación de Filócrates. Hegesipo respondió de forma obstruccionista a la oferta de Filipo de renegociar la paz ([Dem.] *Haloneso*, VII);[34] Licurgo también apoyó a Demóstenes; y desde entonces hasta Queronea aumentó el apoyo a Demóstenes.

Después de Queronea, hubo un cambio de tendencia y se

juzgó a algunos adversarios como respuesta a las últimas noticias. Entre los hombres que defendían la cooperación con Macedonia figuraban Demades y Foción. Este último intentó combinar una carrera política y militar a la vieja usanza y se dice que fue general durante 45 años. Diondas acusó a Hipérides de proponer honores para Demóstenes antes de la batalla y Esquines a Ctesifonte de proponer honores para él a principios de 336. Fueron juzgados en 334 y 330, cuando los acusadores creyeron que el clima político era favorable (sobre este último tenemos Esq. *Contra Ctesifonte*, III y Dem. *Sobre la corona*, XVIII), pero no tuvieron éxito: incluso cuando la resistencia frente a Macedonia no era factible, los jurados apoyaron a Demóstenes y la política que había recomendado cuando sí lo era.

La destrucción de Tebas por Alejandro en 335 acabó demostrando que, de momento, la resistencia no era viable. Desde mediados de la década de 330 hasta mediados de la de 320, Demóstenes y sus socios, salvo Licurgo, no fueron relevantes. Los atenienses se centraron en recuperar la moral, celebrar su legado y erigir nuevos edificios, aunque también instituyeron un programa para los efebos (hombres de 18 y 19 años), que incluía el adiestramiento hoplita, y, como ya hemos señalado, modernizaron y ampliaron la armada. Confiaban en recuperarse de Queronea cuando fuera el momento oportuno como se habían recuperado de la guerra del Peloponeso; y decidieron no sumarse al levantamiento de Agis en 331, aunque Licurgo estaba a favor.

Una consecuencia de la orden de Alejandro a las ciudades griegas de que readmitieran a sus exiliados fue que Atenas perdió su cleruquía en Samos[35] e intentó negociar al respecto. Uno de los hombres que tuvo problemas con Alejandro fue su tesorero Harpalo. En 324 huyó a Grecia con naves,

mercenarios y dinero; tras dejar las naves y a los mercenarios en Tenaro, en Lacedemonia, donde se estaba reclutando a un grupo de mercenarios, viajó con el dinero a Atenas y fue arrestado, pero después de un tiempo escapó y se descubrió que la mitad del dinero había desaparecido. Una investigación del Areópago mencionó a Demóstenes y Demades entre los culpables; los acusadores provenían de ambos bandos de la antigua división; Demóstenes fue condenado a pagar una cuantiosa multa y se exilió. Después murió Alejandro y reaparecieron los antiguos alineamientos políticos.

La crónica de Diodoro continúa en el libro XVI y se basa en una mezcla de fuentes; y tenemos las vidas de Dion y Timoleón del biógrafo latino Nepote (siglo I a. C.) y de Plutarco. Las *Epístolas* VII y VIII de Platón, supuestamente dirigidas a los amigos de Dion después de su muerte, fueran o no escritas por Platón, parecen disponer de buena información.

A finales de la década de 360, Dion de Siracusa[36] se encontraba exiliado en Grecia; conoció a Platón en el festival Olímpico de 360 y comenzó a planear su regreso. Atravesó Sicilia con un pequeño ejército en 357, mientras Dionisio II se encontraba lejos de Siracusa, y le siguió Heráclides, otro exiliado, en 356. Dionisio regresó e intentó negociar, pero entonces partió hacia Locri (la ciudad de su madre), en Italia, y dejó a su hijo y una guarnición en la ciudadela de Ortigia. Tras un período de agitación, en 355 Dion se hizo con el control de toda la ciudad. Puede que esperara instaurar una especie de aristocracia platónica, pero se peleó con Heráclides y le mató, y en 354 él mismo fue asesinado por un ateniense, Calipo. A Calipo le sucedieron dos hermanastros de Dionisio, hasta que en 346 un rencoroso Dionisio, que había sido expulsado de Locri, reconquistó Siracusa.

Hicetas, un amigo de Dion que gobernaba en Leontino, instó a los siracusanos a pedir ayuda a su metrópoli, Corinto, y a Cartago. En 344, Corinto envió a Timoleón, que había estado viviendo en una especie de limbo desde que, veinte años antes, había ayudado a matar a su propio hermano cuando este intentó proclamarse tirano. Los cartagineses enviaron un gran ejército, que no logró interceptar a Timoleón. Es difícil reconstruir el curso de los acontecimientos, pero para 343/2 Timoleón controlaba la totalidad de Siracusa y envió a Dionisio a retirarse en Corinto. Siracusa recibió un nueva

constitución, aunque Timoleón mantuvo un cargo de poder, tal vez «general plenipotenciario». Durante la década anterior, los que tuvieron la oportunidad de abandonar Siracusa lo hicieron, pero Timoleón inspiraba la suficiente confianza como para atraer a colonos, más del oeste que del resto del mundo griego, y el registro arqueológico señala una recuperación en toda la Sicilia griega.

Entre 342 y 337 luchó en una serie de guerras contra los cartagineses y contra tiranos de otras ciudades. Posiblemente en 341 obtuvo una importante victoria frente a los cartagineses en el río Crimiso y, en 339, estableció un tratado por el que los cartagineses retenían la parte occidental de la isla. Andrómaco de Tauromenio, padre del historiador Timeo, no fue derrocado como otros gobernantes, bien porque era un virtuoso, bien porque había sido el primero en dar la bienvenida a Timoleón cuando llegó a Sicilia. Timoleón se estaba quedando ciego, y en 337 dimitió y poco después murió. Su propaganda atribuía su éxito a la buena suerte y el favor de los dioses; al parecer, era contrario a un gobierno despótico, pero estaba dispuesto a ocupar una posición de poder y derrotar a los tiranos con sus mismos ardides. No sabemos prácticamente nada de Sicilia durante el reinado de Alejandro Magno y parece que Timoleón fue el impulsor de una generación de paz y prosperidad.

LA GRECIA HELENÍSTICA

323-146

10

LOS SUCESORES DE ALEJANDRO 323-272

Disputas por los cargos, 323-301

El término «helenístico» (que deriva del sustantivo «helenismo», acuñado por el prusiano J. G. Droysen en el siglo XIX) es una denominación conveniente para referirse al mundo griego y su historia entre la muerte de Alejandro y la conquista romana. Era un mundo griego más amplio que no solo incluía lugares que estaban habitados por griegos y en contacto con griegos desde el Período Arcaico, sino que, gracias a las conquistas de Alejandro, también se extendía hasta la parte occidental de Asia (aunque las partes más orientales de la región conquistada por Alejandro volvieron con el tiempo a la órbita asiática y Roma nunca las conquistó); y era un mundo dominado por reinos que surgieron del imperio de Alejandro. Diferentes partes de este mundo griego quedaron bajo control de Roma en distintos momentos, desde el sur de Italia a principios del siglo III y Sicilia a mediados del siglo III hasta Egipto en el año 30. En este libro, la línea divisoria se establece en 146, cuando Roma conquistó la Grecia continental (y finalmente destruyó Cartago, su principal rival en el Mediterráneo occidental). En el mundo helenístico había una pluralidad de grandes potencias, que competían entre sí, y las ciudades griegas aún podían tener una política exterior, al menos en el sentido de que hubo veces en que pudieron o tuvieron que elegir entre una potencia y otra. Tras la conquista romana, esa libertad desapareció, excepto en las pocas

ocasiones en que una ciudad podía apoyar a un rebelde contra Roma o a un líder político romano contra un rival.

La historia de Diodoro Sículo[1] se conserva intacta hasta el final de libro XX (302/1); en los libros XVIII-XX su fuente principal para la historia de Grecia fue Jerónimo de Cardia, que sirvió a las órdenes de los antigónidas que llegaron a gobernar Macedonia; aunque no era imparcial, estaba bien informado. Polibio, un prominente ciudadano de Megalópolis, en Arcadia, vivió desde comienzos del siglo II hasta *c.* 118, fue llevado a Roma como rehén y escribió una historia para contar y explicar cómo Roma llegó a dominar el mundo griego, en un principio entre 220 y 168, pero la amplió para que abarcara desde 264 hasta 146. Tampoco era imparcial, pero en su actitud hacia la narración de la historia se aproximaba a Tucídides. De los 40 libros solo se han conservado intactos del I al V; tenemos un compendio de los libros IXVIII y «fragmentos» del resto; y gran parte de la crónica de Polibio fue utilizada por el historiador romano Livio (siglo I a. C. - principios del siglo I d. C.), de cuya obra se han conservado los libros I-X y XXI-XLV, que abarcan hasta el año 167. Sobre los tres primeros cuartos del siglo III la única crónica de la historia de Grecia que se conserva y nos ofrece un contexto es el epítome de Pompeyo Trogo[2] de Justino (los libros XIII-XL narran la historia de Grecia y los reinos sucesores hasta su conquista por Roma, interrumpida en el año 279 por XVIII, 3-XXIII, 2, sobre Cartago desde el comienzo y Sicilia desde *c.* 480 hasta ese momento).

Plutarco[3] sigue ofreciéndonos sus *Vidas* de una serie de personajes prominentes del mundo griego. Apiano (siglo II d. C.) de Alejandría, en Egipto, escribió una historia de Roma organizada según los diferentes pueblos con los que Roma tenía trato: se han conservado partes de los libros IX ([Macedonia e]

Iliria) y XI (Siria); Grecia y Jonia se abordaban en el libro X, que se ha perdido. Otros dos escritores importantes del Período Helenístico son el geógrafo Estrabón y el viajero Pausanias, que recorrió el centro y el sur de Grecia; ambos incluían abundante información histórica.[4] Otros tipos de literatura del Período Helenístico son importantes porque arrojan luz sobre la vida social e intelectual,[5] pero no para la historia de los acontecimientos públicos. Además, disponemos de un mayor volumen de material epigráfico del Período Helenístico, ya que cada vez más estados adquirieron el hábito de inscribir documentos en piedra; y existe un importante corpus de papiros generados por la administración egipcia.

A su muerte en 323, a Alejandro le sobrevivieron su hermanastro Filipo Arrideo[6] y sus hijos Heracles, nacido en 327 de su amante Barsine (que había estado casada con Mentor y Memnón),[7] y Alejandro IV, nacido tras la muerte de su esposa bactriana Roxana. Arrideo fue proclamado rey en Babilonia y cuando nació Alejandro IV se convirtió en coheredero. De los generales, Pérdicas, que probablemente había sucedido a Hefestión como segundo al mando, se hizo cargo de Babilonia y nombró a Seleuco su segundo. Crátero regresó a Macedonia con los veteranos; Alejandro había previsto que reemplazara a Antípatro allí y que Antípatro fuera a Asia,[8] pero Crátero no había llegado más allá de Asia Menor y Antípatro no había abandonado Macedonia. En un reparto de las satrapías, se asignó Frigia, en Asia Menor, a Antígono Monóftalmo («el Tuerto»; había estado allí desde 333); el griego Eumenes de Cardia, en el Quersoneso, que había sido secretario de Alejandro, recibió el noroeste de Asia Menor; Lisímaco, un tesalio, Tracia; y Ptolomeo, Egipto;[9] Antípatro conservaría Macedonia y Grecia. Para que nadie pudiera reclamar el derecho a llevar a cabo los planes de Alejandro, Pérdicas presentó unos planes que afirmaba haber encontrado

entre los documentos de Alejandro y convenció al ejército para que renunciara a ellos por ser demasiado ambiciosos.[10]

Atenas, amenazada con la pérdida de Samos por la orden de retorno de los exiliados griegos de Alejandro,[11] y en el oeste por los etolios, que habían conquistado la ciudad acarnaniana de Eníadas, aprovechó la muerte de Alejandro para encabezar una coalición, formada en su mayor parte por griegos del centro y del norte, contra Macedonia en la guerra lamiaca. En el invierno de 323/2, sitiaron a Antípatro en Lamia, en Tesalia. En la primavera de 322, Leonato de Dascilio acudió en ayuda de Antípatro y se puso fin al asedio, pero fue asesinado. La flota ateniense fue derrotada en dos batallas; en el verano llegó Crátero y se unió a Antípatro, y derrotaron a los griegos en Cranón. Gracias a Demóstenes, en Atenas se había llegado a asociar la democracia con la oposición a Macedonia[12] y el acuerdo de Antípatro con Atenas incluía un cambio en la constitución.[13].

Mientras tanto, surgió un conflicto entre los generales. Mientras Pérdicas y Eumenes tomaban medidas contra un hombre que intentó establecer un reino independiente en el este de Asia Menor, Antígono se negó a colaborar con ellos y se unió a Antípatro en Macedonia. En 322, cuando Pérdicas prefirió casarse con la hermana de Alejandro, Cleopatra (cuyo marido Alejandro, molosio,[14] había muerto), a casarse con Nicea, la hija de Antípatro, este y sus aliados decidieron cooperar con Ptolomeo (que había secuestrado el cadáver de Alejandro y había incorporado Cirene a su territorio)[15] y luchar contra Pérdicas y Eumenes. Crátero murió en la batalla contra Eumenes, y Pérdicas fue asesinado por oficiales desafectos, entre los que figuraba Seleuco, cuando su invasión de Egipto se reveló desastrosa. En 321, en Triparadiso, Siria, Antípatro confirmó su control de Macedonia y se convirtió en

regente de los dos reyes, Antígono fue nombrado «general de Asia» y se le encomendó la misión de luchar contra Eumenes, Ptolomeo fue confirmado en Egipto y Seleuco recibió Babilonia. Demetrio, el hijo de Antígono, Ptolomeo y Lisímaco se casaron todos con hijas de Antípatro.

Cuando Antípatro fue a Asia a luchar contra Pérdicas, dejó a cargo de Macedonia a Poliperconte, que había servido con Alejandro y regresado con Crátero; y cuando Antípatro murió en 319 a la edad de 80 años, designó a Poliperconte para que le sucediera como regente y a su hijo Casandro como vicerregente. Casandro se sintió agraviado y buscó apoyo en Grecia y en otros lugares, y logró el respaldo de Antígono. Era probable que las ciudades griegas en las que Antípatro había apostado guarniciones y regímenes propicios después de la guerra lamiaca prefirieran a Casandro, por lo que Poliperconte, en nombre de Arrideo, hizo pública la primera de una serie de proclamas sobre la libertad de los griegos comprometiéndose a readmitir a los hombres que se habían exiliado con Antípatro y restituir las constituciones que las ciudades habían tenido con Filipo y Alejandro.[16] El resultado fue un período de agitación en Grecia. En Atenas, por ejemplo, la oligarquía instalada al final de la guerra lamiaca fue sustituida en 318 por una democracia, pero en 317 Casandro instituyó una nueva oligarquía presidida por Demetrio de Faleros, el discípulo de Aristóteles. En el Peloponeso, Poliperconte asedió Megalópolis pero no logró tomarla. A continuación, hizo volver a la madre de Alejandro, Olimpia (que tras una disputa con Antípatro se había retirado a Epiro). Esto hizo que Eurídice, la ambiciosa esposa de Arrideo, pidiera ayuda a Casandro y reclutara un ejército para enfrentarse a Poliperconte, pero sus soldados desertaron. Eurídice y Arrideo fueron arrestados, y poco después Arrideo fue ejecutado y Eurídice fue obligada a suicidarse. Olimpia realizó a continuación una purga entre los

familiares y los partidarios de Antípatro. En 316, Casandro regresó a Macedonia: Olimpia sufrió un asedio en Pidna, y fue capturada y ejecutada; Roxana y Alejandro IV conservaron la vida, pero fueron arrestados. Casandro se casó con una hermanastra de Alejandro, dejó su huella refundando Potidea[17] como Casandrea (al igual que Filipo había fundado Filipos y Alejandro varias Alejandrías)[18] y, en honor de su esposa, refundó Terma, en el golfo Termaico, como Tesalónica. En Grecia reconstruyó Tebas, destruida en 335.[19]

En Asia, Antígono se encontraba sitiando a Eumenes en una fortaleza capadocia cuando murió Antípatro. Entonces llegó a un acuerdo con Eumenes y, en 318, como Antígono apoyaba a Casandro, Poliperconte concedió a Eumenes el título de «general de Asia». Eumenes acudió a Fenicia y después a Irán, donde en 316 finalmente se rindió a Antígono y fue ejecutado. Con ello, Antígono tuvo acceso a la riqueza del imperio y, al parecer, fue el único general que seguía ambicionando controlar no solo una parte del mismo, sino su totalidad. Seleuco se negó a reconocer su supremacía y viajó desde Babilonia hasta Egipto para reunirse con Ptolomeo, lo que propició una coalición entre Ptolomeo, Casandro y Lisímaco contra Antígono y una guerra que duraría desde 315/4 hasta 311. El regreso de Seleuco a Babilonia obligó a Antígono a acordar un tratado de paz: Casandro retuvo «Europa» y la regencia (pero en 310 hizo matar a Roxana y Alejandro IV); Lisímaco, Tracia; y Ptolomeo, Egipto y Cirene. Antígono se quedó con «toda Asia» (y en una inscripción afirmaba haber respetado la libertad y la autonomía de los griegos),[20] pero siguió manteniendo un conflicto con Seleuco, al que no se incluyó en el tratado. En 308, Antígono se había retirado a Siria (donde fundó Antigonia cerca de la desembocadura del Orontes) y Seleuco controlaba el este: fundó una nueva capital al norte de Babilonia en Seleucia,

junto al Tigris. Sin embargo, *c*. 305 cedió parte del territorio indio a un príncipe llamado Chandragupta a cambio de un gran número de elefantes.

En el norte, Lisímaco estuvo bastante tranquilo en Tracia, mientras los demás generales se centraban unos en otros; refundó Cardia, en el Quersoneso, como Lisimaquia. Poliperconte aún seguía en el sur de Grecia y controlaba Corinto y Sición. En 309, llevó a Heracles,[21] el hijo de Alejandro que sobrevivió, a Macedonia, pero Casandro mató a Heracles, con lo que se extinguió el linaje real, y reconoció a Poliperconte como general del Peloponeso. Poliperconte se mantuvo activo pero no fue muy importante en el sur de Grecia; no sabemos cuándo murió.

En Egipto, Ptolomeo había trasladado la capital de Menfis (al sur de El Cairo) a Alejandría y construyó allí la tumba de Alejandro, aunque describía su gobierno como una reanudación del gobierno prepersa. Había obtenido la posesión de Chipre, que controlaba a través de un hermano, estableció una alianza con Rodas y codiciaba la costa siria y otros territorios. En 309-308, avanzó hacia Asia Menor, el Egeo y Grecia, y tomó Mégara, Corinto y Sición. Pero en 307 Antígono envió a su hijo Demetrio al Egeo, y este «liberó» a Atenas de Casandro y Demetrio de Faleros (Demetrio de Faleros aconsejó más tarde a Ptolomeo sobre la fundación de su museo y biblioteca)[22] y tomó Mégara (Casandro ya había recuperado Corinto). En 307/6, continuó hasta Chipre, sitió Salamina, venció en una batalla naval y le arrebató el control de la isla a Ptolomeo. En 306, Antígono invadió Egipto, pero fue obligado a retirarse; y en 305-304, cuando Demetrio asedió Rodas después de que se negara a apoyar los ataques contra Chipre y Egipto, el asedio (que le granjeó el título de Poliorcetes «el Asediador») fracasó. Tras lograr el control de

Chipre, Antígono y Demetrio se adjudicaron el título de *basileus* («rey»), lo que supuestamente representaba una reivindicación de todo el imperio de Alejandro; y, en 305-304, Ptolomeo, y después de él Lisímaco, Casandro y Seleuco, también adoptaron este título, aunque no reclamaban todo el imperio (Casandro se denominaba a sí mismo «rey de los macedonios»).

Siguiendo el ejemplo de finales del reinado de Alejandro, [23] los reyes llegaron a ser venerados como dioses. Ya en 311 Escepsis, en la Tróade, fundó un santuario con un altar y una estatua para rendir culto a Antígono, y al parecer ya antes se había establecido un festival.[24] En Atenas se crearon nuevas tribus en 307/6, cuyos nombres derivaban de los de Antígono y Demetrio, y ellos mismos fueron reconocidos como *soteres* («sabios»), con un sacerdote y juegos en su honor.[25] En 304, Rodas, con la aprobación del oráculo de Amnón, reconoció a Ptolomeo como un dios después de que la hubiera apoyado contra Demetrio.[26] La Liga de los Insulares (véase más abajo) *c.* 306/5 ya celebraba un festival bienal llamado las Antigonias y se añadía el de las Demetrias en los años alternos;[27] pero *c.* 280 reflejó su nuevo alineamiento instituyendo las Ptolomeas. [28] Un rey o una reina, especialmente en Egipto, podía convertirse en un *synnaos theos* («dios que compartía un templo») con una deidad tradicional: está atestiguado por primera vez para Arsínoe II, hija de Ptolomeo I y con el tiempo esposa de Ptolomeo II,[29] pero ya fue anticipado en Atenas en 304/3 cuando Demetrio fijó su residencia en el Partenón. A esto se suma el culto a toda una dinastía promovido por la misma, frente al culto a un gobernante instituido por una ciudad: en Alejandría ya existía un culto a Alejandro a principios del siglo III, al que se añadió a Ptolomeo I y a los miembros posteriores de la dinastía, y también había cultos a los ptolomeos en templos egipcios.[30] Cuando la Roma

republicana se adentró en el mundo griego, no pudo generar este tipo de cultos dinásticos, pero surgieron cultos a una Roma personificada.[31]

En 304, Demetrio regresó a Grecia, empezó a conquistar y «liberar» las ciudades y, en 302, organizó las ciudades restableciendo la Liga de Corinto de Filipo (en el Egeo se había fundado una Liga de Insulares, probablemente en 314 y con el apoyo de Antígono, después de liberar Delos de Atenas; *c*. 286 cayó bajo la influencia de Ptolomeo).[32] Pero en 301 tuvo que regresar a Asia Menor para apoyar a Antígono frente a un ataque combinado de los otros reyes y en Ipsos, en la llanura de Anatolia, vencieron los reyes y Antígono murió. A partir de entonces, sobrevivirían estos reinos separados en Macedonia, Egipto y Oriente Próximo; Grecia, el Egeo y Asia Menor eran regiones en disputa, mientras que las ciudades mantuvieron cuanta autonomía pudieron y la costa siria fue reclamada por el reino egipcio así como por el reino de Oriente Próximo.

De justo antes de Ipsos no disponemos de ninguna crónica general excepto la de Justino, pero vemos que en este período el mundo helenístico siguió un patrón que duraría hasta la conquista romana. Ptolomeo se había afianzado en Egipto y Seleuco en parte de Oriente Próximo, y Casandro gobernaba por entonces Macedonia. Después de Ipsos, Lisímaco tomó gran parte de Asia Menor; Ptolomeo, Chipre y la costa siria; y Seleuco, el interior de Siria. Demetrio era una fuerza disruptiva, poseía una armada pero no un reino: no se le permitió la entrada en Atenas, que, bajo dominio de Lacares, se alineaba con Casandro y Lisímaco, y entonces le atrajo la posibilidad de establecer una alianza con Seleuco a través de un matrimonio. Pero en 297 Casandro y su primogénito murieron, y la rivalidad entre sus otros dos hijos brindó a Demetrio la oportunidad de regresar a Europa. Recuperó el control de Atenas en 295; en 294, después de que uno de los hijos hubiera recibido ayuda de Pirro de Epiro,[33] mientras Lisímaco apenas había hecho nada por ayudar al otro, Demetrio engañó al hijo al que había apoyado Pirro para que asistiera a un banquete, ordenó que le mataran y se proclamó rey de Macedonia. Pero sus ambiciones no se limitaban a Macedonia. Atacó Tracia, pero fue derrotado por Lisímaco. Amplió su armada y fundó una base para ella en Demetrias, en el sur de Tesalia. Para hacerle frente, Lisímaco y Pirro (de Epiro) invadieron Macedonia en 288 y Ptolomeo envió una flota al Egeo. Los macedonios se negaron a luchar por Demetrio; Pirro y Lisímaco se dividieron Macedonia; en 287, Atenas se rebeló contra él con la ayuda de Ptolomeo (pero su guarnición permaneció en El Pireo); y en 286 dirigió su atención hacia Asia Menor, donde Lisímaco había estado tomando el control de manera paulatina y pragmática (tras una

inundación, había refundado Éfeso en un nuevo emplazamiento y sería la ciudad principal de Lisímaco allí). Demetrio desembarcó cerca de Mileto y logró el apoyo de algunas ciudades, pero cuando Agatocles, el hijo de Lisímaco, se enfrentó a él, se replegó al este, fue capturado por Seleuco y murió en 283 o 282. Entretanto, Lisímaco expulsó a Pirro de Macedonia y pasó a controlar toda Macedonia y Tesalia, además de Demetrias. Demetrio había dejado a su hijo Antígono Gonatas en Grecia y Pirro no logró expulsarle de allí.

Por entonces los reyes estaban envejeciendo y, tras múltiples alianzas matrimoniales, la sucesión podía ser problemática. Seleuco tenía un hijo, Antíoco, con una esposa iraní, que fue nombrado corregente (Antíoco también se casó con una hija de Demetrio con la que Seleuco se había casado después de Ipsos). Ptolomeo tenía un hijo, Ptolomeo Cerauno («el Rayo»), con una hija de Antípatro, Eurídice, pero su heredero preferido era Ptolomeo Filadelfo («El que ama a sus hermanos»), al que había tenido con otra esposa, Berenice, que fue nombrado corregente en 285 y le sucedió cuando murió en 283. Eurídice y su familia, incluido Cerauno, se habían marchado a Asia Menor. Una hija de Eurídice se casó con Lisímaco y consiguió instigarle contra su hijo Agatocles, por lo que en 283/2 Agatocles fue asesinado y Lisímaco se quedó sin un heredero viable. En 282, Seleuco invadió Asia Menor y, a principios de 281, derrotó y mató a Lisímaco en Corupedio, al oeste de Sardes. Con la esperanza de reclamar Macedonia, avanzó hacia el Helesponto y cruzó a Europa, pero fue asesinado por Cerauno. Al cabo de dos o tres años, Demetrio, Ptolomeo, Lisímaco y Seleuco habían muerto.

Cerauno se había proclamado rey de los macedonios en Lisimaquia. Con las naves que había heredado de Seleuco derrotó a Antígono Gonatas, el rival más probable, y

suministró tropas a Pirro para una campaña en Italia en la que se mantendría al margen. Sin embargo, desde hacía algún tiempo las tribus celtas y los pueblos a los que estos habían desplazado habían penetrado en Europa por el sur y el este. Lisímaco había conseguido mantenerlos alejados de su reino, pero Cerauno, no, y en 280/79 fue derrotado y asesinado por un grupo de gálatas. Un hermano suyo y un nieto de Antípatro no durarían mucho tiempo; un general con más suerte, Sóstenes, se negó a ser rey. Otro grupo de gálatas, a las órdenes de Breno, se adentró en Grecia en 279, pero un ejército del centro defendió las Termópilas, una invasión de Etolia fue rechazada, Delfos se salvó, supuestamente gracias a una milagrosa tormenta de nieve, y Breno murió mientras regresaba al norte. Unos gálatas regresaron al Danubio, otros se establecieron en el «reino de Tilis», en Tracia, y aun otros se trasladaron a Asia Menor.

En Asia Menor, tanto Antígono Gonatas como Antíoco confiaban en llenar el vacío dejado por las muertes de Lisímaco y Seleuco. Pero en 278 ambos hombres se reconciliaron y Gonatas regresó a Europa. A principios de 277, logró aumentar su reputación tendiendo una emboscada y aniquilando a un contingente de gálatas cerca de Lisimaquia, y para finales de año se había convertido en rey de Macedonia. No tardó mucho en desembarazarse de varios aspirantes rivales. Sin embargo, Pirro regresó de Italia en 275 y, en 274, derrotó a Gonatas y se proclamó rey (una guarnición de gálatas que había apostado en Egas saqueó las tumbas reales); tras la muerte de este en Argos en 272, Gonatas estaba seguro. Seguiría habiendo zonas en disputa y surgirían potencias menores, pero para entonces ya se habían afianzado las tres grandes dinastías que habrían de gobernar hasta la conquista romana: los ptolomeos en Egipto, los seléucidas en Oriente Próximo y los antigónidas en Macedonia.

Durante este período, en Atenas hubo una serie de cambios de régimen. La asociación de Demóstenes entre democracia y libertad frente a Macedonia[35] había arraigado: dos de los regímenes de este período (321-118 y 317-307) fueron técnicamente oligárquicos, con un cuerpo de ciudadanos limitado; evitaron emplear la palabra oligarquía, pero durante todo este período fueron los regímenes más decididamente antimacedonios los que con más fuerza afirmaban ser democráticos.

En el incidente de Harpalo y el dinero que se llevó a Atenas, tanto Demóstenes como Demades fueron declarados culpables, y Demóstenes se había exiliado.[36] Tras la muerte de Alejandro en 323, resurgieron los antiguos alineamientos: Hipérides y Demóstenes (al que se permitió regresar del exilio) dirigieron a Atenas en la guerra lamiaca contra Macedonia, y Demades incurrió en *atimia* (pérdida de derechos políticos). En 322, tras la victoria en Macedonia, Demades recuperó sus derechos y se unió a Foción para negociar la paz; Demóstenes se suicidó e Hipérides fue enviado a Macedonia para ser ejecutado. La nueva constitución que impuso Antípatro fue descrita como «las leyes de Solón» o la «constitución tradicional»,[37] aunque se basaba en un requisito de propiedad de 2000 dracmas, y una guarnición macedonia se instaló en el Pireo; Demades fue ejecutado cuando acudió a Macedonia con una delegación para protestar contra la guarnición por haber mantenido contactos con Pérdicas. En 318, como respuesta a la proclamación de Poliperconte de la libertad y constituciones anteriores, los atenienses reinstauraron la democracia, pero no pudieron deshacerse de la guarnición. Foción fue ejecutado. Sin embargo, en 317 llegó a un acuerdo con Casandro, que impuso un requisito de propiedad de 1000 dracmas y nombró

supervisor al discípulo de Aristóteles, Demetrio de Faleros. El régimen de Demetrio duró hasta 307: llevó a cabo varias reformas jurídicas e institucionales, incluida la sustitución de las liturgias, en las que los ciudadanos más ricos competían gastando su dinero en los festivales,[38] por funcionarios llamados *agonothetai* («organizadores de certámenes»), a los que se concedían fondos públicos, aunque aún se podía aportar.

En el año 307, Demetrio trajo la liberación: la guarnición fue retirada, reinstauró la democracia, describiéndola como la «constitución tradicional», aunque no revirtió todos los cambios (se mantuvieron los *agonothetai* y se introdujo el cambio, o se mantuvo del régimen, para reducir el programa de formación de los efebos a un año y que pasara a ser voluntario).[39] Reconociendo la realidad del nuevo mundo, los atenienses demostraron su gratitud rindiendo culto a Antígono y Demetrio como sabios y creando otras dos tribus con sus nombres. En 304/3 Demetrio estableció su residencia en el Partenón y algunos de sus adversarios se exiliaron; en 302, se alteró burdamente el calendario para que Demetrio pudiera ser iniciado en los misterios menores de Eleusis e inmediatamente después en los mayores. Tras la derrota de Antígono y Demetrio en Ipsos en 301, Atenas se declaró neutral y en años siguientes un partidario de Casandro llamado Lacares alcanzó una posición de poder que permitió a sus adversarios llamarle tirano. En 295 Demetrio bloqueó Atenas hasta que Lacares huyó. Demetrio se había vuelto despótico. Estableció guarniciones en el Ática, incluida una dentro de las murallas de la ciudad, en la colina del Museo (la colina de las Musas, donde se construyó el monumento de Filopapo en el siglo II d. C.); y al principio hubo desviaciones del funcionamiento normal del desempeño de cargos. En 287, Atenas recobró, con la ayuda de Ptolomeo, la libertad interna, pero no se libró de las guarniciones salvo la del Museo (en los años siguientes

recuperó Eleusis y Ramnunte, pero no El Pireo, Salamina o Sunión).

Una serie de decretos relacionados con hombres importantes se añaden a los textos de las narraciones literarias. Licurgo, el financiero de las décadas de 330 y 320, fue honrado por sus servicios a la democracia con una estatua en el Ágora en 307/6;[40] Demóstenes fue honrado del mismo modo, a propuesta de su sobrino Democares, en 281/0;[41] el propio Democares participó activamente en el régimen de 307/6, aunque fue uno de los desterrados en 304/3 por «aquellos que derrocaron la democracia»; regresó en 286/5 y, en un decreto de 271/0, se afirmaba enfáticamente que nunca había estado involucrado en nada contrario a la democracia.[42] En 283/2 se concedieron honores al poeta Filípides, que era amigo de Lisímaco, había intercedido por él en varias ocasiones desde la batalla de Ipsos (cuando muchos atenienses habían combatido en el bando de Antígono y Demetrio) y nunca se había opuesto a la democracia.[43] Calias fue honrado en un decreto de 270/69 (mientras servía como oficial de Ptolomeo II en Halicarnaso): no había hecho nada en contra de la democracia, pero le habían confiscado sus propiedades durante la oligarquía; regresó con el respaldo de Ptolomeo I en 287 para apoyar el derrocamiento del régimen de Demetrio y colaboró con Ptolomeo I y II para conseguir fondos y cereales para Atenas (varios decretos de la década de 280 muestran que el suministro de cereales era problemático debido a la presencia de guarniciones hostiles en El Pireo y Salamina).[44] El hermano de Calias, Fedro, recibió honores posteriormente, en 259/8, cuando Atenas se hallaba bajo control de los antigónidas:[45] había desempeñado un cargo con Lacares y durante el régimen posterior con Demetrio, pero apoyó a Atenas durante el sitio de Demetrio (los hermanos colaboraron para asegurar la cosecha de 287 antes de que comenzara el sitio), y fue general

en 287/6 y entregó la ciudad libre, democrática y autónoma.[46]

Atenas fue amenazada con la pérdida de Samos por el edicto de Alejandro que exigía el retorno de los exiliados y, a partir de 322, Samos volvió a ser independiente, entre *c.* 280 y 197 bajo la égida de los ptolomeos. La proclamación de Poliperconte de 319 habría permitido a Atenas recuperar Samos, pero nunca entró en vigor. Las islas atenienses del norte del Egeo, Imbros, Lemnos y Esciros,[47] fueron tomadas por Antígono en 318, pero volverían a estar en manos de Atenas durante unos años desde 307/6, durante gran parte del siglo III y a partir de 166. Delos[48] fue liberada de Atenas por Antígono en 314 y siguió siendo independiente hasta que Roma se la devolvió a Atenas en 166.[49]

El rey espartano Arquídamo III había viajado a Italia para luchar a favor de Taras contra los lucanos, pero había muerto en 338. En 334, el hermano de Olimpia, Alejandro I, nombrado rey de los molosos en 342,[50] también aceptó una invitación para ir a apoyar a Taras, pero fue derrotado y murió en 331. Los reyes siguieron perteneciendo a esta familia, pero a partir de este momento se crearía en torno al reino una alianza epirota más amplia. Le sucedió el hijo de Alejandro Neoptolemo II, al principio tutelado por su madre Cleopatra y por Olimpia, pero también reclamaron el trono los descendientes de Arribas, derrocado en 342: sus hijos Eácides y Alcides, y después el hijo de Eácides, Pirro. Los aspirantes al trono contaron con el apoyo en diferentes momentos de los gobernantes de Macedonia y de los ilirios.

A Pirro, el más famoso, competente y ambicioso de los reyes,[51] lo colocaron en el trono por primera vez los ilirios en 307/6, cuando tenía doce años de edad. En 302, fue expulsado por Casandro y sustituido por Neoptolemo, y después se puso a las órdenes de Demetrio Poliorcetes (que se había casado con su hermana). En 298, fue enviado como rehén a Ptolomeo y, en 297, después de la muerte de Casandro, regresó con el apoyo de Ptolomeo a Epiro; al principio reinó junto con Neoptolemo, pero no tardó en ordenar la muerte de este. En 295 se casó con una hija del siracusano Agatocles[52] y recibió Córcira como dote. En 294, apoyó a uno de los hijos de Casandro que aspiraba al trono de Macedonia y conquistó una parte considerable de territorio en el noroeste de Grecia. Sin embargo, Demetrio mató al hijo y tomó Macedonia (y a la esposa siracusana de Pirro). En 288, Pirro y Lisímaco atacaron Macedonia desde el oeste y el este, y se repartieron Macedonia entre ellos, pero poco después

Lisímaco los desalojó.

En 281/0, Pirro recibió una petición de ayuda de Taras, en el sur de Italia, que por entonces mantenía un conflicto con Roma y recientemente había enviado cierta ayuda a Pirro. Estuvo a punto de enfrentarse a Ptolomeo Cerauno en Macedonia, pero estableció con él un tratado para poder responder a esta petición. En 280, cruzó hasta Taras, donde fue nombrado comandante en jefe, y en Heraclea, cerca de la costa situada entre Taras y Turios, los romanos rechazaron su oferta de arbitraje, pero venció, aunque con grandes pérdidas, cuando utilizó los elefantes contra ellos. Esta fue la primera intersección directa entre la historia de Grecia y la de Roma. Muchas de las ciudades griegas y muchos pueblos del sur de Italia pasaron a apoyarle, pero cuando avanzó hacia Roma fue forzado a retirarse. Las nuevas negociaciones con Roma fracasaron. Pirro recaudó grandes sumas de dinero en las ciudades griegas y, en 279, volvió a marchar hacia el norte y venció, una vez más con grandes pérdidas, en una batalla que duró dos días en Ausculo, en la parte oriental de Italia: se trataba de la «victoria pírrica» por la que llegaría a ser conocido.[53] Después aceptó una invitación para apoyar a Siracusa en una guerra contra Cartago, mientras Roma prestaba ayuda a esta y, en 278, viajó a Sicilia mientras Roma recuperaba a algunos aliados que había perdido en Italia.[54] Los comienzos fueron buenos, pero no pudo arrebatar Lilibeo a los cartagineses; y aunque planeó llevar la guerra a África, se ganó la antipatía de las ciudades griegas de Sicilia. En 276 regresó a Italia, fue atacado por una flota cartaginesa durante la ruta y, en 275, fue derrotado en una última batalla contra los romanos en Malvento (que posteriormente bautizaron como Benevento), situada al noreste de Neápolis.

Mientras tanto, Ptolomeo Cerauno había muerto, los

gálatas habían invadido Macedonia y Grecia, y en 277 Antígono Gonatas se había proclamado rey en Macedonia. En 275, Pirro dejó a su hijo y un contingente en Taras, y regresó a Grecia. En 274 venció en una batalla y obtuvo el control de Macedonia y Tesalia. En 272 regresó al Peloponeso y no logró tomar Esparta, pero se abrió paso hasta Argos. Allí le esperaba Gonatas y le mató una teja arrojada por una mujer desde una azotea; le sucedió en Epiro su hijo Alejandro II. Pese a toda su capacidad, no pudo perseverar en una política: Gonatas le comparaba con un jugador de dados que conseguía muchas tiradas buenas pero no sabía cómo aprovecharlas.[55] Ese mismo año Taras se rindió a los romanos (que la llamaron Tarento).

Prácticamente no tenemos información sobre Sicilia durante los veinte años posteriores a la muerte de Timoleón en 337.[56] Diodoro retoma su crónica en el año 317/6,[57] pero retrocede para narrar el ascenso de Agatocles. Agatocles pertenecía a una familia exiliada de Regio, que acudió a Siracusa cuando Timoleón invitó a los colonos; menciona que su padre era alfarero, pero es más probable que fuera el propietario de un taller que un artesano; Agatocles se casó con la viuda de uno de los siracusanos más ricos.

Siracusa había llegado a estar controlada por un consejo de seiscientos hombres. Tras una campaña de apoyo a Crotón en Italia, Agatocles atacó a los líderes de los seiscientos, pero se vio obligado a exiliarse. Después participó en varios conflictos en Italia y apoyó con éxito la democracia en Regio frente a un ataque de los oligarcas siracusanos. Muchos de ellos se exiliaron y Agatocles regresó; lograron el apoyo de Cartago; Corinto envió a un general, Acestórides, que promovió una reconciliación, pero Agatocles volvió a exiliarse. Agatocles reclutó un ejército, atacó Siracusa y convenció a los cartagineses para que se retiraran, y después, posiblemente en 319/8, regresó a Siracusa. Tal vez en 316/5, invitó a miembros de los seiscientos a una reunión y desató su ira contra ellos; supuestamente 4000 oligarcas fueron asesinados y otros 6000 huyeron, la mayoría a Acragante. Tras una oferta para que se retirara, hizo que le eligieran «general plenipotenciario» y puso en práctica una cancelación de las deudas y redistribución de la propiedad.[58]

En los años siguientes hubo guerra en Sicilia, y la oposición a Agatocles la encabezaron Acragante y Mesina. Acrótato, hijo de un rey espartano, fue invitado a ponerse al mando de la oposición, pero se volvió impopular y tuvo que huir, y en 314

los cartagineses llegaron a un acuerdo en virtud del cual se dividiría Sicilia entre los griegos y los cartagineses como anteriormente, pero la parte griega quedaría subordinada a Siracusa. Agatocles continuó luchando contra sus enemigos y trató brutalmente a las ciudades que conquistó, pero en 311, después de una dura derrota, fue obligado a retirarse a Siracusa por los cartagineses. Mientras bloqueaban Siracusa, en 310 consiguió zarpar y llevarse un contingente para atacar Cartago. Era la primera vez que los europeos lo intentaban. Quemó sus naves, derrotó a un ejército cartaginés y tomó varias poblaciones menores. Invitó a unirse como aliado a Ofelas, que había servido con Alejandro y desde 322 había estado gobernando Cirene en representación de Ptolomeo, pero en 308, después de la llegada de Ofelas, Agatocles se peleó con él, ordenó que le mataran y se apoderó de su ejército. Después regresó a Sicilia, tras dejar a su hijo Arcagato al mando en África, pero los cartagineses le derrotaron; Agatocles regresó en 307, pero no hizo progresos y acabó volviendo a Sicilia, dejando el ejército en manos de los cartagineses.

Entretanto, los siracusanos infligieron una derrota a un ejército cartaginés en Sicilia, pero los adversarios griegos de Agatocles decidieron seguir luchando tanto contra Siracusa como contra Cartago. Esto llevó a Agatocles de nuevo a África en 308 para unirse a unas fuerzas que ya llevaban ventaja; en 306, tras su regreso final, estableció un tratado con Cartago en virtud del cual Sicilia se dividiría como anteriormente y él recibiría una indemnización, y posiblemente ese mismo año los cartagineses establecieron un tratado con Roma. Tras ello, derrotó finalmente a sus adversarios griegos; fue probablemente en 304 cuando siguió el ejemplo de los gobernantes del imperio de Alejandro y se proclamó rey.

Como no disponemos del texto completo de Diodoro

después de 302/1, la información sobre la última parte de gobierno de Agatocles es escasa. En torno a 300, acudió a Italia para ayudar a Taras contra los lucanos y otros. Parece que aspiraba a forjar una alianza de todos los griegos sicilianos e italianos para hacer frente a otro conflicto con Cartago y que tomó algunas ciudades de Italia. Se casó con una hija o hijastra de Ptolomeo y conquistó Córcira, que entregó junto con su hija como dote a Pirro en 295 y a Demetrio Poliorcetes en 291. Pero antes de que pudiera emprender su guerra contra los cartagineses, cayó enfermo. El heredero que había designado, su hijo Agatocles, fue asesinado por uno de sus nietos, otro Arcagato. Indignado, renunció a su cargo en lugar de permitir que Arcagato le sucediera y, en 289/8, aunque se afirmaba que había sido envenenado, posiblemente murió de muerte natural.

Le seguiría un período de agitación en el que Siracusa perdió su posición dominante y varios tiranos tomaron el poder en varias ciudades; en Siracusa el primero fue Hicetas y después Tenón. Los cartagineses aprovecharon la debilidad de los griegos y también de los mamertinos, los mercenarios italianos de Agatocles que habían ocupado Mesina. En Siracusa, Tenón fue expulsado de la periferia de la ciudad pero resistió en la fortaleza de Ortigia. Los ciudadanos pidieron ayuda a Pirro, que cruzó desde Italia a Sicilia en 278, cuando una flota cartaginesa estaba bloqueando Siracusa. Los cartagineses se retiraron y Pirro se hizo con el control de toda la ciudad y fue proclamado rey. En 277, avanzó contra los cartagineses en el oeste de la isla y logró varias victorias, pero fue incapaz de tomar la ciudad portuaria de Lilibeo. Entonces planeó ir a África, como Agatocles antes que él, pero se volvió cada vez más despótico e impopular en Sicilia, y en 276 los cartagineses enviaron un nuevo ejército a Sicilia y él regresó a Italia.

11

LA VIDA EN EL MUNDO HELENÍSTICO

La vida política

En el territorio central de Grecia, una zona que comprende la península griega, el Egeo y la costa oeste de Asia Menor, los griegos y sus ciudades-estado estaban bien establecidos desde hacía tiempo y en muchos aspectos el ascenso de los reinos sucesores de Alejandro no cambió drásticamente la vida de las diferentes ciudades. Para algunas ciudades importantes, la necesidad de tratar con los reyes y buscar su favor representaba una grave pérdida de poder y estima, pero para la mayoría tratar con reyes no era muy diferente a tratar con las principales ciudades de la época clásica, y un rey lejano con inquietudes más amplias podía ser menos propenso a interferir que una ciudad vecina que fuese ambiciosa.[1] Las ciudades continuaron celebrando sus propias asambleas y designando a sus funcionarios para promulgar sus leyes y reglamentos, recaudar sus impuestos y celebrar sus fiestas, así como para forjar alianzas y dirigir las disputas con otras ciudades. En Macedonia y otros lugares donde un rey había fundado ciudades (o refundado como ciudades asentamientos ya existentes), no existía la misma tradición de vida ciudadana y las decisiones de una ciudad podían coincidir abiertamente con la política de un rey, como cuando Filipo reconoció la inmunidad del santuario de Asclepio en Cos,[2] y se podía encontrar a un epístata («supervisor») en una ciudad como agente del rey, al que el monarca enviaba directamente instrucciones sobre la ciudad, como en el caso de un santuario

de Tesalónica.[3] A los reyes les complacía conceder la libertad a algunas ciudades o a todas, a sabiendas de que habían sido ellos quienes se la habían concedió amablemente en lugar de que la hubieran reclamado usando la fuerza contra ellos.[4]

La mayoría de las ciudades eran técnicamente democráticas o tenían un régimen moderadamente oligárquico (en este último caso, con pocos requisitos de propiedad o un derecho limitado a pronunciar discursos y formular propuestas en la asamblea). A veces todavía se utilizaba el término «democracia» para contraponerlo a oligarquía y monarquía, pero en otras ocasiones se utilizaba para referirse de manera más general a un legítimo gobierno constitucional. Sin embargo, los ciudadanos ricos tuvieron cada vez más oportunidades de actuar como benefactores de sus ciudades y aumentar, a cambio, su influencia, y cuando los romanos entraron en escena prefirieron tratar con los ciudadanos ricos. El particularismo de las ciudades se debilitó hasta cierto punto, ya que el aumento de las concesiones de *isopoliteia* («igualdad de derechos de ciudadanía») permitía a los ciudadanos de una ciudad disfrutar de los derechos de ciudadanía cuando pasaban cierto tiempo en otra ciudad. También aumentó el uso de «jueces extranjeros» invitados desde otra ciudad para resolver litigios tanto entre ciudades como en una ciudad, en el supuesto de que su no implicación en los conflictos compensaría su falta de conocimiento de los detalles jurídicos locales. Las ciudades que buscaban el reconocimiento de sus santuarios (véase más arriba) forjaron redes de aliados. La fusión de ciudades independientes (ahora denominada *sympoliteia*, «ciudadanía común», en lugar de sinecismo),[5] y la disolución de estas fusiones, continuó desde los Períodos Arcaico y Clásico. Las dos grandes ligas del centro de Grecia en el Período Helenístico, la Liga Etolia y la Liga Aquea,[6] se diferenciaban de las ligas organizadas en el Período Clásico por

Atenas, Esparta y Tebas en que no se centraban en una única, poderosa y ambiciosa ciudad a la que debían subordinarse las demás ciudades que pertenecían a ella.

Las conquistas de Alejandro en Egipto y Oriente Próximo, así como la posterior aparición de los reinos de sus sucesores propiciaron no solo la llegada de gobernantes grecomacedonios y de sus cortes, sino también de colonos griegos y macedonios y la fundación de ciudades griegas entre poblaciones autóctonas no griegas.

En Egipto solo hubo unas cuantas ciudades griegas y la más importante fue Alejandría: solo los griegos y los macedonios eran ciudadanos (aunque también había otros colonos extranjeros, como fenicios y judíos), y había funcionarios reales en las ciudades. Los templos, con sus tierras y sus sacerdotes, constituían otra estructura de poder. En otras partes la población vivía en pueblos y aldeas que se agrupaban en *nomoi* («nomos»), con una jerarquía funcionarial como en los regímenes anteriores. Muchos de los colonos allí eran exsoldados a los que les había concedido tierras en calidad de clerucos[7] y a menudo actuaban como absentistas mientras los egipcios se ocupaban de cultivar las tierras. Hubo cierto mestizaje entre los colonos y los egipcios, y muchos egipcios adoptaron un nombre griego además de su nombre egipcio. Documentos administrativos en papiro muestran que la actitud de las autoridades respecto a la agricultura fue muy intervencionista,[8] pero parece que la intención era obtener la mayor cantidad posible de ingresos para financiar a la corte real y sus campañas militares, y no controlar la economía en un sentido moderno. Desde mediados del siglo III en adelante tenemos noticia de una serie de levantamientos locales y también del aumento de las disputas en el seno de la dinastía gobernante. Pese a ello, la dinastía se mantuvo en el poder

durante casi trescientos años y, aunque a veces afloraba el descontento social y nacionalista, no parece que Egipto hubiera estado muy mal gestionado.

Oriente Próximo constituía la parte principal del imperio persa conquistado por Alejandro Magno. La mayor parte de esta zona estuvo bajo el control de los seléucidas casi todo el tiempo y contenía una mezcla de tierras y pueblos. La costa de Asia Menor y el «Creciente Fértil», desde el Mediterráneo hasta Mesopotamia, estaban bien urbanizados. Más allá, las montañas de Mesopotamia se extienden de noroeste a sureste desde el este de Turquía hasta Irán, y los principales núcleos persas se encontraban en la parte sur de esa región. Más allá se encontraban las provincias que se extendían hasta Afganistán y Pakistán, de las que el valle del Indo fue cedido a Chandragupta *c.* 305[9] y, al norte de allí, surgió en Bactria un reino indogriego independiente a mediados del siglo III.[10] Los seléucidas no tenían una única capital, sino que los asuntos esenciales se remitían al rey dondequiera que este estuviese. Mantuvieron las prácticas administrativas no intervencionistas de los persas, tolerando que coexistiesen satrapías, ciudades y principados locales (a menudo otorgando la autoridad regional a un miembro de la dinastía real) y utilizando varios idiomas en los textos oficiales, aunque también se esperaba que sus súbditos cumplieran con el servicio militar y el pago de tributos. El poder recaía en el rey, en sus «aliados» y en sus fuerzas armadas.

Parte de las tierras, así como algunas categorías de tierras como los bosques y las minas, eran explícitamente tierras reales (y los hombres que trabajan en ellas eran *basilikoi laoi*, «campesinos reales»). También había propiedades que pertenecían a los templos y fincas privadas, con sus propios *laoi*. Las tierras rurales solían depender de una ciudad y, de

forma más general, el rey podía regalar tierras y dar instrucciones para su uso.[11] Seleuco I y Antíoco I fueron ambos fundadores activos de ciudades: unas veces establecieron colonos en un nuevo lugar, otras refundaron y dotaron de instituciones griegas a una ciudad ya establecida y aun otras crearon colonias de veteranos con fines militares. Las ciudades establecidas tendían a estar menos expuestas a la injerencia real que las nuevas.

La religión griega se mantuvo en gran medida como hasta entonces, con el culto a los gobernantes y a las dinastías inserto en ella.[13] La importación al territorio central de dioses y cultos de fuera prosiguió como en el Período Clásico: los egipcios Serapis (la forma griega de Osiris-Apis) e Isis, y algunas deidades de Oriente Próximo, se volvieron populares más allá de su propio territorio. En todo el mundo griego surgieron nuevas deidades, sin la parafernalia antropomórfica de las antiguas, como Tique (Fortuna). La observancia en público siguió siendo importante, pero es posible que aumentara la cantidad de cultos que se centraban en la relación del individuo con una deidad. Como se ha señalado anteriormente, varias ciudades solicitaron el reconocimiento de la inviolabilidad de alguno de sus santuarios a ciudades de todo el mundo griego.

En el ámbito cultural y político, Atenas perdió el protagonismo de que había disfrutado en los siglos V y IV. Las instituciones culturales griegas, como el gimnasio y el teatro, al igual que ocurrió con las instituciones de la política griega, se extendieron a las ciudades nuevas o refundadas del ampliado mundo griego, y entre los escritores de literatura en griego llegarían a destacar algunos hombres de origen no griego y algunas mujeres. De especial importancia fueron el Museo (una comunidad de académicos asalariados) y la biblioteca de Alejandría, que fundó Ptolomeo I aconsejado por el ateniense Demetrio de Faleros.[14] No solo se convirtió en un centro de actividad literaria, sino que impulsó la edición y la interpretación académica de literatura más antigua, así como un enfoque más erudito de la escritura de la nueva literatura. Uno de los logros de Alejandría fue la Septuaginta, que se dice que es una traducción al griego [de los cinco primeros libros]

de las escrituras judías realizada por setenta [y dos] eruditos de Ptolomeo II,[15] pero que en realidad constituye una traducción de su totalidad completada a lo largo de varios siglos.

La poesía tendía hacia las obras pulidas y breves. Los siguientes escritores estuvieron todos activos en Alejandría en torno al segundo cuarto del siglo III. Calímaco de Cirene escribió obras en prosa que no han sobrevivido, entre las que se encontraban los *Pinakes* («tablillas»), un catálogo de escritores de la literatura griega. Su poesía incluye los *Aitia* («orígenes» de costumbres, dichos y obras de arte), de los que solo se conservan algunos fragmentos, seis himnos y varios epigramas. Teócrito de Siracusa escribió los *Idilios*, algunos de los cuales imitaban al arcaico Alceo[16], pero los más conocidos son los mimos pastorales, en los que utilizó el hexámetro épico (estos, a su vez, fueron imitados en latín por Virgilio en sus *Églogas*). Apolonio de Rodas es famoso por sus *Argonáuticas*, un poema épico sobre la leyenda de Jasón y el vellocino de oro que, más que un gran conjunto, es erudito y episódico. Herodas escribió *mimiamboi* («mimos» yámbicos), piezas dramáticas breves sobre temas similares a los de la comedia nueva, de los que se han conservado en papiro. Arato de Solos, en Cilicia, que no tuvo relación con Alejandría, escribió poesía didáctica: sus *Fenómenos* describían las constelaciones y los signos del clima.

En la siguiente generación el nombre más importante fue Eratóstenes, que sucedió a Apolonio como bibliotecario en Alejandría y escribió no solo poesía, sino también obras de crítica literaria, cronología, matemáticas, geografía y filosofía. La historia siguió los cauces establecidos en el siglo IV, con obras de amplio alcance y otras centradas en aspectos más concretos, unas serias y otras retóricas y dramáticas. El historiador más destacado fue Polibio (*c.* 200-118) de Megalópolis, en Arcadia, que escribió sobre el ascenso de

Roma hasta dominar el mundo griego, manifestó intenciones serias, utilizó métodos comparables a los de Tucídides y se mostró muy dispuesto a criticar a los escritores que consideraba inferiores.[17]

En el Período Helenístico se registraron notables logros científicos. Hubo algunos avances técnicos con utilidades prácticas. A Arquímedes de Siracusa (siglo III) se le atribuye el «tornillo de Arquímedes» para elevar el agua y la polea compuesta, así como la exclamación *eureka* («lo encontré») cuando descubrió cómo se desplazaba el agua al sumergirse en la bañera. Ctesibio de Alejandría (siglo III) inventó relojes de agua mecánicos y máquinas impulsadas por aire a presión. En cuanto a la maquinaria militar, los avances más importantes tuvieron lugar en el siglo IV,[18] pero se construyeron en el Período Helenístico. En botánica y zoología, la obra de Aristóteles fue continuada (como lo fue también en otros temas) por su discípulo Teofrasto de Ereso, en Lesbos, de quien se han conservado *Historia de plantas* y *Sobre las causas de las plantas*. En la medicina, una de las primeras personalidades reconocidas fue Hipócrates de Cos (finales del siglo V), pero lo que se ha conservado como tratados «hipocráticos» son en realidad textos recopilados a lo largo de un período más largo. El autor posterior más importante fue Galeno de Pérgamo (siglo II d. C.). Es difícil determinar cómo evolucionó la medicina entre estos dos extremos, y hasta qué punto se complementaron u opusieron entre sí la medicina de los templos (había un santuario de Asclepio en Cos) y la medicina «hipocrática», pero Praxágoras de Cos (finales del siglo IV) fue un anatomista importante, Herófilo de Calcedonia (principios del siglo III) descubrió los nervios y tanto él como Erasistrato de Yulis (principios del siglo III) practicaron la disección.

En astronomía, Metón de Atenas (finales del siglo V) había

ideado un ciclo de 19 años para que no se produjera un desfase entre los años con meses lunares y el sol,[19] y el historiador Tucídides sabía que los eclipses solares se producen con luna nueva.[20] En el mundo griego del Período Helenístico, al ser más extenso, el acceso a las observaciones babilónicas era mayor. Aristarco de Samos (principios del siglo III) sugirió que la Tierra giraba alrededor de su propio eje y alrededor del Sol, en lugar de a la inversa. Hiparco de Nicea (Bitinia) inventó en el siglo II diversos instrumentos,[21] elaboró un catálogo de las estrellas y descubrió la «precesión de los equinoccios» (mediante la cual la aparición de las estrellas en el cielo nocturno cambia gradualmente a lo largo de las estaciones del año). Eratóstenes (véase más arriba) empleó la latitud y la longitud, y calculó la circunferencia de la Tierra. Agatárquidas de Cnido (principios del el siglo II) explicó la inundación anual del Nilo. En matemáticas, Euclides (*c.* 300), que posiblemente trabajó en Alejandría, consolidó en sus *Elementos* los trabajos anteriores para elaborar una geometría sistemática basada en axiomas, teoremas y demostraciones, que seguiría siendo la base de la geometría hasta el siglo XX d. C. Arquímedes (véase más arriba) calculó el valor de π, la relación entre el diámetro y la circunferencia de un círculo. Hiparco (más arriba) inventó la trigonometría.

Los filósofos del siglo V habían cuestionado una amplia gama de creencias y explicaciones aceptadas. En el siglo IV, en una búsqueda de nuevas certezas, Platón había tratado de diferenciar el verdadero conocimiento de las apariencias engañosas, y Aristóteles había intentado generalizar en varios campos a partir de una multitud de casos observados. Atenas siguió siendo un centro importante para la filosofía en el Período Helenístico. Aunque la escuela de Aristóteles (conocida como escuela de los peripatéticos por la costumbre de pasear, *peripatein*, mientras se debatía) continuó abarcando

diversos temas, otras escuelas filosóficas se ocuparon sobre todo de cómo deben las personas vivir sus vidas. Los cínicos, de los cuales el más conocido fue Diógenes de Sinope (finales del siglo IV), rechazaron todas las normas y convenciones generales de la vida en sociedad. Los epicúreos, movimiento fundado por Epicuro (a finales del siglo IV y originario de Samos) en su *kepos* («jardín») de Atenas, tenían una visión atómica del universo y enseñaban que el principal objetivo de la vida humana debía ser una especie de placer derivado de la *ataraxia* («ausencia de turbación»). El movimiento estoico, fundado por Zenón de Citio en Chipre (*c.* 300), que tomaba su nombre de la Stoa Poikile de Atenas donde enseñaba, se interesó por la lógica, la física y la ética, y creía que el mundo es racional y que la verdadera felicidad resulta de actuar racionalmente de acuerdo con la naturaleza humana. Esta fue la única escuela filosófica que permitió participar en la vida política. El escepticismo había comenzado con Pirrón de Elis (siglo IV) y, como su nombre indica, hacía hincapié en que es preciso aceptar la incertidumbre en lugar de pretender saber lo que no se puede. Esta postura fue adoptada en el siglo III por los sucesores de Platón en la Academia. Algunos escritores evocaron utopías ficticias: Evémero de Mesenia (*c.* 300) y Yambulo (quizá del siglo III) escribieron sobre islas en el fin del mundo en las que todo era perfecto y muchas de las instituciones humanas tradicionales no eran necesarias.

En arquitectura, se construyeron edificios más complejos que seguían el estilo general de los edificios griegos anteriores. Al igual que en el Mausoleo de Halicarnaso, hubo cierto uso de motivos que no pertenecían al repertorio griego, como los capiteles de hojas de palma de Pérgamo. En Alejandría había edificios de viviendas elevados y su faro (principios del siglo III) figuraba, junto con el Mausoleo, entre las siete maravillas del mundo antiguo en algunas versiones de la lista. La escultura

helenística, de nuevo siguiendo el ejemplo del Mausoleo, pasó de las figuras idealizadas de la época clásica a las representaciones de individuos identificables, y esta misma tendencia se puede apreciar en los retratos de los reyes helenísticos que aparecen en las monedas. Otras obras notables del período son dos grupos escultóricos (uno de Atenas y el otro tal vez de Pérgamo) que conmemoran la derrota de los invasores gálatas en el siglo III;[22] la *Victoria de Samotracia* (*c.* 200, Ilustración 22); el gran altar de Zeus en Pérgamo (comienzos del siglo II), en un estilo que se ha descrito como barroco, con un friso en cuyos extremos las figuras salen del marco y llegan hasta los escalones; y el grupo de *Laocoonte* (que ha llegado hasta nosotros en una versión romana de un original helenístico: Ilustración 23). El Coloso de Rodas, una estatua de 32 metros de altura del dios del sol Helios, realizada por el escultor de Rodas Cares y considerada otra de las siete maravillas, fue erigida en la bocana del puerto *c.* 300 para conmemorar la resistencia de Rodas al asedio de Demetrio,[23] pero fue destruida por un terremoto en 227/6.



ILUSTRACIÓN 22. Louvre: estatua de la *Victoria de Samotracia* (*c*. 200).

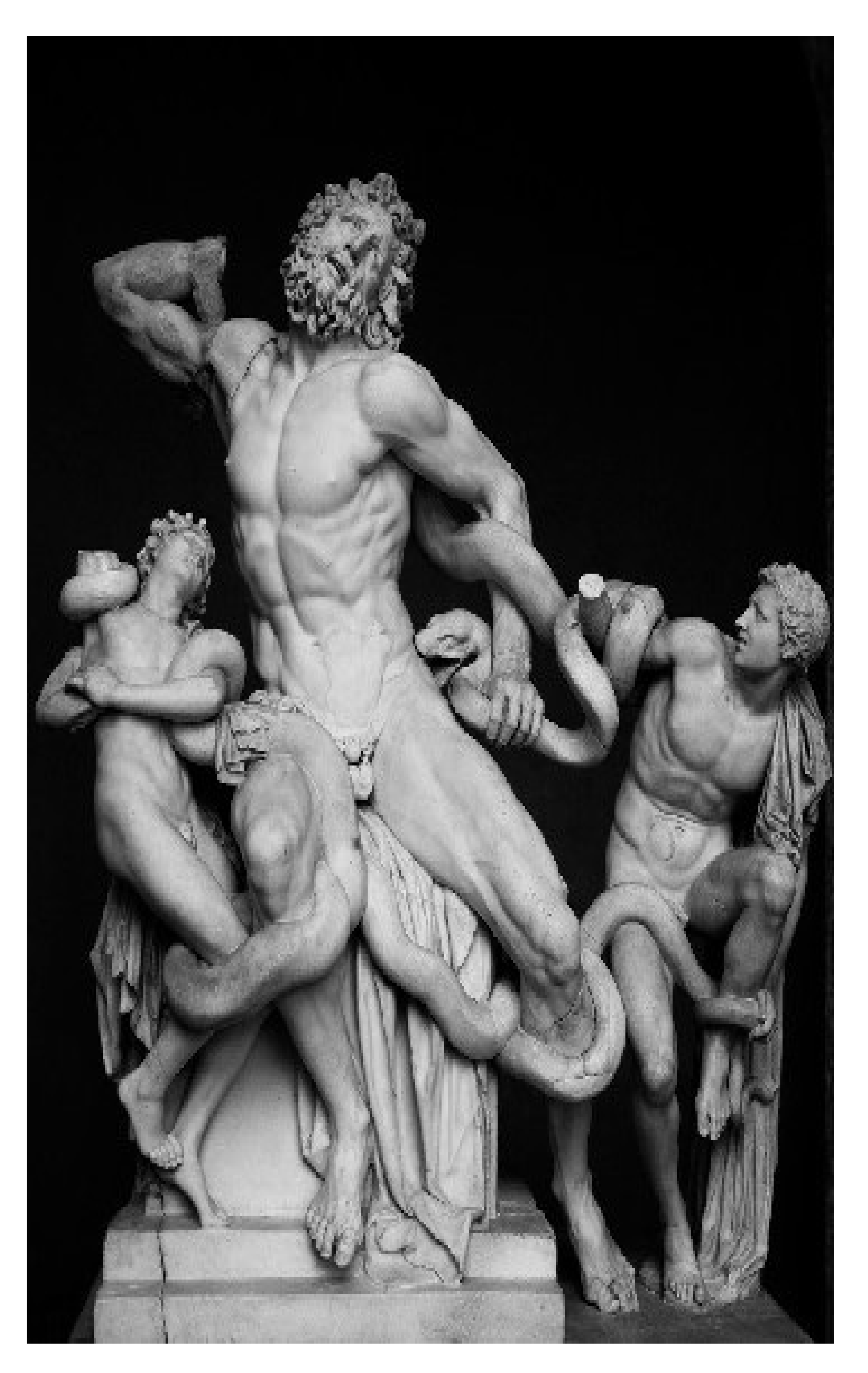


ILUSTRACIÓN 23. Museo Vaticano: grupo escultórico de *Laocoonte* (quizás una obra romana basada en una original helenística).

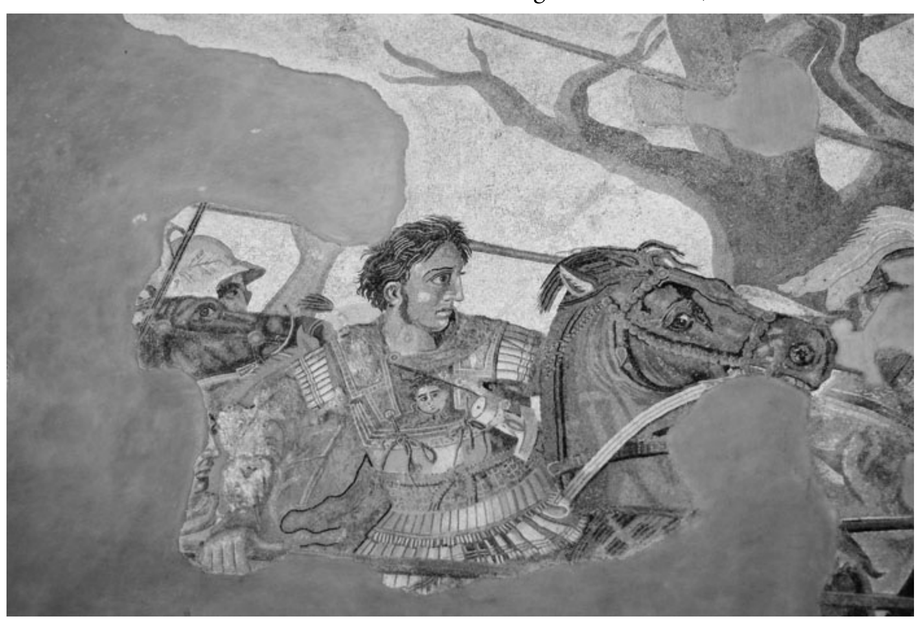


ILUSTRACIÓN 24. Nápoles, Museo Nacional: parte del mosaico de Alejandro de Pompeya (siglo II, probablemente copiado de un mural de *c*. 300).

Respecto a la pintura y el mosaico tenemos que imaginar lo que existió entre las pinturas de las tumbas macedonias del siglo IV y las pinturas murales de las casas romanas. Un mosaico de Pela con una escena de caza del ciervo y una cenefa floral es de *c*. 300. El mosaico de Alejandro de Pompeya (Ilustración 24) es una obra del siglo II, copiada de una pintura mural de *c*. 300, y muestra un hábil uso de la perspectiva, las luces y las sombras. En la cerámica, después de que pasaran de moda las versiones más llamativas de la cerámica de figuras rojas de finales del siglo V y el siglo IV, la cerámica pintada que se producía tenía una decoración más sencilla, como la «cerámica de la ladera occidental», con una variedad limitada de dibujos geométricos y florales, y las lagenas, vasijas de cuello estrecho con el vientre decorado.

12

HASTA LA CONQUISTA ROMANA 272-146

Grecia y Macedonia hasta 217

Dos ligas de estados que no se basaban en una ciudad poderosa y ambiciosa, sino que eran federaciones regionales que se extendían más allá de su propia región, desempeñaron un papel importante en Grecia en los siglos III y II. Uno de los pueblos del noroeste de Grecia fueron los etolios: en la época de Tucídides eran primitivos y no estaban urbanizados,[1] pero ya por entonces podían organizarse eficazmente para la guerra y, en 367, cuando una ciudad apresó a los heraldos que anunciaban la tregua para los misterios de Eleusis, Atenas protestó ante la federación.[2] Aún eran famosos por la piratería en el Período Helenístico. Al final de la guerra lamiaca en 322,[3] sobrevivieron técnicamente invictos. A principios del siglo III, empezaron a incorporar a la liga miembros de fuera de Etolia gracias a acuerdos basados en la *isopoliteia* (igualdad de derechos de ciudadanía),[4] de los que un ejemplo temprano es Heraclea en Traquinia, cerca de las Termópilas, en 280.[5] La autoridad principal de la liga era un general (que podía ser reelegido tras un intervalo de tiempo); contaba con un consejo, que era ejecutivo en vez de probuleutico, y un órgano más reducido, los denominados *apokletoi* («delegados»); la asamblea se reunía regularmente dos veces al año y podía celebrar sesiones adicionales. En 281, los etolios repelieron un ataque del rey espartano Areo, que afirmaba estar luchando por Delfos,[6] y en 279 participaron activamente en la oposición a

los invasores galos.[7] Después de ello, consiguieron dos votos en el consejo de la anfictionía de Delfos y más en los años siguientes, sustituyendo a los tesalios como el grupo dominante en la anfictionía. En 278, los Juegos Píticos incluyeron sacrificios por la salvación (*soteria*) de Delfos[8] y, más tarde, las Soterias se convirtieron en un festival cuatrienal independiente.

Los aqueos, que habitaban en la costa peloponesia del golfo de Corinto, tenían una federación de doce ciudades en el siglo V[9] y se expandieron hasta el norte del golfo a principios del siglo IV.[10] La federación se disolvió *c.* 300, pero reapareció en 281/0; la ampliación más allá de Acaya comenzó en 251/0, cuando Arato, de la vecina Sición, incorporó esta ciudad a la liga.[11] La liga contaba con un general (desde 255/4), que podía ser reelegido al cabo de un año sin ejercer el cargo, y con un órgano de diez *demiurgos*. Al principio se celebraban cuatro *synodoi* («sesiones») regulares cada año en Egio de un consejo probuleutico y una asamblea, y se podían celebrar *synkletoi* («convocatorias») extraordinarias en otros lugares; después de 217 los *synkletoi* se utilizaron para discutir asuntos importantes concretos y, a partir de 188, ya no tenían que celebrarse en Egio.

Esparta reafirmó su posición con el rey Areo I (309-265). En 281, atacó a los etolios;[12] en 272, Areo regresó de una campaña en Creta para contribuir a la derrota y muerte de Pirro.[13] En 269/8, se unió a Atenas y Ptolomeo II en la guerra de Cremónides contra Antígono Gonatas. El decreto ateniense propuesto por Cremónides menciona una asociación de Atenas con Esparta y sus aliados (en el Peloponeso y Creta), con el apoyo de Ptolomeo, en defensa de la libertad de los griegos como en el glorioso pasado. No está claro hasta qué punto Ptolomeo instigó la guerra, pero aunque envió naves, no hizo

una aportación sustancial a la lucha. La ocupación macedonia de Corinto dificultó la cooperación entre Atenas y Esparta; Areo fue asesinado en 265 y Atenas capituló en 263/2. Para Atenas se trataba del último intento de aplicar una política exterior independiente y en los años siguientes Gonatas interfirió de un modo excepcional en los asuntos internos de Atenas.[14] Es posible que a esta guerra le siguiera una victoria naval en Cos en la que Gonatas se impuso a Ptolomeo y, durante la guerra, Gonatas venció en un ataque de Alejandro II, hijo de Pirro.

Tras la guerra, la atención se centra en el Peloponeso. La guerra dejó el control de Corinto en manos de Gonatas y había un tirano promacedonio, Aristodemo, en Megalópolis. En 251/0, Arato liberó Sición del último de una serie de tiranos e incorporó a la ciudad a la Liga Aquea; entonces obtuvo el respaldo de Ptolomeo. Hacia la misma época, Aristodemo fue asesinado en Megalópolis, pero otro tirano promacedonio tomó el poder varios años más tarde y, mientras tanto, Gonatas dio su apoyo a un nuevo tirano, Aristómaco, en Argos. El sobrino de Gonatas, Alejandro, que estaba al mando de las guarniciones de Gonatas en el Acrocorinto y en Eubea, se rebeló contra su tío, retiró las guarniciones y se adjudicó el título de rey, pero Gonatas recuperó el control cuando Alejandro murió en 245. Sin embargo, en 243/2, Arato, en su calidad de general de la Liga Aquea, liberó Corinto y la ganó para la liga, que también asoció a Mégara, y a Trecén y Epidauro, en la Argólide. Ptolomeo III (que había sucedido a su padre en 246) fue nombrado *hegemón* («líder» honorario) de la liga, mientras que Gonatas y los etolios llegaron a un acuerdo para dividirse Acaya entre ellos si la derrotaban.

En Esparta, Acrótato, hijo de Areo, había muerto en la década de 250 en un ataque contra Megalópolis, pero *c.* 244

Agis IV accedió al otro trono. El descenso de la cantidad de ciudadanos con plenos derechos y la concentración de la riqueza en unas pocas familias había continuado en Esparta desde el siglo IV[15] y Agis, a fin de recuperar el poderío militar (más que por razones igualitarias), planeó una reforma social, que incluía la cancelación de las deudas y la redistribución de las tierras entre los ciudadanos y los periecos, y un restablecimiento del sistema de adiestramiento y acuartelamiento.[16] Las propuestas las presentó Lisandro, uno de los éforos de 243/2, pero fueron rechazadas en la gerusía, donde la oposición estuvo encabezada por el otro diarca, Leónidas II. Lisandro hizo que fuera destituido y le sustituyó por el yerno de este, Cleómbroto II. Los éforos de 242/1 restituyeron a Leónidas, pero Agis y Lisandro los destituyeron y Leónidas se exilió. Se promulgó la cancelación de las deudas, pero no así el resto del programa. Entonces, en 241, los etolios invadieron el Peloponeso a través del istmo de Corinto, Arato apeló a Esparta como aliado para que apoyara a los aqueos contra ellos y Agis se unió con un ejército espartano a los aqueos en Corinto. Sin embargo, Arato se alarmó ante los revolucionarios espartanos y despachó a ambos ejércitos. En Esparta, Leónidas volvió a ser restituido y Agis huyó a un santuario, pero le engañaron para que lo abandonara y fue ejecutado. Los etolios continuaron hasta la ciudad aquea de Pelene, donde fueron derrotados por Arato. Parece que también atacaron otros lugares en el Peloponeso. En 241/0, Acaya y Gonatas firmaron la paz, y también Acaya y los etolios, aunque Arato atacó posteriormente Argos y Atenas. Gonatas murió en 240/39 y le sucedió su hijo Demetrio II, que había sido corregente durante algún tiempo: tras muchas convulsiones, había brindado a Macedonia un período de estabilidad.

Entonces se produjo un cambio de alineamientos: los

etolios pasaron a ser aliados de los aqueos y Demetrio apoyó a Epiro contra los etolios. Los aqueos y los etolios siguieron atacando Atenas y Argos, y los aqueos extendieron su poder a Arcadia hasta que, en 235, el por entonces tirano de Megalópolis, Lidíadas, renunció a la tiranía y adhirió Megalópolis a la Liga Aquea. Sin embargo, esto tendría un efecto desestabilizar, ya que Megalópolis estaba enfrentada a Esparta. Demetrio invadió y conquistó Beocia y las regiones vecinas, que hasta entonces se habían alineado con Etolia, pero una serie de muertes acaecidas en 234/3 pusieron fin a la dinastía gobernante en Epiro y se instauró una república federal. Esta se enfrentó a los ilirios, que en 229 derrotaron a una flota de los aqueos y los etolios frente a Paxoi, al sur de Córcira, y ocuparon Córcira y atacaron otros lugares. Durante estas correrías atacaron a unos mercaderes italianos y tal vez mataron a los miembros de una delegación romana, lo que provocó la primera incursión de Roma al otro lado del Adriático en la primera guerra ilírica.[17]

Demetrio murió a principios de 229, posiblemente en una guerra contra los dardanios, al norte de Macedonia. Su hijo Filipo V era un niño, por lo que fue nombrado regente su primo Antígono Doson, que pronto se adjudicó el título de rey. Doson prosiguió con la guerra contra los dardanios y tuvo que sofocar una revuelta en Tesalia incitada por los etolios. Más al sur, Beocia abandonó a Macedonia y se unió a los aqueos y los etolios; y Atenas, con la ayuda de Arato, adquirió sus guarniciones macedonias, pero, en lugar de unirse a la Liga Aquea, mantuvo una posición neutral por amistad con Ptolomeo III.[18]

En el Peloponeso, Aristómaco de Argos y algunos tiranos vecinos renunciaron a sus cargos e incorporaron sus ciudades, y sus tendencias antiespartanas, a la Liga Aquea. El espartano

Cleómenes III, que había sucedido a Leónidas *c.* 235, entró en conflicto con los aqueos en Arcadia y, en 229/8, los aqueos declararon la guerra a Esparta. En 227, Cleómenes logró una victoria en el monte Liceo, pero Arato tomó Mantinea. En Esparta, Cleómenes atacó a los éforos y tomó el poder: incorporó el programa de reformas de Agis y la falange de infantería macedonia,[19] debilitó a la gerusía y abolió los éforos, y, contraviniendo la práctica espartana de mantener dos familias reales diferentes, nombró diarca a su propio hermano Euclidas. Mientras Cleómenes cosechaba triunfos en la guerra, los aqueos contactaron con Antígono Doson. En una conferencia celebrada en Argos en 225, los aqueos formularon peticiones que Cleómenes rechazó, la Liga Aquea se sumió en divisiones entre facciones y Cleómenes tomó primero Pelene y otros lugares de Acaya, y después ocupó Argos, Corinto y otras ciudades. En 224, Doson marchó hacia el sur y Arato accedió a entregarle la fortaleza del Acrocorinto. Cleómenes mantenía una posición fuerte cerca de Corinto, pero después de que Argos le abandonara, regresó a Esparta. Mientras pedía ayuda a Ptolomeo III, y tal vez vendía a los ilotas su libertad a cambio de dinero para invertir en mercenarios, Doson instituyó con los aqueos una liga de ligas (una alianza formada por ligas en lugar de por ciudades) para enfrentarse a Esparta y a los etolios. En 223, Cleómenes tomó y destruyó Megalópolis, pero en 222 fue derrotado en Sellasia, en el norte de Lacedemonia, y después huyó a Egipto (donde fue asesinado en 219). Se anuló como mínimo la parte política de sus reformas y Doson nombró a un epístata.

El propio Doson tuvo que regresar a casa para repeler un ataque de los ilirios; murió en 221 y le sucedió Filipo V, el hijo de Demetrio II, que tenía solo 17 años y nombraron a un grupo de «amigos» como tutores. El nuevo reinado comenzó con la guerra social (guerra «de los aliados» unidos en la liga de

ligas de Doson). Los etolios habían atacado Epiro y Grecia, habían capturado un navío de guerra macedonio cerca de Citera, habían derrotado a un ejército aqueo a las órdenes de Arato y habían aniquilado a los habitantes de Cinaeta, en Arcadia. En 220, la liga declaró la guerra a los etolios y manifestó su intención de liberar Delfos de la dominación etolia, pero Esparta y varios estados más del Peloponeso apoyaron a Etolia. En 219, los aliados combatieron en el Peloponeso y Filipo en el noroeste de Grecia, pero en el invierno llevó a cabo con éxito una campaña en el Peloponeso. En 218 se llegó a un acuerdo en virtud del cual los aqueos pagarían las campañas de Filipo en el Peloponeso (lo que permitiría a Filipo revitalizar la armada macedonia: se deshizo de los consejeros que se oponían). En 217, llegó la noticia de que Aníbal de Cartago había derrotado a los romanos en el lago Trasimeno, en Italia: esto brindó a Filipo la oportunidad de centrar su atención en Iliria y, en una conferencia celebrada en Naupacto, en la que el etolio Agelao advirtió de que los griegos debían resolver sus diferencias antes de que «las nubes del oeste» descargaran sobre Grecia,[20] se selló la paz sobre la base de un *statu quo* del que Filipo salió más fuerte que al principio de la guerra. A partir de este momento, las historias de Grecia y Macedonia estarían ligadas al avance de Roma.[21]

La guerra de Cremónides permitió a Atenas y Esparta verse liderando por última vez a los griegos contra un enemigo externo.[22] Esparta se haría valer más tarde en el siglo III, pero para Atenas la derrota supuso en esta ocasión un punto de inflexión y ya no trató de ser un actor importante en los asuntos griegos. Inmediatamente después de la guerra, Atenas se vio sometida a la injerencia directa de Macedonia: no solo había guarniciones en la colina del Museo y en varios lugares del Ática, sino que, según el escritor del siglo II Apolodoro, «los cargos fueron abolidos y toda deliberación se confió a un solo hombre».[23] Se trata de una exageración y la constitución de Atenas siguió siendo técnicamente democrática, pero una inscripción muestra a un general nombrado por Antígono Gonatas al que asignó su destino la asamblea y es posible que Demetrio, el nieto de Demetrio de Faleros, fuera nombrado agente de Gonatas con el título de tesmotetes.[24] Sin embargo, en 256/5 o 255/4 Gonatas «concedió a los atenienses la libertad» retirando la guarnición del Museo (aunque no las demás guarniciones) y presumiblemente puso fin a los nombramientos internos.[25] Aunque Atenas ya no tenía una política exterior propia, se vio arrastrada a la guerra de Gonatas y Demetrio II en su bando y hubo combates en el Ática.[26]

Tras la muerte de Demetrio en 229, Antígono Doson estaba ocupado en el norte y Atenas lo aprovechó para adquirir las guarniciones macedonias. Arato de Sición, aunque hasta entonces se había mostrado hostil, le ayudó y Polibio refleja el malestar de los aqueos por que Atenas no se uniera a la Liga Aquea y adoptara una política de neutralidad por su amistad con Ptolomeo III. Sus líderes eran los hermanos Euriclides y Mición, que ya habían ocupado cargos importantes en tiempos de Gonatas y Demetrio: Euriclides vivió casi hasta finales del

siglo y un decreto de c. 215 en su honor enumeraba sus logros antes, durante y después de la liberación.[27] Al principio no se produjo una ruptura total con los antigónidas y, en 224/3 se creó el festival de las Ptolomeas, así como otra tribu, la ptolemaida, pero no se abolieron las Antigonias ni las Demetrias. Cuando en 218 Megaleas, uno de los consejeros que había perdido el favor de Filipo V, solicitó asilo en Atenas, los generales le rechazaron.

Atenas permaneció al margen en la primera guerra macedónica de 214-206:[28] Livio la menciona entre los participantes en la paz de Fénice al final de la guerra, pero es una ficción para justificar la participación de Roma en la segunda guerra macedónica de 200-196.[29] En 201, Atenas ejecutó a dos acarnanianos que habían participado en los misterios de Eleusis sin estar iniciados y Acarnania, con el apoyo de Filipo, invadió el Ática. En 200, Atenas declaró la guerra a Macedonia, abolió las dos tribus macedonias y decidió eliminar todas las menciones de los antigónidas de los documentos públicos (se han encontrado muchos ejemplos de ello,[30] pero también algunos textos que se les pasaron por alto a los encargados de suprimirlas). Rodas y Atalo I de Pérgamo estaban en guerra con Filipo e invitaron a Atenas a sumarse: aceptó y creó la nueva tribu atálida. Una delegación ateniense viajó a Roma, que ya había decidido emprender la segunda guerra macedónica contra Filipo pero mencionaba el ataque a Atenas entre sus pretextos.

Tras la guerra, Atenas se mantuvo firmemente prorromana y tal vez se convirtió en un aliado formal de Roma durante la guerra de 192-188. Después de esta guerra, Atenas desempeñó junto con Tesalia un papel destacado en el restablecimiento de la anfictionía de Delfos.[31] Atenas se mantuvo leal a Roma en la tercera guerra macedónica de 171-167 contra Perseo y fue

recompensada con Lemnos, Imbros y Esciros, las islas del norte del Egeo que había poseído en los siglos V y IV,[32] con Delos, que fue convertida en un puerto franco (sus ciudadanos se refugiaron en Acaya y fueron reemplazados por colonos atenienses) y, lo que es aún más sorprendente, con Haliarto, en el centro de Beocia. En Asia, los gobernantes con los que los atenienses mantenían lazos más estrechos eran los atálidas de Pérgamo, que erigieron estoas debajo de la Acrópolis y en el Ágora, y, a cambio, fueron honrados con estatuas en la Acrópolis. Cuando en la década de 150 los atenienses intentaron anexionarse Oropo, situada entre Beocia y Atenas, y por entonces independiente, surgieron problemas:[33] finalmente ocuparon Oropo y expulsaron a los habitantes, pero la amenaza de un ataque de la Liga Aquea les indujo a retirarse.

En Egipto, a Ptolomeo I le sucedió Ptolomeo II en 283 y, en Oriente Próximo, a Seleuco I le sucedió Antíoco I en 281: ambos ya habían designado un heredero que asumió el poder sin problemas.[34] Los ptolomeos estuvieron seguros en Egipto desde el principio y consideraban que Cirene, Chipre y el sur de Siria (Celesiria, «Siria cóncava») eran esenciales para su seguridad frente a posibles atacantes,[35] y los seléucidas disfrutaban de seguridad en Oriente Próximo, lejos del Mediterráneo; sin embargo, la costa mediterránea de Siria y Asia Menor eran disputadas; los ptolomeos se interesaban por Grecia y los antigónidas de Macedonia por Asia Menor, y gran parte de Asia Menor había estado controlada por Lisímaco hasta que Seleuco le mató en Corupedio a principios de 281.

Después de Corupedio, Antíoco y Antígono Gonatas intentaron establecerse en Asia Menor, y Ptolomeo II también tenía algunos intereses allí. Cipetes, el gobernante de Bitinia, en la costa norte, se negó a reconocer a ninguno de los dos; no tardó en morir y su eventual sucesor, Nicomedes I, se alineó con Gonatas. En 278, Gonatas y Antíoco se reconciliaron, y se permitió a Antíoco controlar Asia Menor, pero en 277 Nicomedes reclutó como mercenarios a un grupo de invasores gálatas para que lucharan contra su hermano (otro Cipetes) y más tarde proclamaron su independencia y vagaron destructivamente por gran parte de Asia Menor. Esto permitió a Antíoco presentarse como un paladín de la civilización griega frente a los bárbaros. Posiblemente *c.* 270 los derrotó en la famosa «batalla de los elefantes» y acabaron asentándose en Galacia, en el centro de Asia Menor.

Cuando Lisímaco controlaba el oeste de Asia Menor, había confiado a un hombre del lugar, Filetero, la fortaleza de Pérgamo, situada al norte de Sardes, pero Filetero se enemistó

con Lisímaco, y cuando Agatocles, el hijo de Lisímaco, murió en 283/2, trasladó su lealtad a Seleuco y después de la muerte de Seleuco a Antíoco. Fue adoptando una postura cada vez más independiente, pero no se proclamó rey, y esta tendencia la continuaría su sucesor, designado Eumenes I (263-241).

El conflicto en curso, sobre todo entre los seléucidas y los ptolomeos, se divide convencionalmente en una serie de guerras. En la primera guerra siria (274-271), Magas, un hermanastro de Ptolomeo II que reinaba en Cirene pero estaba casado con una hija de Antíoco, intentó sin éxito levantarse contra Ptolomeo y también incitó a Antíoco a que le declarara la guerra. El resultado supuso un retorno al *statu quo ante*, para beneficio de Ptolomeo. En 261, tras una supuesta conspiración de Seleuco, el hijo de Antíoco, le sucedió un hijo menor, Antíoco II, lo que desencadenó la segunda guerra siria (260*c*. 253), en la que Ptolomeo perdió terreno mientras que Antíoco hizo avances en Asia Menor (se casó con una hija de Ptolomeo y su hermana se casó con Demetrio, el hijo de Gonatas). Ptolomeo II y Antíoco II murieron en 246: a Ptolomeo le sucedió su hijo Ptolomeo III (que estaba casado con la hija de Magas) y se decía que Antíoco había nombrado heredero, mientras se hallaba en su lecho de muerte, a su hijo Seleuco II. La esposa ptolomea de Antíoco desafió a Seleuco en nombre del hijo que había tenido con él y Ptolomeo III inició la tercera guerra siria (246-241) invadiendo Siria para apoyarle. Avanzó con éxito hasta la costa norte de Siria.[36] Para entonces su mujer y su hijo habían sido asesinados, aunque es posible que Ptolomeo ocultara el hecho durante algún tiempo. Después marchó hacia el este en dirección al Éufrates y se atribuyó la conquista de todo el imperio seléucida,[37] pero tuvo que regresar (cargado con el botín) para hacer frente a una sublevación en Egipto. Seleuco se recuperó en Siria y el este, pero Ptolomeo retuvo la ciudad portuaria siria de Seleucia, en

Pieria, y algunas posesiones en Asia Menor.

Para poder concentrase en Siria, Seleuco había nombrado su representante en Asia Menor a su hermano Antíoco Hierax, pero Hierax reclutó mercenarios gálatas, se enfrentó a Seleuco en la guerra de los hermanos y le derrotó cerca de Ancira en 240 o 239. En Pérgamo, a Eumenes le había sucedido en 241 su sobrino e hijo adoptivo Atalo I: Hierax y los gálatas le atacaron, pero este obtuvo varias victorias y se hizo con el control de la parte de Asia Menor seléucida, adjudicándose el título de rey, algo que no habían hecho sus predecesores.[38] Hierax acabó huyendo a Tracia, donde fue asesinado. Antígono Doson anunció su interés por Asia Menor enviando una expedición naval a Caria en 227. Otro estado que se benefició de las incertidumbres en Asia Menor fue Rodas, que estaba bien situado para las relaciones comerciales, mantenía vínculos amistosos con los ptolomeos y había construido una armada importante. En 227/6, se vio sacudida por un fuerte terremoto (que destruyó la colosal estatua de Helios),[39] pero posteriormente recibió obsequios de muchos gobernantes y muchas ciudades. En 220, respondió a la presión de otros para encabezar una guerra contra Bizancio por los peajes que imponía al comercio en el mar Negro.

Seleuco II murió en 226/5 y le sucedió brevemente su primogénito Seleuco III (226/5-223) y, después, su hijo menor Antíoco III (223-187). A Ptolomeo III le sucedió su hijo Ptolomeo IV (221-204), que no tenía interés en gobernar y durante su reinado los asuntos estuvieron en manos de dos cortesanos, Sosibio y Agatocles. En la cuarta guerra siria (221-217), Antíoco reconquistó Seleucia, en Pieria, y avanzó hacia el sur por la costa de Siria, pero en 217 fue derrotado en Rafia, en el sur de Judea,[40] y la parte meridional de la costa siria permaneció en manos de Ptolomeo. Mientras tanto, a

Aqueo, un pariente de Antíoco, se le había encomendado la misión de reconquistar los territorios seléucidas de Asia Menor que se hallaban en poder de Atalo. No tardó en lograrlo pese al apoyo de Ptolomeo a Atalo y, en 220, se adjudicó el título de rey, pero en 218 Atalo recuperó parte del territorio perdido y, entre 216 y 214, Antíoco estableció un acuerdo con Atalo y luchó contra Aqueo, tomó Sardes y ordenó que le ejecutaran allí. Sardes estaba por entonces ocupada por Zeuxis en representación de Antíoco. En el este, a comienzos del reinado de Antíoco, Molón, a quien había nombrado su representante, se rebeló, pero fue derrotado en 220. Desde 212 hasta 205 Antíoco llevó a cabo una campaña en el este, donde habían estado surgiendo reinos independientes en Partia (al este del Caspio) y Bactria (al este de esta), y consiguió el sometimiento formal de los partos y, después de que Bactra hubiera soportado un asedio durante dos años, también el de los bactrios. A continuación regresó a Asia Menor, donde estaba logrando algunas victorias cuando murió Ptolomeo IV en 204, quien dejó como sucesor a su hijo de seis años Ptolomeo V. Antíoco aprovechó la oportunidad y, en la quinta guerra siria (201-199), conquistó por fin el sur de Siria para los seléucidas y los ptolomeos también perdieron sus posesiones en el Egeo y Asia Menor.

Atalo participó en la segunda guerra macedónica en el bando romano[41] y, en 198, mientras se encontraba en Grecia, el comandante de Antíoco Zeuxis inició un ataque contra Pérgamo. En 197, Atalo murió y le sucedió su hijo Eumenes II; Antíoco acudió a Asia Menor y obtuvo algunas victorias allí y, en 196, cruzó el Helesponto hasta el Quersoneso. Al final de la guerra macedónica, los romanos hablaron inicialmente de la libertad de los griegos en Europa y en Asia, pero Antíoco insistía en que los romanos no tenían derecho a inmiscuirse en sus asuntos. Incitados por Eumenes, los romanos persistieron,

pero Antíoco, de duelo por la muerte de su hijo, no cedió y, en 195, ofreció refugio al fugitivo Aníbal de Cartago (Aníbal más tarde acudió a Prusias I de Bitinia y finalmente se suicidó). En 190, los soldados romanos penetraron en Asia Menor, a finales de ese año derrotaron a un gran ejército de Antíoco cerca de Magnesia del Sípilo y, en 188, en virtud de la paz de Apamea, Antíoco renunció a toda Asia Menor excepto a la costa sureste y pagó cuantiosas indemnizaciones. El territorio situado al norte le fue concedido a Pérgamo y el situado al sur, a Rodas, y las ciudades que mantenían buenas relaciones con Roma fueron declaradas libres. Antíoco, que necesitaba fondos, intentó confiscar las propiedades de los templos del este de su reino y, en 187, fue linchado en Susa; su hijo Seleuco IV gobernó hasta 175. Eumenes extendió su poder y reconstruyó a gran escala la ciudad de Pérgamo;[42] Rodas topó con un especial resistencia en Licia, al este de Caria.

Sin embargo, más tarde Rodas no apoyó a Roma en la tercera guerra macedónica contra Perseo y un tratado de 164 despojó a Rodas de Licia y Caria. En 166, Roma devolvió a Atenas Delos, independiente desde 314,[43] y se convirtió en un puerto franco, con lo que suplantó a Rodas como principal centro comercial del sur del Egeo. Las relaciones de Eumenes con Roma se enfriaron; en Asia, luchó contra los gálatas y los derrotó, pero los romanos decretaron que estos debían ser autónomos en lugar de someterse a Pérgamo. Tras la muerte de Eumenes, le sucedió su hermano Atalo II en 159/8. Prusias II de Bitinia atacó Pérgamo en 156-154, pero Roma respaldó a Pérgamo y exigió a este indemnizaciones.

En Egipto, las rebeliones que estallaron al comienzo del reinado de Ptolomeo V acabaron siendo sofocadas; la piedra Roseta (que se encuentra en el Museo Británico) es una copia de un documento de 196 que conmemora su coronación ese

año.[44] En 194/3 se casó con Cleopatra, la hija de Antíoco III. Murió en 180 y le sucedió Ptolomeo VI, que en 170-168 intentó recuperar el sur de Siria en la sexta guerra siria. Antíoco IV sucedió a su hermano Seleuco IV en 175: fue un rey fuerte, que adoptó el título de *epiphanes*, «el Ilustre» (aunque sus adversarios le llamaban *epimanes*, «el Loco»). A instancias de Ptolomeo, conquistó Chipre, invadió Egipto y sitió Alejandría hasta que el romano C. Popilio Laenas le ordenó que se retirara dibujando un círculo a su alrededor y exigiéndole que no lo abandonara hasta haber dado una respuesta.[45]

El sur de Siria, incluida Judea, quedó en manos de Antíoco. Cuando se la arrebató a los ptolomeos, Antíoco III había permitido a los judíos observar sus leyes tradicionales[46] y nombrar a un sumo sacerdote, pero se produjo una división entre los judíos que estaban dispuestos a adoptar la cultura griega y los judíos que la veían como una amenaza para su religión. En 174, el sumo sacerdote era el tradicionalista Onías, pero su hermano Jasón ofreció dinero a Antíoco IV a cambio de que le nombrara sumo sacerdote y le permitiera convertir Jerusalén en una ciudad griega llamada Antioquía. En 171 Menelao superó la oferta de Jasón, mientras Antíoco luchaba en Egipto estallaron disturbios y lo consideró una rebelión; en 168 concentró una guarnición en Jerusalén y sustituyó el culto a Jehová por el culto a los dioses griegos. Esto suscitó la oposición tanto de los ultradevotos como de los hombres encabezados por Judas Macabeo, de la familia de los asmoneos, que emprendió una guerra de guerrillas. Antíoco murió en 164 y le sucedió su joven hijo Antíoco V; en 163 se restablecieron las libertades tradicionales de los judíos. La guarnición permaneció y prosiguió la disputa entre los judíos, pero, en 142, la guarnición se rindió y Judea se convirtió en un estado independiente regido por los asmoneos.

En el este, los bactrios no eran totalmente independientes y los partos eran cada vez más fuertes.[47] En 165, Antíoco IV empezó a refirmar su poder en el este: tuvo éxito en Armenia, pero en 164 murió antes de poder atacar a los partos; y la dinastía seléucida empezó a desintegrarse. Antíoco V fue desafiado por Demetrio, hijo de Seleuco IV, hermano y predecesor de Antíoco IV, que se creía que debía haber sucedido a Seleuco pero había pasado algunos años en Roma como rehén. Los romanos se negaron a apoyarle, pero en 162 escapó, ocupó el norte de Siria, se proclamó rey y ordenó ejecutar a Antíoco V y a su tutor. Interfirió en Capadocia (al este de Asia Menor), mientras que Prusias II de Bitinia declaró a guerra a Pérgamo hasta que fue obligado por los romanos a retirarse. A continuación se peleó con Ptolomeo VI, que se alió con Atalo II y el rey capadocio en 153 para respaldar a un candidato rival, Alejandro Balas, que afirmaba falsamente ser hijo de Antíoco IV. Roma también le mostró su apoyo. Demetrio murió en 150 en una batalla cerca de Antioquía. Le sucedió Balas, que duró hasta 145, cuando fue derrotado por Ptolomeo en otra batalla cerca de Antioquía y fue asesinado poco después. Le sucedió el hijo de Demetrio, otro Demetrio, y poco después de la batalla Ptolomeo murió. Durante parte del tiempo había reinado y se había peleado con su hermano, que le sucedió (como Ptolomeo VIII: el hijo designado, Ptolomeo VII, probablemente nunca reinó), y durante su último siglo, aunque la maquinaria de la administración siguió funcionando, la dinastía estuvo desgarrada por las rencillas familiares.

Con la derrota final de Pirro en 275 y la rendición de Taras en 272, Roma había llegado a controlar toda la península italiana, ya fuera directamente o mediante alianzas.[48] En Siracusa, después de que Pirro hubiera abandonado Sicilia en 276,[49] Hierón II (que afirmaba ser descendiente del Gelón del siglo V, lo que probablemente era falso, y cuya esposa Filistis podría haber estado emparentada con Dionisio I y su seguidor Filisto) [50] fue nombrado general y después tomó el poder. En 265, derrotó a los mamertinos que ocupaban Mesina, se proclamó rey y se unió a los cartagineses en el asedio de la ciudad; pero se retiró cuando los mamertinos permitieron a los cartagineses establecer una guarnición. Sin embargo, en 264 Mesina trasladó su lealtad a Roma y expulsó a la guarnición, y Roma inició su primera guerra púnica (264-241) contra Cartago. Hierón apoyó al principio a Cartago, pero cuando los romanos sitiaron Siracusa en 263, llegó a un acuerdo con ellos. Retuvo la mayor parte de su reino hasta que murió en 215 y mantuvo buenas relaciones con Cartago (después de la guerra), así como con Rodas y los ptolomeos en el este. La guerra impulsó a los romanos a construir una armada y terminó con la derrota de los cartagineses y Sicilia convertida, a excepción del reino de Hierón, en la primera provincia de ultramar bajo la autoridad de un pretor. El hijo de Hierón, Gelón, murió antes que él, por lo que en 215 (durante la segunda guerra púnica) le sucedió su nieto Jerónimo, que se volvió impopular; un tumultuoso período en el que Siracusa estuvo dividida entre Roma y Cartago terminó con un asedio romano de la ciudad en 213-212, que acabó siendo tomada y saqueada. Acragante, apoyada por Cartago, fue conquistada en 210 y, en 204-202, P. Cornelio Escipión partió de Sicilia para derrotar a Aníbal en África.

Roma se vio atraída hacia el este, al otro lado del Adriático, por los ilirios, que vivían al norte de Epiro y a veces intervenían en esta ciudad. Durante el reinado de Agrón y, después de su muerte, de su viuda Teuta, fueron muy activos y realizaron varias incursiones en el sur, conquistando la ciudad epirota de Fénice. En 229 derrotaron a los aqueos y a los etolios frente a las islas Paxoí y ocuparon Córcira.[51] Roma recibió peticiones de ayuda de unos mercaderes italianos desde Fénice y/o el estado insular de Issa (situada más al norte y colonizada desde Siracusa en el siglo IV), que los ilirios sitiaban; y un miembro de una delegación romana al que enviaron para que protestara fue asesinado. Roma envió a los dos cónsules de ese año con un contingente importante para luchar en la primera guerra iliria y no tardó en lograr una serie de rendiciones; en 228 se anunció el acuerdo a las Ligas Etolia y Aquea, y a los griegos que asistían a los Juegos Ístmicos. Demetrio de Faros, que había sido recompensado por entregar Córcira a los romanos, se convirtió en el regente de Iliria; en 222 contribuyó de manera significativa a la victoria de la alianza de Antígono Doson frente al espartano Cleómenes en Sellasia[52] y en 221 se alió con otro ilirio, Escerdiledas, para realizar incursiones en el Peloponeso y el Egeo. Con ello traspasaron una línea especificada en el tratado de Roma de 229 y, en 219, en su segunda guerra iliria, Roma envió a los dos cónsules y expulsaron a Demetrio, que huyó a Macedonia y fue influyente con Filipo V.

Entre 220 y 217 Filipo participó en la guerra social contra los etolios y Demetrio de Faros le animó a ampliar su poderío naval en el Adriático,[53] mientras Roma iniciaba su segunda guerra púnica (218-202) y los cartagineses, a las órdenes de Aníbal, invadían Italia. En 217, Aníbal derrotó a los romanos en el lago Trasimeno, lo que dio a Filipo libertad para poner fin a la guerra social y tomar represalias en Iliria por los ataques

de Escerdiledas. Mientras continuaban las victorias de Aníbal, Filipo se acercó a él y, en 215, los romanos capturaron una nave cartaginesa que llevaba a Filipo un proyecto de tratado para cooperar contra los romanos y liberar los diferentes lugares del Adriático que habían quedado bajo la protección de Roma.[54] Este desencadenó la primera guerra macedónica (214-205). Filipo envió naves al Adriático, pero fue sorprendido por las naves romanas, más pesadas, y destruyó las suyas; después cosechó algunas victorias en tierra luchando contra Escerdiledas. En 212, los romanos se pusieron en contacto con los etolios[55] y esto desencadenó lo que, en la práctica, fue una reanudación de la guerra social, en la que Roma y Atalo de Pérgamo apoyaron a los etolios contra la alianza de Filipo. En la Liga Aquea, Arato había muerto en 213; Esparta se hallaba en un momento convulso pero se unió a los etolios; Mesina estaba dividida y había padecido dos intervenciones macedonias, en una de las cuales murió Demetrio de Faros, pero también acabó sumándose. Etolia cosechó algunas victorias en la guerra, pero no tuvo éxito con su principal objetivo, Acarnania; en 210 los romanos conquistaron Egina y se la vendieron a Atalo. Tras varios intentos de mediar de estados no involucrados, los etolios rompieron su alianza con Roma y sellaron la paz con Filipo en 206; y en 205 los romanos establecieron la paz con Filipo en Fénice, en Epiro. Más importancia a largo plazo tuvo que los aliados de ambos bandos fueran «incluidos» en el tratado: en el bando de Filipo los aqueos, sus aliados en el centro de Grecia y su hermanastro Prusias I de Bitinia, en Asia Menor (que no había participado en la guerra), en el bando romano Esparta y los demás aliados de los etolios en el Peloponeso, y Atalo.[56]

Para entonces, estaba en el poder el último gran personaje de la historia de Esparta: Nabis, descendiente del Demarato que reinó a finales del siglo VI y principios del V.[57] Un rey

llamado Licurgo había expulsado a su diarca y reinó en solitario; cuando murió en 210, le sucedió su joven hijo Pélope con Macánidas de regente; y cuando los aqueos vencieron y mataron a Macánidas en 206, Nabis ocupó su puesto y pasó a ser considerado rey.[58] Llevó aún más lejos las reformas planeadas por Agis y Cleómenes:[59] desterró a los ricos y redistribuyó sus propiedades, libertó a muchos esclavos pero, al parecer, no a los ilotas, y reclutó un ejército de mercenarios.

Tras la paz de Fénice, los rodios se centraron en acabar con la piratería en el Egeo, lo que desencadenó un conflicto con los cretenses, a los que respaldaban Filipo y Nabis. Cuando Antíoco III se embarcó en la quinta guerra siria contra Ptolomeo V, Filipo llegó a acuerdo con Antíoco sobre las posesiones de los ptolomeos en y alrededor del Egeo. En 201 llevó a cabo allí una triunfal campaña, aunque cuando atacó Pérgamo no pudo tomarla. A finales de año, Rodas y Atalo pidieron ayuda a Roma. Los romanos querían llamar al orden a Filipo después de que hubiera apoyado a Aníbal y concitar el apoyo de los griegos que se oponían a él: enviaron de inmediato un ultimátum a Filipo y, en 200, empezó oficialmente la segunda guerra macedónica. Los etolios no se unieron al principio al bando romano, pero no tardarían en hacerlo; los aqueos, marginados por Filipo, al principio rehusaron apoyarle y en 198 se unieron a los romanos; Filipo traspasó Argos a Nabis, a sabiendas de que se la devolvería si Filipo ganaba la guerra, pero después de entrar en Argos e iniciar una revolución allí, Nabis también se unió a los romanos.

La mayor parte de la lucha tuvo lugar en el centro y el norte de Grecia. T. Quincio Flaminino, uno de los cónsules de 198, pretendía liberar por completo a los griegos de Filipo y en las negociaciones de Nicea, cerca de las Termópilas, pidió

formalmente que Filipo renunciara a las tres fortalezas que aún retenía como «cadenas de Grecia»: Demetrias (en Tesalia), Calcis y el Acrocorinto. El asunto fue remitido al Senado romano, que respaldó la petición. El mandato de Flaminino fue ampliado y, en 197, derrotó contundentemente a Filipo en Cinoscéfalas, en Tesalia.

Roma envió a diez *legati* para que ayudaran a Flaminino a aplicar un acuerdo y, en los Juegos Ístmicos de 196, Flaminino proclamó en nombre del Senado y de él mismo que todos los griegos iban a ser libres e independientes (lo que disgustó a los etolios, que habían confiado en beneficiarse de la derrota de Filipo).[60] Se fundó una nueva Liga Tesalia; en el Peloponeso, Flaminino, a instancias de los aqueos, liberó a Argos de Nabis en 195 y la reincorporó a la Liga Aquea; pero en Asia Antíoco insistió en que los romanos no tenían derecho a inmiscuirse en sus asuntos.[61] En general, a partir de entonces los problemas relacionados con los tratados y los problemas locales entre ciudades fueron sometidos a la decisión de Roma.

Los descontentos etolios se pusieron en contacto con Nabis, Filipo y Antíoco. El intento de Nabis de recuperar el puerto espartano de Gitión (confiado a los aqueos por Flaminino) topó con la resistencia de los aqueos a las órdenes de otro líder prominente, Filopemen; en 192, los etolios mataron a Nabis y saquearon Esparta, y Filopemen reincorporó a Esparta en la Liga Aquea. En el norte, los etolios tomaron Demetrias y convencieron a Antíoco para que acudiera en su ayuda. Esto provocó una nueva guerra en Grecia, la derrota de Antíoco por los romanos en las Termópilas en 191 y el sometimiento de los etolios en 188; su predominio en Delfos tocó a su fin y se restableció una versión anterior de la anfictionía. Filipo intentó invadir Tesalia y Tracia, pero fue obligado a retirarse. En el Peloponeso, la incorporación de los

aqueos de Mesina y Esparta suscitó oposición; Filopemen y Licortas, el padre de Polibio, adoptaron una postura firme, pero tras la muerte de Filopemen en 182 en la guerra contra Mesina, el asunto terminó con Mesina y Esparta en la liga.

Filipo murió en 179 y le sucedió el heredero previsto, su hijo mayor Perseo, aunque su hijo menor, Demetrio, tenía buena reputación en Roma. Eumenes II de Pérgamo instó a Roma a luchar en la tercera guerra macedónica contra Perseo (171-167), lo que condujo a la derrota de Perseo en Pidna en 168. El acuerdo de Roma fue drástico: se abolió la monarquía macedonia y se dividió el territorio en cuatro repúblicas, designadas simplemente con números (e Iliria, que había apoyado a Perseo, fue dividida en tres repúblicas). En Grecia, se invitó a los amigos de Roma a identificar a los enemigos de Roma, y muchos de ellos, incluido el historiador Polibio, fueron trasladados a Italia como rehenes.

En Macedonia se produjeron disturbios, que llegaron a un punto álgido en 150 cuando Andrisco, que afirmaba ser hijo de Perseo, reclutó un ejército en Tracia e invadió Macedonia. Las cuatro repúblicas no pudieron resistir el ataque; en la cuarta guerra macedónica derrotó en 149 a un primer ejército romano, pero fue derrotado y capturado por Q. Cecilio Metelo en 148. También en 150, el Senado permitió por fin el retorno de los rehenes romanos de Acaya que habían sobrevivido. En Acaya, Esparta se resistía de nuevo a pertenecer a la liga. Una declaración de Roma en 147 de que Esparta y otras ciudades iban a abandonar la liga provocó la ira de los aqueos y los preparativos para una guerra contra Esparta, pero en 146 los romanos declararon la guerra y los aqueos fueron derrotados en una serie de batallas, primero por Metelo y después por L. Mummio. Corinto fue destruida y Macedonia pasó a ser una provincia romana; «Acaya» no fue oficialmente

anexionada, pero se convirtió en un apéndice de la provincia; la derrotada liga quedó muy reducida y las ciudades opuestas a ella pasaron a ser teóricamente libres.

Ese mismo año, 146, Roma destruyó finalmente Cartago. Ya no tenía ningún rival en el oeste del Mediterráneo y había asumido la responsabilidad directa sobre Macedonia y Grecia. Egipto y los reinos de Asia todavía eran libres, pero los romanos habían intervenido allí en varias ocasiones y esperaban cumplir sus deseos. Al cabo de poco más de un siglo, el control directo de Roma también se había extendido hasta allí.

13

EPÍLOGO

En el año 155 el futuro Ptolomeo VIII, que en ese momento reinaba en Cirene mientras su hermano Ptolomeo VI gobernaba en Egipto, hizo público un testamento para disuadir a los posibles magnicidas según el cual legaba su reino a los romanos si moría sin un heredero.[1] Este testamento no llegó a tener efecto, pero Atalo III de Pérgamo siguió su ejemplo y cuando murió en 133, su reino fue legado a Roma. Después de que los romanos sofocaran una revuelta de un aspirante al trono llamado Aristónico, el reino de los atálidas se convirtió en una provincia de Asia, con Pérgamo como ciudad libre.

El último desafío serio a los romanos provino del rey Mitrídates VI (120-63) del Ponto, en el noreste de Asia Menor. Durante la primera guerra mitridática de Roma (89-85), ordenó la matanza de los romanos e italianos establecidos en la provincia de Asia. Atenas figuraba entre sus partidarios, por lo que fue sitiada, y Mitrídates fue derrotado, pero Lucio Cornelio Sila le permitió vivir en el Ponto. Finalmente, durante la tercera guerra mitridática (73-63), Cneo Pompeyo, conocido como Pompeyo «el Grande», derrotó a Mitrídates y le obligó a suicidarse (supuestamente pidiendo a un guardaespaldas que lo matara, ya que se había vuelto inmune al veneno). El reino seléucida también tocó a su fin cuando Pompeyo se negó a reconocer a ninguno de los pretendientes del momento, y el este de Asia Menor y el levante mediterráneo se convirtieron en una mezcla de provincias y reinos vasallos. Jerusalén fue tomada, pero a una Judea debilitada se le permitió continuar bajo el control de un sumo sacerdote asmoneo. Más hacia el este, Partia había

controlado de manera firme Mesopotamia y las provincias más allá de esta desde la década de 120, y en Armenia, entre el mar Negro y Mesopotamia, Tigranes II (*c.* 95-56) era muy poderoso y ambicioso. Pompeyo dejó a Tigranes como gobernante vasallo y, en la práctica, permitió que los partos controlaran Mesopotamia, aunque se negó a reconocer al rey de estos como rey de reyes. Durante mucho tiempo, la política de Roma en el este se centró en Armenia y Partia.

En torno a 101, en Egipto, Cirene y Chipre gobernaban tres miembros diferentes de la belicosa dinastía ptolemaica.[2] Cirene fue legada a Roma cuando murió su último gobernante en 96 y organizada como provincia en 75/4. Chipre fue anexionada en 58 y su gobernante se suicidó. En Egipto, Ptolomeo XI, el último descendiente legítimo de Ptolomeo I, fue puesto en el cargo por Sila en 80 con la condición de que legase su reino a Roma y casi de inmediato asesinó a la mujer con la que le habían obligado a casarse y fue linchado a continuación. Roma no reclamó inmediatamente el legado, sino que acabó reconociendo al pretendiente al trono, que se convirtió en Ptolomeo XII (conocido como Auletes, «el Flautista», su hermano fue el último gobernante de Chipre). Cuando murió en 51, le sucedió su hija Cleopatra VII. Esta cautivó primero a Julio César en 48/7, con quien tuvo un hijo, y después, a partir del año 41, al adversario de Octavio, Marco Antonio, con quien tuvo tres hijos. Tras la derrota de Marco Antonio por Octavio, se suicidó en el año 30 y Egipto pasó a ser una posesión especial de los emperadores romanos. Del mismo modo, Acaya se convirtió en una provincia en 27.

Mitrídates brindó a los griegos su última oportunidad de elegir entre Roma y una alternativa, pero en las guerras civiles romanas los griegos tuvieron que elegir entre los contendientes por el poder en Roma y Grecia acabó atrapada en los

combates. En el año 48, César derrotó a Pompeyo en Farsalia, Tesalia; en 42, Octavio Augusto y Marco Antonio derrotaron a los asesinos de César, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, en Filipos, Tracia; en 31, Octavio derrotó a Marco Antonio en Accio, situada en la entrada del golfo de Ambracia, en el noroeste de Grecia. A partir de entonces no habría alternativa a Roma ni a su emperador, y las ciudades griegas ya no tuvieron margen para tener una política «exterior». Sin embargo, siguieron siendo municipios autónomos, con diferentes estatutos oficiales que reflejaban diversos niveles de estima oficial más que su poder real, y en los que intervenían funcionarios romanos, a menudo más porque lo solicitaban que porque los funcionarios insistieran en ello.

Pero «la Grecia cautiva conquistó a su fiero conquistador e introdujo las artes en el agreste Lazio», como escribió el poeta romano Horacio.[3] El griego siguió siendo la lengua franca de la parte oriental del imperio romano. La clase alta romana aprendía el griego, y la religión romana (que asimilaba los dioses romanos a sus homólogos griegos), la literatura, la filosofía, la arquitectura y las artes visuales se basaban en modelos griegos. Los romanos, al afirmar que Roma o un precedente de la misma había sido fundada por Eneas, un troyano que había escapado de Troya cuando la destruyeron los griegos, incluso vinculaban su propio origen con el pasado legendario de los griegos. Entre los emperadores, Nerón en el siglo I d. C. y Adriano en el siglo II fueron particularmente entusiastas de Grecia (simbolizado en el caso de Adriano por el hecho de que llevara barba, habitual entre los griegos pero no entre los romanos). Desde finales del siglo I hasta principios del siglo III hubo un resurgimiento general del orgullo y la cultura griegos, simbolizado por el florecimiento de la retórica en el movimiento denominado «Segunda Sofística».

En el año 293, el emperador Diocleciano dotó al imperio romano de una nueva estructura, con dos emperadores augustos de mayor rango y dos césares de menor rango, lo que propició el comienzo de una división del imperio en una mitad occidental y otra mitad oriental. Constantino reunificó el imperio, pero en 324 refundó Bizancio como Constantinopla y en sus últimos años gobernó desde allí. A finales del siglo IV había una distinción cada vez más acusada entre Occidente y Oriente, y, en un mundo por entonces dominado por el cristianismo, esta se vio reforzada por la distinción entre la iglesia oriental y la occidental. El imperio de Occidente cayó en manos de los invasores del norte en el siglo V (fechas simbólicas son el saqueo de Roma en 410 y el derrocamiento del último emperador de Occidente en 476), pero el imperio de Oriente pervivió durante otros mil años, hasta que los turcos otomanos conquistaron Constantinopla en 1453. Los monjes que huyeron de allí contribuyeron a suscitar un nuevo interés por la cultura griega en una Europa occidental cuya herencia había sido más romana que griega. En los siglos XVI y XVII, los otomanos avanzaron hacia el sureste de Europa y llegaron hasta Viena, pero sus dos intentos de tomarla fracasaron y comenzaron a replegarse.

La guerra de la independencia griega (1821-1830), apoyada por Europa occidental, que estaba deseosa de rescatar a Grecia para Europa y para la cristiandad, dio lugar a la creación de un estado griego (en el sur de la parte continental, que se fue expandiendo paulatinamente hasta que en 1919, tras la primera guerra mundial, se desmanteló el imperio otomano y Grecia llegaba casi hasta Constantinopla/Estambul y las aguas entre el Egeo y el mar Negro. Asimismo se le concedió un amplio enclave en el oeste de Asia Menor en torno a Esmirna/Izmir. Sin embargo, después de que Turquía derrotara a Grecia en la guerra de 1922, se produjo un drástico

intercambio de poblaciones, de modo que Turquía tiene ahora una mayor posición estratégica en Europa, mientras que Grecia ya no conserva ningún territorio en el continente asiático salvo las islas del Egeo cercanas a la costa asiática. Estambul es una variante del nombre Constantinopla y los viajeros que pasen por el aeropuerto de Atenas verán que Constantinopla sigue siendo el nombre griego de esta ciudad.

LECTURAS ADICIONALES

Otras historias breves y recientes de la antigua Grecia son P. Cartledge, *Ancient Greece: A Very Short Introduction* (Oxford University Press, 2011), que selecciona once ciudades como características de Grecia en once momentos diferentes y fue publicada originalmente como *Ancient Greece: A History in Eleven Cities* (Oxford University Press, 2009); y R. Osborne, *Greek History* (Routledge, 2004). Una historia más prolija en un único tomo es V. Parker, *A History of Greece: 1300-30 bc* (véase el siguiente párrafo). R. Osborne (ed.), *Classical Greece Short Oxford History of Europe* (Oxford University Press, 2000) se limita al Período Clásico y se centra en una serie de temas tratados por diferentes autores. Otro libro temático, en el que en los temas se intercala un repaso histórico al margen de la secuencia de los capítulos numerados es P. Cartledge (ed.), *The Cambridge Illustrated History of Ancient Greece* (Cambridge University Press, 1998; corregido en 2002).

Para quienes estén interesados en un análisis detallado, existen tres colecciones sobre el mundo antiguo en general que incluyen volúmenes sobre los griegos. *The Fontana History of the Ancient World* (ahora Londres, Fontana Press) incluye O. Murray, *Early Greece* (1980; 2.ª ed., 1993); J. K. Davies, *Democracy and Classical Greece* (1978; 2.ª ed., 1993); F. W. Walbank, *The Hellenistic World* (1981; 2.ª ed., 1993). *The Routledge* (originalmente Methuen) *History of the Ancient World* (Routledge) incluye R. Osborne, *Greece in the Making, 1200-479 bc* (1996; 2.ª ed., 2009); S. Hornblower, *The Greek World, 479-323 bc* (1983; 4.ª ed., 2011); G. Shipley, *The Greek World after Alexander, 323-30 bc* (2000). *The Blackwell History of the Ancient World* (ahora Chichester, Wiley-Blackwell) incluye J. M. Hall, *A History of the Archaic Greek World, c. 1200-479 bc* (2007; 2.ª ed., 2013); P. J. Rhodes, *A History of the Classical Greek World, 478-323 bc* (2005; 2.ª ed., 2010); R. M. Errington, *A History of the Hellenistic World, 323-30 bc* (2008); y también un resumen, V. Parker, *A History of Greece, 1300-30 bc* (2014). Quienes desean profundizar en temas concretos encontrarán más referencias bibliográficas en ellas.

La enciclopedia del mundo grecorromano mejor documentada y en un único volumen es S. Hornblower y A. J. S. Spawforth con E. Eidinow (eds.), *The Oxford Classical Dictionary* (Oxford University Press, 4.ª ed., 2012, [hay trad. cast.: *Diccionario del mundo clásico*, Crítica, 2002]). El atlas más grande y exhaustivo del mundo grecorromano, que se limita austeramente a mapas topográficos de regiones más o menos grandes, es R. J. A. Talbert (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World* (Princeton University Press, 2000); un atlas más pequeño, pero que incluye mapas centrados en temas, batallas y períodos concretos, es N. G. L. Hammond (ed.), *Atlas of the Greek and Roman World in Antiquity* (Park Ridge, New Jersey, Noyes, 1981).

GLOSARIO

anfictionía «Liga de vecinos», en particular la anfictionía responsable del santuario y los festivales de Delfos.

arconte «Gobernante»: término general para designar a un magistrado; Atenas, en concreto, tenía un grupo de nueve arcontes, a uno de los cuales se le denominaba arconte.

Areópago: «Colina de Ares»: en Atenas, el consejo que se reunía allí, formado por antiguos arcontes.

aristocracia: *Aristokratia*, «gobierno de los mejores»: un término favorable utilizado para designar a los regímenes que no eran democráticos, sino que otorgaban más poder a quienes consideraban que tenían más derecho.

asamblea *Ekklesia* u otros términos: una reunión abierta a todos los ciudadanos; en la mayoría de las ciudades, el órgano que tomaba la última decisión; en Esparta y en general, en Atenas.

basileus «Rey»; título utilizado por los gobernantes del Período Helenístico; en algunos lugares, incluida Atenas (donde era uno de los nueve arcontes), se mantuvo como título de un magistrado designado.

batallón sagrado *Hieros lochos*, cuerpo de élite de los soldados-ciudadanos profesionales de Tebas después de 379.

consejo *Boule*: un órgano representativo en una *polis*, que normalmente colaboraba con la asamblea en la toma de decisiones y tenía competencias administrativas; en Esparta, la gerusía; en Atenas, el Consejo de los Quinientos (más numerosos en el Período Helenístico).

deme (Un uso particular de *demos*). En algunos lugares, incluida Atenas, una comunidad local dentro de la polis.

democracia *Demokratia*, «poder del pueblo»: usado para designar a regímenes en los que todos los hombres libres de origen local compartían el poder político.

demos «Pueblo»: utilizado para referirse a todo el conjunto de ciudadanos o a los no privilegiados frente a los privilegiados.

éforos *Ephoroi*, «supervisores»: los cinco magistrados civiles principales de Esparta, elegidos anualmente.

eisphora «Pago»: en Atenas, el nombre de un impuesto sobre la propiedad gravado a los ricos.

falange Formación en masa de infantería.

gerusía *Gerousia*, «consejo de ancianos»: en Esparta, el consejo principal de la ciudad.

hoplitas *Hoplitai*: infantería pesada.

ilotas *Heilotai*, «cautivos» o quizá «esclavos»: una clase servil en Esparta.

Liga Aquea Alianza regional centrada en Acaya, en el norte del Peloponeso, e importante en el Período Helenístico.

Liga de Corinto Alianza formada por Filipo II de Macedonia después de 338.

Liga de Delos Alianza forjada por Atenas en el siglo V.

Liga del Peloponeso Alianza forjada por Esparta desde el siglo VI.

Liga Etolia Alianza regional centrada en Etolia, en el noroeste de Grecia, e importante en el Período Helenístico.

liturgia *Leitourgia*, «trabajo para el pueblo»: en Atenas, servicios públicos que estaban obligados a realizar los ricos corriendo con los gastos; en especial la *choregia* (responsabilizarse de un grupo de artistas en un festival) y la *trierarchia*, (responsabilizarse de un navío de la armada).

metecos *Metoikoi*, «migrantes» o «los que viven con»: término utilizado en Atenas y en otros lugares para designar a hombres libres de origen no local que no eran ciudadanos.

oligarquía *Oligarchia*: «gobierno de unos pocos»: término desfavorable usado para designar a los regímenes que no eran democráticos, sino que otorgaban más poder a quienes consideraban que tenían más derecho.

ostracismo *Ostrakismos*: proceso en Atenas en el que los ciudadanos, mediante la escritura de un nombre en un fragmento de cerámica (*ostrakon*), tenían la oportunidad de votar cada año para enviar a un hombre al exilio durante diez años.

periecos *Perioikoi* «los que viven alrededor»: término utilizado en Esparta y en otros lugares para referirse a personas locales que dependían de una polis pero no eran ciudadanos de la misma.

phratria «Hermandad»: grupo de parentesco dentro de una polis.

phyle «Tribu»: grupo grande de parentesco dentro de una polis.

polis «Ciudad»: se usaba especialmente para designar a una ciudad organizada como una ciudad-estado.

pritanos *Prytaneis* «presidentes», utilizado especialmente en Atenas para designar a los cincuenta representantes de una tribu en el consejo, que formaban el comité permanente del consejo durante una parte del año.

proedroi «Presidentes»: un consejo ateniense que *c.* 380 heredó de los pritanos la obligación de presidir el consejo y la asamblea.

Segunda Liga de Atenas Alianza forjada por Atenas en el siglo IV.

tritía Una «tercera parte» de una tribu en Atenas.

tirano *Tyrannos*: un hombre que usurpaba el poder en una ciudad.

trirreme *Trieres*: un navío de guerra con tres bancos de remos, la nave de guerra estándar desde finales del siglo VI hasta principios del siglo IV. Sobre los cuatrirremes y quinquerremes del siglo IV.



PETER JOHN RHODES (10 agosto de 1940), normalmente citado como P. J. Rhodes, es un académico e historiador británico. Profesor emérito de Historia antigua en la Universidad de Durham. Se ha especializado en política griega antigua e instituciones políticas.

Entre sus obras más destacadas se puede encontrar: *The Athenian Empire* (1985, revisada en 1993); *The Greek City States* (1986, revisada en 2007); *The Decrees of the Greek States* (1997); *A History of the Classical Greek World, 478-323 B. C.* (2005) y *La antigua Grecia* (2014).

Notas

[1] P. ej., Tucíd. I, 1-21. <<

[2] P. ej., Arist. *Pol.* VII, 1327 b 20-33. <<

[3] Véase capítulo 3. <<

[4] Hdto. VIII, 144.ii. <<

[5] Véase capítulo 2. <<

[1] Más información en el apartado «El imperio ateniense» del capítulo 5. <<

[2] Tucíd. II, 2.i fecha el comienzo de la guerra del Peloponeso en los sistemas de tres ciudades. <<

[3] Tucíd. I, 89-118.ii. <<

[4] Tucíd. I, 1-21, 23.i. <<

[5] Más información en el apartado «La Atenas democrática» del capítulo 5. <<

[6] Más información en el apartado «Esparta» del capítulo 3. <<

[7] Más información en el capítulo 3 y en el capítulo 8. <<

[8] Más información en el apartado «Esparta» del capítulo 3. <<

[9] Más información en el apartado «Atenas» del capítulo 3. <<

[10] Más información en el capítulo 3. <<

[11] La expansión de Atenas en el Ática fue probablemente un ejemplo a gran escala de ello: más información en el apartado «Atenas» del capítulo 3. <<

[12] Como aquellos a los que se consideraba que no tenían derecho a una parte de las tierras conquistadas de Esparta: más información en el capítulo 3. <<

[13] Hdto. IV, 152. <<

[14] Más información en el Prólogo. <<

[15] Fornara 24. <<

[16] Más información en el capítulo 3. <<

[17] P. ej., la historia de la fundación de Cirene en Hdto. IV, 150-158. <<

[18] Tucíd. I. 13, i. <<

[19] Véanse los lamentos del poeta Teognis de Mégara, 53-68, 183-192. <<

[20] Arist. *Pol.* IV, 1297 b 16-24. <<

[21] Hdto. V, 68. <<

[22] Más información en el Prólogo. <<

[23] Fornara 11. <<

[24] Más información en las páginas finales del capítulo 2. <<

[25] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 3. <<

[26] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 7. <<

[27] Tucíd. I, 13. ii-iii. <<

[28] Cf. el Moisés judío: *Éxodo* i.7-ii.10. <<

[29] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 3. <<

[30] Más información en el capítulo 2. <<

[31] Hdto. V, 68. <<

[32] Más información en las páginas finales del capítulo 2. <<

[33] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[34] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[35] Hdto. III, 125.ii; sobre Siracusa, véanse pp. 80, 103-104. <<

[36] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[37] Tucíd. I. 18. i. <<

[38] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[39] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[40] Más información en el Prólogo. <<

[41] Véanse capítulo 3, capítulo 5 y capítulo 8. <<

[42] Fornara 140: cf. capítulo 5, n. 16. <<

[1] Cf. Tucíd. I, 10.ii. <<

[2] Más información en capítulo 2. <<

[3] Plut. *Lic*. 6. <<

[4] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 8. <<

[5] Fornara 39.B; cf. p. 48. <<

[6] Más información en capítulo 4. <<

[7] Más información en capítulo 4. <<

[8] Más información en capítulo 2. <<

[9] Más información en capítulo 2. <<

[10] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 3. <<

[11] Más información en capítulo 3 y capítulo 4. <<

[12] Más información en capítulo 4. <<

[13] Hdto. V, 42.i, 48. <<

[14] Más información en capítulo 4. <<

[15] Solón fr. 4a (West) *ap. Ath. Pol.* 5.ii. <<

[16] Más información en capítulo 7. <<

[17] Más información en el apartado «LA TIRANÍA» del capítulo 2. <<

[18] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6. <<

[19] Solón frs. 5-6 (West) *ap. Ath. Pol.* 12, i-ii. <<

[20] Solón frs. 34, 36, 37 (West) *ap. Ath. Pol.* 12, iii-v. <<

[21] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[22] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[23] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[24] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[25] Más información en capítulo 3. <<

[26] Tucíd. I, 20.ii, VI, 54-58. <<

[27] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2 y en el apartado «Esparta» del capítulo 3. <<

[28] Más información en capítulo 2. <<

[29] *Ath. Pol.* 21.ii. <<

[30] Más información en el apartado «La Atenas democrática» del capítulo 5. <<

[31] Más información en las páginas iniciales del capítulo 3. <<

[32] Más información en el apartado «Atenas» del capítulo 3. <<

[33] Más información en el capítulo 3 y en el capítulo 4. <<

[34] Más información en capítulo 3. <<

[35] *Ath. Pol.* 22.vi. <<

[1] Más información en capítulo 2. <<

[2] Más información en capítulo 4. <<

[3] Probablemente se le aplicó la palabra «tirano» antes de que fuera adoptada por los griegos: más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[4] Más información en el Prólogo. <<

[5] Más información en capítulo 3. <<

[6] Hdto. III, 80-3 cf. VI, 43.iii. <<

[7] P. ej., A. Kuhrt, *The Persian Empire* (Londres, Routledge, 2007), i. 141-157 = capítulo 5, n.º 1. <<

[8] Behistún (n. 7) §70. <<

[9] Más información en el apartado «La tiranía» del capítulo 2. <<

[10] Behistún (n. 7) §§74-5. <<

[11] Más información en el apartado «Atenas» del capítulo 3. <<

[12] Hdto. IV, 98, 133, 136.iii-142. <<

[13] Hdto. III, 129-138. <<

[14] Más información en capítulo 3. <<

[15] Más información en capítulo 3. <<

[16] Más información en capítulo 3. <<

[17] Más información en capítulo 3. <<

[18] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[19] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[20] Más información en capítulo 5. <<

[21] Más información en capítulo 3: el propósito aparente era derrotar a Egina. <<

[22] Más información en el apartado «ESPARTA Y EL PELOPONESO» del capítulo 5. <<

[23] Más información en el apartado «EL SUR Y EL OESTE» del capítulo 5. <<

[24] Más información en el apartado «EL SUR Y EL OESTE» del capítulo 5. <<

[25] Más información en capítulo 4. <<

[26] Esq. *Pers*. 353-471. <<

[27] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[28] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[29] Hdto. VII, 139. <<

[1] Tucíd. I, 89-118.ii; sobre las causas de la guerra del Peloponeso, véanse pp. 101-109. <<

[2] Sobre Tucíd., Diodoro y Plut., cf. p. 34. <<

[3] Más información en Mapas. <<

[4] Atenas no diferenció entre las dos hasta el siglo IV: más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<

[5] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<

[6] Más información en el apartado «EL SUR Y EL OESTE» del capítulo 5. <<

[7] Más información en capítulo 4. <<

[8] Más información en capítulo 3. <<

[9] Más información en las páginas finales del capítulo 2. <<

[10] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[11] Más información en las páginas finales del capítulo 3 y en las páginas iniciales del capítulo 4. <<

[12] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[13] Más información en el capítulo 3. <<

[14] Traducido de Fornara 95. <<

[15] Más información en el capítulo 8. <<

[16] Sobre los misterios de Eleusis, más información en las páginas finales del capítulo 2. <<

[17] Plut. *Per*. 17. <<

[18] Plut. *Per*. 12-14. <<

[19] Más información en el final del capítulo 2. <<

[20] Fornara 97. <<

[21] Fornara 128, 34-41. <<

[22] El resentimiento de los aliados: p. ej., Tucíd. I, 75. <<

[23] Más información en el capítulo 3. <<

[24] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[25] Más información en el capítulo 5. <<

[26] Más información en el apartado «ESPARTA Y EL PELOPONESO» del capítulo 5. <<

[27] Más información en el capítulo 5. <<

[28] Más información en el capítulo 5. <<

[29] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 3. <<

[30] Más información en las páginas finales del capítulo 3. <<

[31] Más información en los nombrados por Pisístrato: capítulo 3. <<

[32] Sobre el pago en la asamblea, véase capítulo 8. <<

[33] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[34] Más información en el capítulo 4. <<

[35] Más información en el capítulo 5. <<

[36] Más información en el capítulo 5. <<

[37] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 3. <<

[38] Más información en el capítulo 3. <<

[39] Más información en el capítulo 3. <<

[40] Más información en el capítulo 3. <<

[41] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 9. <<

[42] Sobre Pericles como *corego* de las tragedias de Esquilo: más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[43] Más información en el capítulo 3. <<

[44] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[45] Tucíd. II, 65.ix. <<

[46] Más información en el inicio del capítulo 3. <<

[47] Más información en el capítulo 4. <<

[48] Más información en el inicio del capítulo 5. <<

[49] Más información en el capítulo 3. <<

[50] Más información en el capítulo 4. <<

[51] Más información en el capítulo 3. <<

[52] Más información en el capítulo 2. <<

[53] Más información en el capítulo 5. <<

[54] Más información en el capítulo 5. <<

[55] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 8. <<

[56] Más información en el capítulo 5. <<

[57] Más información en el capítulo 5. <<

[58] Más información en el capítulo 5. <<

[59] Más información en el capítulo 5. <<

[60] Más información en el capítulo 5. <<

[61] Hom. *Il.* II, 649. <<

[62] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 3. <<

[63] Extractos de Fornara 88. <<

[64] Hdto. VII, 169-171. <<

[65] Fornara 89. <<

[66] Más información en el capítulo 2. <<

[67] Pínd. *Pít.* ix. <<

[68] Pínd. *Pít.* iv, v. <<

[69] Más información en el capítulo 5. <<

[70] Más información en el apartado «TRAS LA PAZ DE NICIAS», 421-413 del capítulo 6. <<

[71] Más información en el apartado «ESPARTA Y EL PELOPONESO» del capítulo 5. <<

[72] Más información en el capítulo 2. <<

[73] Más información en el capítulo 4. <<

[74] Más información en el capítulo 2. <<

[75] Más información en el capítulo 5. <<

[76] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[77] Más información en el capítulo 2. <<

[1] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[2] Más información en el capítulo 2 y en el capítulo 5. <<

[3] Tucíd. I, 23.IV-VI junto con el resto del libro I; sobre la Pentecontecia, cf. p. 87. <<

[4] Más información en el capítulo 2. <<

[5] Sobre la paz de los Treinta Años, más información en el capítulo 2. <<

[6] Tucíd. I,24-55. <<

[7] Tucíd. I, 56-66. <<

[8] Más información en el capítulo 5. <<

[9] Más información en el capítulo 5. <<

[10] Cf. Tucíd. I, 67-88. <<

[11] Tucíd. I. 118.III-146; sobre la maldición, cf. p. 62. <<

[12] Más información en el capítulo 3. <<

[13] Tucíd. II, 2-6. <<

[14] Tucíd. I, 44. II. <<

[15] Fornara 119. <<

[16] Fornara 124.5; cf. p. 105. <<

[17] Más información en el capítulo 3. <<

[18] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[19] Extractos de Fornara 136. <<

[20] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[21] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6. <<

[22] Más información en el apartado «ESPARTA Y EL PELOPONESO» del capítulo 5. <<

[23] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[24] Más información en el apartado «ESPARTA Y EL PELOPONESO» del capítulo 5. <<

[25] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6. <<

[26] Más información en el capítulo 2 y en el capítulo 5. <<

[27] Más información en el capítulo 8 y en el capítulo 9. <<

[28] Más información en el capítulo 5; fue llamado del exilio en 427-426. <<

[29] Más información en las páginas finales del capítulo 5 y en las páginas iniciales del capítulo 6. <<

[30] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[31] Más información en el capítulo 5. <<

[32] Tucíd. V, 84-116. <<

[33] Cf. p. 221 de Tucídides con n. 19. <<

[34] Fornara 132; se ha añadido un segundo fragmento desde que se publicó esta colección. <<

[35] Más información en el capítulo 5. <<

[36] Tucíd. V, 83. II. <<

[37] Sobre Sicilia durante las décadas de 430-420, véase capítulo 6. <<

[38] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[39] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6. <<

[40] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 8. <<

[41] Más información en el apartado «Atenas durante la guerra» del capítulo 6. <<

[42] Más información en el apartado «Los orígenes» del capítulo 6. <<

[43] Más información en el apartado «Los orígenes» del capítulo 6. <<

[44] Más información en las páginas finales del capítulo 6. <<

[45] Más información en las páginas finales del capítulo 6. <<

[46] Más información en el capítulo 6. <<

[47] Sobre las repercusiones políticas, véase p. 165. <<

[48] Más información en el apartado «Atenas durante la guerra» del capítulo 6. <<

[49] Más información en el apartado «La guerra arquidámica, 431-421» del capítulo 6. <<

[50] Tucíd. II, 65; cf. pp. 77-78. <<

[51] Es probable que fuese responsable del exilio de Tucídides: más información en el apartado «La guerra arquidámica, 431-421» del capítulo 6. <<

[52] Más información en el apartado «La guerra arquidámica, 431-421» del capítulo 6. <<

[53] Tucíd. IV, 27-8. <<

[54] Más información en el apartado «La guerra arquidámica, 431-421» del capítulo 6. <<

[55] Más información en el apartado «Tras la paz de Nicias, 421-413» del capítulo 6. <<

[56] Más información en el apartado «Tras la paz de Nicias, 421-413» del capítulo 6. <<

[57] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[58] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[59] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[60] Probablemente se trate de una persona diferente a Antifonte el Sofista; sobre este, véase el apartado «La vida cultural» del capítulo 7. <<

[61] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[62] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[63] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo

6. <<

[64] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[65] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<

[1] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 3. <<

[2] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[3] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 3. <<

[4] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 3. <<

[5] Más información en el capítulo 3. <<

[6] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6. <<

[7] Más información en el Prólogo y en el apartado «DIOSES, SANTUARIOS Y FESTIVALES» del capítulo 2. <<

[8] Asclepio, *Inscriptiones Graecae* ii^2 4960; Bendis, Pl. *Resp*. I, 327a-328a. <<

[9] Más información en las páginas finales del capítulo 2. <<

[10] Cf. p. 27. <<

[11] Más información en las páginas iniciales del capítulo 2. <<

[12] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6, en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6 y en el apartado «LA INESTABILIDAD EN EL MUNDO GRIEGO» del capítulo 8; también escribió sobre muchos otros temas, como *Los ingresos*, en el apartado «ATENAS» del capítulo 9. <<

[13] Más información en el capítulo 2. <<

[14] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[15] Más información en el apartado «ATENAS DURANTE LA GUERRA» del capítulo 6. <<

[16] Sobre el orador, véase final del capítulo 6 e inicio del capítulo 7. <<

[17] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<

[18] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8 y en el apartado «EL OESTE» del capítulo 9. <<

[19] Más información en el apartado «LA TIRANÍA» del capítulo 2. <<

[20] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[21] Más información en el capítulo 5. <<

[22] Más información en el apartado «PERSIA» del capítulo 9. <<

[23] Más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6 y en el apartado «FILIPO II, 359-336» del capítulo 9. <<

[1] Sobre Jen, más información en el apartado «LOS ORÍGENES» del capítulo 6; sobre Diodoro y Plut., más información en el capítulo 2. <<

[2] Sobre los Treinta, véase el apartado «Atenas» del capítulo 8. <<

[3] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[4] Más información en el apartado «Esparta» del capítulo 8. <<

[5] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[6] Más información en el capítulo 5. <<

[7] Más información en el capítulo 3. <<

[8] Más información en el apartado «Atenas» del capítulo 8. <<

[9] Harding 31. <<

[10] Isóc. IV, *Panegírico* 117-20: cf. p. 91. <<

[11] Más información en el apartado «Esparta y el Peloponeso» del capítulo 5. <<

[12] Harding 35. <<

[13] Más información en el capítulo 5. <<

[14] Más información en el capítulo 8. <<

[15] Más información en el capítulo 8. <<

[16] Más información en el capítulo 8. <<

[17] Harding 53, 35-final. <<

[18] Más información en el capítulo 5. <<

[19] Más información en el capítulo 6. <<

[20] Más información en el capítulo 8. <<

[21] Harding 35, 12-15 contr. 9-12. <<

[22] Jen. *Hel.* VII, v. 26-27. <<

[23] Más información en el apartado «Persia» del capítulo 9. <<

[24] Más información en el capítulo 8. <<

[25] Más información en el apartado «Persia» del capítulo 9. <<

[26] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[27] Más información en el apartado «Atenas» del capítulo 8. <<

[28] Más información en el apartado «El final de la guerra (413-404)» del capítulo 6. <<

[29] Más información en el capítulo 8. <<

[30] Más información en el capítulo 8. <<

[31] Más información en el apartado «La Atenas democrática» del capítulo 5. <<

[32] Más información en el apartado «Esparta y el Peloponeso» del capítulo 5. <<

[33] Más información en las páginas finales del capítulo 6. <<

[34] Más información en el capítulo 7. <<

[35] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[36] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[37] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[38] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 3. <<

[39] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[40] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[41] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 9. <<

[42] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<

[43] Más información en el capítulo 8. <<

[44] Más información en el apartado «LA VIDA CULTURAL» del capítulo 7. <<

[45] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<

[46] Lis. XXVI. *Evandro* es un discurso contra Evandro. <<

[47] Más información en el apartado «TRAS LA PAZ DE NICIAS», 421-413 del capítulo 6. <<

[48] Más información en el apartado «EL SUR Y EL OESTE» del capítulo 5. <<

[49] Más información en el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12. <<

[50] Sobre las trirremes, véanse el apartado «LA TIRANÍA» del capítulo 2. <<

[51] Más información en el apartado «EL SUR Y EL OESTE» del capítulo 5. <<

[1] Tucíd. IV, 124 i, 125.i. <<

[2] Más información en el capítulo 4. <<

[3] Más información en el capítulo 6. <<

[4] Más información en el apartado «TRAS LA PAZ DE NICIAS», 421-413 del capítulo 6. <<

[5] Más información en el capítulo 8. <<

[6] Sobre Diodoro: más información en el capítulo 2, en el capítulo 5, en el capítulo 6 y en el capítulo 8. Justino I-VI, sobre la historia griega y persa anterior, añade poco a lo que ya aportan otras fuentes. <<

[7] Más información en el capítulo 8. <<

[8] Más información en el capítulo 8. <<

[9] Sobre Mausolo, más información en el apartado «PERSIA» del capítulo 9. <<

[10] Más información en el apartado «DIOSES, SANTUARIOS Y FESTIVALES» del capítulo 2. <<

[11] Más información en el capítulo 9. <<

[12] Sobre Persia y Egipto, más información en el apartado «PERSIA» del capítulo 9.

<<
[13] Más información en el capítulo 9. <<
[14] Más información en el capítulo 9. <<
[15] Más información en el capítulo 10 y en el capítulo 11. <<
[16] Más información en el capítulo 9. <<
[17] Más información en el capítulo 9. <<
[18] Más información en el apartado «EL FINAL DE LA GUERRA (413-404)» del capítulo 6. <<
[19] Más información en el capítulo 9. <<
[20] Más información en el capítulo 10. <<
[21] Más información en el capítulo 9. <<
[22] Más información en el capítulo 10. <<
[23] Plaut. *Mostell.* 775. <<
[24] Más información en el capítulo 7. <<
[25] Más información en el apartado «ESPARTA» del capítulo 8. <<
[26] Más información en el capítulo 9. <<
[27] Más información en el capítulo 8. <<
[28] Más información en el capítulo 5. <<
[29] Más información en el apartado «EL OESTE» del capítulo 8. <<
[30] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<
[31] Más información en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<
[32] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo y en el apartado «LA ATENAS DEMOCRÁTICA» del capítulo 5. <<
[33] Harding 101. <<
[34] Más información en las páginas iniciales del capítulo 8. <<
[35] Más información en las páginas finales del capítulo 8. <<
[36] Más información en las páginas finales del capítulo 8. <<
[1] Más información en el capítulo 2, en el capítulo 5, en el capítulo 6, en el capítulo 8 y en el capítulo 9. <<
[2] Más información en el capítulo 9. <<
[3] Más información en el capítulo 2. <<
[4] Más información en el capítulo 2. <<
[5] Más información en el apartado «LA VIDA CULTURAL» del capítulo 7 y en el apartado «LA VIDA CULTURAL» del capítulo 11. <<
[6] Más información en el capítulo 9. <<
[7] Más información en el apartado «ALEJANDRO III, 336-323» del capítulo 9. <<

[8] Más información en el apartado «ALEJANDRO III, 336-323» del capítulo 9. <<

[9] Sobre Ptolomeo, cf. p. 169. <<

[10] Diod. Síc. XVIII, 4.i-vi. <<

[11] Más información en el capítulo 9. <<

[12] Más información en el capítulo 9. <<

[13] Sobre Atenas en este período, más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 10. <<

[14] Más información en el capítulo 9. <<

[15] Sobre la nueva constitución moderadamente oligárquica de Ptolomeo para Cirene, véase Harding 126 = Austin^2 29. <<

[16] Diod. Síc. XVIII, 55-56. <<

[17] Más información en el capítulo 9. <<

[18] Cf. sobre Filipos, p. 162, sobre las diferentes Alejandrías, pp. 170, 172. <<

[19] Más información en el apartado «ALEJANDRO III, 336-323» del capítulo 9. <<

[20] Harding 132. <<

[21] Más información en el apartado «DISPUTAS POR LOS CARGOS, 323-301» del capítulo 10. <<

[22] Más información en el apartado «LA VIDA CULTURAL» del capítulo 11. <<

[23] Más información en el apartado «ALEJANDRO III, 336-323» del capítulo 9. <<

[24] Austin^2 39. <<

[25] Diod. Síc. XX, 46.ii, Plut. *Demetr*. 10, iii-vi, cf. Harding 137 y el himno de 291, *Ath*. VI. 253 b-f (Burstein 7 = Austin^2 43). <<

[26] Diod. Síc. XX, 100 iii-iv. <<

[27] Harding 136. <<

[28] Burstein 92 = Austin^2 256. <<

[29] La estela de Mendes: traducción en S. Birch (ed.), *Records of the Past*, viii (Londres, Bagster for Society for Biblical Archaeology, 1876), 91-102, disponible online en (verificado el 9 de julio de 2014) y sobre el culto de Arsínoe asimilada a Afrodita, cf. Burstein 93 = Austin^2 295, Burstein 94 cf. Austin^2 296. <<

[30] Alejandría, *Elephantine-Papyri* 2 (ni en Burstein ni Austin^2); templos egipcios, p. ej., la piedra Roseta, Burstein 103 = Austin^2 283. <<

[31] Atestiguado por primera vez en Esmirna en 195: Tác. *An*. IV, 56. <<

[32] Harding 138; sobre la Liga de Corinto de Filipo, cf. p. 167; sobre Delos y los Insulares, cf. Harding 136, y sobre su liberación de Atenas, p. 193. <<

[33] Sobre Pirro, cf. pp. 194-195. <<

[34] Tras el final del texto que se ha conservado de Diodoro, la asignación de años a los arcontes atenienses ha sido problemática, aunque se están resolviendo las dificultades; menciono las fechas que parecen ser las correctas en el momento de su

escritura, pero nuevas pruebas podrían exigir nuevos cambios. <<

[35] Más información en las páginas finales del capítulo 9 y en las páginas iniciales del capítulo 10. <<

[36] Más información en el capítulo 9. <<

[37] Sobre la «constitución tradicional», más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 8. <<

[38] Más información en capítulo 5 y en capítulo 9. <<

[39] Sobre los efebos, más información en capítulo 9. <<

[40] *Inscriptiones Graecae* ii^2 457; versión citada en [Plut.] *Vidas de los diez oradores* 851 f-852 e: cf. pp. 155-7. (*Vidas de los diez oradores* está incluida en el vol. X de la edición de Loeb de *Moralia* de Plutarco). <<

[41] Citado en [Plut.] *Vidas de los diez oradores* 850 f - 851 c (fecha 847 d, donde Gorgias es una alteración de Urias). <<

[42] Citado en [Plut.] *Vidas de los diez oradores* 851 d-f. <<

[43] Burstein 11 = Austin^2 54. <<

[44] Burstein 55 = Austin^2 55. <<

[45] Más información en capítulo 12. <<

[46] *Inscriptiones Graecae* ii^2 682: parte traducida por M. J. Osborne, *Athens in the Third Century b.c.* (Atenas, Greek Epigraphic Society, 2012), 168-70. Varios párrafos fueron suprimidos cuando se eliminaron las menciones de los antigónidas en 200: cf. pp. 214-215. <<

[47] Más información en el capítulo 5 y en el capítulo 8. <<

[48] Más información en el capítulo 8. <<

[49] Más información en el apartado «EGIPTO Y ASIA» del capítulo 12. <<

[50] Más información en el capítulo 9. <<

[51] Existe una *Vida* de él de Plut. <<

[52] Sobre Agatocles, más información en el apartado «SICILIA» del capítulo 10. <<

[53] «Si vencemos a los romanos en otra batalla como esta, perecemos sin recurso» (Plut. *Pirro* 21, XIV). <<

[54] Más información en el apartado «SICILIA» del capítulo 10. <<

[55] Plut. *Pirro* 26, ii. <<

[56] Más información en el apartado «EL OESTE» del capítulo 9. <<

[57] Diod. Síc. XIX, 2-9. La narración de Diodoro se basa en Timeo, que fue desterrado por Agatocles y sentía gran hostilidad hacia él (cf. XXI, 17, i-iii). <<

[58] Fechas de una tabla cronológica grabadas en una tablilla, Crónica de Paros, B. 12, 14: Harding 1. A = Austin^2 1. <<

[1] Más información en el capítulo 9. <<

[2] Austin^2 65. <<

[3] Burstein 72. <<

[4] Claramente mostrado por Antíoco III y Esmirna: Livio XXXIII, 38.vi. <<

[5] Cf. p. 35. Los términos *isopoliteia* y *sympoliteia* no son usados de forma tan sistemática en los textos antiguos como por los especialistas modernos. <<

[6] Más información en las páginas iniciales del capítulo 12. <<

[7] Cf. las cleruquías atenienses del siglo V en el capítulo 5. <<

[8] P. ej. Austin^2 319, extractos de Burstein 101; Austin^2 315. <<

[9] Más información en el capítulo 10. <<

[10] Más información en el apartado «EGIPTO Y ASIA» del capítulo 12. <<

[11] P. ej. Burstein 21 = Austin^2 164, 12. <<

[12] Sobre los Períodos Arcaico y Clásico, véase el capítulo 7. <<

[13] Más información en el capítulo 10. <<

[14] Más información en el capítulo 10. <<

[15] *Carta de Aristeas*, traducida en R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament* (Oxford U. P., 1913), ii.83-122; cf. Josef. *A. J.* XII, 11-118. <<

[16] Más información en el capítulo 2 y en el capítulo 7. <<

[17] Más información en el capítulo 10, en el capítulo 11 y en el capítulo 12. <<

[18] Más información en el capítulo 8 y en el capítulo 9. <<

[19] Más información en el Prólogo. <<

[20] Tucíd. II, 28. <<

[21] El mecanismo de Anticitera, hallado en un antiguo pecio y expuesto ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas, era un complicado mecanismo que permitía realizar varios cálculos astronómicos. <<

[22] Más información en el capítulo 10 y en el capítulo 12. <<

[23] Más información en el capítulo 10. <<

[1] Tucíd. III, 94.iv-v; cf. sobre 322 Diod. Síc. XVIII, 24.ii. <<

[2] Harding 54. <<

[3] Más información en el capítulo 10. <<

[4] Más información en el capítulo 11. <<

[5] Paus. X, 20.ix. <<

[6] Más información en el capítulo 12. <<

[7] Más información en el capítulo 10. <<

[8] Austin^2 60. <<

[9] Hdto. I, 145. <<

[10] Jen. *Hel.* IV, vi.1. <<

[11] Polib. II, 41-43.iii. <<

[12] Más información en el apartado «GRECIA Y MACEDONIA HASTA 217» del

capítulo 12. <<

[13] Más información en el capítulo 10. <<

[14] Una breve descripción de Paus. III, 6, iv-vi; el decreto de Cremónides, Burstein 56 = Austin^2 61, cf. un decreto honrando al hermano de Cremónides, Austin^2 63; la capitulación de Atenas, Apolodoro (Burstein 58). Sobre Atenas después de la guerra, más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 12. <<

[15] Más información en el capítulo 8. <<

[16] Más información en el capítulo 3. <<

[17] Más información en el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12. <<

[18] Más información en el apartado «ATENAS» del capítulo 12. <<

[19] Sobre la falange macedonia, más información en el capítulo 9. <<

[20] Polib. V, 104.x. <<

[21] Más información en el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12. El plan original de Polibio había sido iniciar su historia con la guerra: I, 3.i-vi. <<

[22] Más información en el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12 y en la nota número 14 del capítulo 12. <<

[23] Burstein 58. <<

[24] Un general, Burstein 61; Demetr., Ath. IV. 167 f (*tesmotetes*, «el que fija los estatutos», solía ser el título de seis de los nueve arcontes). <<

[25] «Libertad» con las fechas; dos versiones de la *Crónica* de la historia mundial del obispo cristiano Eusebio (ni en Burstein ni en Austin^2); guarnición del Museo, Paus. III. 6, vi. <<

[26] Más información en el apartado «GRECIA Y MACEDONIA HASTA 217» del capítulo 12. <<

[27] Comentario de Polibio V, 106, vi-viii; decreto para Euriclides, Burstein 67 = Austin^2 74. <<

[28] Para un contexto más amplio desde 212 hasta 146, véase el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12. <<

[29] Liv. XXIX, 12, XIV. <<

[30] *Inscriptiones Graecae* ii^2 682, el decreto en honor de Fedro en 259/8 (p. 193: con p. 247 n. 44) es un ejemplo evidente. <<

[31] Tesalios, Austin^2 88; atenienses, *Inscriptiones Graecae* ii^3 1288 (ni en Burstein ni en Austin^2). <<

[32] Más información en el capítulo 5, en el capítulo 8 y en el capítulo 10. <<

[33] Más información en el capítulo 8. <<

[34] Más información en el apartado «CONSOLIDACIÓN, 301-272» del capítulo 10. <<

[35] Cf. Polib. V, 34. <<

[36] Documento en un texto en papiro, Burstein 98 = Austin^{2} 266. <<

[37] Burstein 99 = Austin^{2} 268. <<

[38] Cf. Burstein 85 = Austin^{2} 231, del monumento que tal vez incluía las estatuas de Pérgamo de gálatas moribundos (cf. p. 205). <<

[39] Más información en el apartado «LA VIDA CULTURAL» del capítulo 11. <<

[40] Cf. Austin^{2} 276. <<

[41] Cf. p. 223. <<

[42] Sobre el altar de Zeus en Pérgamo, cf. p. 205. <<

[43] Cf. pp. 188, 193. <<

[44] Burstein 103 = Austin^{2} 283. <<

[45] Polib. XXIX, 27.i-vii. <<

[46] Josef. *A. J.* XII, 138-146. La fuentes principales de lo que sigue son *Macabeos* I y *Macabeos* II de los apócrifos del *Antiguo Testamento*, y *Daniel* del *Antiguo Testamento*; *A. J.* XII se basa en su mayor parte en Macabeos I, aunque con algún material adicional. <<

[47] Más información en el apartado «LA CONQUISTA ROMANA» del capítulo 12. <<

[48] Más información en el apartado «EPIRO» del capítulo 10. <<

[49] Más información en las páginas finales del capítulo 10. <<

[50] Sobre Gelón, cf. p. 103-105; sobre Dionisio I, cf. pp. 158-159. <<

[51] Más información en el capítulo 12. <<

[52] Más información en el capítulo 12. <<

[53] Más información en el capítulo 12. <<

[54] Polib. VII, 9. <<

[55] Cf. Sherk 2 = Austin^{2} 77. B. <<

[56] Liv. XXIX, 12, viii-xvi (sobre la falsa incorporación de Atenas al bando romano, véase p. 214). <<

[57] Más información en el capítulo 3. <<

[58] Título de rey usado en ladrillos, *Inscriptiones Graecae* v. i 885. <<

[59] Más información en el capítulo 12. <<

[60] Polib. XVIII, 46, v. <<

[61] Más información en el capítulo 12. <<

[1] Burstein 104 = Austin^{2} 289; sobre Ptolomeo VI y VIII, cf. pp. 219-220. <<

[2] Cf. Sherk 55. A(B). 8-9, B. 38-40. <<

[3] *Hor. Epíst.* II, i, 156-157. <<

Índice